

PALABRAS CLAVE *del* NUEVO TESTAMENTO

- I -

DR. H. J. JAGER

www.facebook.com/milagrokreativo

**PALABRAS CLAVE
DEL
NUEVO TESTAMENTO**

- I -

DIOS TE BENDIGA

(El ministerio cristiano MILAGRO KREATIVO solo es un enlace externo que provee servicios de descarga de insumos y herramientas cristianas, por lo que de forma clara y precisa otorgamos todos los derechos al autor del documento o archivo a descargar, enfatizando que nuestra labor consiste en ser un canal de bendición y no una finalidad monetaria)

FIRMEMENTE creemos que los materiales que periódicamente publicamos en nuestra página de **FACEBOOK: MILAGRO KREATIVO** son de enorme utilidad para quienes desean buscar al Señor Jesucristo en espíritu y en verdad. Por lo anterior expresamos nuestro mayor agradecimiento a DIOS por darnos la oportunidad de servir de esta forma a personas de todo el mundo y de todas las denominaciones. Por medio de herramientas como este libro o revista queremos ayudarle en su edificación cristiana y a la vez, le hacemos una atenta invitación a hacer buen uso de estos materiales que pueden ser descargados libremente y sin costo alguno desde nuestros servidores.

Por lo tanto, nos reservamos el derecho de “encriptar” con contraseña estos documentos para su edición y/o modificación, para evitar que personas o entidades inescrupulosas descarguen nuestros archivos para luego subirlos a páginas web, sitios electrónicos, páginas y grupos en **FACEBOOK** con el fin único de **MONETIZAR** (obtener dinero a cambio de links) el tráfico de los enlaces externos. Contrario a ellos, nosotros; siendo un ministerio pequeño pero creyente fundamental que las cosas de DIOS no tienen precio, evitamos incurrir en prácticas de este tipo. Es por eso que nuestros enlaces son directos y sin la peculiaridad de pedir dinero, dadas, ofrendas o compensaciones. Por esto y todo lo demás, **PEDIMOS** que se haga buen uso de estos materiales y que se fomente el respeto, la tolerancia y la comprensión en todos nosotros. Que Dios nos bendiga y nos ilumine con su sabiduría al servicio de la obra del reino de los cielos.

Puede hacer cualquier consulta al correo institucional: milagrokreativo@gmail.com

Atentamente. -


Alfredo Guevara
Encargado de Comunicaciones
Santa Ana, El Salvador 6 de Junio del 2017

PALABRAS CLAVE DEL NUEVO TESTAMENTO

- I -

Dr. H. J. Jager

**FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)**

*"Maravillosos son tus testimonios;
por eso los guarda mi alma."
(Salmo 119: 129)*

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido tomadas,
casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera, revisión 1960.

Título original: *Kernwoorden van het Nieuwe Testament.*
Editado por Buijten & Schipperheijn, Amsterdam,
Países bajos 1968

Traductor: Rev. Juan-Teodoro Sanz Pascual

ISBN: 906311035 9
Depósito Legal: B. 5.422 - 1999

Edita y distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)
Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk-Z.H. - Países Bajos

Distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Diseño portada y composición:
Misión Cristiana Ministerios Creativos
Apartado 23022 - 08080 Barcelona

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo	7
El evangelio (su proclamación).....	9
El reino de Dios	19
La regeneración (el nuevo nacimiento).....	31
La justicia de Dios	51
Justificar y Justificación (ser justificado)	61
Justificación por la fe (contar por justicia)	71
La fe y el creer	79
La certeza de la fe	89
Servicio y Servir	111
Bienaventurado, bienaventuranza (y palabras análogas)	149
Salvador, salvar y salvación (y palabras análogas)	155
Paz	161
Vivir, vida	169
Del Espíritu Santo	181
Gracia	191
La ira de Dios	199
Gozo (y palabras análogas).....	207
Temor	215
Gloria (y palabras análogas).....	221
Santidad (y similares)	229
Santificación	237
Pecado	245
Conversión (convertirse, llegar a conversión)	269
El amor de Dios	283
Esperanza (esperar)	291

PRÓLOGO

Tener palabra fácil, lenguaje asequible y claridad expositiva no es algo que todos poseamos. Sin embargo, estas tres cualidades se dan en el Prof. Dr. H. J. Jager, Catedrático de la Facultad de Teología, en Kampen, Países Bajos.

Movidos por la importancia que el estudio y meditación de la Palabra de Dios tiene para la vida de los hombres, y concurriendo en el expositor citado las virtudes ya mencionadas, ponemos en manos de los lectores de habla hispana este libro, cuyo contenido, aunque limitado a unas cuantas Palabras Clave del Nuevo Testamento, pretende ser línea de partida de un desarrollo progresivo sobre este mismo tema.

Para dar una idea de lo que el autor pretende, es necesario hacer alguna aclaración sobre el título de su obra.

Estuvimos tentados en titularla «Palabras Nucleares del Nuevo Testamento». No porque las palabras que se comentan tengan algo que ver con la física nuclear; sino porque el adjetivo «nucleario/ria», aunque poco usado, habría dado al lector la exacta medida y alcance del propósito que animó al autor del libro, a saber: desvelar el profundo y, a veces, misterioso contenido –núcleo– de esas palabras con las que él se enfrentó y nos expone. Y que con esto no exageramos la intención del escritor, se comprende y comprueba por el título original de la edición neerlandesa: «Kernwoorden van het Nieuwe Testament».

Asimismo es obligado reconocer que muchas de estas palabras son estudiadas a la luz del Antiguo Testamento, en donde también las encontramos con

frecuencia. A este respecto, creemos necesario incluir aquí un par de párrafos del autor del libro en su Introducción a la edición holandesa, donde nos dice:

«En nuestro uso del lenguaje, a veces solemos comprimir mal una palabra cuyo significado es muy polifacético. En ocasiones, una palabra debe ser reproducida, en diferentes lugares, con distinta palabra. Pero es un mal corriente, que la iglesia, al expresarse, atribuya siempre a una palabra determinada el mismo significado. Por ejemplo, en la palabra *gracia*, amplios círculos del pueblo eclesial siempre piensan sólo en la acción de Dios en el corazón. Mientras que en las Sagradas Escrituras, el significado es: benevolencia de Dios. Otro ejemplo lo tenemos en la palabra *elección*. Probablemente el 99% de las personas que aún leen la Biblia, al encontrarse con esta palabra, piensan en una acción de Dios «en la eternidad», por la que es eternamente decisivo el mal y el bien de una persona. Mientras que las Sagradas Escrituras usan muy frecuentemente la palabra *elegir*, para referirse a una acción de Dios en el tiempo; y entonces, este elegir, puede tornarse en rechazar.

Con lo dicho hasta aquí, creemos que habremos interesado bastante al lector para el ejercicio de una lectura de este libro, detenida y contrastada con la Biblia (cf. Hch. 17:11).

Mientras tanto, hagamos como se nos recomienda en la Palabra de Dios: ¡No apaguemos al Espíritu, pues Él nos guiará a toda la verdad, y esta verdad nos hará libres! (I Ts. 5:19; Jn. 16:13).

En fin, ¡esperamos y deseamos que este libro proporcione a sus lectores un buen conocimiento de las Sagradas Escrituras, que les ayude a ser sabios y entendidos para la salvación que sólo está en Cristo Jesús!

FELiRE, Juan T. Sanz

EL EVANGELIO (su proclamación)

Comenzaré fijando la atención en la palabra: *evangelio*.

Esta palabra no le era desconocida al mundo pagano, ya en los orígenes del Nuevo Testamento.

En expresión pagana, significaba *anuncio gozoso*. Por ejemplo, cuando los propios ejércitos habían logrado una victoria sobre el enemigo, el país era recorrido por heraldos para dar a conocer al pueblo la victoria. Este anuncio de la victoria se llamaba *evangelio*.

También se usaba el término en relación con el culto al César.

Cuando un nuevo César subía al trono, o cuando venía a visitar una ciudad, el hecho se daba a conocer a las gentes; y este acto de dar a conocer recibía el nombre de *evangelio*. Al ser conocido tal anuncio gozoso, comenzaba una época de fiestas, procesiones y alegría general.

En el Antiguo Testamento se halla pocas veces la palabra *evangelio*. La encontramos, por ejemplo, en II Samuel 4:10. Aquí leemos que el que asesinó a Saúl se consideró como portador de *buenas nuevas* –evangelio–, según traduce la versión griega del Antiguo Testamento.

En el Antiguo Testamento es más frecuente oír hablar de *anuncio del evangelio*. Consideremos un par de citas:

En Isaías 52:7-9, leemos: «¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sión: ¡Tu Dios reina! ¡Voz de tus atalayas! Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo; porque ojo a ojo verán que Jehová vuelve a traer a Sión. Cantad alabanzas, alegraos juntamente, soledades de Jerusalén; porque Jehová ha consolado a su pueblo, a Jerusalén ha redimido».

Aquelregonero de alegría es un hombre que evangeliza; que trae una buena nueva. La inmensa mayoría del pueblo está desterrado en Babilonia. Jerusalén está en ruinas. Es tiempo de profunda desgracia. Pero los pocos que sobreviven en Jerusalén ven aparecer sobre los montes emisarios de buenas nuevas, y oyen el anuncio gozoso de que Dios, con su real poder, obra para salvación de su pueblo.

El dominio de la gracia de Dios sobre su pueblo ha vuelto. Los desterrados tornarán a Sión; los muros de Jerusalén serán levantados. Una época de alegría y salvación se abre para el pueblo de Dios. Los justos, al oír ese *evangelio* o buenos tiempos, comienzan a cantar, gritar y saltar de júbilo.

Otro conocido lugar, donde se habla de traer buenas nuevas o buenos tiempos, es en Isaías 61:1 ss: «El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a

todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado».

Con razón se llama a Isaías el evangelista del Nuevo Pacto. Aquí profetiza de Jesucristo, el cual fue ungido por Dios para traer un gozoso anuncio a los humildes. Lo que ese anuncio gozoso o evangelio realizará, esta aquí claramente descrito: los quebrantados de corazón son vendados; los cautivos son libertados, el tiempo de la gracia de Dios ha despuntado, los enlutados son consolados, la miseria es mudada en gloria, el luto en gozo.

Este evangelio obtiene su pleno significado por medio de Jesucristo, el cual quebranta la obra del diablo; paga por la causa de toda hambre y aflicción (es decir, por el pecado); vence a la muerte y así se hace fuente de gozo eterno y de sabiduría para todos los que creen en El.

Que no exageramos cuando hacemos esta exégesis del capítulo 61 del profeta Isaías, queda claro por las palabras de nuestro Salvador mismo. Pues, en Lucas 4, tenemos que Jesús leyó estas palabras del profeta en la sinagoga de Nazaret, y después, dice: «Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros». Con esto, Jesús quiere decir: Yo soy el Mesías, Yo soy el Cristo, y Yo anuncio ese *evangelio*: esa buena nueva de una salvación que nunca perece.

Si ahora preguntamos, ¿cuál es el contenido del evangelio? podemos responder: El Reino de Dios.

En Mateo 4:23, leemos: «Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo».

Así pues, cuando la Biblia habla del Reino, o del

Reino de Dios, o del Reino de los cielos, o del Reino de Cristo, con ello siempre se da a entender el *dominio o soberanía de la gracia de Dios*.

Realmente parece como si poderes malignos dominaran este mundo y lo empujaran a la perdición. Si reparamos en lo que se ve, diríamos: La muerte vence, y la vida se va a pique. Pero Jesucristo anuncia la victoria final de la gracia de Dios, la cual triunfa sobre la muerte y el infierno, sobre Satanás y el mundo, sobre el pecado y la miseria. Todos los que creen en Jesucristo y reciben de corazón Su evangelio, tienen de esto, ya ahora, su gozo anticipado, son en esperanza bienaventurados, poseen perdón de los pecados y vida eterna. Pero el Reino de Dios se revelará en plena gloria al final de los tiempos, cuando Jesucristo vuelva.

Además, podemos decir que el evangelio es un motivo o fuente de gran gozo. Esto lo expresa claramente la Escritura en Lucas 2, donde el ángel del Señor dice a los pastores: «No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor».

El evangelio no es ningún cuento de hadas, ni un relato fantástico. El evangelio anuncia hechos: hechos de salvación. ¡Ha ocurrido algo grandioso! Nació el Salvador, el Redentor del mundo: Cristo, el Ungido de Dios, el que lleva a cabo el encargo diario de quebrantar las obras del demonio, vencer a la muerte y conseguir la vida. El es quien libera a Su pueblo de pecado y culpa, y así lo hace de Su propiedad, y de tal modo que nadie lo puede arrebatarse de Su mano.

También podemos decir que el contenido del evangelio es todo lo que Cristo ha hecho para redención de Su pueblo. El mismo y Su obra son el

contenido de la predicación de los apóstoles. Esto aparece, sobre todo, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, y en las epístolas.

En Hch. 5, leemos que Pedro y Juan son llamados ante el Sanedrín, que son encarcelados, y que les es prohibido hablar en el nombre de Jesús. Después, cuando son puestos en libertad, se alegran de haber sido encontrados dignos de ser tratados con menosprecio por amor del nombre de Jesús. Y en el versículo 42, continuamos leyendo: «Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo». Aquí, diferentes traducciones, en lugar de evangelio, tienen: buena nueva o noticia. (La edición según la antigua versión de Casiodoro de Reina, 1960, de la cual hemos tomado el texto, no tiene ninguna de esas palabras. *Nota del T.*). El contenido de esa buena nueva es que Jesús, el hombre de Nazaret, el hijo de María, es el Cristo.

Por Hch. 10:33, ss, sabemos cómo anunció Pedro el evangelio. Habla de Jesús de Nazaret, que fue ungido por Dios con el Espíritu Santo y con poder. Anuncia que Cristo quebrantó el poder del demonio; cómo los judíos lo crucificaron, pero cómo Dios le resucitó al tercer día, para ponerlo por juez de vivos y muertos.

El contenido de la buena nueva lo podemos resumir en las palabras de la confesión de fe apostólica: Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por el Espíritu Santo; nació de María virgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos, y al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos; está sentado a la diestra de Dios, Padre Todopoderoso, de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Por esto, también se puede llamar evangelio de la gracia de Dios que se reveló en Cristo Jesús, y evangelio de la salvación, la cual está en Cristo Jesús. Es una alegre noticia de lo que Dios ha hecho, y de lo que aconteció en la plenitud de los tiempos. Su contenido no son simples pensamientos bonitos o ideas maravillosas, sino realidades de salvación: el pecado es expiado, la muerte es vencida, la vida ha triunfado. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». (Jn. 3:16).

El evangelio es anunciado, predicado y pregonado en el mundo.

Como en otros tiempos un heraldo era enviado por el país para, con voz potente, dar a conocer un mensaje al pueblo, así los apóstoles irrumpieron en el mundo para dar a conocer públicamente a todas las gentes la era de la buena nueva. De este modo, todos los que tenían oídos para oír pudieron descubrir que Satanás, muerte e infierno habían perdido la batalla, y que había vida eterna preparada para todos aquellos que por medio de la fe pertenecen a Jesucristo.

Así es como cuida Dios que Cristo y su salvación nos sean presentados ante nuestros ojos. De otra manera, ¿cómo habríamos tenido conocimiento de ello? Ninguno de nosotros vio al Salvador enseñar y trabajar en Palestina. Nadie de nosotros fue testigo de su muerte y resurrección. Nadie de entre nosotros le vio ascender a los cielos, y ¿cómo sabríamos que está a la diestra del Padre, si no nos hubiera sido predicado? «¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?» (Rom. 10:14).

Pero si lo hemos oído, también creeremos y nos alegraremos por la gran salvación, incomprensible para nuestra mente, que Dios ha preparado para nosotros. ¿Por qué hay fe que casi no muestra alegría? ¿Cómo es posible que ciertas personas sigan durante toda su vida ese evangelio sin saltar nunca de júbilo? Lutero habló de forma poderosa sobre la alegría que es consecuencia de la fe en el evangelio. Traduzco literalmente lo que, en cierto escrito suyo, escribe: «Evangelio es una palabra griega, y significa buena nueva, anuncio bueno, feliz noticia, grito de alegría; oyéndolo se canta, se habla y se está alegre. Algo así como cuando David venció al gigante Goliat: corrió por el pueblo judío, cual grito de júbilo y nueva de consolación, la noticia de que su terrible enemigo había sido derrotado y estaban salvos. El gozo y la alegría fueron restablecidos; por eso cantaron y saltaron de júbilo, y se regocijaron. De esta manera, el evangelio de Dios es una buena nueva, un grito de júbilo que en todas partes resuena por el ministerio de los apóstoles, acerca del justo David (Jesucristo), el cual ha vencido en la lucha contra el pecado, la muerte y Satanás; y por eso ha hecho justos, vivos y salvos a todos los creyentes. Así es como de nuevo tienen comunión y paz con Dios; y por ello cantan, alaban a Dios y le dan gracias, y alcanzan gozo eterno, si al presente creen y permanecen firmes en la fe».

¡Qué hermosas palabras las de Lutero! Una noticia alegre tiene que alegrar. ¡Qué magnífico gozo nos puede dar una noticia alegre!

Pero ¿por qué hay tan poco gozo al oír, y después de oír, la proclamación del evangelio de la gracia de Dios en Jesucristo?

¿No es cierto que nuestro Señor Jesucristo ha

saldado el pecado y ha vencido a la muerte? ¿No es aun suficientemente cierto que Dios perdona nuestros pecados, y que como regalo nos da la vida en Cristo Jesús?

«Ciertamente» –oigo decir a algunos–, «todo esto es realmente cierto, pero...» Ya tenemos aquí el lamentable y mísero «pero» de nuestro incrédulo y dubitativo corazón, de lo cual todos padecemos en algún momento. Desearíamos ver primero, y después creer. Pero el Señor Jesús dijo a Tomás: «Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron» (Jn. 20:29).

El evangelio no viene con el mandato de que veamos; sino de que creamos. «La fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios.»

He aquí nuestra diferencia con los paganos. Ellos quieren ver a sus dioses. Se hacen imágenes ante las que se inclinan, y en las que tienen a Dios cerca de sí. Pero el SEÑOR quiere que nosotros, no viendo, creamos.

El evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Es tal poder, que da vida a la muerte. Es tal poder, que hace nuevas todas las cosas. Pablo se atreve a decir a los corintios, que él les engendró por medio del evangelio; que les dio vida (I Cor. 4:15). En el cap. 15, escribe: «Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis: *por el cual, asimismo*, si retenéis la palabra que os he predicado, *sois salvos*, si no creísteis en vano» (vs. 1-2).

El evangelio es una buena nueva que nos pone ante una elección. Dios no es indiferente a lo que hagamos con la buena nueva. En la carta a los Hebreos tenemos la siguiente admonición: «Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena

nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron» (Heb. 4:2). Los israelitas recibieron la buena nueva de que entrarían en el país de Canaán. Pero no pudieron entrar a causa de su incredulidad. Así, tampoco nosotros entraremos en el Canaán celestial, si, por incredulidad, rechazamos el evangelio.

El no entrar, no se debe al evangelio; ni a Dios, que manda que se anuncie; ni a Cristo, que se nos predica en el evangelio. Por tanto, lo que el Señor Jesús dijo a los habitantes de Jerusalén, también vale para nosotros: «¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!» (Mt. 23:37).

Es un privilegio precioso poder oír el evangelio. Pero este privilegio lleva aparejada una grave responsabilidad: «Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más: pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado» (Mt. 13:12).

EL REINO DE DIOS

Estas palabras nos son más o menos conocidas. ¿Quién no conoce aquel texto: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas»? (Mt. 6:33). ¿Quién no sabe ya que Juan el Bautista comenzó su predicación diciendo: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado»? (Mt. 3:2).

Nuestros hijos saben que Jesús dijo: «Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mt. 8:11-12).

Pero aunque estas palabras nos sean más o menos conocidas, con todo y eso no podemos decir con certeza que las entendemos en su verdadero significado. Tenemos una vaga idea de ellas, pero cuando hemos de decir o descubrir lo que es el reino de Dios, entonces no resulta tan fácil. Esto me ha pasado a mí mismo, precisamente cuando estaba pensando en lo que habría de escribir sobre el significado de ellas. Bueno será, pues, que nos ocupemos unos momentos de esta expresión y de su contenido.

En todo hogar debería haber una concordancia bíblica. Se trata de un libro o índice en el que se encuentran todas las palabras de la Biblia en orden alfabético, con indicación del lugar en que aparecen en la Escritura.

Si consultamos una concordancia, vemos que el Nuevo Testamento habla del «reino de Dios» o del «reino de los cielos»; del «reino del Padre» o del «reino de Cristo», o, sin determinación alguna, llana y simplemente, del «reino.» Entre todas estas expresiones no existe diferencia alguna por lo que respecta al tema en sí. Si un evangelista habla del reino de los cielos, y otro del reino de Dios, quieren decir exactamente lo mismo.

En tiempos del Señor Jesús era una costumbre conocida decir «los cielos» cuando uno se refería a Dios. Por ejemplo, si en Lc. 15:18 leemos: «Padre, he pecado contra *el cielo* y contra ti», el hijo pródigo quiere decir: He pecado contra *Dios* y contra ti. En todos estos casos se da a entender un solo y mismo reino en el que Dios Padre gobierna por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Cuando hablamos u oímos hablar de un reino, pensamos en primer lugar en un *territorio o país* sobre el que se extiende el poder de un rey.

Pero respecto al reino de Dios no debemos pensar primeramente en el territorio o país sobre el que El reina, sino en el dominio de Dios, en el poder de regir de Dios, en el reinado de Dios sobre su pueblo.

Los primeros oyentes que verdaderamente captaron estas palabras de boca de Juan el Bautista o del Salvador mismo eran judíos, personas que ya las conocían por el Antiguo Testamento y por la enseñanza de los rabinos. Y siempre es bueno que nos preguntemos qué es lo que aquellas gentes

debieron entender con aquellas palabras, es decir: *Reino de los cielos, o de Dios*, etc.

En el Antiguo Testamento leemos que Dios es, en primer lugar, Rey de su pueblo, pero que El, con el tiempo, extendería su reino sobre todos los pueblos.

Ahora me viene a la memoria el salmo 146:10: «Reinará Jehová para siempre; tu Dios, oh Sión, de generación en generación. Aleluya». También Isaías 33:22: «Porque Jehová es nuestro juez, Jehová es nuestro legislador, Jehová es nuestro Rey, él mismo nos salvará».

Pero que el poder real de Dios se refiere a todo, queda claro por el salmo 103:19: «Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos». Posiblemente el lector habrá pensado también en el salmo 72:8: «Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra»; o en la conocida profecía de Daniel 7:14; «Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.»

También los rabinos hablaron de este reinado y de este dominio. Pero para ello se dejaron llevar por dos malentendidos. Primero, esperaban un reino terrenal; confiaban en un restablecimiento político de Israel; ponían su mirada en que Dios situaría a Israel a la cabeza de los pueblos; los romanos no dominarían más al pueblo judío, pues las tornas iban a cambiar. El otro malentendido fue el enseñar que los hombres, mediante el propio esfuerzo, por las obras de la Ley, podrían tener parte en ese reino de Dios. Hablaban de tomar sobre sí el yugo del reino de los cielos; querían conseguir, mediante el cumplimiento fiel de la Ley, un lugar en el reino

de Dios. Esto estaba vedado a pecadores y publicanos, y al común de la gente, pues no conocían la Ley.

Ahora llega hasta ellos Juan el Bautista con su predicación: «Arrepentíos porque el reino de los cielos se ha acercado». Con lo cual quiere decir: Ha llegado el tiempo en que Dios establece de nuevo su dominio; la promesa se cumplirá ahora; el Rey prometido ha llegado ya.

Mas con esto no daba a entender ningún restablecimiento político para Israel, sino una situación nueva, en la que Dios reinaría con su gracia, conduciría a su pueblo con su gracia, y se compadecería haciendo mercedes a los pobres. Lo que quiere decir que Cristo, el Ungido de Dios, viene a conceder perdón de pecados y vida eterna a publicanos y pecadores. Juan el Bautista anuncia el dominio de la gracia de Dios que salvará a su pueblo por medio de Cristo.

En ese reino nadie obtiene un puesto en virtud de las obras de la Ley; en él no se entra por méritos propios; sino que Dios derrama gratuitamente los privilegios del reinado de la gracia a los pecadores y publicanos que quieren vivir bajo ella. Y puesto que es un reino en el que todo es por gracia, no hay lugar alguno para los soberbios que se apoyan en su propia justicia y no quieren vivir de dádivas. Aquellos que no se convierten de su propia justicia han de oír que el hacha está puesta a la raíz del árbol: «Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará» (Mt. 3:12).

La primera actuación del Señor Jesús se nos describe así: «Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mt. 4:17); y todo su trabajo

en Galilea se resume en estas escuetas palabras: «Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mt. 4:23).

Jesús no viene con ideas nuevas o pensamientos bonitos. Cuando predica el evangelio del reino, penetra el poder de la gracia de Dios en este mundo mediante Su poderosa palabra; entonces los pecados son perdonados, y comienza una vida nueva. El muestra entonces el poder de la gracia de Dios incluso en la curación de enfermos, en la limpieza de leprosos, y en la expulsión de demonios.

Cuando, en Mt. 11, los discípulos de Juan el Bautista vienen a Jesús con la pregunta «¿Eres tú aquel que había de venir o esperaremos a otro?», el Salvador les responde: «Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio.»

Cuando los fariseos blasfeman, diciendo: «Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios», el Señor responde: «Si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mt. 12:24-28).

Donde impera el diablo, allí perece la vida. El príncipe de este mundo no puede ni quiere otra cosa que corromper a los hombres en su cuerpo y en su alma, para lanzarlos finalmente en el infierno. Fuera del imperio de la gracia de Dios, esta vida se convierte en una muerte constante. Pero donde reina la gracia de Dios, los pecados son perdonados, la comunión con Dios es restablecida, la vida prospera nuevamente, y la gracia de Dios sana. Esto comienza

ya en esta vida, y encuentra su plenitud en el más allá.

Entre los teólogos ha existido mucha lucha sobre la pregunta de si el reino de Dios ya está ahora presente, o si únicamente lo podemos esperar al fin de los tiempos.

La respuesta no puede ser dudosa para quien cree incondicionalmente la Palabra de Jesucristo. Los textos citados –Mt. 11 y 12– lo demuestran de una manera evidente.

Donde Jesucristo llega con su Palabra y Espíritu, allí obra el poder de la gracia de Dios, y allí ha llegado el reino de los cielos. Esto también se evidencia, por ejemplo, en Lc. 17:20-21: los fariseos preguntaron cuándo llegaría el reino de Dios; a lo cual respondió el Salvador: «El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros.»

Los fariseos esperaban el reino de Dios de tal manera que su llegada se podría constatar y calcular por los cambios impresionantes en la marcha de la naturaleza. El Señor Jesús se opone a esto. Tales señales vendrán realmente al fin de los tiempos en la segunda venida de Cristo. Pero, inicialmente, el reino de Dios no llega así. Tampoco se le puede ver llegar en cambios o movimientos espectaculares en lo que a las personas se refiere. Esto no obstante, el reino de Dios está cerca, al alcance de los oyentes de Jesús.

La versión moderna de la Biblia (editada por las Sociedades Bíblicas en América Latina), traduce: «Porque he aquí el reino de Dios dentro de vosotros está». Esto lo interpretan algunos como si el Señor Jesús quisiera decir que el reino de Dios es plantado en el corazón de los hombres. Yo pienso que esta interpretación no es buena. Es cierto que

la gracia domina también el corazón de lo creyentes, así como toda su vida; pero precisamente por eso no está bien decir que el reino de Dios sea plantado en el corazón. La traducción mejor me parece esta: 'El reino de Dios está *al alcance vuestro*, está *para ser alcanzado*' Porque llega en las palabras y hechos del Rey, Jesucristo. Quien cree Su Palabra y se convierte a El, tiene parte en todos los privilegios del reino de Dios.

Que ya ahora este reino está presente, es algo que queda claro por Mt. 6:33: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.» Si el Salvador dice que debemos buscar el reino, esto presupone que ya, ahora, se puede encontrar. Dios da, en este tiempo, los privilegios y bendiciones de su Reino; pero han de ser buscados con fe. En toda nuestra vida hemos de preocuparnos primero de la gracia de Dios, es decir, del perdón y de la vida en comunión con Dios. Entonces será cuando la comida, la bebida, todo, —cosas por las que los gentiles tanto se afanan—, se nos darán como añadidura. Nada nos faltará.

Por otra parte, también dice la Escritura, que el reino de Dios es futuro. Con lo cual se quiere decir que aún no se ha manifestado en su gloria; que incluso entre los súbditos del reino de Dios existe aún oposición; que éstos aún no se dejan conducir totalmente por la Palabra y el Espíritu. Entretanto, en todo el mundo obra todavía el poder del maligno, el cual dirige ataques perniciosos contra la Palabra y el Espíritu de Cristo. Las puertas del Hades no vencerán sobre la gracia de Dios; pero aún dominan a una gran parte del mundo. Sin embargo, algún día será distinto. El perfecto reino de Dios se revelará en gloria, y entonces también los súbditos tomarán parte en esa gloria divina.

Sobre esto leemos, por ejemplo, en Mt. 13:43: «Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre»; en el cap. 19:28: «De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel». Muy claramente queda dicho en el cap. 25:34: «Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo». Esto acontecerá cuando el Hijo del Hombre llegue en gloria con todos sus ángeles, y tome asiento en el trono de su gloria (v. 31).

En la manera de hablar de las Escrituras sobre el reino de Dios se echa de ver una visión en perspectiva. Esto es algo que también se observa respecto a otras palabras bíblicas. Ya ahora somos bienaventurados, salvos. Pero gozaremos de plena salvación cuando estemos para siempre con el SEÑOR. Ya ahora somos justificados por la fe. Pero esperamos la justificación pública, cuando Cristo venga para el juicio final. Ya ahora somos santos en Cristo. Pero la santidad plena, la purificación total del pecado y de la concupiscencia las recibiremos en la plenitud de los tiempos.

Esto mismo ocurre con el reino de Dios: existe; está en todas partes donde la gracia de Cristo obra por su Palabra y Espíritu. Diríamos, simplemente, que el reino, «en principio», ya es realidad. Esto es: la fiesta ya ha comenzado; ya tenemos el sabor anticipado del gozo eterno. Mas la fiesta grande y plena, la gloria perfecta debe llegar aún.

Si no me equivoco, nuestro modo de hablar sobre el reino de Dios lo encuentro algo abstracto, retraído y vago. Para explicarnos esto, es posible

que podamos hacer las siguientes preguntas y respuestas:

¿*Quién es el Rey* en el reino de los cielos? Esta puede ser la primera pregunta. La respuesta sería: –Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual, en Cristo, es nuestro Padre. El es nuestro Rey paternal y nuestro Padre regio. Sin su voluntad no cae ningún cabello de nuestra cabeza; somos objeto de su amor y su misericordia nos rodea.

Asimismo podemos decir: –Cristo es Rey. Pues Él también habla de: *mi reino*. Rige a su pueblo mediante su Palabra y Espíritu. No se aparta con su gracia y poder de los que son fieles súbditos.

Es Dios quien, por Jesucristo, gobierna a su pueblo, lo guarda y lo protege.

¿*Cuáles son los privilegios* de que gozan los súbditos?

–Reciben gracia sobre gracia. Tienen perdón de los pecados y vida eterna. Tienen paz con Dios, – una paz que sobrepuja todo entendimiento. Corporal y espiritualmente su existencia es apacible bajo el reinado de la gracia superabundante de su Rey eterno. Son guardados y protegidos, y tan dichosos y felices que todo sufrimiento es llevadero; sobre todo, cuando con fe firme miran hacia la gloria de la que un día serán hechos participantes.

¿*Cuáles son las leyes* en el reino de los cielos?

–Estas las encontramos en las Escrituras. Los mandamientos de Dios no son pesados. El yugo de Jesús es suave y su carga ligera. Los mandamientos de Dios son como cánticos en la casa de nuestro destierro (Sal. 119:54). Cuanto el Señor pide a los súbditos se puede resumir en estas Palabras: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es

semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt. 22:37-39).

¿Quiénes son los súbditos del reino?, o por decirlo en el lenguaje de las Escrituras: ¿quiénes son los hijos del reino?

—Los creyentes y su descendencia. Todos los que creen en el Señor Jesús, y aman a su Salvador, juntamente con SUS hijos. Los tales pertenecen al reino de Dios.

Pero ello no quiere decir que heredarán el reino perfecto, pues hay hijos del reino que pueden ser arrojados fuera (Mt. 8:12); hijos del pacto pueden romperlo y hacer traición a la gracia de Dios. Tan lejos se puede llegar, que habrá quien diga: No queremos que Este reine sobre nosotros. Pero no por ello hemos de decir que éstos no eran hijos del reino, pues en verdad lo eran. Luego entonces, cabe afirmar que traicionaron a la gracia de Dios, y que amaron más las tinieblas que la luz.

«Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo» (Mt. 24:13).

El valor de la vida bajo el imperio de la gracia de Dios lo ha expresado el Señor Jesús en un par de parábolas muy conocidas. Son tan claras que incluso los niños las pueden comprender. Aquí las transcribo sin comentario alguno.

«El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró» (Mt. 13:44-46).

Cuando conocemos la gracia de Cristo, entonces no queremos perderla ni por todo el dinero del

mundo, ni por todos los tesoros de la tierra. Antes bien, preferimos dejarlo todo por el reino de Dios; porque lo que recibimos, y lo que en su día recibiremos, es infinitamente más valioso que todo lo que ahora dejamos. Pues nuestro Señor y Rey ha dicho: «De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna» (Lc. 18:29-30).

Consecuentemente también aprendemos, de modo especial, a romper con el pecado o, al menos, a no vivir en él. Pues ser hijos del reino y vivir en el pecado son cosas que no pueden ir juntas. No podemos comer a dos carrillos a la vez, como parece ser que pensaban los corintios. Pero el apóstol Pablo avisa seriamente: «No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios» (I Cor. 6:9-10).

La gracia de Dios es longánime y paciente. En el reino divino hay lugar para publicanos y pecadores, para ladrones y salteadores, para asesinos y adúlteros. Pero deben romper con el pecado, y no seguir viviendo en él. Hay perdón para muchas debilidades y defectos. Pero para quienes se mantienen en el pecado, Dios es fuego consumidor, no importa si son del reino o no.

«Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor» (Heb. 12:28-29).

Finalmente, una observación más.

Con frecuencia pensamos que los bienes del reino

de Dios son únicamente «espirituales». Se habla de dones celestiales y de salvación del alma. No olvidemos que la gracia de Dios imperará sobre una nueva tierra y sobre un nuevo cielo, y que El dominará sobre una nueva humanidad que estará formada por personas completas: con cuerpo y alma. Pues también el cuerpo pertenece a este nuevo estado. Mas será cuerpo «Espiritual», esto es, dominado por el Espíritu Santo. Pero cuerpo al fin y al cabo, y cuerpo que nunca más estará sujeto a la enfermedad.

Cuando la gracia de Dios apareció en Cristo sobre la tierra, hizo oír a los sordos, ver a los ciegos, a los cojos hizo andar, limpió a los leprosos y dio fuerzas a los paralíticos. Esto fue una prueba anticipada de lo que algún día ocurrirá de modo más sublime.

Creo que la gracia de Dios es ahora como una medicina, incluso para el cuerpo. Piénsese en las enfermedades que son originadas por el pecado, de las cuales permanecemos libres si vivimos de la gracia de Dios. Esto, sin embargo, no quiere decir que los justos nunca puedan ser ciegos, sordos, paralíticos o incurables. Pero llegará el momento en que ya no habrá enfermos en el reino de los cielos. En Is. 33:24, leemos: «No dirá el morador (de la nueva Jerusalén): Estoy enfermo». ¡Qué perspectiva tan consoladora para todos aquellos que ahora pasan por esta vida con un cuerpo maltrecho! Ahora hay trabajos y tristezas; pero los súbditos del reino eterno de Dios tendrán un cuerpo imperecedero, glorioso, poderoso y «Espiritual» (I Cor. 15:42 y ss.).

«Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron (...) He aquí, yo hago nuevas todas las cosas» (Ap. 21:4 y ss.).

LA REGENERACIÓN (el nuevo nacimiento)

Una palabra muy conocida en el lenguaje de la iglesia es: *regeneración*.

En ciertos círculos se da a esta palabra un significado tal que se pensaría que de ella pende toda la Ley y los profetas.

Pero si abrimos un libro de concordancias y buscamos esta palabra, únicamente la encontramos dos veces. En Mateo 19:28 y en Tito 3:5.

Si leemos estos textos, nos consta que, al menos en Mt. 19:28, el término significa algo muy distinto de lo que ordinariamente estamos acostumbrados a entender por regeneración.

En el Nuevo Testamento se habla frecuentemente de nacer de nuevo, y de nacer de Dios.

Pero también estas expresiones no toman en las Escrituras, ni remotamente, el lugar que han obtenido en el uso eclesiástico.

Hay algunos grupos donde sólo se sabe una cosa: el hombre ha de nacer de nuevo. Con lo cual se rechaza todo consuelo y admonición del evangelio, y se desvirtúa la predicación.

Creo que es muy necesario que en nuestro hablar sobre *regeneración*, y sobre lo que tiene rela-

ción con ella, permanezcamos lo más cerca posible del modo de expresarse las Escrituras.

El lenguaje bíblico es en esto muy distinto del idioma corriente. Intentaré explicar de manera positiva lo que las Escrituras entienden por regeneración y palabras afines a la misma. Cuando nos libremos de ese uso del lenguaje –injustamente naturalizado–, entonces tendremos que volver una vez más a prestar atención a las Sagradas Escrituras.

La palabra *regeneración* en Mt. 19:28.

Pedro dijo al Salvador: «He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?». A lo que el Señor Jesús, respondió: «De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.»

Aquí, regeneración significa la restauración de todas las cosas en la segunda venida de Cristo. Entonces, una nueva humanidad vivirá en una tierra nueva bajo un cielo nuevo. Todas las cosas serán nuevas.

También podemos decir que con esa regeneración se quiere dar a entender el reino perfecto de Dios, en el que Dios será todo y en todos. Todo lo viejo habrá pasado. No habrá –entiéndase bien– demonio, ni muerte, ni pecado, ni pena, y los salvos servirán a Dios en perfecta santidad y salvación, como personas completas y nuevas.

Este uso del término regeneración corresponde al empleo de dicha palabra en aquella época. Filón llama *palingenesia* o regeneración al servicio del mundo tras el diluvio. Josefo califica el regreso del

destierro como la regeneración de la patria. También a la resurrección de los muertos se le llama una regeneración. Cuando Cicerón vuelve del destierro a su patria, da a su regreso el nombre de regeneración. También nosotros conocemos dicho uso común de la palabra regeneración.

Quizá nuestra patria se vio alguna vez dominada temporalmente por una potencia extranjera. Luego llegó la liberación, y se comenzó a hablar y a escribir de la regeneración de nuestro pueblo. La recién estrenada libertad daba nuevo entusiasmo, nueva visión, y todas las cosas se veían con una luz nueva.

Ahora bien, todas estas *regeneraciones* –digamos laicas– no convencen. Quien espera demasiado de ellas se ve amargamente descorazonado. Pero en la *regeneración* de la que en Mt. 19:28 se habla, todos los deseos y añoranzas del pueblo de Dios se verán perfectamente cumplidos. Entonces los que lloran serán consolados; los mansos heredarán la tierra; los hambrientos serán saciados, los limpios de corazón verán a Dios, y los perseguidos poseerán el reino de los cielos. (cf. Mt. 5:3 y ss.).

El otro lugar donde se da la palabra *palingenesia* o regeneración es en Tito 3:5.

En el v. 3 ha recordado Pablo la antigua situación de los paganos que se han convertido. El se incluye a sí mismo y a Tito entre ellos, cuando escribe: «Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros». Mas parece que el panorama ha cambiado por completo, pues Pablo continúa: «Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho,

sino por su misericordia, por el lavamiento de la *regeneración* y por la renovación en el Espíritu Santo.» Existe diferencia entre los exégetas sobre si aquí, en la expresión *lavamiento de la regeneración*, se da a entender el bautismo, o no. Yo creo que sí.

Para los primeros cristianos fue algo grandioso el hecho de ser bautizados. Esto no lo olvidemos nunca. Aquel bautismo formaba una línea divisoria entre sus costumbres paganas y su vida cristiana. Aquel bautismo fue para ellos un paso o tránsito del reino de las tinieblas al reino de la gracia de Dios. Con aquel bautismo comenzó su liberación. Lo que es regeneración se explica después con las palabras: *por la renovación en el Espíritu Santo*. Esta renovación no fue obrada por el agua, sino por el Espíritu Santo que Dios derramó abundantemente sobre ellos por Jesucristo, su Salvador.

El bautismo era el evangelio visible. Y tan rico como el evangelio fue para ellos el bautismo. Era para los cristianos señal y sello del perdón de los pecados, y de renovación de toda su vida.

Que en este texto no tenemos que entender *regeneración* como la implantación de un germen de vida o algo por el estilo, sino como la renovación total de la vida, es algo que se evidencia de lo que sigue diciendo el apóstol. Pues, en el v. 7, escribe: «para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.»

La regeneración o renovación de la vida por el Espíritu Santo comienza aquí y ahora, en esta vida; pero se completa en la segunda venida de Cristo: en la regeneración de la que nos habla Mt. 19:28, cuando todo lo viejo haya pasado, y todas las cosas sean hechas nuevas.

El bautismo era para Pablo -y debe ser para

nosotros— una señal visible de que hemos sido puestos bajo el amor de Dios Padre, bajo la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y en la comunión del Espíritu Santo.

Que miles de personas rechacen el evangelio y renieguen de su esperanza, no es razón alguna para que los creyentes mengüen en nada la potencia y el valor del bautismo. Para ellos es un lavamiento de regeneración, es decir, de la renovación de la vida mediante el Espíritu Santo.

En I Pe. 1:3, se dice: que Dios nos hizo renacer a una viva esperanza, por la resurrección de Jesucristo de los muertos. Literalmente sería: que Dios nos «engendró a una esperanza viva». Pedro pensaría en lo que les había ocurrido a él y a los apóstoles en la resurrección de Jesús de entre los muertos.

Cuando su Señor y Salvador yacía en el sepulcro, se disipó toda esperanza. Pedro había confesado: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt. 16:16).

Según Jn. 6:68, Pedro dijo: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.»

Jesucristo era la fuente de su fuerza y la vida de su vida. En El tenían todo lo que les era necesario para su salvación.

Ahora que Jesús había sido crucificado, muerto y sepultado, toda su esperanza había sucumbido. No tenían ninguna «vida» más. Estaban profundamente abatidos, lloraban y se lamentaban, y no tenían salida alguna.

Pero esta situación tocó a su fin: El Señor Jesús resucitó de entre los muertos; se apareció a las mujeres; mas los discípulos no lo creyeron. Entonces, el Salvador mismo, viviente, se apareció a los suyos. Ahora lo supieron: ha vencido a la muerte; vive eternamente, y nosotros viviremos con El, según su

promesa –pensaron ellos–. Entonces revivió su esperanza, y la vida renació.

Así pues, teniendo ante sí aquel acontecimiento, Pedro escribe: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero» (I Pe. 1:3-5).

Ese renacer a una esperanza viva se puede decir no sólo de los apóstoles, sino también de todos aquellos que creen en el Señor Jesús y en su resurrección.

Fuera de El, toda la vida es muerte constante. Si Cristo no hubiera resucitado de los muertos, se podría haber escrito sobre este mundo: «Quien aquí entra, pierda toda esperanza». Pero por la resurrección de Jesucristo la muerte fue vencida, y la vida se hizo manifiesta. Y quien cree en El ha recibido de Dios una nueva vida; una vida de fe y de esperanza; una vida que expectante mira hacia la herencia eterna que nos está preparada en el cielo para hacerse manifiesta en el tiempo postrero.

Queda patentemente claro que este «ser regenerado para una esperanza viva» no transcurre fuera de la fe en el Señor Jesús. Pues Pedro, en el v. 5, también escribe: «Que sois guardados por el poder de Dios *mediante la fe*»

Dondequiera que la predicación del evangelio de Jesucristo, que resucitó de los muertos, suscita la fe, allí hay también una esperanza viva, y la iglesia puede entonces alabar y dar rendidas gracias,

diciendo: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva.»

La conversación con Nicodemo

El capítulo más famoso, donde se habla de *nacer de nuevo*, es Jn. 3. La conversación del Señor Jesús con Nicodemo es muy conocida; pero, si no me equivoco, es la letra lo que en verdad es muy sabida. El sentido de las palabras, en cambio, es cosa que muchos no comprenden.

Al pueblo cristiano se le ha martilleado con este pasaje a través de los siglos, diciéndosele que Jesús habla aquí sobre la necesidad del nuevo nacimiento o regeneración. Y esto está bien, pues sobre eso habla el Salvador. Pero que el Señor Jesús también indica a Nicodemo el camino que debe seguir para nacer de nuevo, eso está olvidado. Y a mi pregunta: -¿Qué significa renacer del agua y del Espíritu?, nunca he hallado -que yo sepa- una respuesta clara. Sin embargo, este capítulo no me parece difícil.

Nicodemo era un fariseo, y además «un príncipe entre los judíos», es decir, miembro del Sanedrín. Consecuentemente, era un hombre religioso en todos los sentidos de la palabra, que intentaba vivir estrictamente según los preceptos de sus antepasados. No era un judío cualquiera, sino un «maestro en Israel». Este hombre tiene que oír ahora, directamente, estas palabras de Jesús: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.»

Por consiguiente, cada uno tiene que nacer de nuevo. De otra suerte nadie puede ver el reino de Dios, ni entrar en él, ni gozar de sus privilegios.

Yo pienso que mejor podemos traducir, en vez de *nacer de nuevo*, *nacer de arriba*. Pero esto, por lo que al asunto respecta, no implica ninguna diferencia.

¿Qué es lo que el Señor Jesús quiere decir propiamente con ese *volver a nacer*? Pues, que Nicodemo tiene que hacerse otra cosa totalmente distinta, que tiene que recibir otra vida muy diferente, que tiene que cambiar por completo. De otro modo seguiría estando fuera del reino de Dios.

Nicodemo opinaba que era lógico que él entraría en el reino de Dios, pues era hijo de Abraham, y, ciertamente, un hijo fiel. Era un miembro del pueblo del Pacto, miembro fiel.

Oraba en los momentos prescritos; nada diremos de todo lo que poseía; ayunaba en los días establecidos y daba limosnas según la norma de los antiguos. ¿No era esto suficiente? ¿Tenía que orar aún más; ayunar aún más rigurosamente; dar los diezmos de modo más exacto; y vivir aún más fielmente según la Ley? No, dice el Salvador, no es eso; lo que tienes que hacer es buscar y recibir una vida totalmente distinta. Quien nace, entra en la vida. Quien renace, entra en una vida completamente nueva.

Hasta entonces, Nicodemo vivía basado en su propia justicia. Mas tenía que aprender a pedir perdón, y a apoyarse sólo en la justicia de Dios; Nicodemo vivía en la confianza de que merecía el reino de Dios. Mas debía volverse como los niños, los cuales nada ganan por sí mismos, sino que todo lo reciben. Debía morir al hombre viejo, (el cual vive de la Ley), y resucitar como un hombre nuevo (el cual vive única y exclusivamente de y por la fe). Nicodemo, en un principio, no comprendía nada de esto. De ahí su pregunta llena de admiración: «¿Cómo

puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?». A lo que el Salvador contestó: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.»

Ahora debemos recordar que Juan el Bautista llevaba a cabo su obra en los días de esta conversación. El bautizaba con agua para arrepentimiento y perdón de pecados. Publicanos y pecadores venían hasta Juan, los cuales se humillaban y se hacían bautizar. Pero Nicodemo y los suyos no acudían. Ellos creían que no les hacía falta. Aquel bautismo estaba bien para hombres impíos, como los publicanos, ramera y gentes así. Pero no para ellos.

Y ahora el Señor Jesús dice a Nicodemo: Tú también tienes que renacer del agua. Debes hacerte bautizar por Juan; debes ir y encontrarte al lado de esos publicanos y pecadores; debes dejarle lavar tus pecados, y convertirte de tu propia justicia y piedad caprichosa.

Este es el camino para llegar a una nueva vida: el camino de la regeneración. Pero ¿qué significa lo que añade Jesús, es decir, «*del Espíritu*»?

Una vez más hemos de recordar lo que Juan el Bautista decía. Todos los evangelistas mencionan sus palabras: «Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con el Espíritu Santo». Juan no retenía junto a sí a los bautizados por él. El no era el Mesías. Este vendría tras él. Y hacia El orienta Juan a sus bautizados. Aquel les bautizará con el Espíritu Santo. Aquel derramará sobre ellos el Espíritu Santo, y así les regalará la vida auténtica, verdadera y completa, y la entrada en su reino eterno.

‘Los creyentes no pueden comprender...’

Las Escrituras nos dan fundamento para aceptar que Nicodemo nació del agua y del Espíritu. Pues leemos que más adelante salió en defensa de Jesús. Así es en Jn. 7:50: «Les dijo Nicodemo, el que vino a Él de noche, el cual era uno de ellos: ¿Juzga acaso nuestra Ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?». Y cuando Jesús fue crucificado, se atreve a embalsamar el cuerpo de Jesús con ungüentos de mirra y áloe por valor de cien libras.

Aún puede ocurrir que personas de la iglesia, hijos del reino, crean en sí mismas que son justas; que se apoyen en la piedad propia, en sus propias obras o en su ascendencia; que aún vivan de la Ley, y piensen, como cosa lógica, que entrarán en el reino de Dios, porque son cristianos.

Si esto es así, el Salvador aún les está diciendo: Tenéis que ser regenerados nuevamente; debéis humillaros ante Dios y confesar vuestros pecados; debéis aprender a vivir sólo de la gracia de Dios; tenéis que buscar la vida fuera de vosotros mismos, en Jesucristo, el cual ha derramado su Espíritu de una manera abundante.

Y si alguien preguntase cómo pueden ocurrir estas cosas, y de qué modo precisamente renace un hombre, entonces contestaré con aquellas palabras que encontramos en el libro ‘Los Cánones de Dort’: «Los creyentes no pueden comprender de una manera perfecta en esta vida el modo como se realiza esta acción; mientras tanto, se dan por contentos con saber y sentir que por medio de esta gracia de Dios creen con el corazón y aman a su Salvador» (Los Cánones de Dort, cap. III/IV, parr. XIII).

De estas palabras, queda claro que nuestros

mayores en la fe entendieron muy bien el cap. 3 del evangelio de Juan. Comprendieron perfectamente que la obra del Espíritu Santo no se puede examinar ni escudriñar exhaustivamente. Pero, también entendieron que es fruto del Espíritu el que los regenerados crean en Jesús y amen al Salvador.

Sobre la enseñanza del Gran Profeta a Nicodemo, en Jn. 3, aun quiero hacer notar lo siguiente: En el v. 6 Jesús dice: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.»

Nicodemo había preguntado cómo un hombre, que ya es mayor, puede nacer otra vez. ¿No es verdad que no puede entrar de nuevo en el seno materno, y nacer otra vez?

A esto, respondió el Salvador: Eso no habría servido de nada, aunque fuera posible. Porque lo que nace de la carne, carne es. Todo hombre nace en injusticia, y es concebido en pecado. Un segundo nacimiento natural, por consiguiente, no solventaría nada. Pero lo que nace del Espíritu, espíritu es. La vida procedente del Espíritu Santo lleva la marca de este mismo Espíritu. Esa vida es una vida de fe, esperanza y amor.

Nicodemo no se ha de maravillar de que él y los suyos tengan que nacer de nuevo: dicho nacimiento es realmente incomprensible, pero no imposible. La obra del Espíritu Santo es tan arcana e inescrutable como los caminos del viento. «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (v. 8).

El Señor Jesús recuerda a Nicodemo las palabras del Eclesiastés: «El que al viento observa, no sembrará, y el que mira a las nubes, no segará. Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer en cin-

ta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas» (Ecl. 11:4-5).

Misteriosos son los caminos del viento, ¿quién escudriña sus sendas? Misterioso es también el surgir la vida natural en el seno materno. Pero aún es más misterioso el surgir la vida «Espiritual», la vida que el Espíritu Santo hace brotar por el evangelio.

Hay muchos que querrían averiguar en su origen esa vida; quieren saber con precisión cómo sucede esa acción del Espíritu de Dios en nuestro espíritu. Algunos creen poder decir, de modo preciso, cuándo nacieron de nuevo, y poder contar minuciosamente lo que experimentaron en aquella hora.

Dice el Salvador que el nacer del Espíritu Santo es inescrutable. No seamos, pues, más sabios que el Señor. ¡Cuán difícil es, incluso, comprender cómo el espíritu de un hombre ejerce influjo en el espíritu de un semejante!

Ciertos maestros han tenido una influencia poderosa en sus alumnos. Estos han sido totalmente formados por ellos, y llevan la marca de sus mentores. Sin embargo, esos mismos alumnos no pueden decir cuándo exactamente, y cómo ocurrió. Por lo cual, si la acción de un espíritu humano sobre otro es ya inescrutable, ¿cuánto más, pues, no podremos decir del influjo secreto de la acción del Espíritu Santo en el espíritu de los hombres?

¿Dos caminos?

La segunda observación que aun quiero hacer sobre Jn. 3, es ésta: La vida que surge mediante la regeneración es una vida de fe en Jesucristo. Nos hemos acostumbrado a separar las palabras que hablan de la regeneración de cuanto el Señor Jesús trató después con Nicodemo.

En ciertos ambientes se opina que nacer de nuevo es algo muy distinto de llegar a la fe y a la conversión. Cuando alguien dice creer en el Salvador, tal declaración se considera en poco, y se le hace saber que sin regeneración no puede entrar en el reino de Dios.

Se ha dejado de comprender –me parece–, que recibimos la vida mediante la fe en Jesucristo; y ya no se entiende que nacer de nuevo, llegar a la fe, y llegar a la conversión expresan precisamente la misma cosa.

Leamos, pues, una vez más, lo que el Salvador continúa diciendo en Jn. 3: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Es decir, tenemos vida mediante la fe en Jesucristo. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». «El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios».

Este final de la conversación de Jesús con Nicodemo no lo debemos separar del comienzo, ni el comienzo del final. No hay dos caminos para llegar a la fe: uno por regeneración, y otro por la fe en Jesucristo. Porque ambos coinciden.

Una vez oí a alguien contar cómo había llegado a la vida de que aquí hablamos. Fue un relato impresionante, del que no recuerdo muchas cosas. Pero sí retengo en mi memoria que –después de haber escuchado la narración– dije a aquella persona: He echado de menos los puntos principales. Pues Vd. no ha mencionado el nombre del Señor Jesús, ni ha hablado de la fe. Mientras que está escrito: «De

cierto, de cierto os digo: el que cree en mí, tiene vida eterna» (Jn. 6:47).

Por el nacimiento natural recibimos la vida o entramos en la vida. Por el nacimiento que viene de Dios recibimos una vida «Espiritual»; pero tal vida es una vida de fe y conversión. Esto es lo que claramente nos enseña Jn. 3, y a esto debemos atenernos.

Mucho se ha discutido o razonado sobre la regeneración y el nacer de nuevo; pero en ese razonar se ha ido a parar, frecuentemente, muy lejos de las Sagradas Escrituras.

También existe una literatura pagana sobre regeneración y nacer de nuevo. Los Misterios Paganos hablan de estas cosas. Imaginaron que una especie de fluido divino, una cierta simiente divina era injertada en el alma del hombre, mediante la cual ésta era divinizada.

Estoy por pensar que este lenguaje también ha tenido influencia en la iglesia y que ese influjo perdura incluso hoy día en ciertos ambientes.

Hay círculos religiosos en los que el proceso se imagina como si en la regeneración naciera en el hombre una pequeña criatura. Se opina que un 'algo' divino baja al alma. Se habla de la regeneración como de un acontecimiento misterioso que no tiene nada que ver con el evangelio, ni con Jesucristo, ni con la fe.

Pero las Escrituras no se expresan así; y nuestra obligación es estar junto a ellas, pues, de otro modo, nos extraviaríamos. También erraríamos el camino si nos pusiéramos a fantasear sobre la analogía del nacimiento natural y el nuevo nacimiento o regeneración. Pues entonces se comienza a hablar sobre los 'dolores de parto' que un hombre debe experimentar antes de que pueda llamarse hijo de

Dios. Contra esta simpleza, una vez oí decir a alguien que él jamás había oído todavía que un *niño* sintiera los dolores del parto.

También se ha dicho que nacer es cuestión de un momento. Por tanto, y de igual modo, la regeneración es asunto de un instante determinado. Contra esto hay que hacer notar que un nacimiento muy bien puede durar varios días. Pero mejor aún es preguntarnos sobre quién nos da derecho a hacer esta comparación entre nacimiento natural, y nacer de Dios.

Debemos aferrarnos a las Sagradas Escrituras, manteniendo firmemente que la regeneración tiene lugar por la Palabra: por el santo evangelio. Pero vayamos a la Biblia.

En Sant. 1:18, leemos: «El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad.» Dios da la vida a sus hijos por la predicación del evangelio. No es, pues, que el evangelio despierte la vida adormecida, la cual ya habría sido obrada por el Espíritu, sino que el evangelio obra la nueva vida.

En Rom. 1:16, también Pablo llama al evangelio «poder de Dios para salvación». Lo que equivaldría a poder de Dios para vida.

Otro texto demostrativo es el de I Pe. 1:23: «Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre». Se ha dicho que aquí se habla de una palabra de Dios creadora, la cual, independientemente de la predicación, obra la nueva vida en lo profundo del alma. Pero queda claro, por el contexto, que lo que aquí se indica es la palabra de la predicación, según corrobora el final de este mismo capítulo, donde leemos: «Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.»

Y si también en I Jn. 3:9 se habla de la simiente de Dios que permanece en aquel que nace de Dios, entonces podemos traducir con todo derecho: 'Esta es la simiente de Dios, por la que se dará el nacimiento, esto es: por la Palabra de Dios.»

En concordancia con lo expuesto, nuestros mayores en la fe confesaron lo que leemos en el Art. 35 de la 'Confesión de fe Neerlandesa': «Ahora, los que son regenerados tienen en sí dos clases de vida: la una, corporal y temporal, que han traído de su primer nacimiento y es común a todos los hombres, y la otra, espiritual y celestial, que les es dada en el segundo nacimiento, la cual se realiza por la Palabra del evangelio en la comunión del cuerpo de Cristo.»

Es el Espíritu Santo el que, por la predicación del santo evangelio, obra la fe. Asimismo podemos decir que es el Espíritu Santo el que, por el anuncio del santo evangelio, obra la regeneración. Por eso, Pablo también se atreve a llamarse –en sentido figurado– padre de los creyentes de la iglesia en Corinto. Por la predicación del evangelio –que primeramente les predicó– recibieron la vida de la fe.

Así pues, en I Cor. 4:15, dice: «Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio».

Las Sagradas Escrituras hablan también de nacer de Dios, y de ser hijos de Dios. Con lo cual nos indican el origen de la nueva vida. Esta nueva vida no la obtenemos de nuestros antepasados; así como tampoco nosotros mismos damos la fe y la vida. Por naturaleza nos oponemos y resistimos cuanto podemos. Pero el SEÑOR es más fuerte que nuestra oposición. Por su Espíritu y Palabra obra El la nueva vida. Esta vida la obtenemos de Dios, y por tanto

hemos nacido de Dios. En Jn. 1:11-13, leemos: «A lo suyo vino y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.»

Aquí, el nacer de Dios se presenta en oposición al nacer de carne y de sangre. Detrás del nacimiento natural está la consanguinidad de los ascendientes y la voluntad de la carne, el deseo carnal y la voluntad de un varón que engendra.

Mas el origen de la regeneración está en Dios. El Padre envió al Hijo para restaurar por Su medio la comunión consigo mismo y ha enviado a Su Espíritu para abrir el corazón al mensaje del evangelio, someter la voluntad e iluminar el entendimiento. Y todos los que ahora, por la predicación del evangelio, aceptan a Jesucristo con fe verdadera, son hijos de Dios, nacidos de Dios y reconocen con gratitud que la nueva vida es un don de su Padre celestial.

Sobre todo, la primera carta del apóstol Juan habla mucho de *ser de Dios, de ser nacidos de Dios, y de ser hijos de Dios*. Por contra y frente a ello, está el ser hijo del diablo.

Los textos son demasiados para citarlos todos; pero valgan algunos, de los más conocidos, como muestra:

«Todo el que hace justicia es nacido de él» (2:29).
«Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (3:1).

«Todo el que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios» (3:9)

«Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no

confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios» (4:2 y s.).

«Hijitos, vosotros sois de Dios» (4:4).

Frente a esto, citemos algunos de la posición contraria:

«El que practica el pecado es del diablo» (3:8).

«En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios» (3, 10). Frente a los que son de Dios, están los que son del mundo:

«Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye» (4:5).

Ser regenerados, ser nacidos de Dios, ser de Dios, ser hijos de Dios, todas estas expresiones tienen el mismo contenido y significado: Designan el origen de la 'vida' de los creyentes; y junto a esto indican la relación en que se hallan para con Dios.

De estos textos también podemos conocer en qué se distinguen los hijos de Dios, de los hijos del mundo o los hijos del diablo.

Los que son nacidos de Dios, creen en Jesucristo y confiesen su Nombre; aman a Dios y cumplen sus mandamientos; también aman a sus hermanos, y son aborrecidos por el mundo.

En todos los tiempos ha habido personas que buscaron la filiación con Dios en tener experiencias misteriosas e internas, o en inspiraciones extraordinarias, o en vivencias externas espirituales.

El apóstol Juan dice que la filiación con Dios se manifiesta en que no amamos al mundo, ni lo que hay en el mundo (I Jn. 2:15-17).

El que seamos nacidos de Dios se manifiesta en que creemos que Jesucristo vino en la carne, y en que lo amamos.

Por el contrario, los hijos del diablo viven en el

pecado; y los hijos del mundo aman al mundo. El origen de la 'vida' de los hijos de Dios es inescrutable. La obra del Espíritu y de la Palabra es insondable. Pero el fruto del Espíritu se hace patente.

Cuidémonos, pues, de llevar mucho fruto. Porque, si bien es Dios quien da la 'vida', la mantiene y la perfecciona, esto no suprime, en modo alguno, nuestra responsabilidad.

«Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu» (Gál. 5:25).

LA JUSTICIA DE DIOS

Cuando oímos hablar de *justicia*, inmediatamente pensamos en castigo y juicio, fusilamiento y horca, venganza y desquite.

Me parece que muchos lectores de la Biblia se sobrecogen cuando oyen o leen algo sobre la justicia de Dios, y que en todo tipo de desastres y juicios con los que el mundo es castigado ven la manifestación de la justicia divina. Mientras que la salvación, que el SEÑOR regala a su pueblo, no la atribuyen a la justicia de Dios, sino a Su misericordia o gracia.

Bien es verdad que la justicia de Dios la podemos ver actuar en los castigos y juicios con que Dios visita a sus enemigos.

Pero, por otro lado, no tenemos que olvidar que la justicia de Dios es la fuente de bendición y salvación con que el SEÑOR colma a su pueblo.

Esto es fácil de demostrar, partiendo del Antiguo Testamento.

Por tanto, si nos ocupamos de las palabras del Nuevo Testamento, siempre tendremos que consultar al Antiguo, pues el Nuevo construye sobre aquel. Para el significado de las palabras del Nuevo Testamento no debemos consultar primero al uso que

el mundo griego y romano hacían de ellas y su alcance, sino al Antiguo Testamento.

Si ahora examinamos los textos en que se habla de justicia, nos llama la atención que en esos pasajes casi nunca se piensa en la justicia divina que castiga y vindica, sino que, por lo general, se hace referencia a aquella virtud de Dios por la que El salva a su pueblo de la angustia, o por la que perdona los pecados.

Cuando las Escrituras dicen que Dios es justo para con su pueblo, esto no está en contraposición con Su fidelidad, Su gracia o Su benevolencia.

La justicia de Dios se acerca en significado muy estrechamente a la idea que comporta la fidelidad divina al Pacto. Cuando hablamos de justo, damos a entender que alguien se atiene a una ley. Un juez justo, por ejemplo, es un juez que sentencia fiel y exactamente según la ley a la que está obligado.

La justicia de Dios da a su pueblo la victoria sobre los enemigos. La justicia de Dios es presentada, la mayoría de las veces, como salvadora, ayudadora, liberadora y saludable.

Ahora bien, por encima de Dios no hay ninguna ley a la cual El tenga que atenerse. Por eso, la justicia de Dios tampoco significa que El se someta a una ley o norma que esté sobre El, y a la que El esté ligado.

Pero cuando las Escrituras hablan de la justicia de Dios, con ello se dice que El, el SEÑOR, se atiene al Pacto que estableció con Su pueblo. El no puede negarse o desdecirse a sí mismo.

Según Su justicia castiga a los enemigos del pueblo de Dios. Pero según Su justicia bendice al pueblo que confía en El y sólo de El espera toda salvación.

El Prof. H. Bouwman, en una disertación que trató sobre «El concepto de justicia en el Antiguo Testamento»

mento», llegó a esta conclusión: «La justicia de Dios es aquel atributo de Jehová con el que trata con los suyos y con los enemigos de los suyos según la relación del Pacto, en virtud del cual bendice a los que son fieles, corrige a los que no lo son, y castiga a los enemigos de los suyos.»

Aquellos que temen a Dios no tienen por qué –ni pueden– tener miedo alguno de la justicia de Dios. Antes bien deben esperar de Dios toda salvación, el cual cumple con Su Pacto. Y ese fue el sentir de los hombres de Dios en el antiguo Pacto.

Veamos algunos textos:

El Salmo 31 comienza así: «En ti, oh Jehová he confiado; no sea yo confundido jamás: *líbrame en tu justicia*». Con esto se hace patente que dicha justicia exige que Dios cumpla Su palabra y atienda a la justa causa del salmista.

En el salmo 35, David, que está en gran necesidad, habla al SEÑOR suplicante y pide ayuda contra los enemigos que lo rodean y se burlan de él: «Tú lo has visto, oh Jehová; no calles; Señor, no te alejes de mí. Muévete y despierta para hacerme justicia, Dios mío. Para defender mi causa. Júzgame *conforme a tu justicia*, Jehová Dios mío, y no se alegren de mí» (vs. 22-24).

David, pues, apela a la fidelidad del Dios del Pacto, a la benevolencia de Dios. Dios ha prometido que ayudará a Su pueblo en días de angustia. Esto es *justicia de Dios*, y a ella apela David en su necesidad.

Lo mismo encontramos en el salmo 71, que comienza así: «En ti, oh Jehová, me he refugiado; no sea yo avergonzado jamás. Socórreme y *líbrame en tu justicia*; inclina tu oído y sálvame». El salmista,

pues, confía que la justicia de Dios lo salvará y liberará, y no defraudará su esperanza.

Que la justicia de Dios está en una misma línea con Su gracia y misericordia lo prueba el salmo 116, donde, en el v. 5, leemos: «Clemente es Jehová, y *justo*; sí, misericordioso es nuestro Dios.»

Cuando Dios *hace justicia* a su pueblo perseguido, no es que lo castigue en Su furor, sino que lo salva en fidelidad a Su Pacto.

Esto aparece muy claro en el salmo 103, donde, en primer lugar, se dice del SEÑOR que perdona toda injusticia y cura todos los males; que libra a la vida de la corrupción y corona a Su pueblo con misericordia y bondades; que sacia su boca con lo bueno y renueva su juventud como la de un águila. Y después, más adelante, continúa el salmista: «Jehová es el que hace justicia y derecho a todos los que padecen violencia», esto es: Dios castiga a los angustiadores de Su pueblo, y ayuda a los afligidos.

Justicia de Dios es lo contrario de *furor (ira) de Dios*, como vemos claramente en Dan. 9:16: «Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad.»

Por último, leamos también Is. 45:21 donde, en una sola panorámica, se nos dice que el SEÑOR es «Dios *justo y Salvador*.»

Quien tenga un libro de concordancias, o una Biblia con llamadas a otros textos, fácilmente puede verificar que (la) *justicia de Dios* es aquella virtud por la que El destruye a sus enemigos, pero por la cual también regala a su pueblo el perdón, da la vida y salva de toda necesidad y peligro.

El apóstol Pablo se suma a este uso de la palabra *justicia* en el Antiguo Testamento. Nos inclinamos a relacionar estrechamente la palabra *evangelio*, con *gracia y misericordia*, debido a que el evangelio trae

el mensaje del perdón de pecados y de vida eterna, y estos dones los tenemos que agradecer a la gracia de Dios. Cuando en la palabra *evangelio* pensamos en *gracia y misericordia*, es ciertamente correcto.

Pero alcanzamos mayor exactitud cuando unimos los dos términos citados, a la palabra *justicia*. Pablo lo hace así, por ejemplo, en la carta a los Romanos.

En Rom. 1:16, ensalza el evangelio de Cristo, y dice: «Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree». La palabra del evangelio es una cosa poderosa y fuerte; hace pasar de muerte a vida; hace renacer al hombre, y otorga perdón y vida; es un medio del Espíritu Santo con el cual transforma la vida y cambia todas las cosas en aquellos que creen. Seguidamente el apóstol declara por qué el evangelio es tal poder: «Porque en el evangelio la *justicia de Dios* se revela.»

Por el evangelio de Jesucristo se revela la justicia de Dios, justicia ayudadora, salvadora y portadora de redención. Asimismo podemos decir que, por el evangelio, Dios incide de modo salvador en la vida de todos los que son conmovidos por el evangelio.

El evangelio es un instrumento de aquella misma justicia salvadora o fidelidad al Pacto, de la cual hablan los salmos, y de la que el Antiguo Testamento abunda.

Pablo no quiere decir simplemente que el evangelio nos cuenta que el SEÑOR ES justo, sino que por el evangelio se revela la justicia salvadora de Dios. Por eso esta justicia se hace activa: los atributos o virtudes de Dios obran, están o inciden en la vida de los creyentes.

EL SEÑOR no es un Dios que tiene su trono en lo alto de los cielos y no se interesa por la vida en la tierra.

Los filósofos hablan de Dios como el 'Ser puro', y nuestros mayores –en una época de apostasía–, hablaban del «Ser Supremo», cuya mano –decían los apóstatas– no actúa en la vida de los hombres. Mas las Sagradas Escrituras hablan del SEÑOR como el Dios que se interesa vivamente por su pueblo; que interviene en la vida de Sus enemigos; pero que también por Sus *justicias*, por Sus obras salvadoras, salva del pecado la vida de su pueblo, salva de la muerte y de la condenación eterna.

La justicia de Dios, en Rom. 1:17, es aquel activo, poderoso y salvífico atributo de Dios por el que perdona los pecados y renueva la vida.

Lutero pensaba en la justicia del hombre (aquella justicia que sea válida ante Dios), y la veía de modo que Dios, por el evangelio, declaraba cómo el hombre debía hacerse justo ante El, es decir, por la fe.

Mas, por *justicia de Dios* no hemos de pensar aquí en una cualidad del hombre que es justo ante Dios.

Por *poder de Dios* (v. 16) tampoco interpretamos el poder del hombre, un poder que valga ante Dios. Y por *ira de Dios* (v. 18) pensamos también en una propiedad y acción de Dios

Así pues, la justicia de Dios, de la que aquí se habla, es asimismo una acción salvífica de Dios que, por el evangelio, perdona los pecados y, de este modo, da la vida. Y todos estos bienes son aceptados por la fe.

De esta misma manera habla Pablo sobre la justicia de Dios, en Rom. 3:21-22 y 26.

El apóstol señala el modo de entender la justicia de Dios, según el Antiguo Testamento. En el v.

21, escribe que la justicia de Dios se reveló sin la ley, sin que allí se mencione el cumplimiento de los mandamientos de la ley. Pero (esa justicia de Dios) da testimonio de la Ley y los profetas. Esto es, el Antiguo Testamento, la ley y los profetas, testifican de esta justicia, como ya hemos mostrado en lo que llevamos dicho hasta aquí.

En el v. 22, Pablo dice que la justicia de Dios se hace activa o llega a su objetivo mediante la fe en Jesucristo.

Dios presentó a Jesucristo por propiación o medio de pacificación. En El estaba Dios reconciliando al mundo consigo (II Cor. 5:19). Sin El no podía Dios revelar Su justicia total y salvadora.

Pero ahora, al fin de los tiempos, en la era del Nuevo Pacto o Testamento, Dios muestra Su Justicia.

Dios es justo, se atiene a sus promesas, manifiesta su fidelidad al Pacto cuando justifica a aquel que vive de la fe en Jesús. La justicia de Dios, o *justicia salvadora* de Dios, desemboca, pues, en el hecho de justificar al pecador que cree en el Señor Jesús. Esto quiere decir que la justicia de Dios desemboca en el perdón de pecados que Dios da por los méritos de su Hijo Jesucristo.

Por lo general, atribuimos el perdón de pecados a la gracia de Dios. Con ello queremos decir que de ninguna manera lo hemos merecido. Y, si así pensamos y hablamos, está bien y es según las Escrituras.

Pero asimismo podemos atribuir el perdón de pecados o justificación a la justicia de Dios. Dios es justo, hace lo que ha prometido, nunca causará agravio a Su verdad, sino que eternamente pensará (=se acordará de) en Su Pacto, y por eso perdona los pecados de todos los que creen en Jesucristo.

En la primera carta del apóstol Juan aparece igualmente claro que podemos esperar de la justicia de Dios el perdón de pecados. En 1:8, dice que nos engañamos y la verdad no está en nosotros, si decimos que no tenemos pecado. Y luego, continúa: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.»

Algunos exégetas lo han explicado así: «Esto es, no que la confesión de pecados merecería, según la justicia de Dios, el perdón de pecados, sino que esta palabra (justo) declara la anterior (fiel), puesto que la justicia exige que alguien cumpla aquello que El ha prometido». (Cf. Sal. 143:1; II Pe. 1:1).

No sólo en este versículo, sino también en 2:29 y en 3:7, el apóstol Juan habla de la justicia de Dios como fuente de salvación para los creyentes.

Bueno será que nos aferremos firmemente a esto.

En la iglesia hay mucha vacilación respecto al perdón de los pecados. En el corazón de muchos se da esta temerosa pregunta –sobre todo cuando se trata de pecados de blasfemia–: ¿Dios quiere realmente perdonar este pecado? ¿No es demasiado grave?

Se sabe ciertamente que Dios es propicio, misericordioso; pero a veces se concibe esta gracia de Dios como un capricho, de modo que El estará dispuesto a perdonar los pecados unas veces sí, y otras no.

Ahora bien, ciertamente no hay perdón cuando permanecemos viviendo en pecado. Tampoco cuando ocultamos nuestro pecado a Dios y no lo confesamos, ya que los pecados no nos son perdonados automáticamente.

Pero cuando sinceramente, con recto corazón, confesamos el mal que hemos hecho, entonces no

podemos ni hemos de dudar un solo instante que Dios absolverá lo que hicimos mal. La razón está en que El es justo. Es decir, que podemos contar con El. El SEÑOR no puede desdecirse a sí mismo. Cien veces nos afirma en Su Palabra que en El hay perdón.

Por lo cual, podemos apelar a Su justicia, como se hace en el salmo 143: «Oh Jehová, oye mi oración, escucha mis ruegos; respóndeme por tu verdad, *por tu justicia*.»

Ahora bien, no debemos pensar que *justicia de Dios*, de la que la Biblia nos habla, signifique siempre una virtud o propiedad de Dios. *Justicia de Dios* también puede significar lo que es justo a los ojos del SEÑOR.

Pienso, por ejemplo, en Mt. 6:33: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y *su justicia*». Con «su justicia» se da a entender la justicia de Dios, esto es, tal justicia o vida justa, que sea acepta a Dios y soporte Su presencia. Los discípulos tienen que intentar entrar en el reino de Dios; ante todo y sobre todo han de comprender que se trata del dominio y señorío de la gracia de Dios. Por tanto, tienen que procurar vivir como justos; han de buscar la justicia de Dios; deben vivir como ejemplos vivos del santo evangelio. Entonces tienen la promesa de que todas las cosas les serán dadas por añadidura.

El mismo uso de «justicia de Dios» lo encontramos en Sant. 1:20: «Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios».

Toda persona ha de estar pronta a oír. Esto es, debe abrir sus oídos cuando la Palabra es predicada, y decir en su corazón: Habla SEÑOR, porque tu siervo escucha.

Es cierto que podemos y debemos contrastar la

predicación con las Sagradas Escrituras y examinar si está de acuerdo con ellas. Pero tenemos que desear oír lo que el SEÑOR tiene que decirnos; y debemos ser tardos a contradecir, y tardos a la ira.

Hay latente en nosotros una oposición a la Palabra del SEÑOR. No queremos dejarnos hablar. Cuando Dios llega a nosotros con sus promesas, decimos de forma indecisa: ¿Se cumplirán realmente? Y, si Dios llega con sus exigencias, somos propensos a decirnos a nosotros mismos de modo displaciente: -Dios habla muy bien, pero nosotros lo tenemos que hacer. Nos hacemos internamente malos cuando seguimos nuestra naturaleza. Santiago apóstol, pues, nos dirá: «Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse» (1:19).

Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. Es decir, cuando un hombre enfadado se opone a las exigencias del Pacto de Dios, entonces no hace lo que el SEÑOR quiere, ni hace derecho y justicia a Dios, ni anda en los caminos del Señor. Aquí, por consiguiente, *justicia de Dios* significa hacer lo que es recto a los ojos de Dios. No se trata, pues, de una propiedad o virtud de Dios, sino de las ordenanzas y derechos de Dios que El exige de su pueblo.

Por ende, tenemos que fijarnos muy bien que las palabras no siempre tienen el mismo significado. Pero tampoco hemos de olvidar que la justicia de Dios es la fuente de salvación para el pueblo de Dios.

Dios es justo, podemos contar con El. Quien cree en esto, no será confundido. Según *SU justicia* hará El justicia a los elegidos que claman a El, día y noche.

JUSTIFICAR Y JUSTIFICACIÓN (ser justificado)

Hasta ahora hemos visto que la justicia salvífica de Dios se revela por el evangelio. También podemos decir que la justicia salvífica de Dios se revela justificando al pecador. ¿Qué quiere decir esto de que Dios *justifica* a un pecador?

Esta expresión la conocemos todos por las Escrituras.

Citaré algunos de los textos más conocidos:

«Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él» (Rom. 3:20).

«Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley» (Rom. 3:28).

«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Rom. 5:1).

«Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (Rom. 4:5).

«¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica» (Rom. 8:33).

«Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para

ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado» (Gál. 2:16).

Si hemos leído detenidamente estos textos, habremos visto que las Sagradas Escrituras establecen un contraste entre ser justificado por las obras de la ley, y ser justificado por la fe en Jesucristo.

Esta contraposición resalta claramente en la conocida parábola del fariseo y el publicano (Lc. 18:9-14). El Señor Jesús dijo esta parábola a unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros.

El fariseo pensaba poder estar ante Dios en razón de sus obras. Agradecía a Dios que no era como los otros hombres y ponía sus obras ante Dios: «Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de lo que gano.»

El publicano, en cambio, estaba convencido que, en razón de sus obras, no podía comparecer ante Dios. Estaba lejos, y no se atrevía a levantar sus ojos al cielo. Confundido, lleno de arrepentimiento, se golpeaba el pecho, y decía: «Dios, sé propicio a mí, pecador.»

Jesús dice de aquel publicano: «Este descendió a su casa justificado», en contraposición con el fariseo, que no lo fue.

Justificar es un acto forense. Cuando un acusado comparece ante un juez, pueden ocurrirle dos cosas: El juez –expresándolo en el lenguaje de la Biblia– lo puede justificar, o lo puede condenar.

De la sentencia de un juez terrenal pueden depender muchísimas cosas. Imaginemos, por un momento, que alguien es acusado de homicidio, o de traición a la patria. Si el juez considera demostrada la acusación, entonces sigue el castigo condenatorio conforme exige la ley: Cadena perpetua, o pena capital. Pero si el juez considera infunda-

da la acusación, entonces se sigue sentencia absolutoria: las puertas de la prisión se abren, y el acusado vuelve a la vida libre y plena.

Cuando la Biblia nos habla de *justificar y condenar*, nos pone ante el tribunal de Dios, y tenemos que habérmolas con El como nuestro Soberano y Juez. Si nos declara culpables, significa la muerte. Entonces Dios está contra nosotros, y si esto es así, perdemos la comunión con El y la vida, y el fin es la muerte eterna. Mas si Dios nos absuelve, entonces El está a favor nuestro, y tenemos vida.

Empero hay dos caminos o modos por los que el hombre puede buscar la absolución. Caminos que tipificaremos en el camino del fariseo, y en el camino del publicano.

El fariseo se imaginaba su relación con Dios más o menos así:

Estaba convencido que Dios había sido bueno para con Su pueblo. Esa bondad consistió en que Dios les había dado la ley. Aquella ley contenía cientos de mandatos y prohibiciones. Dándole a conocer a Su pueblo aquellos mandamientos y prohibiciones, Dios le daba así ocasión de adquirir muchos méritos. Pero con esto también terminó la bondad de Dios. Ahora sería tarea del hombre procurar que, en lo sucesivo, sus méritos aventajaran a sus culpas.

El fariseo se imaginaba a Dios como un administrador fiel que, día tras día, anotaba con todo cuidado las acciones malas y buenas de Sus súbditos. Nadie podía, durante su vida, echar una ojeada a ese libro. Nadie podía saber con certeza cómo estaba aquella contabilidad celestial.

Por tanto, el fariseo mismo era quien tenía que intentar echar la cuenta, metiéndose en una tarea harto difícil.

El fariseo, en Lc. 18, llega a una buena solución. El no era como los demás hombres: ayunaba, daba diezmos, y estaba convencido de que sus buenas obras superaban a las malas.

Sin embargo, por los escritos judíos queda claro que aquella certeza era muy rara, casi única, y normalmente no duraba mucho. Porque por un pecado grave la balanza podía inclinarse hacia el otro lado. De ahí el continuo lamento del Talmud: Ningún hombre puede estar cierto de su salvación, ni incluso a la hora de su muerte.

Tampoco Abraham y David estuvieron ciertos, (según el Talmud), de que sus buenas obras superaban en peso a las malas. ¿Cómo, pues, iba a estarlo un hombre corriente? Si incluso los célebres rabinos, que brillaban como estrellas de primera magnitud en medio del pueblo judío, no estaban ciertos, en su lecho de muerte, de si irían al Paraíso, ¿cómo habría de estar convencido de ello un judío normal, que no tenía tanto tiempo para dedicarse a la «religión»?

La historia de muchos siglos ha demostrado que el camino del fariseo no lleva al fin apetecido. Quien vive de la ley, nunca llega a tener paz. Esto no es culpa de la ley pues es santa y buena, sino que se debe a la debilidad de la carne.

Si la bondad de Dios no hubiese ido más lejos que darnos una ley para ganar por ella la vida, entonces hubiera sido desesperante. Pues aún está en pie lo que Pablo escribió: «Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él» (Rom. 3:20).

Es muy posible que nos permitamos indultarnos a nosotros mismos. También, quizá, se puedan encontrar personas que afirmen que podemos ganar el cielo. Pero esto de poco nos vale. Si tene-

mos que habérmolas con Dios, entonces decimos con el salmista: «Y no entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano» (Sal. 143:2).

Hay, gracias a Dios, otro camino para obtener sentencia absolutoria.

Una vez que Pablo ha dicho que ningún ser humano será justificado ante el tribunal de Dios por las obras de la ley, continúa gozoso con estas palabras: «Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, *siendo justificados gratuitamente* por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús», (Rom. 3:21-24).

Dios ha revelado su justicia salvadora por el evangelio de Jesucristo. No necesitamos nosotros poner en orden ante Dios nuestra cuenta; sino que El mismo la ha saldado mediante el sacrificio de Jesucristo. El es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. El pagó, por su obediencia en vida y muerte, las exigencias de la ley. Nada podemos añadir para nuestra justificación.

Ni precisamos hacerlo, ni lo podemos hacer. No llegaríamos ni por asomo a cuanto Dios ha hecho en Jesucristo.

Somos justificados *gratuitamente*. Somos absueltos sin mérito alguno de nuestra parte. Todo tenemos que agradecerlo a la gracia de Dios. O dicho de otro modo, a su justicia salvadora.

«Y todo esto proviene de Dios, que nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba con Cristo

reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación» (II Cor. 5:18-19).

A pecadores deudores se les anuncia la buena nueva de que Dios justifica a los impíos. No porque muestren buena voluntad o porque prometan ser buenas personas, sino por amor de Cristo.

Si digo que por el evangelio se nos anuncia que Dios justifica a los impíos, no tenemos que pensar que el evangelio nos comunica una doctrina sobre la justificación, sino que de lo que se trata es de que Dios nos absuelve por el evangelio: por el evangelio trae perdón para todo aquel que cree.

A veces ocurre que los reyes terrenales, con ocasión de fiestas muy señaladas, anuncian una amnistía general para personas que han cometido determinados delitos y que, por miedo al castigo, se habían convertido en prófugos. Con esto podríamos comparar lo que Dios hace por la predicación del evangelio: el SEÑOR proclama que en El hay perdón, sentencia absolutoria, perdón de culpa y de castigo.

Pablo escribe: «Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (II Cor. 5:20-21), es decir, para que nosotros fuéramos hechos justos para Dios en Cristo Jesús.

La justificación no nos llega de otra manera que por la Palabra. Hay miles de personas que no tienen suficiente con el evangelio. Dicen que creen, de un modo general, la buena nueva; pero realmente lo que esperan es un mensaje celestial con dedicatoria exclusiva en el cual se les anuncie una abso-

lución especial y personal. Con mucho gusto desearían oír: hermano X, o hermana Z (-con nombres y apellidos-), tus pecados te son perdonados.

Pero éste no es el camino que Dios sigue con nosotros. Si a Dios le ha placido anunciar por sus enviados la absolución y si por ese mensaje fuerza a la fe, ¿nos podemos permitir desconfiar, y preguntarnos incrédulamente si esto también tiene que ver con nosotros?

Las Escrituras no enseñan la reconciliación universal, como si todos los hombres fuesen hechos salvos. El que miles y miles de personas rechacen la buena nueva, es cosa que las Escrituras y la historia nos dan a conocer. Pero las Escrituras también nos enseñan que nadie que por la fe logre la absolución divina, será confundido.

Somos justificados por la fe. Dicho de otro modo: recibimos perdón de los pecados sólo por la fe.

Esto queda claro cuando una y otra vez nos convencemos de cómo llega a nosotros la absolución, esto es, por el evangelio.

El evangelio no es, por así decirlo, una cosa que nos es vertida encima. Es una buena nueva que exige fe. Puede ser rechazado por incredulidad; pero el que obra así, se excluye del mensaje bajo su propia culpa y responsabilidad. Pero esto no agrada al SEÑOR, pues no se complace en la muerte del pecador.

Complace a Dios cuando el evangelio obra la fe y así, mediante la fe, es aceptado.

Pues bien, puesto que la absolución divina llega a nosotros por medio del evangelio, esa absolución o justificación solamente puede surtir efecto en nuestra vida cuando creemos que hemos sido absueltos por Dios.

Que creamos no tiene mérito alguno. En ningún

lugar de la Escritura se dice que somos justificados *a causa de* nuestra fe; sino que invariablemente leemos que somos justificados por la fe. Por eso tampoco podemos gloriarnos en nuestra fe, como si ella fuera algo obrado por nosotros; sino que nos hemos de gloriar en la justicia de Dios, salvadora y absolutoria, que perdona todos nuestros pecados por Jesucristo nuestro Señor.

Como el pobre que pide limosna no se gloria en su mano que tiende, sino en el don que recibe de un rico bienhechor, así nosotros nunca nos debemos gloriar en nuestra fe o creencia, pues no es más que una mano vacía que toma el beneficio inmenso de la justificación o perdón de los pecados.

Ser justificado por la fe es, pues, recibir perdón por la fe. Pero también quiere decir que somos hechos justos por la fe. Mas sobre esto hablaremos en el próximo capítulo.

Ahora sólo quiero hacer notar que es un beneficio excelente cuando Dios nos justifica, y somos justificados por la fe. No sin razón, Lutero y Calvino vieron en la justificación el núcleo del Evangelio.

Yo, según mi convencimiento, no conozco riqueza más grande en el mundo que Dios esté con nosotros. Porque si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros?

Si Dios nos perdonó los pecados, esto supone que no le somos indiferentes. Algunos piensan que el perdón de los pecados no es más que una simple partícula de la salvación, y que después, por nuestro esfuerzo, aún debemos elaborar la santificación, o que aún debemos nacer de nuevo. Una vez oí decir: «Creo que Dios perdona mis pecados, pero aún no he nacido de nuevo». Tal manera de hablar no es según las Sagradas Escrituras, y, por consiguiente, no está de acuerdo con la verdad.

Dios nunca es indiferente hacia nosotros, como tampoco nosotros lo somos frente a El.

Si Dios nos imputa los pecados, está contra nosotros.

Pero si Dios nos perdona los pecados, entonces está por nosotros; nos conoce en todos nuestros caminos, y está en nuestra vida con su Palabra, con su Espíritu y con su gracia. ¿No santificaría, pues, nuestra vida? ¿Y no nos haría nacer de nuevo? Esto es, ¿no nos traería a una vida nueva? ¿No nos ayudaría en toda necesidad y lucha?

Estoy convencido de que si somos justificados por la fe en Jesucristo, también estamos regenerados; pues entonces tenemos una nueva vida en Cristo, en comunión con El.

Si somos justificados, también somos santificados, y pertenecemos a nuestro Señor Jesús y, por El, a nuestro Padre celestial. Esto así, tenemos todo lo que es necesario a nuestra salvación.

Quien se permita dudar de que la justificación o perdón de los pecados es ciertamente tan rico beneficio como arriba se ha expuesto, debiera leer una vez más Rom. 5:1-11, donde, como frutos de la justificación, se nombran los siguientes: Paz con Dios, entrada al trono de la gracia, gloriarse en la esperanza de la gloria de Dios, gloriarse incluso en las tribulaciones, y aquella ciencia que nos hace saber que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, prueba; y la prueba esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado. Y de esto estamos seguros, porque estamos ciertos que Cristo murió por los impíos; Dios ha demostrado su amor perdonador para con nosotros por la muerte de Su amado Hijo, Jesucristo.

Si, pues, somos justificados por su sangre, también por El seremos salvos de la ira de Dios, al fin de los tiempos.

Si cuando éramos enemigos e impíos fuimos reconciliados con Dios (y fue entonces cuando nuevamente se restauró el orden entre El y nosotros mediante el sacrificio de Cristo), ahora estaremos más seguros de que seremos salvos por nuestro Salvador.

Resumiendo: Pablo, en Rom. 8:31 dice: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

JUSTIFICACIÓN POR LA FE (contar por justicia)

Sobre esto he dicho que ser justificados por la fe es recibir perdón por la fe. Pero también significa que somos hechos «justos por la fe.» Acerca de esta *«justificación por la fe»* voy a hablar acto seguido.

Cuando las Sagradas Escrituras se refieren a la justificación, casi siempre la relacionan con la fe.

Por ejemplo, cuando el apóstol Pablo, en Rom. 3, resume su exposición sobre el tema que nos ocupa, lo hace en estos términos: «Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley» (v. 28).

Esto vale tanto para judíos como para gentiles. Porque Dios es uno y el mismo que «justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión» (v. 30).

Si alguien alegase Rom. 4:25: «el cual fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación», y quisiese afirmar que en este texto no se habla de fe, sino de una justificación antes de la resurrección de Cristo, yo no podría aceptar tal alegato.

Porque estoy de acuerdo con aquellos exégetas que, a propósito de este texto, se expresan así: Por tanto «para nuestra justificación» no significa, para nuestra justificación *realizada*, sino «para nuestra justificación *que se realizará*»

Y que esta justificación tiene que ver con la fe, queda claro por los versículos inmediatamente anterior y posterior. En el versículo anterior se trataba de «los que *creemos* en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro»; y el siguiente es el tan conocido «justificados, pues, *por la fe*, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.»

Al hablar sobre la justificación hemos de ceñirnos a las Sagradas Escrituras. Pero no siempre ha sido así.

Mientras escribo estas líneas, me viene a la memoria el recuerdo de algo relacionado con todo esto.

Una vez tuve que sustituir a un compañero en su catequesis, porque se hallaba temporalmente impedido de darla. Al entrar en el local donde tenía lugar la clase, encontré escrito en la pizarra «Los nueve peldaños de la justificación»:

1. Su fundamento eterno descansa en la decisión divina de la preordenación.

2. Está eternamente ligada a la constitución del Mediador.

3. Considerada objetivamente, es ofrecida en el sacrificio de Cristo.

4. En cuanto realizada, se alcanza en la resurrección de Cristo.

5. En cuanto considerada subjetivamente, se adjudica en potencia al elegido por inculcación del poder de la fe.

En los cuatro peldaños o escalones siguientes se

hablaba de la fe, pero no había sido así en los cinco aquí referidos.

Entonces, porque me pareció superfluo cansar a los catequizandos con estas cosas di la vuelta al encerado. Preferí atenerme al Catecismo de Heidelberg (Domingo 23), y a los textos sagrados que se hallan resumidos en dicho catecismo. No es que yo sostenga que los teólogos no puedan ocuparse de los asuntos arriba mencionados. Pero de lo que aquí se trata es de los datos de las Sagradas Escrituras, especialmente del Nuevo Testamento. En éste casi siempre se habla de *justificación por la fe*.

Aquellos que son justificados por la fe, obtienen el perdón de los pecados, son justos para Dios en Cristo, la justicia de Cristo es su justicia, la santificación de Cristo es su santificación, y la santidad de Cristo es su santidad.

Sólo Cristo es el Justo perfecto y el Santo, y en Cristo los creyentes nos encontramos ante Dios «como si yo mismo hubiera cumplido aquella obediencia que Cristo cumplió por mí, con tal que yo abrace estas gracias y beneficios con verdadera fe» (Ct. de Heidelberg, Domingo 23).

Pero también podemos decir que los creyentes, mediante la fe, son ahora justos; o dicho de otro modo: que, en principio, están en la adecuada relación para con Dios. En este sentido se usa con frecuencia en la Biblia la palabra 'justo'. A veces no acertamos a comprender esta manera de hablar de las Escrituras.

Recuerdo que yo, ante la palabra 'justo', siempre me imaginaba un estado o situación 'totalmente sin pecado'. Si entonces se me hubiese preguntado, ¿hay justos?, yo habría contestado sin titubear que no; pues no hay ser humano libre de pecado.

Esta misma respuesta obtuve también de los catequizandos. Estos estaban firmemente seguros de que no existían ni santo ni justo alguno; ni en los que son del mundo, ni en la Iglesia.

Pero las Sagradas Escrituras hablan, una y otra vez, de justos:

«*Porque Jehová conoce el camino de los justos, mas la senda de los malos perecerá*» (Sal. 1:6).

«*Alegraos en Jehová y gozaos, justos, y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón*» (Sal. 32:11). «*Alegraos, oh justos, en Jehová*» (Sal. 33:1).

«*Maquina el impío contra el justo, y cruje contra él sus dientes*» (Sal. 37:12).

«*Decid al justo que le irá bien, porque comerá de los frutos de sus manos. ¡Ay del impío! Mal le irá, porque según las obras de sus manos le será pagado*» (Is. 3:10-11).

Con ayuda de una concordancia bíblica, se puede encontrar un gran número de lugares en el Antiguo Testamento donde se habla así de los justos.

Son llamados justos, no porque estén sin pecado, pues aún tienen muchas faltas, debilidades y miserias contra las que cada día tienen que luchar. Ellos confiesan su pecado, piden perdón, y a veces están profundamente abatidos cuando se apartan del recto camino del SEÑOR. Pero, sin embargo, son algo muy distinto de los impíos, los pecadores, los blasfemos y aquellos miembros del pueblo del Pacto que vuelven su espalda a Dios.

Pensemos en el Sal. 1:1-2: «*Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en Su ley medita de día y de noche.*»

Son llamados justos, porque confían en la gracia de Dios, dirigen su mirada al Señor, esperan,

confían, tienen su esperanza puesta en El; conocen al SEÑOR en todos sus caminos, aman a Dios y viven vigilantes y en oración. En su conducta general viven rectamente para con Dios; reverencian al SEÑOR, y tienen temor de apartarse de sus caminos. Todo esto no se lo deben a sí mismos, sino a la justicia salvadora de Dios. El los ha puesto en esa bendita relación. Por tanto, toda gloria humana está descartada. La gloria es del Señor.

En tiempos del nacimiento del Señor Jesús también había justos. No hemos de buscarlos en el círculo de los principales de Israel. Los fariseos no confiaban en la gracia de Dios, sino en su propia justicia. De ahí que no estuviesen en la verdadera relación con Dios. Los saduceos no se preocupaban gran cosa del culto del Señor. Pero, entre los humildes del país, había justos que esperaban del Señor la salvación.

En Mt. 1:19, leemos que José era justo.

En Lc. 1:6, de Zacarías y Elisabet, se dice: «Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irrepreensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor.» Y en 2:25, está escrito: «Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él.»

El apóstol Santiago habla de la oración poderosa de los justos (5:16); y Pedro escribe en su primera carta, que «los ojos del Señor están sobre los justos (3:12), y que «el justo con dificultad (esto es: a través de mucha lucha y paciencia) se salva» (4:18).

El Prof. Dr. S. Greijdanus, en su comentario a I Pe. 4:18, explica la palabra 'justo', como sigue: «En virtud del contexto, aquí 'el justo' es aquel que no es desobediente al evangelio de Dios; sino que, creyente, lo acepta y obedece. En contraposición con el impío y pecador citado en este versículo, a aquel

se le llama 'justo' porque por la fe en Cristo el Señor es 'justo' delante de Dios, está libre de culpa y castigo, y posee el derecho a la vida eterna, y porque ama a Dios y le sirve, y esto lo manifiesta al atenerse a la Palabra de Dios y al evangelio, a fin de dejarse dominar plenamente por ellos.»

Cuando antes escribía yo *que somos justificados por la fe*, y que lo comprendía de tal manera que por la fe también somos hechos justos, tomaba entonces la palabra *justificar* en sentido escriturístico de la palabra, tal y como tiene lugar en los textos últimamente citados.

Nuestra fe agrada a Dios

Finalmente, quiero aún añadir algo acerca de Rom. 4:3: «Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.»

Abraham confiaba en Dios, el cual le había dado ricas promesas. Contaba incondicionalmente con la fidelidad y la omnipotencia de Dios.

Esta actitud de fe se la contó Dios por justicia. Esto no quiere decir que Abraham, por su fe, o mejor dicho absolutamente a causa de su fe, podía estar ante Dios, o que mereció algo de El. Lo que realmente quiere decir es que Dios aprobó esta actitud de fe. El SEÑOR había establecido Su Pacto con Abraham. Dios, en Su gracia, se había dado a Sí mismo a Abraham, reconoció a Abraham como 'justo', y lo trató como 'justo'.

Esto así, no debemos decir que Abraham propiamente no era 'justo', ni que propiamente no fuera la fe lo que se le contó por justicia; pues ello está claramente expresado. De modo expreso se repite una vez más en el versículo 22 del mismo capítulo.

Primero, se dice de Abraham que creyó en Dios, el cual da vida a los muertos y llama a las cosas que no son, como si fuesen (v. 17). Después, que creyó en esperanza que sería hecho padre de muchos pueblos, conforme a lo dicho: así será tu descendencia (v. 18). A continuación Pablo mostró que Abraham, a pesar de la vejez de Sara y de él mismo, no dudó de la promesa de Dios con incredulidad, sino que con una fe firme tributó gloria a Dios. Estaba plenamente convencido que Dios era poderoso para hacer lo que había prometido (vs. 19-21). Acto seguido, Pablo escribe: «por lo cual también su fe le fue contada por justicia» (v. 22). Es decir: que era justo por parte de Abraham que él creyese; y así, Dios se lo contó por justicia. De este modo, la fe sigue contándose por justicia a todos aquellos que creen en El, el cual levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro.

A Dios le agrada, o complace, si creemos en Jesús el Señor.

En El se nos ha revelado toda la gracia de Dios. En El se han cumplido todas las promesas. Y si nosotros, en virtud de la acción del Espíritu Santo y por el poder del evangelio, creemos las promesas de Dios, entonces el Señor lo cuenta por justicia. Y si nos preguntamos quiénes son los «justos» del Nuevo Testamento o Pacto, la respuesta será que lo son todos los que creen en Jesucristo, los cuales están de nuevo en la verdadera relación con Dios. Que tienen aún muchas debilidades y flaquezas que confiesan diariamente y contra las cuales luchan cada día; pero que, por la gracia de Dios, su conducta está dominada por la fe. Y esto se lo cuenta Dios por justicia.

LA FE Y EL CREER

Al ponerme a escribir sobre *fe y creer*, tampoco tengo la intención de ser exhaustivo. Una ojeada a una concordancia nos hace ver que estas palabras ocurren muy frecuentemente en las Sagradas Escrituras, por lo que es imposible agotar el tema en un breve artículo como éste.

Hubo un autor que publicó un libro de 600 páginas sobre «La fe en el Nuevo Testamento;» y quien quisiera coleccionar los libros que se han escrito sobre este tema, necesitaría una gran biblioteca.

Tampoco es mi intención hacer una disertación dogmática sobre fe y creer. Dejaré a un lado toda clase de discusiones. Quiero, únicamente, sacar de las Escrituras algunas indicaciones que, quizá, puedan servir para desechar ciertas malas interpretaciones, y vencer varias objeciones a la fe.

Fe y creer han tomado en boca del pueblo otro significado muy distinto del que tienen en las Sagradas Escrituras.

Cuando preguntas a alguien la hora que es, y te contesta: «Creo que son las diez», en la respuesta dada se observa que la persona preguntada no lo sabe exactamente, sino que se imagina que es esa

hora, ya que no se atreve a afirmar que la hora de su reloj sea la exacta.

En la manera vulgar de hablar, 'creer' se ha convertido en 'no saber con certeza'. En mi juventud oí varias veces la expresión: «¡Creer, lo haces en la iglesia, aquí debes saberlo!»

«¡Creer, lo haces en la iglesia!» Esta es la cuestión; pues muchas personas pueden pertenecer a la iglesia, y, sin embargo, no creen verdaderamente. En la iglesia, se ha de creer. Pues el evangelio exige y pretende ser creído. Y de la fe depende, ni más ni menos, la salvación.

Cuando el carcelero de Filipo pregunta a Pablo y Silas: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?», la contestación es ésta: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hch. 16:30). Tal es la importancia de creer.

Hay círculos de personas en los que la fe tiene muy poco valor. Pero es triste que también ocurra esto en la iglesia. En ella se habla mucho más sobre «nuevo nacimiento, experiencias y conversión». Naturalmente que no niego la necesidad de todo esto; pero rechazo que pueda hablarse de «nuevo nacimiento, experiencias y conversión», sin fe. Cuando el Señor Jesús, antes de su ascensión, da a sus discípulos su último mandato, les dice: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que *creyere* y fuere bautizado, será salvo; mas el que no *creyere*, será condenado» (Mc. 16:15-16).

De este texto resulta evidente que el evangelio requiere fe, y que la fe se abraza o se adhiere al evangelio. La buena nueva de Cristo, el perdón de los pecados y la vida eterna es el objeto propio de la fe. Es cierto que creemos más cosas que las contenidas en el simple evangelio. Según esa expresión tan conocida de que creemos «todo lo que Dios ha

revelado en Su Palabra», esto es, que Dios creó el cielo y la tierra, y que los sustenta y gobierna; que hay un cielo y un infierno, y que haya ángeles y demonios. Y muchas cosas más. Pero el objeto especial de la fe es el evangelio. Creemos la Palabra, la promesa, el evangelio de Cristo. Promesa y fe se engarzan una en otra como eslabones de una cadena. La promesa puede existir sin que nadie crea; pero la fe no puede existir sin la promesa. La fe es una cosa en nosotros, «algo» que nosotros, en sí mismos, podemos examinar y considerar. No es nada sin su objeto, y ese objeto es el evangelio o promesa de Dios: Cristo mismo, el cual es anunciado por el evangelio.

Que fe y promesa están eslabonadas una en otra, lo podemos ver en un ejemplo del Antiguo Testamento: en la fe de Abraham. A éste se le ha llamado, con derecho, padre de los creyentes.

Su fe es «ejemplar». A veces se tiende a mirar un poco por encima del hombro a los creyentes del Antiguo Testamento. ¡No llegaron, ni con mucho, tan lejos como nosotros!, se dice.

¡Nunca pensemos así!

¡Qué gran fe obró la gracia de Dios en Abraham! Una fe tal, que todos debiéramos envidiar.

En Gn. 15:6, leemos: «Y (Abraham) creyó a Jehová, y le fue contado por justicia». Este texto se cita repetidas veces en el Nuevo Testamento, por ejemplo, en Rom. 4:3, 9:22-23; Gál. 3:6; Sant. 2:23.

Abraham había oído la palabra del SEÑOR; pues, en Gn. 15:1, esta escrito:

«Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande.»

Y en el v. 4: «Luego vino a él palabra de Jeho-

vá, diciendo: No te heredaré éste, sino un hijo tuyo será el que te heredaré». El v. 5, continúa: «Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia.» Luego si está escrito que Abraham creyó en el Señor, esto quiere decir que creyó Su Palabra, que confió en la promesa que el Señor le había dado. Fue una promesa milagrosa y una fe milagrosa.

Milagrosa era la promesa que el Señor había dado a Abraham: se convertiría en un pueblo grande. Todas las generaciones de la tierra serían benditas en él. Su descendencia sería tan numerosa como las estrellas del cielo y como la arena de la mar.

Aún no había tenido con Sara ningún hijo, y, según la esperanza humana, no lo tendría jamás, pues el poder ser madre «había muerto» en Sara. Ella no podía esperar ya ningún hijo; y también Abraham había llegado a una edad en la que ya no tenía el poder de engendrar. Y de Ismael, el hijo de la esclava, no llegaría su verdadera descendencia, sino del hijo que el Señor le había prometido.

Milagrosa fue también la fe de Abraham. Nosotros nos paramos a contemplar a los patriarcas, y encontramos normal que creyeran como creyeron. Tranquilamente admitimos que también ellos no siempre lo pasaron tan bien con las promesas y con su fe. Fue un milagro de la gracia de Dios que Abraham creyese. Era un hombre con los mismos impulsos que nosotros. En sí mismo y de sí mismo, era también semejante a una ola del mar (Sant. 1:6).

No tenía seguridad alguna en sí, sino en Dios. Por lo cual creyó en el Señor.

Para expresar lo que es '*creer*' hay una palabra cuyo significado profundo es: *tener seguridad*, *es-*

tar cierto, confiar firmemente; y está en relación con otra palabra que todos conocemos. Me refiero a la palabra *amén*.

Cuando el Señor Jesús quiere recalcar algo a sus oyentes, dice: *Amén, amén*, es decir, *de cierto*. Y lo podríamos traducir por esto es cierto y verdadero.

Muestra claramente Rom. 4, donde Pablo trata sobre la fe del padre Abraham, que la fe y la promesa se corresponden mutuamente. Una y otra vez se habla allí de la promesa, o de lo prometido, o de lo que había sido dicho (Rom. 4:13-14, 16, 18, 20, 21). Abraham halló seguridad en aquella promesa de Dios, y en ninguna parte más. No había nada en lo que pudiese poner su esperanza. Pero aquella única cosa –la promesa– le era suficiente porque era la promesa de Dios; y Abraham estuvo en la presencia de Dios. Creyente, se inclinó ante la Palabra del Señor, y nos figuramos que diría: «Habla SEÑOR; tu siervo escucha.»

Dios había prometido darle un hijo, y lo cumpliría. Dios había prometido convertirlo en un pueblo grande: ¿Quién, pues, podía dudar?

Abraham se enfrentaba con la promesa de aquel Dios que «da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen» (Rom. 4:17).

Abraham y Sara estaban «muertos»; pero Dios los haría revivir. Ni el hijo ni el pueblo existían aún, ni podían llegar. Pero Dios puede hacer lo que es imposible. El es todopoderoso en su gracia, insondable en su consejo, y maravilloso en sus hechos. El habla, y es hecho; El manda, y existe (Sal. 33:9). Sólo Dios puede crear verdaderamente. El creó cielos y tierra con todo lo que en ellos hay. El se crea un pueblo en Abraham ('muerto') y en Sara ('muerta'), de tal manera que todo lo que el pueblo de Dios es y tiene, se ha de agradecer únicamente a Dios.

La fe de Abraham fue «en esperanza contra esperanza». Su fe iba contra toda esperanza humana. Si miraba a sí mismo y a Sara, no había motivo para esperar. Vio la realidad: no había la más mínima esperanza. Vio que su cuerpo ya estaba «muerto», y que la matriz de Sara también lo estaba.

Mas, aunque no había nada que esperar, creyó «en esperanza». «En esperanza», esto es, con tranquila seguridad, con expectación cierta. Porque Dios había dicho: «Así será tu descendencia.»

Por la fe, Abraham cobró energía y la matriz de Sara vivió.

Abraham se fortaleció en cuerpo y espíritu. La fe lo tenía en pie –como se suele decir–; y no dudó incrédulamente de la promesa divina. De esta manera dio gloria a Dios. La gloria y honor de que Dios es poderoso para hacer lo que había prometido. ¿Diría Dios algo y no lo llevaría a término? ¿Prometería Dios algo y no lo haría?

Resumiendo lo dicho hasta aquí, podemos sacar un par de conclusiones:

a.—El objeto de la fe es la promesa de Dios

Dios habla, y la fe oye; Dios promete, y la fe acepta. El evangelio de Dios es anunciado, y la fe dice: Amén (lo acepta como verdadero y cierto).

Decimos con razón: «creo en Dios»; o «creo en Jesucristo». Pero con esto damos a entender que creemos en el Dios que se ha revelado en Su Palabra, y en el Jesucristo que nos es anunciado por el evangelio.

¿Cómo –de otro modo–, podríamos creer en Dios, sino en razón de su Palabra? ¿Y cómo podríamos creer en el Señor Jesucristo, a quien ninguno de nosotros hemos visto, ni lo ve, sino en razón del evangelio?

Lo que ningún ojo vio, lo que ninguna mano tocó, lo que ningún oído oyó, y lo que no ha nacido en ningún corazón humano, eso es lo que creemos, porque Dios nos lo ha hecho conocer por Su Palabra o promesa.

Todo esto está en consonancia con lo que Pablo escribe al final del capítulo 4 de la carta a los Romanos. Allí viene a decir que sobre Abraham y su fe no se ha hablado para alabarles; que no se nos han contado esas cosas para que nos gloriásemos en aquel padre de los creyentes, Abraham; sino que se han escrito con miras a nosotros a quienes ha de ser contada (la fe), esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro» (Rom. 4:24).

No sólo la fe de Abraham, sino también nuestra fe ha de estar dirigida a Dios. No sólo Abraham tenía que ver con aquel Dios que «da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen», sino que nosotros estamos en las mismas circunstancias. Porque tenemos que ver con el Dios «que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (vs. 24-25).

Nunca hemos de creer en nosotros mismos; ni tampoco en nuestra fe; ni confiar o apoyarnos en nuestra fe. A esto lo llama Lutero corromper la fe, derribar la fe hacia un objeto equivocado. Sino que nos es permitido y debemos creer en Jesucristo, el cual nos es anunciado por el evangelio.

Sin un objeto concreto, la fe no es nada. Es, por así decirlo, una mano vacía que sólo vale algo porque es llenada con las promesas de Dios. Es como una boca hambrienta que es saciada por el evangelio de Dios. Por eso, tampoco hemos de interrogarnos a nosotros mismos si tenemos real-

mente fe; sino decir: ¿Creo de verdad en el Señor Jesús?

No nos preguntemos si tenemos confianza en nuestro corazón; sino si creemos en Dios. En otras palabras: Hemos de tener en cuenta, al examinarnos a nosotros mismos, el objeto de la fe. Nuestra pregunta, pues, será si creemos el evangelio, si creemos la promesa de Dios, si creemos en Jesucristo, el cual llega a nosotros por medio de la predicación.

Una lámpara eléctrica no es fuente de luz, si no está conectada a la corriente. Así ocurre con la fe: no es nada en sí misma. Si no tomamos en consideración el evangelio, a Jesucristo y las promesas de Dios, no encontramos fe alguna en nosotros. De aquí que, cuando nos examinamos a nosotros mismos, hemos de preguntarnos: ¿Creo el evangelio; creo las promesas de Dios; creo en el Señor Jesucristo?

La segunda conclusión, que brevemente quiero sacar, es ésta:

b.—La naturaleza de la fe es certeza

Una fe dudosa es algo así como fuego frío o agua seca. Duda y fe no encajan entre sí. Naturalmente no quiero decir con ello que un creyente no puede dudar, o que el creyente no conoce la tentación o la lucha.

Al contrario, yo me apresuraría a decir que quien no ha dudado nunca, tampoco ha creído nunca. Hemos de luchar cada día contra la debilidad de nuestra fe y contra nuestra irresolución. Pero esto no quita que la naturaleza de la fe sea la certeza.

La fe está cierta de las promesas de Dios, pues tiene que ver con Dios, el cual es todopoderoso en Su gracia, y para el cual ninguna cosa es demasiado maravillosa.

Tantas veces como con fe verdadera aceptamos las promesas de Dios, estamos ciertos del perdón de los pecados y de la vida eterna en Cristo.

Las Escrituras nos enseñan que la duda es pecado y que se origina por la infidelidad. Lo más grave de la duda no es que nosotros mismos nos privamos de un gran consuelo; sino que la duda no da gloria a Dios, pues le deshonra, porque hace mentiroso a Dios. Y ¿no sería esto grave?

En ciertos grupos de cristianos se fomenta, por así decirlo, la duda. A veces esto se considera como una de las mejores características de la fe verdadera.

Puede ser que tengamos que habérmolas con incrédulos; o que entre nosotros se hallen hermanos débiles en la fe. No tratemos con desprecio ni a unos ni a otros. Pero, si las Sagradas Escrituras dicen: «¿Por qué dudaste?» (Mt. 14:31), o: «¿Dónde está vuestra fe?» (Lc. 8:25), y si esas mismas santas Escrituras, al que duda, lo comparan con la ola del mar que se deja llevar de acá para allá por el viento, entonces nosotros no ensalzaremos ni fomentaremos la duda, sino que la combatiremos en nosotros y en otros, mediante el evangelio de Cristo.

Nos es dado creer en Dios, el cual justifica al impío, y perdona misericordioso y magnánimo los pecados de todos aquellos que recurren a Su gracia, en Jesucristo.

Asimismo nos está permitido creer «en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Rom. 4:24-25).

LA CERTEZA DE LA FE

Un caso de muerte repentina nos puede poner, súbitamente, ante esta pregunta «¿Cuál es tu único consuelo, tanto en la vida como en la muerte?»

El mismo Catecismo de Heildelberg, del que ya hemos citado en otras ocasiones, nos da esta respuesta: «Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte (Rom. 14:8), no me pertenezco a mí mismo (I Cor. 6:19), sino a mi fiel Salvador Jesucristo (I Cor. 3:23; Tit. 2:14), que me libró de todo el poder del diablo (Heb. 2:14; I Jn. 3:8, Jn. 8:34-36), satisfaciendo enteramente con su preciosa sangre por todos mis pecados (I Pe. 1:18-19; I Jn. 1:2; 2:12), y me guarda de tal manera (Jn. 6:39; 10:28; II Tes. 3:3; I Pe. 1:5) que sin la voluntad de mi Padre celestial ni un solo cabello de mi cabeza puede caer (Mt. 10:30; Lc. 21:15), antes es necesario que todas las cosas sirvan para mi salvación (Rom. 8:28). Por eso también me asegura, por su Espíritu Santo, la vida eterna (II Cor. 1:22; 5:5; Ef. 1:14; Rom. 8:16) y me hace pronto y aparejado para vivir en adelante su santa voluntad» (Ct. de Heildelberg. Dom. 1).

En esta contestación se confiesa que nuestro único consuelo es ser posesión de nuestro fiel Salvador

Jesucristo. Sin embargo, ¡con cuánta dificultad nos expresamos sobre este asunto!

Si alguna vez se pudiese hacer una encuesta acerca de la certeza de la fe, no me sorprendería que en muchos se diese más duda que certeza. ¿Cómo sería esto posible? ¿Por qué falta en tantos esa gozosa y pacífica certeza del salmista?: «Jehová es mi pastor; nada me faltará» (Sal. 23:1). ¿Cuál es la causa de que en muchos prevalezca la duda? ¿Y por qué muchos no se atreven a decir con el apóstol Pablo: «Estoy seguro de que (...) ninguna cosa nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro»? (Rom. 8:38-39).

Cualquiera que pueda ser el origen de ello, espero estemos de acuerdo en una cosa, a saber: que la culpa no estriba en el SEÑOR, nuestro Dios.

Sé muy bien que en círculos bastante amplios se le censura a Dios, argumentando como disculpa: «La certeza es algo que ha de dársele al hombre»; o «El hombre tiene que volver a nacer»; o «Si no soy elegido, tampoco puedo cambiar en nada.»

Con estas y otras excusas, realmente se echa la culpa a Dios de la propia duda e incertidumbre; aunque, es verdad, nadie se atreva a decirlo abiertamente.

Estaremos de acuerdo en que tal manera de hablar es impía, y que hemos de guardarnos de ella.

Cuando el Señor Jesús encuentra duda e incredulidad en sus discípulos, se lo recrimina, diciendo: «¿Por qué dudaste?» (Mt. 14:31); o: «¿Cómo no tenéis fe?» (Mc. 4:40), o: «No seas incrédulo» (Jn. 20:27).

No; lejos de nosotros esté el poner a la cuenta del SEÑOR nuestra incredulidad, poca fe y duda. Pablo diría: ¡Eso nunca!

Creo que con lo dicho hasta aquí, basta.

Tampoco tenemos que echar la culpa al diablo.

No digo que el maligno no tenga intervención cuando la duda y la incredulidad se multiplican en la iglesia. Pero esto no nos exime de nuestra propia culpa. ¿Por qué preferimos escuchar al padre de mentira, antes que a la verdad de Dios?

Tampoco debemos echar la culpa a la tradición, a la predicación, a la educación, a nuestra predisposición y a nuestro carácter.

Es verdad que todas estas cosas tienen influencia. Igualmente es verdad que para muchos se pueden traer a colación circunstancias atenuantes, y que el SEÑOR las tendrá en cuenta.

Hay ovejas del rebaño de Cristo, a las que se tiene enflaquecidas por una dirección y formación no escriturísticas. La responsabilidad de tales embaucadores y educadores es más grande que la de las ovejas, las cuales han sido de tal modo pastoreadas y alimentadas que están raquílicas. Pero todo esto, sin embargo, no quita que la duda y la incredulidad nos hagan responsables ante Dios, y que sea nuestra propia culpa cuando, rodeados por los tesoros de la gracia de Dios en Cristo Jesús, no sabemos si somos propiedad de El.

No disculpemos nunca la duda y la incredulidad. La duda es incredulidad.

Cuando ponemos algo en duda, es que no lo creemos. El apóstol Santiago coloca frente a frente la duda y la incredulidad. En el cap. 1, v. 6, escribe. «Pero pida (sabiduría) con fe, no dudando nada». La duda fluye de un corazón incrédulo; y la incredulidad hace a Dios mentiroso. Nadie se atreva a decir que esto último no sea pecado. Pues bien, por la misma razón nadie ha de decir que la duda y la incredulidad no sean pecado. Si dudamos, si somos de poca fe, si somos incrédulos (todo esto

viene a ser lo mismo), entonces *pensamos raquíticamente* de la gracia de Dios, *nos fiamos muy poco* de la gracia de Dios, y *no confiamos* en la gracia de Dios.

La gracia de Dios es incomensurable e incomprensiblemente grande, y supera en gran medida a todo lo que se encuentra en el mundo de los hombres.

Para decir *gracia*, también podemos emplear la palabra *amor*. Apenas ocurre entre los hombres, que alguien quiera morir por un justo. Por un hombre bueno, quizá habrá alguien que dé su vida. Pero en Rom. 5:8, Pablo dice: «Mas Dios muestra su amor para con nosotros en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». Esto es lo maravilloso del amor o gracia de Dios: que se dirige y se da a los *impíos*. «Porque de tal manera *amó* Dios al *mundo*, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn. 3:16). Estamos hablando del Dios que justifica al impío. El evangelio de la gracia «es poder de Dios para salvación» de pecadores y pecadoras. Esto vale no sólo para los campos de misión, ni tampoco sólo para la tarea de evangelización que se dirige a los paganos modernos que nos rodean, sino que es y permanece siendo verdad respecto al evangelio que se predica en la iglesia de Jesucristo. La gracia de Dios es y continúa siendo el fundamento de la salvación para el impío. Pero también lo es para el creyente. La justificación del impío no es simplemente un estadio inicial del cual, más tarde, salimos a flote. Que Dios absuelve la culpa y el castigo a los impíos, y les dé derecho a la vida eterna, esto —digo— continúa siendo el ‘ancla del alma’ (cf. Heb. 6:9), hasta en la hora de la muerte. Las Escrituras nunca ponen otro fundamento bajo nuestros pies.

He aquí nuestro único consuelo, tanto en la vida como en la muerte: «que aunque mi conciencia me acuse de haber pecado gravemente contra todos los mandamientos de Dios, no habiendo guardado jamás ninguno de ellos, y estando siempre inclinado a todo mal, sin merecimiento alguno mío, sólo por gracia, Dios me imputa y da la perfecta satisfacción, justicia y santidad de Cristo como si yo no hubiera tenido ni cometido algún pecado, antes bien, como si yo mismo hubiera cumplido aquella obediencia que Cristo cumplió por mí, con tal que yo abrace estas gracias y bendiciones con verdadera fe» (Cat. de Heidelberg, Dom. 23).

El único fundamento de la salvación es, pues, que Dios nos amó, y que Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre por los hombres pecadores, y que el Espíritu Santo nos dio y nos da Su comunión con El por gracia. Una y otra vez hemos de buscar la vida y la salvación fuera de nosotros, es decir, en Jesucristo, por medio de la fe. Y donde esto no se verifica, allí se viene a caer siempre en el terreno pantanoso de la duda.

Bunyan, en su célebre libro «El progreso del peregrino», habla sobre la «charca del desaliento» en la que el cristiano cae, y de la que es librado por el Ayudador.

Un comentarista del librito de Bunyan dice que «carretadas de amonestaciones y predicaciones, confortamientos y consuelos, que son llevados hasta esa «Charca» nunca han podido cegarla.

En verdad que toda la vana predicación de la cristiandad universal, toda la elocuencia de tantísimos maestros, sacerdotes, evangelistas y humanistas dedicados a la erradicación de esta «charca», se ha evidenciado como infructuosa, y como así *lo seguirá siendo* hasta tanto Cristo no sea reconocido y aceptado

como único medio de salvación frente a tal miseria.»

No hay duda de que podemos estar de acuerdo con esta última frase. No hay ortodoxia en la doctrina, piedad de vida, ni cúmulo de buenas obras que puedan formar el fundamento en que podamos estar seguros, tanto en la vida como en la muerte. Jesucristo es el único fundamento de salvación. Solamente El nos ha sido dado por Dios como «sabiduría, justificación, santificación y redención» (I Cor. 1:30).

Pero es posible que alguien diga: «Todo eso está bien y es verdad, y estoy de acuerdo con ello. ¡Pero mi fe es tan pequeña! ¡Si el SEÑOR me diera más fe!»

Contestando a esto, querría recordar aquello del evangelio donde leemos: «Dijeron los apóstoles al Señor: Aumentanos la fe» (Lc. 15:5). A esto lo llamaríamos una petición piadosa. Pero el Señor Jesús responde: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar; y os obedecerá». Como quiera que se expliquen estas palabras, una cosa es cierta —me parece a mí—, y es que el Señor Jesús quiere decir que no se trata de más o menos fe, sino de fe.

Recuerdo de mis años de estudiante, que un célebre pastor evangélico decía con frecuencia: «La fe no es una cosa que puedas comprar por libras, kilos u onzas». También podemos decir, que no se nos ha de dar en libras, kilos u onzas. Cuando la Biblia habla de *poca fe* se da a entender una fe de poca duración, o una fe que piensa pobremente de la gracia de Dios. Con lo cual se va contra la riqueza del evangelio de la gracia; se pone interrogantes a las preciosas promesas de Dios sobre la salvación

y la ayuda en toda necesidad; no se da a Dios el honor que a El le corresponde; y se hace mentiroso a nuestro misericordioso Dios y Padre.

Si tuviéramos una fe como un grano de mostaza, diríamos *sí y amén* a todas las promesas de Dios, y estaríamos seguros del perdón de los pecados y de la vida eterna que El regala por gracia a los pobres pecadores. Dios no es un hombre para que pueda mentir. De manera incondicional podemos contar con Su evangelio. EL SEÑOR es misericordioso, gracioso y grande en bondad. No hagamos inválido el evangelio de la gracia con nuestros «peros» de poca fe, incrédulos y dubitativos; con ellos hacemos el juego al diablo, y no son del agrado del Señor. Con esos 'peros' resistimos al Espíritu Santo, empequeñecemos la gracia de Jesucristo y hacemos escarnio al amor de Dios Padre.

Cuando reflexionaba y leía acerca de estas cosas, me vino a la memoria un relato extraordinariamente hermoso.

Hace bastantes años que el judío Walther Rathenau, Ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, fue asesinado por gentes antisemitas. Su madre escribió una carta a la madre del asesino, diciéndole: -«Llena de compasión indescriptible le tiendo mi mano a Vd. la más desdichada de todas las madres. Diga a su hijo -y ésta es la voluntad del mío- que yo lo perdono, como Dios está dispuesto a concederle el perdón. ¡Ojalá pueda él hacer un reconocimiento sincero ante el juez terrenal, y mostrar arrepentimiento ante el juez celestial! Si su hijo hubiese conocido a mi hijo -el más noble de todos los hombres-, más bien habría vuelto el arma contra sí mismo que contra él. Espero que estas líneas le devuelvan su tranquilidad de ánimo. Matilde Rathenau». Hay algo que hacer notar en estas pa-

labras: que la madre de un hijo asesinado está dispuesta a perdonar al asesino. No puedo imaginar otra cosa sino que ello fue fruto de la gracia de Dios. Pero si la gracia de Dios puede obrar semejante clemencia entre los hombres, cuán grande no tendrá que ser la gracia de Dios misma. Nunca podremos imaginarnos su inconmensurable magnitud.

Grandes y graves son nuestros pecados. Nosotros somos, y continuamos en nosotros mismos, miserables y débiles e incapaces pecadores. Hasta los más santos. Pero ningún pecado es tan enorme que no haya perdón divino para él. Porque la gracia de Dios es infinitamente grande, sin límites. «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Rom. 2:23-24).

Unidad de doctrina y vida

Hace un momento decía que mucho de lo que llamamos duda y falta de certeza de la fe, guarda relación con una visión equivocada de *la gracia de Dios*. Pues son muchos los que la empuñan con su pensamiento, y le prestan poca credibilidad.

La gracia de Dios se dirige a los pecadores, a los impíos. Nuestro único consuelo, tanto en la vida como en la muerte, es y será siempre que Dios justifica a los impíos. Hasta el más santo de los hombres y hasta el día de su muerte, será un mendigo necesitando de la gracia de Dios. Incluso en su último momento le tocará hacer aquella súplica: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lc. 18:13). Sólo cuando vivimos de la gracia podemos y nos es permitido ser consolados, tanto en la vida como en la muerte.

Por consiguiente, siendo así que la certeza de la fe guarda relación con la visión que tenemos de la gracia de Dios, de la misma forma existe relación sobre la certeza de la fe y nuestra conducta. Han habido personas que se han dicho: «Si nuestro único consuelo es que Dios justifica a los impíos, vivamos, pues, como impíos». Pero las Sagradas Escrituras condenan tal manera de pensar y hablar. Quien realmente conoce la gracia de Dios, nunca razonará así. Pues nunca querrá volver a perder la gracia de Dios, porque ello sería más amargo que la muerte. Y el rostro amigable de Dios es más deseable que la vida. Quien cree en la inefable gracia de Dios, también desea vivir para mostrar el evangelio. Fe y vida se corresponden mutuamente.

Bien podemos decir que en el estilo de vida cristiano florece la certeza de la fe; pero ésta misma es rota por una conducta desordenada. La gracia de Dios en Jesucristo continúa siendo el único fundamento de nuestra confianza. Pero esa gracia no sólo quiere perdonar nuestros pecados, sino también renovar nuestra vida. Jesucristo vino al mundo a salvar a pecadores. Ciertamente, pero esa salvación comienza ya en esta vida. La gracia de Dios no sólo perdona nuestros pecados, sino que también echa fuera la soberanía del pecado, y hace, de esclavos del mal, hijos de Dios, libres. Podríamos expersarlo así: la gracia perdona; pero también cura. Quien no quiere el perdón, tampoco recibe la curación; y quien no quiere la curación, tampoco puede retener para sí el perdón. Si rehuimos vivir según la voluntad del SEÑOR, debemos esperar graves consecuencias para nuestra fe. Un modo de vida desordenado destroza la certeza de la fe.

En las Sagradas Escrituras tenemos un ejemplo muy conocido de todos. En Mt. 18, el Señor Jesús

habla de dos deudores. Uno de ellos debía miles de talentos al rey, y no podía pagárselos. Cuando suplicó al rey que tuviera paciencia con él, el rey le perdonó todo. De un plumazo le había sido otorgado el perdón de una gran cantidad de dinero. Diríamos que aquel hombre deberá sentirse tan contento y tan rico como para que también fuera indulgente con otros. Pero nada de esto sucedió. Uno de los consiervos le debía a él cien denarios. Era una bagatela comparado con los miles de talentos que le habían sido perdonados a él. Pero él no lo consideró una nadería; y tomando por el cuello a su deudor, le exigía la devolución de aquella suma de dinero. Aquí no valieron las súplicas. El hombre que le debía los cien denarios fue encarcelado, hasta que pagase el último céntimo. Al oír esto el rey, mandó arrojar en la cárcel a aquel que le debía los diez mil talentos. Y Jesús concluyó, diciendo: «Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.»

Imaginemos ahora que hay alguien que crea que Dios le ha perdonado sus pecados, y que tiene paz con Dios. Pero hay una persona que le ha hecho mal, a la que rehúsa constantemente conceder el perdón; no quiere reconciliación alguna y, por consiguiente, rechaza vivir según el evangelio. ¿Podemos pensar que tal persona pueda tener y mantener verdadera paz con Dios? ¿No debemos creer que este ir contra las exigencias del evangelio corroe la certeza de la fe? El SEÑOR no deja sin castigar tal actitud. Quien no quiere vivir según el evangelio, también perderá la promesa del evangelio, a no ser que se convierta y perdone pronto a su deudor. Si alguien piensa que estas cosas no ocurren realmente, se equivoca de medio a medio. Yo mismo,

en mi vida pastoral, me he encontrado en más de una ocasión con casos semejantes. Insistiré con un ejemplo más, tomado de la Sagrada Escritura, por el que aprenderemos que la certeza de la fe y la piedad de vida se corresponden mutuamente en todo.

Pedro, en el primer capítulo de su segunda carta, escribe: «Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás» (II Pe. 1:5-10).

Mediante esta vida piadosa entramos, por así decirlo, «en servicio constante» cerca de Dios, y con ello aseguramos nuestra vocación y elección. Pero, a la inversa, también es verdad que, rechazando el vivir piadosamente, desbaratamos y hacemos totalmente incierta nuestra vocación y elección. Si a nuestra fe unimos el vicio, la ignorancia, la intemperancia, la pereza, la impiedad y el odio fraternal, entonces nuestra fe morirá y desaparecerá el conocimiento del Señor Jesucristo. He aquí la fuente de las muchas miserias que aquejan la iglesia del Señor. Hemos de buscar el mal no sólo en el poco saber acerca de la Palabra de Dios; el mal reside, asimismo, en no querer hacer lo que el Señor nos pide. Por tanto, consideremos seriamente lo que el apóstol

escribe: «Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle» (Sant. 2:14). En esta economía o dispensación seguimos siendo personas débiles y pecadoras. Y por esta razón la certeza y el gozo de la fe tampoco serán plenamente perfectas en ser humano alguno. Vivamos, pues, sinceramente delante de Dios. He aquí por qué tienen razón de ser aquellas palabras de un formulario para la Cena del Señor, cuando dice: «Por eso debemos estar muy seguros de que ningún pecado ni debilidad, que (contra nuestra voluntad) aún ha quedado en nosotros, pueda impedirnos que Dios nos reciba en su gracia.»

Lo que hace falta, pues, sobre todas las cosas, es sinceridad. Sólo entonces existe armonía entre doctrina y vida. Posiblemente surja la pregunta de si en la iglesia puede darse sinceridad. Que ésta se halla en el mundo, es realmente cierto. Uno de estos días acabé de leer una extraña historia sobre un conocido filósofo, contemporáneo del apóstol Pablo. Se llamaba Séneca. Este escribió, aunque era pagano, cosas que calificaríamos de «bonitas». Enseñó la igualdad de todos los hombres, y en sus escritos se opuso a la esclavitud. Meditó sobre la mansedumbre, y escribió contra la violencia y el robo. Ensalzó la pobreza, y condenó la avaricia. Era muy dado a la generosidad y a la amistad. Sobre estas cosas, en suma, supo escribir «entrañablemente». Pero vayamos a lo extraño del caso.

Un enemigo suyo le reprochó que tenía tantísimos esclavos que ni por el nombre los conocía; que era tan rico que no sabía cuánto poseía; que dejó una herencia de millones que mediante la ayuda de crueles recaudadores de tributos desangró a grandes comarcas; que junto con el César Nerón tomó parte en

toda clase de escándalos, con el único fin de permanecer como ministro etc. etc...

¡Este fue el hombre que, por su manera de escribir, ha sido comparado con el apóstol Pablo!

Es un ejemplo realmente fuerte; aunque bien es verdad que de un pagano. Pero también en la iglesia ha ocurrido que algunas figuras conocidas han vivido «bestialmente». En multitud de ocasiones se comportaron como truhanes. No olvidemos nunca que cosas parecidas pueden también darse en los cristianos, (al menos entre los que llevamos ese nombre). No en vano nuestro Señor Jesucristo, dijo: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt. 7:21). Y no sin razón habló de personas que «atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas» (Mt. 23:4). En este mismo capítulo 23, también dijo: «¡Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones».

Estas palabras no están en la Biblia por casualidad. Están en ella para nuestro aviso. Porque el pecado de hipocresía está también a la puerta de cada uno de nosotros. Creo yo que Satanás se alegraría mucho si llegáramos a pensar que nosotros no podríamos ser susceptibles a ese pecado.

Acostumbrémonos a confesar ante Dios nuestros pecados con nombre y apellidos. Cuando David no lo hizo así, después se lamentó: «Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano» (Sal. 32:3-4). Y fue tan grave, que hubo de decir: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y no quites de

mí tu santo Espíritu» (Sal. 51:10-11). ¿Acaso no se deberá a pecados inconfesados el hecho de que la paz desaparezca y nuestro corazón esté intranquilo?

Cuando el Catecismo de Heidelberg pregunta sobre las buenas obras, nos enseña que debemos hacerlas para que Dios sea ensalzado por nosotros, y, además, para que mediante nuestro recto comportamiento sean ganados para Cristo nuestros semejantes. Pero en la respuesta están también estas palabras: «Además de esto, para que cada uno de nosotros sea asegurado de su fe, por los frutos» (Cat. de Heid., Dom. 32, 1ª resp.). Lo cual no quiere decir, en absoluto, que nuestra fe descansa nunca en las obras. ¿Cómo podría ser así? ¿No es primero el árbol que el fruto? Ciertamente se trata –continuando con el ejemplo– de que un árbol, que ya produce frutos, crece y se hace fuerte. La fe descansa en Cristo, y El es siempre el punto de apoyo de nuestro corazón. Pero esa fe florece solamente si produce frutos. Y si no lo hace, entonces se asemeja a un árbol seco, a un sarmiento muerto, que se corta y es arrojado al fuego. Mas quien por medio de la fe busca y encuentra la vida fuera de sí mismo (en Cristo), ese tal también temerá airar al Señor, y con santo cuidado «obrará su salvación con temor y temblor». Esa fe lleva frutos y tiene sus características. La fe en Cristo impele a la práctica de la piedad, y la práctica de la piedad estimula el gozo de la fe. Así lo dice el salmo 119, en el v. 165: «Mucha paz tienen los que aman tu ley.»

Certeza de la fe y adversidades

En páginas anteriores hablábamos sobre la certeza y la duda, en relación con una equivocada visión

de la gracia de Dios. El fundamento de la certeza está en que el impío es justificado. O dicho de otro modo: Jesucristo y su obra son el único fundamento de la salvación. Sólo la fe que está fundada en El puede estar cierta de la salvación, ahora y en la eternidad.

Ahora quiero decir algo sobre la certeza de la fe y las adversidades que en esta vida *también les acontecen a los justos*. Las Sagradas Escrituras y la experiencia nos muestra que esto es una realidad.

Cuando un mar de miserias cayó sobre Job, «abrió Job su boca y maldijo su día» (Job 3:1). Lo mismo leemos de Jeremías: «Maldito el día en que nací; el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito» (Jer. 20:14). En el Salmo 42, un justo se lamenta: «Dios mío, mi alma está abatida en mí (...) Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí». En otro salmo escuchamos esta queja: «¿Desechará el Señor para siempre, y no volverá más a sernos propicio? ¿Ha cesado para siempre su misericordia? ¿Se ha acabado perpetuamente su promesa? ¿Ha olvidado Dios el tener misericordia? ¿Ha encerrado con ira sus piedades?» (Sal. 77:7-9). Hubo un tiempo en que Israel dijo: «Mi camino está escondido de Jehová, y de mi Dios pasó mi juicio» (Is. 40:27). El ver la prosperidad de los impíos y las adversidades de los justos, puede convertirse en tentación para la fe. Como sin querer, nos acordamos de aquellas palabras: «He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas. Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día, y castigado todas las mañanas» (Sal. 73:12-14).

Así hablaban los píos del Antiguo Testamento. Pero también en el Nuevo nos encontramos con seme-

jantes expresiones y casos. En una conocida parábola se nos narra de un hombre rico, «que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez», y al lado estaba Lázaro (cuyo nombre significa: Dios es ayuda), el cual murió de miseria. En la carta del apóstol Santiago (1:2) se habla de «diversas pruebas» en las que los creyentes se hallan.

Después se habla del «jornal de los obreros», que es menguado por los ricos, y de «los clamores de los segadores», que han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos; y también del justo que es condenado y muerto, y que no tiene poder alguno para oponerse contra la injusticia (5:4-6).

La iglesia a la que fue escrita la carta a los Hebreos tuvo que sufrir la expoliación de los bienes materiales y el castigo de la cárcel; y pasó por momentos tan difíciles que casi estuvo a punto de dudar de la ayuda y de la gracia de Dios. Tanto fue que necesitó la exhortación de que había de mantener firme la confesión inquebrantable de la esperanza; que no había de abandonar su valentía, y que con paciencia y constancia había de andar el sendero que le había sido propuesto (Heb. caps. 10 y 11).

La necesidad puede ser a veces tan grande que el corazón y la carne casi desfallecen en la adversidad.

El dolor abunda en este mundo. Y no sólo para los impíos, sino también para los justos que temen al Señor.

A veces me temo que vivamos sin darnos perfecta cuenta de ello. Es natural que no podamos llevar el dolor de otros. Cada corazón tiene bastante con su propio dolor, y cada hogar tiene bastante con su propia cruz. Un médico no podría hacer su trabajo si tomase sobre sus espaldas el dolor de todos

sus pacientes. Y un pastor sucumbiría si tuviese que soportar todo el dolor que le es dado contemplar. Pero hemos de convivir y sufrir juntos unos con otros. Nos alegramos con los que se alegran; pero ¿lloramos con los que lloran? (Rom. 12:15). ¿Y cumplimos lo que el apóstol escribe: «La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones»? (Sant. 1:27).

Pero, volviendo a nuestro tema, es evidente que la vida está llena de sufrimiento, la mayor parte del cual pasa delante de nosotros y procuramos verlo sólo a distancia. Mas si lo sentimos en nuestra propia carne o entra en nuestro hogar, entonces es algo muy distinto: nos afecta directamente y nos sentimos rotos. Es tanto el dolor que puede llegarnos en la vida, que el corazón, en el sentido literal de la palabra, puede desfallecer. Recuerdo que, siendo aún muy joven, me encontré junto al lecho de muerte de un hombre, padre de familia, que moría en la flor de su vida; y me parece oír a un amigo del moribundo, que decía estas o parecidas palabras: «¿Y por qué tenía que morir precisamente ahora?». Semejantes preguntas brotan en el corazón de los que lloran; semejantes preguntas pueden acosarnos y el demonio susurrarnos al oído: —«Deja a Dios a un lado». Nos puede asaltar el pensamiento de si existe un Dios de amor. Lutero dijo que en alguna ocasión llegó a dudar de la existencia de Dios.

Aquí abajo andamos rodeados de misterios. Sabemos que el sufrir existe a causa del pecado. En el paraíso no había sufrimiento alguno, y en el cielo no se dará más. Asimismo, hay multitud de dolores y lacras que están en relación directa con el pecado. Por ejemplo, el cuerpo se enferma por el

uso desmedido del alcohol o por una vida de desenfreno y pasiones descontroladas. Pero también hay muchas miserias que no están en relación directa con un pecado determinado. Nacen niños que han de soportar durante toda su vida las consecuencias de un pecado del padre o de la madre. Los hospitales y sanatorios podrían dar testimonio de esto. Me imagino que un estado así ha de ser una tentación terrible para los que han de sobrellevarlo.

Hay enfermedades que postran al paciente en cama durante toda su vida, y lo hacen totalmente dependiente de otros. Muchos hombres y mujeres, padres y madres, mueren en la flor de la vida y, humanamente hablando, no debían faltar en el hogar. En cambio, existen multitud de personas malvadas que viven una larga vida. Son muchos también los impíos que, siendo un mal para los pueblos y las iglesias, tienen una vida que parece incapaz de sucumbir. Mientras, vemos cómo personas que, siendo una bendición para el país, para el pueblo y para la iglesia, son cortadas como una flor que hoy florece y mañana se marchita. Los traidores a Dios y a Su culto hacen lo que quieren, y todo lo que emprenden les sale bien; se hacen grandes, ricos y fuertes, y tienen al mundo en sus manos, como se suele decir. Entretanto, cuántos hijos de Dios han de pasar desastre tras desastre, y han de superar desilusión tras desilusión. Si «consideramos las cosas que se ven», no hay quien lo entienda.

Filósofos de todos los tiempos se han devanado los sesos con el problema del dolor. Pero ninguno le encontró solución. Se han escrito libros sobre «lo beneficioso de las adversidades»; pero me parece que no han dado seguridad y paz a nadie. Se ha filosofado que el mal es propiamente un bien; pero no lo han creído ni los mismos que lo discurrie-

ron. Se ha buscado paz en un sino inevitable que pasó como una apisonadora sobre la vida; o en un acaso horrible que a unos repartió a raudales y a otros les negó todo. Mas esto no ha dado, naturalmente, paz a nadie. Parece que al mundo no le quede otra cosa que vivir conforme a aquella antigua máxima del «comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (I Cor. 15:32).

Pero ¿es verdad que en este mundo, lleno de dolor inexplicable, no se puede encontrar paz alguna? Gracias a Dios hay una «paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» (Fil. 4:7). Esa paz sobrepuja todo entendimiento, es decir, no se la puede alcanzar por el intelecto, pero tampoco se la puede disipar por el mismo medio. Esa paz es proporcionada por el evangelio de Jesucristo. Este evangelio anuncia gracias de Dios, perdón de pecados, vida eterna, salvación que jamás perece; pero no da una solución racional a todos los interrogantes de la vida. Por eso, los sabios del mundo lo encuentran una necedad, y a los fuertes del mundo les parece una debilidad. Como mucho, sólo vale para viejos y niños. Pero para los creyentes, es poder de Dios y sabiduría de Dios; enseña a ver por encima de las cosas que se ven, y a las cosas que no se ven, las cuales son eternas e imperecederas; dirige nuestro corazón a Dios y a Jesucristo, el cual es el mismo ayer, hoy y mañana; nos hace proyectarnos hacia un futuro glorioso, hacia un nuevo mundo sin dolor, sin problemas, sin pecado, sin angustias y sin muerte: hacia una existencia donde Dios será «todo en todos.»

Cuando Pablo compara entre sí la gloria que aguarda y el dolor que se sufre, dice: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse». El dolor no puede

sencillamente nada (Rom. 8:18). Y si piensa en la muerte y la vida, en los poderes infernales y en los celestiales, y en cuanto nos puede ocurrir al presente o en el futuro, dice: «Ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Rom. 8:39). Y a los Hebreos, que casi habían perdido todo entusiasmo, se les recuerda: «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Heb. 11:1).

Siempre nos queda la gracia de Dios. Esta es nuestra base, y este es nuestro descanso. Así lo comprendieron los salmistas, cuyos lamentos citamos al principio de este artículo. El poeta del salmo 42 dice a su corazón intranquilo: «Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío». Otro confiesa: «Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre» (Sal. 73:26). Otro, preguntando dolorido si Dios ha olvidado Su gracia, es mantenido en pie por el recuerdo de las obras de Dios: «Me acordaré de las obras de Dios; sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas» (Sal. 77:11).

Sólo hay una medicina contra el pecado y sus consecuencias: el evangelio de la gracia de Dios, que resplandece para nosotros en Jesucristo.

Bienaventurados si creemos ese evangelio, frente a toda tentación. El dolor permanecerá, las amarguras llegarán y la desilusión hará acto de presencia. Nadie se libra de esto. Pero todo pasará a segundo término; pues es pasajero por naturaleza, y no puede arrebatarlos *la vida*. Forma parte de la imagen de este mundo. Esto quiso decir Pablo, cuando escribe: «Pero esto digo, hermanos, que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloren, como si no llorasen; y los que se alegran, como

si no se alegrasen; y los que compren como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen, porque la apariencia de este mundo se pasa» (I Cor. 7:29-31).

Siempre nos queda la gracia de Dios: este es nuestro único consuelo y paz.

SERVICIO Y SERVIR

Servir no le va al hombre. Y nosotros somos hombres.

No debemos pensar que servir no tenga dificultad para el creyente. Es cosa que, una y otra vez, hemos de aprender por la gracia de Dios. Pues, por naturaleza, no somos ni un átomo mejor que los incrédulos. Y éstos no quieren servir, sino mandar.

También los discípulos del Señor Jesús discutieron sobre quién de ellos sería el primero en el reino de los cielos. Que ansiaran el señorío de la gracia de Dios, era bueno; pero que desearan llevar la voz cantante en el reino de los cielos, era desastroso.

Una vez los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron: «¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?». El Salvador, entonces, llamó a un niño junto a Sí, y dijo: «De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos» (Mt. 18:1-4).

Leemos, en otra ocasión, que la madre de los hijos de Zebedeo se acercó a Jesús, se inclinó ante El, y le rogó: «Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda».

Ella desea para sus hijos un lugar de honor, de poder y de grandeza en el reino de la gracia de Dios. Después, el Salvador indica que saldrán con El al encuentro del dolor, y añade, que El no decide sobre el sentarse a su derecha e izquierda. Cuando los otros diez advierten lo que aquellos dos quieren, se lo toman muy a mal a los dos hermanos. ¿Posiblemente porque ellos mismos deseaban los lugares más privilegiados? En cualquier caso, el Señor Jesús los llamó junto a El, y les dijo: «Sabéis que los gobernadores de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos» (Mt. 20:25-28).

En el severo discurso contra los escribas y fariseos, dice de estas religiosísimas personas: «Hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras filas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí» (Mt. 23:5-7). ¡Es tan humano lo que esos guías de Israel quieren! Creo que a todos nos gusta lo mismo: figurar, resaltar, tener poder e influencia.

La aversión a servir ha brotado continuamente en la iglesia, y precisamente los mejor dotados corren el peligro más grande en esto. Pero ya les dijo el Salvador, y nos dice a nosotros: «Vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque

uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mt. 23:8-12).

Incluso en la conversación durante la Santa Cena, no pudieron dejar de preguntar quién de ellos debía ser estimado como primero. En Lucas, leemos: «Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve» (22:24 ss.).

En la sociedad y en la época del Señor Jesús, la palabra *servir* era bien conocida; pero nadie la quería en su vocabulario. Con esto quiero decir que todo el mundo estaba dispuesto a dejarse servir por otros; pero en modo alguno a ser ellos los servidores. Servir era algo bajo, propio de esclavos (que para eso estaban en el mundo). A ellos les tocaba hacer el trabajo pesado; e incluso las mujeres sólo valían para servir. Pero el hombre, según la opinión de los griegos, estaba en el mundo para dominar y ser servido. Esto no sólo era así en la práctica, sino que también, como teoría, se defendía.

Hace unos días, leí la siguiente frase en un libro de aquella filosofía: «El mejor debe arrebatarse lo que tenga el que es peor; el bueno debe dominar sobre el menos bueno; la elite debe tener más que la plebe». De lo que se deduce que «el mejor»

era el jayán, el tipo peligroso, el que tenía algo en su mochila y en su fuerza. Después, me encontré con esta otra pregunta: -«¿Cómo puede ser feliz un hombre que sirve?». Tal cosa se tenía sencillamente como algo completamente imposible. Ser feliz, podía serlo únicamente el hombre libre, que no dependía de nadie ni de nada, que sólo vivía para sí, y que se bastaba a sí mismo. Para ser feliz, un hombre debía tener potestad y mando para hacerse servir. Existía, si no me equivoco, un solo servicio que para el griego no era indigno: el servicio a la ciudad o del estado. Pero tengo para mí que esto era más por el honor y la dignidad que por el servicio.

Así pensaban los griegos. Pero así piensa, en el fondo, todo hombre. Y ésta ha sido la práctica a través de todos los siglos: que todo el mundo ha encontrado más «bienaventurado» ser servido que tener que servir. El principio es válido a nivel nacional, social, gremial y personal, y a todos los niveles.

En el mundo racional ocurre algo parecido a lo que acontece en el mundo animal: el más fuerte se queda con la parte mayor, y el más débil ya puede estar contento con el resto. El más poderoso se deja servir, y los demás deben sentirse satisfechos de que se les permita servir al poderoso. Cada uno, por naturaleza, piensa primero en sí mismo, luego en sí mismo, y siempre en sí mismo, y quizá llegue la ocasión de que, finalmente, se acuerde del prójimo.

A veces, también ocurren en la iglesia las cosas del mundo. En cierta ocasión, pregunté a un anciano por su congregación. «¡Ah!» -me dijo- «hay demasiados ancianos gobernantes, pero ancianos que quieran servir, ¡hay tan pocos!».

Gobernar y servir no tienen por qué estar en contradicción. Pero, con frecuencia, esto es lo que ocurre. He conocido hermanos que se han entre-

gado de pies a cabeza en su servicio a la congregación. Donde había penas, enfermedad, tristezas o desavenencias, allí estaban ellos. No pensaban en sí mismos, sino en los demás, y se entregaban al Señor y a Su pueblo. Pero también los he conocido que podían hablar importantemente en una asamblea, pero que no pensaban en las viudas y huérfanos, en los pobres y solitarios. ¡Tenían para eso tan poca capacidad! No les iba, según decían. Ciertamente querían gobernar, pero no servir. Me he preguntado ¿por qué, pues, aceptaron su ministerio, si no querían servir?, pues ministrar significa servir.

Lo mismo le puede ocurrir a un ministro de la Palabra, es decir, que quiera dominar. Y también le puede ocurrir a un diácono (literalmente: servidor) que no piense en los demás, sino en sí mismo. Le puede ocurrir, en suma, a cualquier cristiano. Vigilemos, pues, todos nosotros para estar dispuestos a aquel servicio (ministerio) a que el Señor nos ha llamado.

Servicio obligatorio general

En la última frase hemos dicho que todos los creyentes tienen una vocación de servicio, según las dotes y poderes que recibieron. En la iglesia existe un servicio obligatorio general.

Estas palabras las usamos para el servicio militar; pero no estaría mal si también las empleáramos para la tarea que todo creyente ha de cumplir.

En la iglesia existe un servicio obligatorio general, si bien muchos se substraen de él. Se me ocurre que el convencimiento de que cada cual tiene un servicio en la iglesia ha desaparecido. Muchos apenas tienen una vaga idea al respecto, y no pueden contestar a la pregunta de en qué consiste su servicio.

Que un «servidor (ministro) de la Palabra» tiene que servir, está realmente claro; que un anciano tiene un cargo, esto es, un servicio, también se comprende aún; que un diácono debe servir, es evidente. Pero que el cargo de cada creyente también signifique que cada uno tiene que realizar un servicio, no aparece tan claro a todos. Si se habla del cargo u obligación de los creyentes, entonces más de uno piensa en la necesidad de unirse a la verdadera iglesia; pero que toda su vida ha de ser de servicio, es decir, de entrega al Señor y al prójimo, esto –repito– es algo que se vive muy poco en nosotros. Y, por lo tanto, muy poco habrá que esperar...

Naturalmente que todos nosotros hemos leído alguna vez lo que en el Catecismo de Heidelberg (Dom. 21) se dice sobre la comunión de los santos: «(...) que cada uno debe sentirse obligado a emplear con amor y gozo los dones que ha recibido, utilizándolos en beneficio y salvación de los demás». Pero, ¿sabemos pasar de la obligación a la acción, a hacer la voluntad del Señor?

Ha habido filósofos que han sostenido que la voluntad siempre sigue a la razón. Pero yo creo que han hablado así porque no han tenido una idea clara de la práctica de la vida.

Podemos saber de memoria lo que en el Catecismo citado se dice acerca de la comunión de los santos; pero ese saber no presupone que nos comportemos como miembros vivos de esa comunión. Está bien que se sepa; pero el solo saber no hace feliz. El Señor Jesús, al término del lavatorio de los pies, dijo a sus discípulos: «Si *sabéis* estas cosas, bienaventurados seréis si las *hicieréis*» (Jn. 13:17).

De este servicio obligatorio general, del cual nadie debe eximirse, habla Pedro de modo claro, en es-

tas palabras: «Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados. Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén» (I Pe. 4:8-11).

¿Cómo es que apenas hay resultados de ese servicio obligatorio general? Este es un hecho que yo creo que no se puede negar. ¿Dónde está el motivo? ¿Cómo mejorar? ¿Hemos de resignarnos porque siempre fue así en la iglesia y así seguirá siendo? ¿Hemos de consolarnos porque esto sea aún más grave en otras iglesias o en otros países, o porque entre nosotros aún pueda parecer menos grave, ya que, a pesar de todo, aún se realiza algún servicio?

Por lo que a mí me toca, lo encuentro un triste consuelo. Y creo que a todo creyente también. Tendremos que llamarnos constantemente la atención y remitirnos unos a otros hacia Aquel que sirvió en vida y muerte, y que ahora, Salvador viviente, es la Fuente y Manantial de todo servicio auténtico y cristiano. Si algo falta a la comunión recíproca y al servicio de unos por otros, el origen está en que algo falla o falta en la comunión con nuestro Señor Jesucristo. Pues si esto último está en orden, también resultará ordenado nuestro servicio mutuo.

Hace un momento citaba la segunda parte de la respuesta 55 del Catecismo de Heidelberg. Pero ésta encuentra su fundamento en la primera, a saber: «Que todos los fieles en general, y cada uno en

particular, como miembros del Señor Jesucristo, tienen la comunión de El y de todos sus bienes y dones». Si estamos llenos del amor de Dios, que nos ha sido mostrado en Cristo; si somos ricos en la gracia que El nos ha mostrado; si hemos sido conmovidos por el servicio de Cristo en su vida y muerte, entonces, como punto obligado, nosotros también estaremos dispuestos a servir.

Jesucristo es el único que se ha entregado totalmente a Sí mismo por otros. Y así se presentó personalmente en el evangelio. Recordaré una vez más el texto de Mc. 10:45: «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». El tenía poder para ser servido; más poder que nadie en el mundo. A El le fue dado todo poder en el cielo y en la tierra. El era el Señor de todo lo creado. Pero vino a este mundo para servir. Toda su vida fue de servicio.

El no «se agradó a sí mismo», como dice Pablo en Rom. 15:3. No le importó su propia persona, sino que buscó la salvación de otros. La salvación de pecadores. No porque lo merecieran, sino porque El los hizo dignos de ello. Trabajó incansablemente por otros. Curó a enfermos, dio la vista a ciegos; hizo oír a los sordos; a los pecadores perdonó sus iniquidades... Se puso a disposición de todos los miserables, de los perseguidos y de los necesitados. El pudo decir: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza» (Mt. 8:20). Su pan de cada día fue hacer la voluntad del Padre, y esa voluntad del Padre era que El buscaría y salvaría lo que se había perdido. En esto fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. No sólo su vida, sino también su muerte fue de servicio a los peca-

dores, para así rescatarlos del poder de las tinieblas, y ser propiciación por todos sus pecados. Cuando Pablo estimula a los Filipenses a que ninguno mirara por el propio interés, sino por el de los demás, escribe: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios, como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filp. 2:5-8).

Muchos exégetas suponen que Pablo cita aquí un salmo en honor de Cristo, y que la iglesia en Filipo habría cantado este himno a Cristo. En cualquier caso, son frases que elogian al Salvador. El era en forma de Dios, esto es, El y el Padre eran uno; El participaba en la gloria del Padre; pero ese ser igual a Dios no lo consideró una «presa», ni lo quiso conservar para sí a la fuerza.

En mi juventud y en mi medio ambiente se hablaba de «artículo de presa», cuando tal o cual cosa era deseada y comprada por todo el mundo. Cristo no puso su anhelo en gloriarse en la magnificencia divina. Antes al contrario, «se despojó a sí mismo». Lo cual se declara en las palabras siguientes: «Tomando forma de siervo» (literalmente: «figura de esclavo»). El se hizo siervo de Dios y servidor de los demás. Y en esto, nuestros pensamientos se dirigen inconscientemente al lavatorio de los pies (Jn. 13). Todos los discípulos se consideraban demasiado importantes para hacer aquel trabajo de siervos. Para ello debía venir un esclavo; y si no venía no había lavatorio. Lavar los pies era demasiado bajo para ellos, y tampoco podía pedírseles a unos hombres libres. Entonces, se levanta Jesús, el Señor. La Bi-

blia dice expresamente que El conocía su poder, y sabía «que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba». Y aun sabiendo esto, se humilló a lavar los pies de sus discípulos. Una vez que lo hizo, dijo: «Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que lo envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicierais.»

Con este lavatorio de los pies se tipifica toda la vida de Cristo; y su servicio termina en la muerte, en la muerte más ignominiosa y dolorosa: la muerte de cruz. ¿En qué parte del mundo se manifestó nunca un tal servicio de amor? No hay quien se entregue por sus enemigos. Esto lo hizo Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.

Comunión con la Fuente

En El está ahora la fuente de todo verdadero servicio (ministerio). Y ha llegado el momento de que tengamos comunión con El. Esto es posible, pues El vive. Tenemos un Salvador que vive, y que está sentado a la diestra del Padre. No es un ejemplo pasado lejano al que tenemos que seguir; sino que nos regala su Espíritu, y nos rodea con su poderosa gracia.

Cuando, por la fe, tenemos comunión con El, estamos unidos a aquella fuente de poder que nunca confunde, y que nos apareja para todo buen servicio. Sin El nada podemos hacer; pero por su gracia lo podemos todo.

Pablo viene a decir que él ha trabajado más que todos los apóstoles, y que ha servido y se ha desgastado más que los demás. Sus palabras parecen engreimiento; mas enseguida añade: «Pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (I Cor. 15:10).

Cuando tantas cosas faltan a nuestra comunión fraternal, el fallo no tiene otro fundamento que el fracaso de nuestra comunión con Cristo y su Espíritu. Este fracaso no está en El, como si no nos quisiera recibir en su comunión, como si no nos quisiera dar su Espíritu. Imaginar tal cosa sería impío, pues sería imputarle a El nuestra culpa.

Por un momento pensemos en nuestro bautismo. Fuimos bautizados en el nombre del Espíritu Santo. Con ello nos asegura el Espíritu Santo «que quiere morar en nosotros y santificarnos como miembros de Cristo, apropiándonos lo que en Cristo tenemos, a saber, el lavamiento de nuestros pecados y la renovación diaria de nuestra vida» (Cf. «Formulario para el Bautismo en las Iglesias Reformadas»).

A la renovación de nuestra vida también pertenece el que somos hechos dóciles y dispuestos para emplear nuestros dones y fuerzas en el servicio de los demás. Podemos contar con el Espíritu Santo, no dudando, sino creyendo.

Existe la posibilidad de que lo rechazemos o resistamos por nuestra incredulidad, la cual menosprecia Sus promesas. Miremos de no hacer tal cosa. Porque entonces estaremos pretendiendo ser servidos, y no nos entregaremos a los demás; sino que queremos aprovecharnos de ellos; sólo nos miraremos a nosotros mismos, serviremos a nuestros deseos y viviremos según el dicho de que «La caridad bien entendida empieza por uno mismo», que es el principio del egoísmo. Pero entonces terminaremos por oír de boca del Hijo del Hombre aquellas palabras:

«Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer...» (Mt. 25:42 ss.).

Pero tenemos gloria anticipada cuando, por la fe, vivimos en comunión con Cristo y su Espíritu, como miembros vivos de su cuerpo. Y en esta unión El nos enseña a servir. No lo haremos perfectamente, ni en un abrir y cerrar de ojos, ni sin lucha, caída y levantamiento; pero El nos lo enseña, porque El es tan fiel como poderoso. Y así, un día, oiremos de sus labios: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer...» (Mt. 25:34 y ss.).

Hacer la voluntad de Dios

Acabamos de hacer notar que Cristo Jesús es la única Fuente o Principio de todo verdadero servicio a Dios, y al prójimo. La vida de nuestro Salvador se resume en una sola palabra: servicio. Nunca se estimó a sí mismo, sino que siempre buscó el honor de su Padre y la salvación de su pueblo. No hizo jamás su voluntad propia, sino la voluntad de Aquel que lo envió: como dijo en Jn. 4:34: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.»

Sólo por la comunión con Jesucristo llegamos al verdadero servicio de Dios. Es decir, sólo por el Espíritu Santo llegamos a la verdadera religión; o, dicho de otro modo: sólo por la fe en Cristo aprendemos a renunciar a la voluntad propia y a hacer la voluntad de Dios, la cual es la única buena y verdadera.

Porque si preguntamos en qué consiste el servicio a Dios, debemos responder: Hacer la voluntad

divina. El Señor Jesús nos lo enseñó a pedir: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra». En el cielo es hecha la voluntad de Dios por los ángeles: Dios es servido por ellos. Nosotros no nos podemos hacer una idea de esto, pero las Escrituras nos lo enseñan. En Daniel 7:10, leemos: «Millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él». Y en Heb. 1:14: «¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?»

Cuando el Catecismo de Heidelberg nos declara la tercera petición del «Padre nuestro», dice: «Es decir, haz que nosotros, y todos los hombres, renunciemos a nuestra propia voluntad, y con toda humildad obedezcamos la tuya que es la única buena, para que cada uno de nosotros cumpla su deber y vocación, tan fiel y gozosamente como lo hacen los ángeles en el cielo». Con lo cual queda maravillosamente expresado lo que es servir. Expresado en forma negativa, es renunciar a la propia voluntad; no hacer caso de los deseos propios; no buscarse a sí mismo; no hacer prevalecer nuestra propia opinión, no aferrarse al yo; no buscar el provecho propio, o la felicidad, o el honor, o el nombre. En una palabra: renunciarse a sí mismo. Expresado positivamente, es hacer la voluntad de Dios, entregarse al Señor y a su servicio, preguntarle de corazón: ¿Qué quieres que haga? Ponerse a disposición del Padre celestial, y vivir con obediencia de niño según Sus mandatos.

Así hablan las Escrituras sobre el *servicio* a Dios, o sobre la verdadera religión. La palabra *servicio* ha perdido mucho de su significado original en nuestro lenguaje corriente. No se oye mucho hablar adecuadamente de *servicio* (verdadera religión). En

cambio, si se nos pregunta sobre esto, con frecuencia decimos la religión a la que pertenecemos. Uno dirá que es romano-católico; otro que cristiano reformado, etc., etc. Pero estoy por asegurar que casi nadie, al pronunciar la palabra religión (servicio), pensará en el servicio a Dios, o en hacer la voluntad de Dios. Pensamos más bien –me parece a mí– en la convicción de fe que alguien tiene; queremos decir lo mismo que si preguntamos: ¿Qué fe tiene, o de qué fe es? Si alguien es de la iglesia romana, entonces cree lo que la iglesia romana cree; y el cristiano reformado tendrá una convicción reformada.

Pero me parece que la convicción de que la religión tiene que ver, sobre todo, con *servir*, está bastante en descenso, y que el servir a Dios, es decir, el hacer Su voluntad, apenas se llega a realizar.

Por lo cual, está bien que mutuamente nos recordemos que toda la vida del cristiano ha de ser servicio, y que esto nada tiene que ver con una ocupación fastidiosa que nos ha sido impuesta y que desarrollamos suspirando y renqueando. Las cosas no son así. El verdadero servicio a Dios no molestó nunca a nadie. ¿Podemos dar crédito a las palabras del Señor Jesús? «Mi yugo es fácil, y ligera mi carga (Mt. 11:30).

Si no me equivoco, muchos cristianos reformados, de cualquier congregación que fueren, se han ocupado, por lo general, más de la doctrina que de la vida. Frecuentemente se puso más acento en la pureza de la doctrina que en una conducta pía o de servicio del Señor. Se estudió más diligentemente la dogmática que la ética, y se discutió con mayor celo sobre la doctrina que sobre el intento de hacer perfectamente la voluntad de Dios en la vida práctica.

A esto se unió que predicar sobre la promesa y

la fe, sobre las necesidades de la vida y la oración, era de más peso que predicar de lo que, por parte del Señor, se nos amonesta y apremia, o sea, sobre el cumplimiento de los Mandamientos de Dios. Y eso que las Escrituras están llenas de amonestaciones y mandatos. Tendríamos que dejar casi la mitad de la Biblia si prescindieramos de los Mandamientos de Dios.

En absoluto propugno aquí el que la doctrina sea de menos peso que la vida. Ni pienso con esto defender que no importa tanto lo que creamos, con tal que nos fijemos como meta dar testimonio del evangelio. Pues la fe en Jesucristo, que se nos anuncia en el evangelio, es requisito indispensable para una vida pía. Por eso, la predicación del evangelio y de la doctrina de la verdad debe ir en primer lugar. Porque sin fe en la buena nueva no brota ninguna buena obra. El Catecismo de Heidelberg tiene toda la razón cuando a la pregunta: «¿Qué son buenas obras?», en primer lugar, dice: «Únicamente aquellas que se realizan con fe verdadera» (Cf. Cat. de Hed., preg. 91).

Pero sí quiero realmente abogar porque dediquemos más atención a un servicio del Señor que abarque y llene toda nuestra vida. Cuando el Salvador envía sus discípulos al mundo, les encomienda, en primer lugar, predicar las buenas nuevas: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Pero a esto, añade: «Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mt. 28:19-20). La segunda parte de este encargo es tan importante como la primera. Quien no quiere saber nada de lo último, no ha comprendido mucho de lo primero. Quien no hace la voluntad de Dios, y no cumple lo que Cristo ha ordenado, po-

drá elogiar con la boca el evangelio; pero no lo ha creído verdaderamente. Porque quien de corazón cree la buena nueva y se ha hecho obediente al evangelio, para ése es poder de Dios para salvación; para ése, el evangelio es una fuente de vida santa, una vida de servicio.

En nuestra vida sólo existen dos posibilidades de servicio: o a los ídolos, o al Padre de nuestro Señor Jesucristo. Decía yo, que tenemos que negar nuestra propia voluntad. Esto equivale a decir que tenemos que deshacernos de los ídolos. Porque la idolatría y el servicio al SEÑOR no pueden ir juntos. Es imposible hacer a la vez los deseos del diablo y llevar a cabo la voluntad de Dios.

En la tercera tentación de que fue objeto el Señor Jesús en el desierto, «le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adoraras, y a él sólo servirás» (Mt. 4:10). Únicamente el Señor tiene derecho a todo el amor de nuestro corazón y, por consiguiente, nuestro servicio prestado con todos los dones y fuerzas que El nos dio. Pues el primero y grande mandamiento dice así: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mt. 22:37). Si hacemos esto, no quedará nada que dedicar a los ídolos.

El Señor Jesús, de modo muy expreso, dijo a sus discípulos: «Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mt. 6:24). Y en lugar de las riquezas podemos nombrar también otros ídolos. Somos propiedad de Cristo e hijos de Dios,

con todo lo que somos y tenemos. Todo nuestro ser ha sido comprado muy caro, por eso serviremos a Dios con todas nuestras fuerzas y a lo largo de nuestra existencia.

Cuando Zacarías canta su himno, engrandece al Señor que miró a Su pueblo y lo redimió, y suscitó un poderoso Salvador, y cumplió las promesas hechas a David. El salvó a Su pueblo de todos los enemigos y de la mano de todos los que le aborrecían; manifestó misericordia, y se acordó de su santo pacto y del juramento hecho a Abraham. ¿Y para qué debía servir todo esto? He aquí la respuesta: «Que nos había de conceder que, librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días» (Lc. 1:73-75).

La vana religión

Hay mucha religión y religiosidad vanas. Esto ocurre siempre y en cualquier lugar donde se vive según las prescripciones humanas o según la vieja tradición que no está fundada en el mandato de Dios. El Señor Jesús se opuso tajantemente contra los fariseos y escribas, los cuales vivían según la tradición de los antiguos y, mientras tanto, invalidaban el mandamiento de Dios. Dios había mandado honrar padre y madre. Pero los escribas habían inventado un método para evadirse de ello. Cuando alguno tenía a su padre o a su madre necesitados y no deseaba ayudarle, decía: «¡Qué desgracia!, yo querría poderle ayudar, pero cuanto tengo lo he dedicado al Señor». Pero el Señor Jesús les respondía: «Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición. Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me hon-

ran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres» (Mt. 15:6 ss.).

Los que a lo largo de los siglos se han fabricado una religión a su capricho, han hecho de ella algo demasiado molesto e incómodo. Hasta en las mayores pequeñeces quisieron hacer una obra agradable a los ojos de Dios. Los fariseos diezmaron la menta, el eneldo y el comino; ayunaban dos veces por semana; cumplían mil y un preceptos que los escribas habían formulado en el Talmud como preceptos de Dios. Pero el Señor Jesús no dijo nada bueno de ellos. Aun con toda su religiosidad, El los llamó «guías ciegos», que «coláis el mosquito, y tragáis el camello». Y les reprochó que descuidaban lo más importante de la ley: «la justicia, la misericordia y la fe» (Mt. 13:23).

El apóstol Santiago dice muy duramente: «Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana» (Sant. 1:26). Es posible que esto nos parezca un poco exagerado. Se puede servir a Dios sinceramente, y tropezar en el hablar. No creo que haya nadie que se atreva a negarlo, ni siquiera este apóstol de Jesús. No se trata aquí de ofender con una palabra, y de equivocarse una vez con la lengua. Sino que quiere decir que quien deja rienda suelta a su lengua, sembrando con ello toda clase de calamidad y produciendo un «mundo de injusticia», podrá pensar que es muy religioso, pero tal religiosidad significa muy poco. El que con su boca siembra tanto mal, debe primero aprender a servir a Dios refrenando su lengua. Un recto uso de la lengua es parte del verdadero servicio de Dios.

No sólo con la lengua, sino también con todo el cuerpo hemos de servir a Dios. Con todos sus miembros y fuerzas. Pablo dice a los romanos: «Así que,

hermanos os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios que es vuestro culto racional» (Rom. 12:1). También podríamos traducirlo de esta manera: Esta es vuestra verdadera religión: un servicio de Dios, un servicio que realmente merece tal nombre.

Por lo general, las personas, cuando se trata de religión, piensan antes en lo «interno» que en lo «externo». Y debemos felicitarnos de que los cristianos, últimamente, se fijan más en el aspecto humano, físico del hombre. Podemos servir a Dios con nuestra lengua y boca alabándole y diciendo siempre la verdad; podemos servirle apartando los ojos del mal y no prestando oídos a la mentira; podemos servirle con el trabajo de nuestras manos y andando con nuestros pies en los caminos del Señor; podemos servirle con la mente, el corazón, las manos y todos los miembros que El nos ha dado; en el cuidado de la casa o en la fábrica, en nuestra mesa de estudio o en el lugar de trabajo, en la vida donde El nos ha colocado.

La misión de todos los creyentes

Quiero hacer notar, además, que *servicio* y *servir* es misión de todos los creyentes.

Es lógico que en esto han de ir por delante los que tienen cargo en la congregación. También ellos han de servir. La predicación de los apóstoles en Jerusalén se llama «servicio (ministerio) de la Palabra» (Hch. 6:4). Ellos han de ministrar la Palabra.

Solemos decir que estamos edificados sobre el fundamento de la Palabra. Una vez, preguntando a un exégeta si él estaba «sobre la Palabra», contestó:— «No, no; estoy bajo ella». Su disposición era

dejarse dominar o gobernar por el evangelio, y servirle. Esta es aún la misión de los ministros de la Palabra. Pero con su servicio han de servir también a la congregación. Pablo no duda en escribir a los Colosenses: «De la cual (congregación) fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para vosotros» (1:25). Y a los Corintios, escribe: «Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús» (II Cor. 4:5).

La palabra que se usa para '*servidores*' se podría traducir también por '*esclavos*'. Esto mismo ha de decirse de los ministros de la Palabra, y de los ancianos. Su servicio al Señor lo tienen en esto: En que sirven a la congregación, es decir, en que se entregan a ella, en que se ponen a su servicio. Hubo épocas en las que los pastores estuvieron muy por encima de la congregación, y fueron honrados como príncipes eclesiásticos. Eso no se puede decir del tiempo presente. Pero sí entra dentro de lo posible el que los que debían ser ministros, ejerzan dominio sobre el rebaño. Los peligros que van unidos al cargo de ministro de la Palabra, no son pequeños. Ya he hablado de ello alguna vez a los estudiantes al pastorado, y no repetiré aquí lo que entonces dije. Sin embargo, no quiero silenciar que a veces recibo la impresión de que aún existen, aquí y allá, jóvenes predicadores que han sucumbido a los peligros que entraña su cargo. Apenas han escalado el púlpito, comienzan a darse importancia, hacen como si tuvieran el monopolio de la inteligencia, ilustran en «todos los terrenos de la vida», y hacen pensar en aquel dicho: «La modestia es un adorno del que se puede prescindir.»

La congregación sirviente

También los ancianos son servidores del Señor y de la congregación. He conocido maravillosos ejemplos de buena disposición para el servicio. Aún tengo vivo el recuerdo de una mañana en que, en vísperas de la celebración de la Santa Cena, oí que existía una discordia entre dos hermanos. Enseguida me acerqué hasta el anciano bajo cuyo cuidado se hallaban los hermanos en cuestión. Aquel hombre se encontraba en el campo dispuesto a sembrar avena. El tiempo era excepcional para esta labor. Cuando le pregunté si quería venir enseguida conmigo para acercarnos hasta aquellos hermanos enfadados entre sí, quitó de su hombro el saco de sembrar, se quitó el traje de faena y marchó conmigo a solventar aquel caso de disciplina. Este anciano era un hombre de pocas palabras, pero era un ejemplo de disposición al servicio.

Empero he conocido también a otros que estaban tan ocupados en diversos negocios que apenas se veía nada de su servicio en la congregación. Si las visitas a las casas eran organizadas los domingos antes del culto, casi siempre eran los mismos que esa semana no tenían tiempo, o que aquella noche no encontraban ocasión de hacerlo, o que estaban ocupados a esa hora. Rara vez colaboraban en visitar a los que vivían licenciosamente, a los apenados, a los pobres.

En ciertas iglesias hay tantas «cuestiones» (cosas intrascendentes), que apenas se hace nada en lo que se llama ministerio ordinario. Esto supone una calamidad para la congregación. ¡Que el Señor conceda muchos ancianos que sean ejemplos para la grey!

Pero aún hay más. Todos los creyentes han sido llamados para servir. «Todos y cada uno» tienen una

tarea. Que de esto no siempre y en todas partes se tiene conciencia, es cosa que me resultó clara por un librito que cayó en mis manos cuando estaba escribiendo sobre estas cosas.

Se trata de una iglesia, en Alemania, en la que, entre sus ordenanzas eclesiásticas, hay un capítulo que se titula: «Congregación Sirviente». He aquí algunos párrafos del mismo:

«Los miembros adultos de la congregación, que han sido admitidos a la Santa Cena, son estimulados a compartir la responsabilidad por la congregación, y a servirla. A todos los que atienden a esta solicitud, el consistorio o consejo de la iglesia los reúne como Congregación Sirviente; hacen una declaración en la que dan a conocer su propósito de atenerse a la promesa hecha en la Confesión de Fe, confesar incluso públicamente a Jesucristo como único Señor de la Iglesia, conducir su vida personal ante la faz de Dios, atenerse a la Palabra de Dios y a la mesa de la Santa Cena y darse, en oración y servicio, a la vida de la Iglesia. Los miembros de la Congregación Sirviente tienen un privilegio especial en la elección de pastor y ancianos de su congregación. Pueden, entre otras cosas, actuar en ejercicios del culto, en la lectura de las Escrituras, hacer las colectas, repartir literatura evangélica, visitar a los padres de niños en edad escolar, a los catecúmenos, a las personas ancianas, a los débiles, enfermos, parados, etc., etc.»

En esto hay muchas cosas buenas y labores muy loables. Pero de esta lectura se desprende que se formó una congregación aparte, algo así como una organización especial dentro de la iglesia. Con lo cual, queda tan claro como la luz del día que no todos los que confiesan su fe están dispuestos al servicio. Es curioso que miembros de esta Congre-

gación Sirviente obtengan derechos especiales en la elección del pastor y los ancianos. Se forma, por así decirlo, una iglesia sirviente dentro de la iglesia; una «congregación fiel», dentro de la congregación. ¡A dónde hemos llegado, si tan abiertamente hemos de reconocer que, globalmente hablando, no hacemos nada los unos por los otros, y que, por tanto, reunimos un grupo aparte, el cual promete, al menos, estar realmente dispuesto a ello!

Nosotros, por suerte, no tenemos tal institución sirviente dentro de la iglesia. Pero ¿van las cosas mucho mejor entre nosotros que en dichas iglesias alemanas? Por lo general, en nuestras iglesias no hay que lamentar la dejadez de los creyentes en asistir a los cultos; aunque he visitado congregaciones en las que llevados de viejas costumbres, ya el culto de la mañana, ya el de la tarde, es poco concurrido—. Yo no niego que también en el reunirnos para el culto de la Palabra, así como en el ministerio de la caridad y en el culto de oración, se sirve al Señor. Pero si nuestro servir sólo consiste en eso, entonces no es buen síntoma.

Me estoy refiriendo sobre todo al servicio a lo largo de la semana. Esta es una parte, y ciertamente muy importante, del servicio al Señor. En cierta ocasión, leí que los creyentes se hallan en una relación triangular. Cada creyente tiene que ver con el Señor, pero también con los hermanos y hermanas. Cuando Pablo, en Rom. 12:1, estimula a los creyentes: «que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional», en las palabras que siguen continúa hablando del servicio recíproco, como miembros de un solo cuerpo: «porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así noso-

tros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría» (Rom. 12:4-8). Al servir se lo nombra aquí como una actividad especial. Resulta difícil decir lo que el Apóstol, en este pasaje, se propone indicarnos especialmente. Pero yo quiero atreverme a resumir todas estas actividades en la palabra *servicio*. Tenemos la impresión de que Pablo se refiere aquí a cargos especiales. Pero cada uno, según los dones que ha recibido de Dios, debe servir a los demás con ellos. El que esté versado en la Palabra, ha de servir a los demás con sus conocimientos de las Escrituras. Otro deberá amonestar si ve que alguno de los hermanos o hermanas está a punto de apartarse del camino del Señor. Otro, tendrá que repartir de sus riquezas a los demás. Otro, deberá dirigir con celo. Otro, hará misericordia, con gozo, etc. Todo esto no tiene que dejarse a los que tienen cargos especiales en la congregación.

No hay quien pueda ni deba hacerlo todo. Pero nadie puede afirmar que no tiene nada que hacer. Mi experiencia en el trabajo pastoral es que es poco lo que se hace en este servirnos unos a otros. Estas cosas quedan para el pastor, los ancianos y los diáconos.

Citaré un par de casos. Había una jovencita que padecía tuberculosis. Frecuentemente vivía entre la esperanza y el temor de si se curaría. Después de un par de semanas que pasó de vacaciones, volví a visitarla. ¡Cuánto se alegró! Estaba totalmente

deprimida y anhelaba una palabra de consuelo y optimismo. Le pregunté cuántos la habían visitado, y la habían traído una palabra de aliento. Lo que me contestó fue, poco más o menos, esto: -«¡Ah, todos son buenos conmigo! Me traen flores, fruta y pasteles; pero nadie tiene otra palabra de aliento que ésta: -Conserva el optimismo; te pondrás mejor». Bien estaba que trajeran flores, frutas y demás cosas; pero no fue acertado que nunca la consolasen con la Palabra de Dios. No quiero decir que esto no ocurriese nunca. Estoy convencido que sí. Pero no es frecuente, me parece a mí. El consolar y dar optimismo a los afligidos es un servicio recíproco que le agrada al Señor.

He aquí el otro ejemplo. En mi práctica pastoral, casi nunca ha ocurrido que un par de hermanos se acercaran hasta mi casa, y me dijese: -«Sr. Pastor, hemos obrado según se nos enseña en Mateo capítulo 18. Un hermano de nuestra barriada va por camino equivocado. Uno de nosotros ya lo había amonestado, y como no quiso oírle, lo hemos vuelto a hacer los dos juntos. Pero no quiere escuchar; ahora le pedimos a Vd. que nos ayude a recordar a ese hermano su pecado». ¿No estará aquí la causa de que la disciplina en la iglesia tenga tan pocos resultados? Me ha ocurrido muchas veces, que en una visita a un hogar de la iglesia, se dijese: «¡Oh, si Vd. supiese, entre otras cosas, quiénes toman parte en la Santa Cena! ¡Qué personas tan impías y desordenadas se acercan a la mesa!» Decían que conocían a bastantes de éstas; pero cuando les preguntaba si podríamos ir juntos a amonestar a aquellos hermanos, entonces se negaban a ello de un modo categórico. Esto, decían, era tarea del pastor y de los ancianos. Pero ni éstos lo podían hacer, ya que no se quería dar nombre alguno. Sin embargo, el

Señor ha mandado: «No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado» (Lev. 19:17).

Es de esperar que la disposición al servicio mutuo marche mucho mejor en nuestros días de lo que yo tuve que experimentar frecuentemente en otros tiempos.

Las ganas de servir

Al principio de este artículo, mencionaba que los griegos consideraban «servir» como asunto de menos importancia. Eso estaba bien para los esclavos y las mujeres; pero no para hombres libres. Nosotros no hablamos así, pero, en la práctica, ¿es muy distinto en nuestros días de como ocurría en la antigüedad? Con todo lo que el mundo ha cambiado, esto ha permanecido idéntico: la disposición para servir no es grande entre los hombres. Claro que por palabras no va a quedar. Las grandes organizaciones tienen como lema el «servicio». Con ello quieren decir que están siempre a la orden de sus clientes. Yo no me atreveré a afirmar que no sea totalmente cierto. Pero creo poder decir que este servicio o dedicación no brota del amor al prójimo, no es filantropía. Si no me equivoco, lo que aquí se destaca es un interés demasiado personal. Un buen servicio ata a los clientes al negocio, da nombre a la compañía, y es rentable. Posiblemente piense alguien que yo lo veo demasiado pesimista. Ojalá fuera así. Pero aún no estoy convencido de ello. Servir de modo real, no es asunto de «carne y sangre» sino del Espíritu de Cristo. El sirvió, y nunca aprenderemos nosotros a servir, si no lo aprendemos de El, y de nadie más.

Jesús dijo a sus discípulos: «Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande

entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos (Mt. 20:26-28). La intención del Señor es clara: No ha de ser así entre vosotros. No es posible que así ocurra entre discípulos del Señor Jesús. No debe acaecer así en la iglesia. Pero esto no quiere decir que en la iglesia o entre cristianos siempre se dé una intensa disposición al servicio. Ni mucho menos. Hermanos y hermanas que verdaderamente quieran servir, hay que buscarlos a veces con un candil.

La dedicación al Señor y a la congregación

Podemos asegurar que en la iglesia apostólica era de otra manera. No sólo que en el N.T. se insiste repetidamente a un servicio recíproco, sino que allí se cita por su nombre a muchos que se dieron al Señor y a la congregación. Esto se dice no sólo de apóstoles, evangelistas y otras personas con cargo, sino también de simples miembros de la congregación.

Pienso ahora, por ejemplo, en Rom. 16. Un capítulo que en la lectura de la Biblia posiblemente se pasa de largo. Parece simplemente una lista de recuerdos a hermanos y hermanas, los cuales nos son totalmente desconocidos. Pero si nos fijamos con detenimiento en dicho capítulo, caemos en la cuenta del gran número de personas que el Apóstol conoce, las cuales han servido de diversas maneras al Señor.

Pablo comienza: «Os recomiendo además nuestra hermana Febe». Se la llama «diaconisa de la iglesia de Cencrea». Diferentes exégetas opinan que tenía el cargo de diaconisa. En la iglesia antigua, por tanto, no sólo se habrían designado hombres diáconos, sino

también diaconisas. Me parece que esto es muy difícil de probar. Pero es realmente cierto que esta mujer fue una bendición para la congregación de Cencrea, ciudad portuaria de Corinto.

Nos hubiera gustado saber en qué consistió su servicio, pero nos tenemos que resignar a no saberlo. Es cierto, empero, que «ella ha ayudado a muchos», y que Pablo mismo fue uno de esos muchos. Ella fue una de las muchas mujeres que constituyeron fuertes pilares de la iglesia.

Sigue luego la sin par pareja: Priscila y Aquila. Pablo los nombra: «mis colaboradores en Cristo Jesús». Con esto no quiere decir que ellos practicasen el mismo oficio que el Apóstol, sino que le ayudaron en su predicación del evangelio y en el cuidado de la congregación. Por el libro de los Hechos sabemos que instruyeron a Apolos más extensamente en el camino del Señor. Aquí, en Rom. 16, vemos que «expusieron su vida» por la de Pablo. De este modo, el agradecimiento del Apóstol y de todas las iglesias de los gentiles va dirigido a ellos. ¡Cuánta importancia ha tenido esta pareja en la iglesia del Señor! Reunieron una congregación en su propia casa. Su tiempo, su dinero y su hogar lo pusieron a disposición de los hermanos y hermanas. Todo en ellos fue abnegación. Primero se entregaron al Señor, y después a la iglesia de Jesucristo. Los encontramos en Corinto, en Efeso y más tarde, de nuevo, en Roma. En todas partes han repartido bendición. Sus nombres no están en los anales de la historia del mundo, ni en las crónicas de la iglesia. Sino que sus nombres ciertamente están en el libro de la vida.

Pablo saluda después a una cierta María, «la cual ha trabajado mucho entre vosotros». Aquí hallamos una palabra que también se puede traducir por «se ha fatigado», o «ha realizado un trabajo difícil».

También encontramos un tal Urbano, «nuestro colaborador en Cristo Jesús». Este, –Urbano– fue también un hombre que no eludió el trabajo, si bien no sabemos de qué clase de trabajo se trató.

Se menciona además a Trifena y a Trifosa, «las cuales trabajan en el Señor». A éstas se añade «la amada Pérsida, la cual ha trabajado mucho en el Señor». «En el Señor» quiere decir en Cristo. La interpretación sería ésta: Han realizado una gran obra cristiana. No fueron miembros muertos de la iglesia. No fueron de aquellos que nada dicen y nada hacen; sino que se entregaron al Señor y a la congregación. ¿Fueron hospitalarios? ¿Socorrieron a los pobres? ¿Visitaron a los encarcelados? ¿Ayudaron a las viudas y a los huérfanos? No lo sabemos, ni lo sabremos. Pero, en cualquier caso, no mandaron, sirvieron.

Finalmente, Pablo manda saludos a la madre de Rufo; «su madre y mía», dice el Apóstol, o sea, a la que fue para mí como una madre. Ella sería como una «madre en Israel», un apoyo y consuelo para muchos, también para Pablo en todos sus trabajos y penas.

Estos ejemplos de hermanos y hermanas que sirvieron a la congregación, según sus fuerzas o talentos recibidos, podrían aumentarse con muchos más. Ahora recordaría a Esteban y su casa, de quien, en I Cor. 16:15, se menciona que «se han dedicado al servicio de los santos». Después, a Evodia y Síntique, «que combatieron juntamente conmigo (Pablo) en el evangelio»; y a Clemente y otros colaboradores, «cuyos nombres están en el libro de la vida» (Fil. 4). Añadiría a éstos, Heb. 6:10: «Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles

aún». En lugar de honor podríamos nombrar a Onesíforo, que frecuentemente confortó a Pablo y le visitó en la cárcel, y del que el Apóstol escribe a Timoteo: «Y cuánto nos ayudó en Efeso, tú lo sabes mejor» (II Tim. 1:18).

De esta manera obtenemos una imagen de las congregaciones antiguas, que motivos hay para que nos causen envidia. Ni que decir tiene que también entonces no todos los miembros de las iglesias estaban dispuestos al servicio. También en la iglesia apostólica existían bastantes abusos. En Col. 4:17, Pablo escribe: «Decid a Arquipo: Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor». Aquel hermano, por consiguiente, necesitaba realmente ser espoleado. Y si en Heb. 13, leemos: «permanezca el amor fraternal», también se dice: «No os olvidéis de la hospitalidad (...) Acordaos de los presos (...)». Esto nos hará pensar que allí faltaban muchas «cosas» relativas al amor fraternal, etc. No debemos idealizarnos demasiado las congregaciones antiguas.

Sin embargo, tenemos la impresión de que «la obligación general de servicio» se cumplía más fielmente que en nuestros días. Al menos, si puedo fiarme de lo que oigo aquí y allá, entonces la situación en muchas congregaciones no es para «darle tres cuartas al pregonero». Podemos preguntarnos alguna vez si también a nosotros se nos podría escribir una carta con estas palabras: «Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún» (Heb. 6:10). Cada uno de nosotros puede preguntarse qué servicio hace a los demás, y en qué sirve de modo concreto al Señor y a la congregación; y si es fiel en ello, o no. En la catequesis nuestros niños aprenden acerca de la comunión de los santos, «que cada uno debe sen-

tirse obligado a emplear con amor y gozo los dones que ha recibido, utilizándolos en beneficio y salvación de los demás» (Catecismo de Heidelberg, Dom. 21). ¿Podemos preguntarnos, seriamente, cuáles son los resultados de esta enseñanza?

Las excusas

Naturalmente que podemos buscar toda clase de excusas. La vida es mucho más agitada y complicada que antaño. La lucha por la existencia exige mucho más estudio y preparación que antes. Hay tantos asuntos que reclaman nuestra atención, que apenas tenemos tiempo para dedicárnoslo unos a otros. Además, en las congregaciones de una gran ciudad está todo de tal manera ordenado que casi no nos conocemos unos a otros. Y así podríamos seguir enumerando muchas más cosas.

Pero ¿pueden valer estas excusas? No habrá realmente nadie que se atreva a afirmarlo. Lo que el Señor Jesús, en Mt. 25, dice sobre el dar de comer a los hambrientos, etc. ¿no es ciertamente un servicio que el Señor espera de nosotros? ¿No es verdad que Gál. 5:13 y ss. también se ha escrito para nosotros? Allí leemos: «Porque vosotros hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros». Algunos hermanos parecen opinar que el mejor amor recíproco se demuestra disputando unos con otros, y discutiendo toda clase de problemas secundarios. Creo yo que estos altercados se acabarían muy pronto si nos preocupáramos más del «servicio de los santos», de lo cual habla

el Señor. Este servicio o ministerio consiste, sobre todo, en que los débiles, enfermos y miserables sean ayudados con una palabra «buena» y con buenas acciones. En esta línea escribe Santiago, al final del primer capítulo de su carta: «Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana. La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo». En I Tes. 5:14 tenemos otra exhortación: «También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos. Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos.»

Es admirable que por parte de la autoridad civil exista una mayor atención por las viudas y huérfanos que la que se daba en épocas pasadas. Pero esta ayuda se ciñe exclusivamente a lo económico, y no creo que ésta sea toda la ayuda que necesitan. ¿Qué sentimientos tenemos por las viudas y los que se hallan solos? ¿Por los ancianos? ¿Por los enfermos y débiles? No creo equivocarme al afirmar que es característica de nuestra época el alejar de nosotros todo lo molesto y desagradable: los enfermos cuanto antes al hospital; y los viejos, a una casa de ancianos; y los subnormales enseguida a una «institución». Toda ayuda tiene que ser organizada. ¿Así tendrá que ser realmente?

Pero con todo esto, ¡que no falte en la congregación la disposición personal al servicio de unos por otros! Porque si esto falta, la congregación está muerta, se convierte en nada. Quien piense otra cosa al respecto que lea I Cor. 13.

El servicio y la vida profesional

En lo que llevamos dicho, no ha salido a relucir demasiado la verdad de que cada cristiano, primeramente, con su profesión ordinaria tiene que servir al Señor y a su prójimo. No es, en modo alguno, que sólo los pastores, ancianos y diáconos pueden servir a Cristo en su trabajo. Ni tampoco que estos ministros deban realizar ese servicio únicamente con su trabajo especial. Un pastor también tiene que servir al Señor, por ejemplo, en su hogar; y los ancianos y diáconos no han de pensar que sus horas libres que dedican a las visitas en las casas o a ejercer la misericordia las han empleado más provechosamente que el resto de su tiempo. Contestando a la pregunta 32 -«Pues, ¿por qué te llaman cristiano?»-, el Catecismo de Heidelberg, enseña: «Porque por la fe soy miembro de Jesucristo, y participante de su unión, para que confiese su nombre y me ofrezca a El en sacrificio vivo y agradable, para que en esta vida luche contra el pecado y Satanás con una conciencia libre y buena; y para que, después de esta vida, reine con Cristo sobre todas las criaturas». En esto consiste el servicio de todos nosotros: en que, si viene al caso, confesemos el nombre del Señor, y nos entreguemos en servicio de Dios y de nuestra prójimo, y que en nuestra profesión o trabajo luchemos contra todo pecado.

En tiempos pasados, alguna vez escribí sobre esto. Fue por el año 1952. Era un comentario a Lc. 3:8: «Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento». Poco más o menos, decía así:

Ocurre, con bastante frecuencia, que los cristianos piensan que el arrepentimiento consiste en hacer actos especiales. Por ejemplo: Una joven que sabe amar al Salvador, querría servir al Señor en una institución de misericordia; un joven, que llega al

arrepentimiento, querría escoger una ocupación singular, a fin de dedicar su vida, de un modo muy especial, al servicio de Dios. El sacristán, piensa que un sacerdote realmente se encuentra más cerca del cielo que él; y una madre de familia, entre tantas ocupaciones y trabajos, ve algo hermoso en la vida de alguien que, sin estos menesteres, consagra toda su vida de un modo singular al Señor, por ejemplo en un claustro, o en una u otra obra o institución de misericordia.

Otros buscan los frutos del arrepentimiento en las vivencias místicas, en una soledad santa y familiar con Dios, o piensan que sólo son piadosos si dedican mucho tiempo a ayunar, orar y dar limosnas.

Mas las Sagradas Escrituras hablan de modo mucho más sencillo sobre el arrepentimiento. Así ocurre, pongamos por caso, en la predicación de Juan el Bautista, como se nos menciona en Lc. 3.

Cuando las muchedumbres se acercan a Juan, tras la llamada de éste al arrepentimiento, preguntan: «Entonces ¿qué haremos?». El precursor, da una respuesta distinta a la que los fariseos les hubieran dado. Estos les dirían: –Tenéis que ayunar más, debéis orar más; habréis de dar más limosnas; tenéis que ser más rigurosos al dar los diezmos; debéis asistir con más celo a las escuelas de los maestros de la ley; debéis tomar sobre vosotros más preceptos, tales como: «No manejes, ni gustes, ni aun toques» (Col. 2:21).

Pero Juan dice: «El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene que comer, haga lo mismo». Deben vestir a los desnudos, alimentar a los hambrientos, visitar a las viudas y huérfanos en su desgracia. En una palabra: mostrar misericordia, para que su misericordia sea hecha manifies-

ta. Así habló también el Señor Jesús en Mt. 5:7, y en 25:34-40.

También llegaban publicanos para ser bautizados, y decían a Juan: «Maestro, ¿qué haremos?». Se esperaba que, cuando menos, obtendrían por respuesta algo así: –Dejad vuestro oficio; abandonad vuestro banco de tributos públicos, y escoged un oficio en el que podáis servir mejor al Señor. Pero Juan dice: «No exijáis más de lo que os está ordenado». Los publicanos, generalmente, no pertenecían a las personas más honradas. Muchos debían su riqueza al chantaje y al engaño. Ahora han de oír que su arrepentimiento debe consistir en que se atengan al derecho, y no pidan más de lo justo. Por consiguiente, deben romper con los pecados de su oficio, por más difícil que esto les parezca. Pero no es preciso que se retiren de su profesión u ocupación.

Algo parecido tienen que oír los soldados. A su pregunta: «¿Qué haremos?», Juan responde: «No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro sueldo». No precisan deponer sus armas; pueden seguir sirviendo a la autoridad. Pero han de temer a Dios en su oficio, y hacer Su voluntad. No harán ningún mal uso de su poder, ni usarán la fuerza para enriquecerse. No serán terror para los buenos, sino para los malos. Se portarán fielmente en su servicio.

Sea esta palabra consuelo de muchos cristianos. Nosotros podemos y nos está permitido servir al Señor en todas las situaciones de la vida. En nuestra profesión u oficio de cada día. Dios, por lo general, no pide cosas fuera de lo común. Es lógico que alguien, a veces, puede y deba servir en obras de misericordia extraordinarias. Espero –y es cosa que todos deseamos– que los hospitales e instituciones

de misericordia no tengan problema de escasez de personal que quiera servir al Señor en ese oficio. También podemos orar a Dios nuestro Señor para que conceda hombres y mujeres de corazón fogoso, mente despejada y ardiente amor para el servicio a El, que deseen el ministerio de servidores de la Palabra.

Pero cada uno debe empezar, en el lugar donde el SEÑOR lo haya puesto, por romper con los pecados, y mostrar arrepentimiento en la profesión ordinaria que haya escogido. No sólo los soldados y publicanos se mueven en un terreno difícil. Cada profesión y cada empleo tiene sus peligros especiales. Sólo por esto no es menester que abandonemos un cargo, sino que tenemos que servir al Señor en nuestro trabajo, aborrecer el pecado y dejar radicalmente toda injusticia, y preferir ser abandonados por todas las criaturas antes que querer hacer algo contra la voluntad de Dios.

La piedad auténtica, el verdadero servicio al Señor, no consiste en el alejamiento del mundo, ni está ligado a un cargo especial. El Señor tiene en todas partes sus siervos y siervas: en la sala de estar y en la cocina, en la aduana y en el ejército, en la oficina y en la fábrica, en los «Altos» niveles y en los «bajos» niveles. Pero ¿qué es alto y qué es bajo? Podría ocurrir que «los altos» serán puestos muy bajo, y que «los bajos» serán puestos muy alto, ¡si temiéramos a Dios, y le sirviéramos con los dones que nos dio! ¡Con fidelidad y paciencia! En un oficio o profesión que vaya acorde con los dones; en una ocupación a la que alcancen nuestras fuerzas. Y si éste no es el caso, podemos tranquilamente escoger otro oficio. Esto vale también para el ministro de la Palabra. Si éste notase que no puede con su trabajo, o que no es apto para su car-

go, ¿por qué no habría de escoger otra profesión «divina»?

En la iglesia apostólica existían, con toda probabilidad, muchísimos esclavos. Estos no obtenían frecuentemente de sus amos la ocasión y ni el tiempo para servir como anciano o diácono. Quizás, a lo sumo, podrían asistir los domingos a los cultos más tempranos o a los últimos de la noche. Pero, ¿no podían como esclavos servir al Señor? Pablo dice que sí. Veamos lo que escribe en Ef. 6:5 ss: «Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre». Por consiguiente, el esclavo puede servir a Cristo, el Señor, en su esclavitud.

El apóstol Pablo escribe a Tito: «Exhorta a los siervos a que se sujeten a sus amos, que agraden en todo, que no sean respondones; no defraudando, sino mostrándose fieles en todo, para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador» (Tit. 2:9 ss). También éstos, en sus circunstancias, deben aborrecer y huir del pecado que en aquellos círculos crecía exuberante, según podemos apreciar.

Debemos estar agradecidos de que la esclavitud ya no exista, al menos en nuestro alrededor; por lo menos, no en la forma en que ocurría en los tiempos apostólicos. Pero si los esclavos, incluso «bajo el yugo», pudieron servir al Señor, entonces no debemos precipitarnos diciendo que es imposible servirle en cualquier profesión u oficio. Hablamos de oficios o profesiones «libres».

No hay oficio o profesión totalmente libre. Pero en muchos de éstos podemos, como redimidos del Señor (Is. 35:10; 51:11), servirle a El con temor y reverencia.

Unas palabras más, y acabo: No podemos (no nos está permitido) delimitar nuestro servicio «a los de la familia de la fe». Los fariseos opinaban que únicamente los miembros de su 'club', sus camaradas, eran sus prójimos. A los demás los abandonaban. Cristo no enseñó esto a sus discípulos. El dijo: «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos» (Mt. 5:44 y ss.).

BIENAVENTURADO, BIENAVENTURANZA (y palabras análogas)

La palabra bienaventurado y las derivadas de ésta pertenecen a las más conocidas de la Biblia. Todos sabemos que Jesús comenzó el Sermón del Monte, diciendo: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt. 5:3).

La palabra *bienaventurado* significa: *dichoso, envidiable, digno de envidia*. Ahora quiero decir algunas cosas sobre esta palabra.

La palabra griega *makarios*, comúnmente traducida en nuestra biblia por *bienaventurado*, también era conocida en el mundo pagano. Ellos llamaban a sus dioses *los bienaventurados*. Estos, según creían los paganos, vivían sin preocupaciones, enfermedades, dolor y pena, en una perenne juventud en el monte de los dioses (Olimpo), su vida jovial y festiva. Más tarde, esta palabra también fue usada para personas que eran alabadas como dichosas, como bienaventuradas. Y es evidente quiénes eran llamados dichosos. Entonces pasaba exactamente igual que en nuestros días. Pues el hombre no cambia demasiado a través de los siglos. Se llamaba bienaventurado o dichoso al hombre que tenía de todo. Si alguien era rico ¿no estaba libre de preocupacio-

nes? O bien se consideraba bienaventurado a aquel hombre que había ganado una batalla. Asimismo, igual que en nuestros días, se consideraba bienaventurado –dichoso– al hombre que conseguía una importante victoria deportiva. También los padres que recibían honor de sus hijos eran llamados bienaventurados. A veces, también se llamaba bienaventurados a los muertos, porque habían pasado por el dolor de este siglo.

También en la traducción griega del Antiguo Testamento nos encontramos con esta palabra.

Es usada en Génesis 30:13, donde Lea, en el nacimiento de un segundo hijo de su esclava, dice: «... para dicha mía; porque las mujeres me dirán dichosa».

La reina de Saba dice de los cortesanos de Salomón: «Bienaventurados tus hombres, dichosos estos tus siervos, que están continuamente delante de ti, y oyen tu sabiduría» (I Reyes 10:8).

En el salmo 127 se llama bienaventurado al varón que tiene una familia numerosa: «Como saetas en mano del valiente, así son los hijos habidos en la juventud. Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos. No será avergonzado cuando hablare con los enemigos en la puerta».

La Biblia no olvida los privilegios que el Señor da a Su pueblo en la vida «natural». Pues también en esto consiste parcialmente nuestra dicha, cuando el Señor, entre los tesoros de Su reino, nos da por añadidura todas las cosas. Pero, igualmente, si el Señor nos priva en esta vida de muchas cosas, entonces nuestra felicidad consiste en que creemos (= confiamos) en la promesa de Dios y andamos en Sus caminos. La dicha verdadera nunca la poseemos sin Dios, sin Sus promesas y sin el servicio a El.

Diríamos que el pueblo de Israel no lo pasó muy

bien en el desierto. Pero Moisés dice: «Bienaventurado tú, oh Israel, ¿quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo?» (Deuteronomio 33:29). Bienaventurado es el pueblo cuyo Dios es el Señor. Grande es la dicha de aquellos que tienen perdón de pecados y que caminan rectamente en la presencia de Dios. «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño» (Salmo 32:1).

«Bienaventurado el hombre que teme a Jehová, y en sus mandamientos se deleita en gran manera» (Salmo 112: 1). ¿Y quién no conoce aquel hermoso comienzo del libro de los Salmos?: «Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, no en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche» (Salmo 1:1-2).

El mundo enarbola banderas cuando un campeón, tras su victoria, llega a casa. Es recibido con música, sale en los periódicos, y el padre, la madre, la esposa y los hijos son llamados dichosos, porque tienen un hijo, un esposo y padre tan famoso.

Las Sagradas Escrituras hablan de otra felicidad, de otra dicha. Por la gracia de Dios, hay gentes dichosas, y es posible ser bienaventurado ahora ya, en esta existencia tan llena de miserias y cuidados. Somos dichosos –bienaventurados– cuando Dios perdona nuestros pecados; cuando por Su gracia le conocemos en todos nuestros caminos. Sólo entonces podemos estar dichosos y aplaudir: ¡cuando tenemos a Dios con nosotros en nuestra vida!

También nuestro Salvador, como ya dijimos, pronunció esta palabra. Concretamente en Mateo

5 y en Lucas 6. Pero El tiene una apreciación muy distinta de los valores de la vida, que aquella que por lo general tienen las gentes.

Los discípulos, según la opinión del mundo, eran pobres en todos los sentidos. Se lamentaban y lloraban; no tenían nada en este mundo; eran mansos y misericordiosos, y, consecuentemente, no llegaron muy lejos. Carecían de todo aquello en que el mundo busca la dicha. Y además de esto fueron perseguidos y odiados por el mundo.

Sin embargo, el Señor Jesús les llama bienaventurados, dichosos. Según El, ellos son dichosos, envidiables, dignos de ser envidiados. Porque son Sus discípulos y, consiguientemente, hijos de Dios. Están bajo el imperio y soberanía de la gracia de Dios; tienen perdón de los pecados y paz con Dios; y luego obtendrán una nueva tierra, un gozo saturado y su paga será grande en los cielos. Su dicha (= salvación) no consiste en que son pobres, en que lloren, en que sean perseguidos... No todos los pobres son dichosos (salvos), y no todos los que son perseguidos, son bienaventurados (= dichosos: salvos). También los comunistas han tenido o sufrido persecuciones, y muchos idealistas del mundo han vivido pobres y han muerto pobres... Pero la bienaventurada (dicha: salvación), según nuestro Salvador, consiste en que nosotros creemos en El, y le seguimos y buscamos la vida en El.

Esta dicha no se realiza fuera de la fe.

Cuando Pedro confiesa su fe (Mt. 16), Jesús responde: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Y Tomás, que primero quiso ver y luego creer, tiene que oír estas palabras: «Bienaventurados los que no vieron, y creyeron» (Juan 20:29).

La dicha no consiste en que tenemos hijos célebres, o un gran apellido, o muchos negocios y millones... Sino en que hacemos como Jesús dijo: «Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan» (Lucas 11:28).

Que la dicha (= bienaventuranza) también tiene que ver con hacer la voluntad del Señor, y con una buena conciencia, se evidencia por las citas siguientes:

Cuando Jesús ha dado a Sus discípulos ejemplo mediante el lavatorio de sus pies, concluye diciéndolo... «... Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis» (Juan 13:17). Cuando Pablo, en Romanos 14, trata sobre el comer carne, etc., y enseña que no se debe ser tropiezo para el hermano, escribe: «Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba» (v. 22).

Cuando Santiago amonesta a que no sólo seamos oidores de la palabra, sino hacedores, escribe: «Mas el que mira atentamente en la ley perfecta, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado (: dichoso) en lo que hace» (1:25).

Pedro escribe sobre los sufrimientos, cuando se dirige a los dispersos y extranjeros en este mundo, y afirma que, esto no obstante, pueden ser dichosos: «¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois» (I Pedro 3:13-14).

Finalmente, bienaventurados son nuestros muertos que mueren en el Señor: «Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen» (Apocalipsis 14:13).

En resumen, podemos decir: Bienaventurados, dichosos son los que creen en Jesucristo. Porque

ellos participan de los tesoros del Reino de los cielos. Ya ahora tienen perdón de los pecados y paz con Dios. Y un día su felicidad –dicha– será perfecta y completa, cuando estén para siempre con el Señor. También son bienaventurados en el cumplimiento de los mandamientos de Dios. Aún pasarán aquí muchas penas; serán dados de lado y arrinconados; tendrán que soportar muchos sufrimientos, pero, esto no obstante, son envidiables, porque son ricos en Dios.

SALVADOR, SALVAR Y SALVACIÓN (y palabras análogas)

Estas palabras las encontramos ya en la versión griega del Antiguo Testamento.

En I Samuel 10:19, Samuel se lamenta que el pueblo ha desechado a Dios: «Pero vosotros habéis desechado hoy a vuestro Dios, que os guarda (: que fue para vosotros un salvador) de todas vuestras aflicciones y angustias».

Cuando Jonatán y su criado de armas matan en Micmas a los centinelas filisteos y así se convierten en origen de una gran victoria sobre los filisteos, y luego Saúl quiere matar a Jonatán, el pueblo exclama: «¿Ha de morir Jonatán, el que ha hecho esta grande salvación en Israel?» (I Sam. 14:45).

En Jueces 2:18, leemos: «Y cuando Jehová les levantaba jueces, Jehová estaba con el juez, y los libraba (salvaba) de mano de los enemigos todo el tiempo de aquel juez».

Pero estas palabras también las encontramos en el Nuevo Testamento.

Cuando, en Lucas 2, el ángel anuncia a los pastores un gran gozo, a saber, que ha nacido el Salvador. Este nombre quiere decir que el Nacido *salvará*

a Su pueblo de una grave necesidad y miseria. O como dice en Mateo 1:21: «Y llamarás su nombre JESÚS (: esto es, Salvador = Jehová, el Señor salva), porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

En Juan 4:42 se nos dice: «Y sabemos que verdaderamente éste (Jesús) es el Salvador del mundo». Es decir, que El salvará al mundo: a todos los que crean en El, les salvará –repito– de la perdición, y les llevará a la vida. Cuando Simeón glorifica a Dios y dice: «Ahora, Señor, despide a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación», entonces quiere decir: Ahora parto (: muero) tranquilamente porque he visto con mis propios ojos que el *Redentor* ha llegado, que alcanzará la *victoria* y salvará a su pueblo de toda necesidad. Jesús no es sólo un Redentor del alma, sino de todo el hombre. Cuando los discípulos en la tormenta en el lago tuvieron miedo y pensaron que perecerían, gritaron: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!» (Mateo 8:25). En efecto, el Señor Jesús es un salvador de la vida en todos los órdenes.

La mujer enferma desde hacía 12 años, se dijo a sí misma: «Si tocare solamente su manto, seré salva (: seré curada)» (Mateo 9:21).

Yo prefiero las palabras Redentor, redimir y redención, porque en ellas se encuentra la idea o pensamiento de *paso*, de *tránsito* de una gran necesidad a un bien magnífico.

Jesús es el Redentor, porque El nos hace de hijos de ira, hijos del Reino, es decir, hijos de la gracia y benevolencia de Dios. El nos transpone del reino de las tinieblas al reino de la luz.

Imaginemos que unos mineros quedan atrapados por un corrimiento de tierras en un galería oscura. Están sin luz, totalmente aislados del mundo exterior, sin ninguna posibilidad de salvarse a sí

mismos. Pensemos ahora lo que supone para aquellos hombres, cuando son liberados y rescatados de su apurada situación por equipos de salvamento, y vuelven a ver la luz del día. ¡Qué salvación! ¡Qué rescate! ¡Qué redención! Pues bien, aún más grande y más hermosa es la mutación, el paso que Cristo proporciona y brinda a Su pueblo. Es un paso de tinieblas a luz, de estar bajo la ira de Dios a la gracia de Dios, de la vida a la muerte, del infierno al cielo.

Nosotros, por naturaleza, yacemos bajo el poder del maligno, el cual es llamado príncipe del mundo. Los poderes de las tinieblas hacen de este mundo un pórtico del infierno. El pecado original y los pecados que cometemos hacen esta vida una ruina, y corrompen cuerpo y alma. Pero Jesucristo nos redime del pecado y sus consecuencias. El quebranta las obras del diablo, y vence al mundo, y nos hace más que vencedores. Con razón, pues, el apóstol Pablo habla de «nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio» (II Timoteo 1:10).

Y, por último, esto: también en la palabra *salvación* hay y se abre perspectiva.

Al hablar de la palabra *evangelio*, vimos que el anuncio gozoso nos proporciona, ya aquí y ahora, gran alegría, una dicha inmensa. Justificados por la fe tenemos, ya ahora, paz con Dios (Rom. 5). Pero el pleno cumplimiento de las promesas del Evangelio llegan a nuestra posesión al final de los tiempos, cuando el Señor Jesús retorne.

Esto mismo veíamos al considerar la palabra *Reino de Dios*. La soberanía o dominio de la gracia de Dios se da ya ahora. Y los hijos del Reino son, ya aquí, ricos.

Pero este Reino también tiene que ir viniendo cada

vez más. Nosotros debemos aprender a someternos cada vez más a la gracia de Dios, y a hacer la voluntad de Dios. Y la plenitud del Reino llegará en la plenitud de los siglos, cuando Dios sea todo en todos (I Corintios 15:28).

Esta misma perspectiva notamos también en las palabras *salvación* y *salvar*.

Quien cree en el Señor Jesús es salvo. Esto es: ha sido puesto en el camino de la salvación; ha comenzado a ser hecho salvo; «en principio» está salvado. A este propósito, pienso en Efesios 2:8: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe». Es posible rechazar aquella gran salvación que inicialmente se aceptó, y así perderse eternamente. Pues, en Hebreos 2:3, leemos esta seria amonestación: «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?».

Pero quien ha sido puesto en el camino de la salvación, debe proseguir adelante en ese camino. Por eso Pablo amonesta a los filipenses: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (2:12), por la lucha contra el pecado, caminando irrepreensiblemente, y yendo tras la perfección. Quien perseverare hasta el fin, ése será plena y perfectamente hecho salvo.

Cuando la Biblia habla de redención o salvación, entonces es muy frecuente que se dé a entender aquella salvación definitiva, total y perfecta que Cristo traerá con Su segunda venida. Por esto escribe Pablo en Rom. 8:24: «Porque en esperanza fuimos salvos»; es decir: esperamos firmemente en la plena revelación de los hijos de Dios; esperamos con firme certeza en la victoria total.

En consonancia con esto, Pablo nos amonesta en I Tesalonicenses 5:8 a que no sólo nos revistamos de la coraza de la fe y del amor, sino que también

nos pertrechemos de un escudo: la esperanza de la salvación.

Así Pedro, en su primera carta, habla de «una herencia incorruptible... reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada *para ser manifestada en el tiempo postrero* (I Pedro 1:4-5).

Un conocido teólogo de estos tiempos ha comparado la relación de la liberación (salvación) inicial y la victoria final con lo que ocurrió en el último año de la segunda guerra mundial: Cuando los ejércitos aliados consiguieron en el «Día D» poner pie firme en Francia (batalla de Normandía), la guerra ya estaba ganada inicialmente para ellos. Pero aún duró bastante tiempo antes de que las huestes vencedoras entraran en Berlín. Todo había acabado para el poder alemán ya en el verano de 1944, si bien no lo quiso ver así. Pero los últimos restos de la oposición fueron rotos definitivamente mucho más tarde.

Aun reconociendo que toda comparación nunca es perfecta, esta imagen ciertamente nos puede servir para esclarecer que entre la victoria o salvación inicial y la resolución final, aún queda un largo camino.

Jesucristo es Vencedor, Redentor, Salvador. El ha despojado del poder a la muerte y al diablo; y todos los que creen en El participan de Su redención, de Su salvación. Pero ahora nosotros aún debemos pelear la buena batalla de la fe (II Timoteo 4). Sin embargo, en tanto que vivimos de la fe, tenemos la firme y pacífica certeza de que seremos más que vencedores por medio de El, el cual nos ha amado. Y entonces miramos hacia adelante, con esperanza cierta, y vemos la nueva Jerusalén, de la que Apocalipsis 22, dice: «Y el trono de Dios y del Cordero

estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos».

PAZ

Cuando oímos la palabra *paz*, inmediatamente pensamos en su contrapuesta: *guerra*. Paz es: ausencia de guerra. Entonces nuestros pensamientos se orientan en la dirección de una vida tranquila y reposada. Pensamos en un hombre que tiene su aprisco de ovejas a salvo y que de nada tiene por qué preocuparse. Posiblemente pensemos también en la situación de un hombre que no molesta a nadie ni es molestado por otros. ¡Qué tranquila y feliz discurre su vida!

Por consiguiente, según nuestra concienciación, *paz* es una situación de tranquilidad exterior, externa.

En segundo lugar, esta palabra opera, obra, suscita el pensamiento de una tranquilidad o quietud interna. Si leemos el texto de Rom. 5:1: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios», en éste primeramente se nos habla de paz interna del alma, de tranquilidad para el ánimo.

Posiblemente no estoy menos equivocado que la mayoría de los lectores de la Biblia respecto a la palabra *paz*, al pensar en una tranquilidad externa e interna. Ahora bien, es cierto que estos elementos también se hallan en la palabra *paz*, tal y como

la usa la Biblia. Pero con ello no hemos llegado a encontrar el significado más principal y esencial de la palabra *paz*. Esto se evidencia claramente sobre todo cuando reparamos un instante en el uso de dicha palabra en el Antiguo Testamento. Para la comprensión del Nuevo Testamento siempre es necesario que también nos fijemos atentamente en el uso que el Antiguo Testamento hace de las palabras.

La palabra hebrea que en nuestra Biblia es traducida por *paz*, posiblemente la conocen la mayoría de los lectores. Mi casa paterna estaba ubicada en una barriada donde aun vivían bastantes judíos. Estos tenían la costumbre de saludarse y despedirse mutuamente con la palabra: *Sjaloom*. Esta palabra fue asimilada por todos los chicos y jóvenes del barrio, y cuando queríamos desearnos lo mejor, decíamos: *Sjaloom*.

Pues bien, esta palabra también se halla en la Biblia hebrea, y generalmente es traducida por: *paz*. Por ejemplo: en la conocida bendición que encontramos en Números 6:26: «Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz».

Si el Señor levanta su rostro sobre nosotros, es decir, si el Señor se dirige lleno de amor hacia su pueblo, el resultado de esto es: *paz*.

El Profesor Dr. A. Noordtzijs explica esta palabra, como sigue: «Pero *paz* no tiene en el Antiguo Testamento el contenido negativo que entre nosotros: el-no-estar-en-estado-de-guerra. Paz es el estado de estar- «*sjalem*»: el-estar-completo, de modo que nada falta.

Paz habla de armonía, y, por eso, de dicha y de plenitud, de vida libre y gozosa, y, consiguientemente de poder tranquilo, imperturbado (Salmo 29:11) y de alegría de vida (Isaías 55:12). Paz, por tanto, contiene todo lo que un individuo y comunidad

necesitan para el bienestar, la prosperidad y la dicha. *Paz*, pues, tampoco se halla frente a *guerra*, sino frente al *mal* (Is. 45:7; Jer. 29:11). *Paz*, finalmente, es también lo primero y lo último en la vida; es lo que la *vida* efectivamente hace para vida».

Cuando el Señor da paz a su pueblo, entonces hace que su pueblo lo pase bien, que la vida florezca, y esto en todos los sentidos.

Con la palabra *paz* se quiere explicar y se aclara la situación de los justos que gozan del favor de Dios, que están escondidos en El, que son protegidos por El y que son guardados en tiempos de angustia, y que en tiempos de guerra reciben de El la victoria. Que «paz» no forma contraposición o antítesis alguna con «guerra», se evidencia por el pasaje de II Samuel 11:7, donde leemos: «Cuando Urías vino a él, David le preguntó por la salud de Joab, y por la salud del pueblo, y por el estado de la guerra». Estas últimas palabras las podíamos traducir literalmente: *por la paz de la guerra*. David se informaba de si iba bien en la guerra.

En el Antiguo Testamento, «paz» no significa una situación íntima del alma, sino: ser bendecido y ayudado por Dios en todas las circunstancias de la vida, y, consiguientemente, estar bien, pasarlo bien, de modo que la vida se puede desplegar y verificar. Naturalmente que la consecuencia de ello es también una tranquilidad interna, íntima, que los impíos desconocen y no tienen.

Los falsos profetas, en días de impiedad y apostasía, anuncian que siempre le irá bien a Jerusalén y que el pueblo de Dios nunca debe temer nada.

Ellos dicen: «Paz, paz; y no hay paz» (Jer. 6:14; 8:11; Ezq. 13:10 y 16, etc.).

Pero Isaías profetiza: «No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos» (Is. 57:21). Al final no les irá bien

a los impíos; su vida no prosperará. Por último, perecerán bajo la ira de Dios.

El Nuevo Testamento empalma con este significado de la palabra *paz*.

Isaías, en el capítulo 9, había profetizado del tiempo del Mesías: «Porque un niño nos es nacido, un hijo no es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, *Príncipe de paz*. Lo dilatado de su imperio y la *paz* no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino» (vs. 6-7).

Isaías aquí profetiza del gobierno lleno de bendiciones de nuestro Señor Jesucristo sobre su pueblo. La paz será sin fin. Esto es: por siempre les irá bien a sus súbditos; su vida será incólume y floreciente.

Sobre esta misma paz leemos en tiempos del nacimiento de Juan Bautista y de nuestro Señor Jesucristo. Zacarías habla de la aurora que brilla desde lo alto sobre aquellos que están sentados en tinieblas y sombras de muerte, y que dirigirá nuestros pies en el camino de la *paz*. Este no es primordialmente un camino tranquilo y feliz, sino un camino que lleva a la situación de paz total y perfecta bajo la soberanía de Jesucristo (Lucas 1:79).

En los campos de Belén, los ángeles hablan de *paz* en la tierra entre los hombres que hallaron benevolencia cerca de Dios. Con ello quieren decir que, por Jesucristo, será reunido un pueblo que nuevamente vive y le va bien y está en la actitud recta para con Dios y los hombres. Con la palabra *paz* se da a entender la salvación del Señor que salva a su pueblo de pecado y muerte, del demonio y del infierno, y lo rodea con su bondad y misericordia. Pero esta *paz* va unida a lucha contra poderes diabólicos que dominan este mundo.

En Juan 14: 27, nuestro Salvador dice a sus discípulos (y esto vale aun para todos los que creen en El): «La paz os dejo, mi paz OS doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo». Lo que algunos exégetas han entendido así: «Esto es: una tranquilidad verdadera y firme del ánimo en Dios, nacida de una certeza del perdón de los pecados». Pero yo pienso que esto, de esta forma, está interpretado demasiado limitadamente. Es cierto que si tenemos parte en la paz que Jesucristo nos regala, también tenemos tranquilidad de ánimo; pero esto es una consecuencia de la paz o *salvación* que tenemos en Cristo.

«Mi paz» lo podríamos describir con: Mi Reino, mi salvación, mi victoria y, por consiguiente, la vida toda en el verdadero sentido y significado de la palabra.

Esa paz es totalmente otra cosa que la paz que da el mundo. El mundo promete una vida llena de placeres, rica y exuberante, que es codiciable para la carne. El Señor Jesús da bienestar al cuerpo y al alma en comunión con nuestro Padre en los cielos.

En Juan 16:33, Jesucristo dice: «Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo».

Aquí, pues, Jesús liga la paz a la comunión con El. Solamente en Cristo tenemos paz, salvación, felicidad. Unicamente cuando estamos al aire libre experimentamos y nos damos cuenta del poder y del frescor del viento. Solamente cuando por la fe estamos bajo el poder de Su gracia, encontramos la fuerza de la vida de la resurrección de nuestro Señor y Rey.

Que nosotros tenemos paz en Cristo no quiere decir que lo pasaremos animosa y tranquilamente

en este mundo. ¡Todo lo contrario! El Salvador dice: En el mundo seréis perseguidos. Seréis odiados y estrechados y se os querrá ver fuera del mundo. Porque sois aguafiestas de la fiesta del mundo. Lo pasaréis angustiosamente (Cf. Mateo 10).

Pero en medio de la persecución, nos está permitido tener buen ánimo, pues Cristo ha vencido al mundo, y todos los que permanecemos en El, serán más que vencedores. Serán ayudados en su paso por este mundo, y vendrán a estar para siempre con el Señor.

Cuando el Señor, en Mateo 10:34, dice: «No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada», esto no quiere decir, que El no dé a su pueblo paz alguna en esta vida. Sino que quiere dar a entender que los discípulos no pueden esperar ningún bien del mundo, sino mucho mal. Algunos exégetas han explicado el significado de esta palabra *espada*, diciendo lo siguiente: «Esto es: desunión, disensión y persecución que seguiría a la predicación; origen de lo cual no es Cristo, que es el Príncipe de paz (Is. 9:5) o su Evangelio, que es un Evangelio de la paz (Efesios 6:15), sino la obstinación de aquellos que lo rechazan, y odian a los creyentes y hostilmente los persiguen».

No debemos de extrañarnos si somos odiados por los impíos, o quizá también por impíos que llevan el nombre de cristianos o se hacen llamar así. Y si como ovejas nos encontramos entre lobos, entonces nos debemos poner en torno a nuestro único Pastor Jesucristo, el cual nos rodea con el poder de su gracia y de esta forma nos hace participar en Su paz, Su salvación y dicha.

Uno de los textos más conocidos donde encontramos la palabra *paz*, es Romanos 5:1: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por

medio de nuestro Señor Jesucristo». En este texto, las más de las veces, en la palabra *paz* –que es fruto de la justificación– primeramente se piensa en la tranquilidad del ánimo. Pero, como el Prof. Dr. S. Greijdanus acertadamente dice, «con esta palabra paz no se quiere dar a entender primeramente una disposición del espíritu, un interno sentimiento de paz, libre de angustia y temor, sino una situación de relación entre Dios y nosotros. Dios no se aíra más contra nosotros, su maldición ya no sale más contra nosotros, El muestra estar reconciliado con nosotros en Cristo, y haber echado fuera nuestro pecado, nuestra culpa y nuestro castigo; El ya no está más contra nosotros, sino por nosotros». En este texto, *paz* también significa: tener salvación en Dios, tener (el) bien en su comunión, estar rodeado por los hechos de salvación que Cristo ha conseguido para nosotros. Esto, de por sí, también obra poderosamente en la tranquilidad de nuestro corazón, pero la *paz* misma es: que nosotros participamos de la salvación del Señor, y que estamos como rodeados por las huestes celestiales. Los poderes de discordia y desunión, de la muerte y perdición, del demonio y del infierno ya no imperan más sobre nosotros, sino el poder de la gracia del reino de los cielos. Finalmente, veamos Filipenses 4:7: «Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús».

En este pasaje, siempre he pensado en la paz del corazón, aquella situación del ánimo en la que decimos: –Así está bien, si el Señor lo hace o permite. Pero, esto no obstante, he pensado que no es imposible que Pablo aquí haya pensado en la salvación de Dios, en la bendición del Señor, que como una corriente de muchas aguas nos rodea y prote-

ge. Porque es una paz que guarda nuestros corazones y pensamientos, los vigila y los protege. Y esto se puede decir mejor de un poder de salvación que nos circunda, que de una situación tranquila del ánimo.

Resumiendo, podemos decir: que *paz*, en la mayoría de los lugares en que aparece en las Sagradas Escrituras, no es algo negativo y que signifique *ausencia de guerra*. Sino que más bien es algo positivo, y significa: *salvación, prosperidad, vida o vivir* en el verdadero sentido de la palabra. Tampoco se da a entender, en primer lugar, una *tranquilidad interna del corazón* o calma del ánimo, sino la *situación bendita del reino de los cielos, la soberanía de la gracia de Dios*.

Todos los que por la fe participan en esta paz, también obtienen un corazón tranquilo. Pero esto es más la consecuencia de la paz de Dios que la paz misma.

VIVIR, VIDA

Al comenzar a escribir algunas cosas acerca de *vivir y vida*, se me vienen a la memoria un par de recuerdos. Cuando iba a la Escuela Normal, uno de nuestros «maestros» nos contó que había visitado un laboratorio biológico, acompañado de un grupo de personas.

Allí había visto fenómenos de vida maravillosos, de los cuales nos narró algunas cosas. Concluida la visita, un profesor que nos había mostrado todo, daba la oportunidad de hacer alguna pregunta. Entonces nuestro «maestro» dijo haber preguntado: –«Ahora acabamos de ver muchísimos fenómenos de vida. Pero ¿puede Vd. también decirnos lo que es la vida?». A esto, el profesor hizo un gesto de impotencia e ignorancia, y dijo: –«Si, si yo lo supiese, sería el hombre más inteligente del mundo, pero no lo sabemos». Efectivamente, y ahora pienso que aún no se ha llegado tan lejos. Se puede decir: –Vida es automovimiento, vida es acción, vida es crecimiento, vida es lo opuesto a muerte. Pero lo que propiamente sea la vida, esto no lo puede decir hombre alguno.

Y tocante a la vida de los hombres, recuerdo haber

leído que un conocido teólogo hubo de decir en su cama mortuoria: -«La ... vida ... es ... desconocida ..., pero ... más ... desconocida ... aún ... es ... la muerte». Efectivamente: extraña, desconocida es la vida; desconocida, extraña es la muerte.

Nosotros «ahora vemos por espejo, oscuramente» (I Corintios 13:12).

Pero las Sagradas Escrituras nos descubren tantas cosas acerca de la vida (del vivir) y de la muerte (del morir), que podemos vivir consolados y partir dichosos.

No se me ocurre pensar que pueda dar una visión sistemática de lo que el Nuevo Testamento dice acerca de la vida y la muerte. Pero quiero hacer algunas observaciones sobre lo que las Escrituras nos dicen tocante a la vida, y esto para nuestro consuelo y para nuestro aleccionamiento.

En primer lugar, las Sagradas Escrituras hablan sobre la vida en el sentido corriente y natural de la palabra. En Génesis 2:7, leemos: «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente». Esto no quiere decir otra cosa que: así fue el hombre una criatura viva, viviente. El destino original del hombre no era para morir, sino para vivir. Sólo, y por primera vez, por el pecado entró la muerte en el mundo.

Dios había dicho: «De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Gén. 2:16, 17). Y Pablo, en Romanos 5:12, declara: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron».

Así pues, cuando en las Escrituras se habla de

vida, frecuentemente se da a entender lo que nosotros llamamos la vida natural, normal, común.

En Génesis 5:5, leemos: «Y fueron todos los días que vivió Adán novecientos treinta años; y murió». Con una frase similar se nos relata en la Biblia el fin de los antepasados.

Sobre la vida pende la sombra de la muerte. Toda la vida es una muerte latente, un paso hacia el final. Y por el pecado se ha ajado la floración auténtica y verdadera de esta vida. Dios dijo a Adán: «Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás» (Gén. 3:17-19).

Por el pecado, la vida se ha hecho pesada y llena de cuidados. Lo primero que salta a la vista es trabajo y penalidad. Cuando Jacob, el Patriarca, está ante el Faraón, y éste le pregunta: «¿Cuántos son los días de los años de tu vida?», Jacob responde: «Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida». (Gén. 47:8-9).

Esto no obstante, la palabra *vida* también recibe en el Antiguo Testamento otro color o aspecto.

El quinto mandamiento (Deut. 5:16) dice como sigue: «Honra a tu padre y a tu madre, como Jehová tu Dios te ha mandado, *para que sean prolongados tus días*, y para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da».

Aquí se dice no sólo que aquellos que cumplan la ley del Señor vivirán mucho tiempo, sino tam-

bién que les irá bien. Cuando Pablo, en Efesios 6, cita este mandamiento con promesa lo interpreta así: «... para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra» (v. 3).

Vivir, pues, significa en primer lugar: *no-morir*, pero asimismo: bajo la estima del Señor, estar bien, vivir bien, vivir en comunión con Dios. Por la gracia de Dios vuelve la flor y el color a esta vida; en principio se vuelve buena, retorna a hacerse buena, porque el Señor está con su pueblo.

Moisés, en Deut. 30:15, dice: «Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, (pero también) la muerte y el mal.... la bendición y la maldición» (v. 19).

Según estos versículos, la vida no es sólo *alargar la existencia*, sino *estar bien, ser bendecido por el Señor*.

En una línea se hallan: la vida o vivir, el bien, la bendición del Señor. En la otra línea se encuentran: la muerte, el mal, la maldición del Señor.

Por el pecado, esta vida se vuelve una muerte latente. Pero por la gracia de Dios, esta vida también se hace o vuelve un anticipo de la vida eterna, en la que siempre estaremos con el Señor. Esto también valía para los piadosos del Antiguo Testamento. En Proverbios 3:1, leemos: «Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos; porque largura de días y años de vida y paz te aumentarán» (v. 2). «Mi ley» = mi enseñanza. Aquí, a aquellos que aman la ley (enseñanza) del Señor se les promete no sólo largos días, sino también que gozarán de paz, es decir, de dicha y bendición.

La verdadera sabiduría «es árbol de vida a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen» (Prov. 3:18). Y que esta vida, esta

dicha, esta bienaventuranza es un gustar anticipado de una vida eterna, también se deja entrever ya en el Antiguo Testamento.

Por ejemplo, pienso en el Salmo 16:9-11: «Se alegró por tanto ni corazón, y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente; porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre».

Que podamos y nos esté permitido entender así este texto, se pone de manifiesto por la cita del mismo en el libro de los Hechos, capítulo 13, verso 35, al que sigue la explicación en el verso 36, que dice: «Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción», y sigue: «Mas Aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción» (v. 37). Por consiguiente, en el Salmo 16 tenemos una profecía de la resurrección de Cristo y, consecuentemente, de la vida que los creyentes tienen en El.

En el Nuevo Testamento, la palabra *vida* es usada en el sentido corriente de la palabra como generalmente la empleamos. Cuando Jesús, en Mat. 4:4, dice: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios», esto no quiere decir que además de la vida natural también haya aún una vida «espiritual» en la Palabra. Sino esto: que el pan por sí mismo, no conserva nuestra vida, sino que somos totalmente dependientes de la voluntad de Dios, el cual, como es corriente y normal, sostiene nuestra vida mediante el pan, pero también lo puede hacer sin este medio o alimento.

Cuando un principal de la sinagoga dice a Jesús: «Mi hija acaba de morir; mas ven y pon tu mano

sobre ella, y vivirá» (Mat. 9:18), este hombre quiere decir: –mi hija volverá a esta vida. Estos son sólo un par de ejemplos que podrían verse aumentados con otros muchos.

Pero en bastantes lugares, la palabra *vida* o *tener vida* tienen un significado más alto y profundo, o sea, éste: –vivir en la gracia de Dios, estar bien bajo la mirada y cuidado del Señor, participar en la comunión con Dios por Jesucristo.

Personas que están llenas de vida, en el sentido corriente y normal de la palabra, pueden estar «muertas». Un buen ejemplo de esto lo tenemos en Mateo 8:22. Aquí, a un discípulo que primeramente quería enterrar a su padre antes de seguir a Jesús, éste le dice: «Sígueme; deja que los muertos entierren a los muertos». Los muertos –éstos son las personas que no conocen al Señor Jesús, que no creen el Evangelio y que viven en sus pecados. Están muertos en pecados y delitos (Cf. Efesios 2:1). Otro buen ejemplo de este uso de la palabra *vida* y *muerte*, lo encontramos en Lucas 15. En la parábola del hijo pródigo o perdido. De él se dice que «desperdició sus bienes viviendo perdidamente» (v. 13). Vivió al día.

Pero cuando arrepentido vuelve a casa, el padre dice de él: «este mi hijo muerto era, y ha revivido» (v. 24). Así puede decirse de todos los que están sin Dios en este mundo: –que viven en el sentido normal y corriente de la palabra, pero carecen de la vida verdadera; por consiguiente, están muertos.

Este doble uso de la palabra *vida* lo encontramos en Mateo 10:30: «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará».

Este texto se ha explicado así: «Quien quiera salvar

su vida negando Mi nombre, ése perderá la vida verdadera, o sea, la salvación». Hay gentes que son puestos ante la elección entre vida con Dios y la vida en el mundo. Los hay, entonces, que no quieren perder esta vida. No quieren perder su posición, nombre, honor, dinero y todo aquello en que buscan su vida. Se aferran titánicamente a estas cosas y las conservan. Pero a costa de lo auténtico, lo verdadero: -la vida en comunión con Dios por la fe en Jesucristo.

Ya se ha convertido en uso corriente el llamar a esta vida verdadera, auténtica y única, *la vida espiritual*. Esto nos hace que, como sin querer, pensemos en lo contrapuesto a la vida corporal. No creo que debamos hablar de vida «espiritual». Pues la vida tal y como es llevada por los incrédulos, no es simplemente la vida corporal. Y la vida de los creyentes con el Señor no es sola y simplemente espiritual o interior, ni tiene que ver únicamente con nuestro espíritu humano. También el cuerpo está relacionado en todo esto.

No me parece imposible que tras esta vida llamada espiritual, se esconda un pensamiento o idea originariamente pagano. Los paganos pensaban que junto a o sobre la vida corporal había una vida «divina». Se imaginaban esta vida como un cierto fluido, una cierta materia divina, que entraba en el hombre. Ese fluido era, por así decirlo, derramado en el espíritu humano. Así continuaban hablando -si no me equivoco-, ciertos cristianos de su vida del alma o de su vida espiritual. Esto, pues, sería algo, una cosa, un germen o algo por el estilo, que se halla en alguna parte de su espíritu o corazón.

Mas, a mí me parece que debemos preferir hablar de la vida *verdadera, auténtica y plena*. Esta es no sólo una vida del espíritu, sino que también

nuestro cuerpo está implicado en ella. No es sólo una vida interior; pues esta vida brota y nace en todas nuestras realizaciones. Es una vida *para y con* Dios por Jesucristo, la cual consiste en creer y confesar Su Nombre, y en amar a Dios y Sus mandamientos, y en una continua conversión en cualquier terreno de la vida en la que Dios nos llame.

Sin embargo, podemos llamarla una vida *«Espiritual»*, esto es: una vida de (desde) el Espíritu Santo, o una vida *por* el Espíritu Santo. Como Pablo escribe a los de Galacia: «Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu» (5:25).

Asimismo podemos hablar de vida *Cristiana*. Lo que quiere decir que esta vida la recibimos *de* Cristo, y la tenemos *en* El. Porque El ha dicho: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (Jn. 14:6).

Y en Juan 10, leemos: «Mis ovejas oyen mi voz... y yo las conozco... y ellas me siguen... y yo les doy la vida eterna... y no se perderán eternamente... y nadie las arrebatará de mi mano» E incluso los niños conocen aquel texto: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn. 3:16).

Si alguien replicase: –efectivamente, esa es la vida eterna, y ésta llega inmediatamente después de esta vida; ¡pero yo desearía, ya ahora, tener esa vida y vivir!

En este caso, nuestro Salvador nos enseña que esta vida empieza ya ahora. Y esto nos lo dice en Jn. 5:24: «De cierto, os digo: El que oye mi palabra, y cree al que envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida».

Quien cree en el Señor Jesús y guarda Su palabra en un corazón sincero y recto, y le ama, ése tal vive en el sentido pleno y verdadero de la pala-

bra. Porque: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3).

Fuera de Jesucristo, y sin fe en El, no tiene el hombre vida alguna. Según el criterio o norma de los hombres, esa persona puede estar bien, quizá le vaya bien. Puede ser que todo le sea favorable, y que le salga bien todo lo que hace. Puede ser que sea un hombre de renombre, y que en este mundo tenga todo aquello que desea su corazón. Puede ser que le honren miles de personas, que le adoren, que le envidien y glorifiquen como luz del mundo.

Pero cuando un hombre, en medio de todo lo que tiene en esta vida, no conoce a Jesucristo, entonces está sin Dios y sin esperanza en este mundo.

A todo lo bonito, y bueno, y hermoso, que tiene en esta vida, le llega un fin. Con la muerte se acabó todo.

Pero quien cree en el Señor Jesucristo, ya ahora le va bien. Vive en el pleno sentido de la palabra. No tiene por qué temer la muerte, pues entonces todo se vuelve más hermoso, mejor y más agradable; porque siempre estará con el Señor. Pablo escribe a los filipenses: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (1:21).

Cristo es la vida de su vida, y el gozo y la fuerza de su fuerza. Donde está Cristo, allí hay vida. Pablo conoce a Cristo y el poder de Su resurrección.

Lucha por crecer en ese conocimiento. Desea conocer más al Señor y amarle aún más cordialmente y vivir más cerca de El. Por eso desea ser despojado de esta vida y estar con Cristo. Pues entonces se cumple la plena realización de la vida.

Con lo cual, Pablo no dice que desea la muerte, porque la muerte sea agradable y deseable. Sabe muy bien que la muerte es un horror, un castigo al pecado;

la muerte no debió ser, pero ahí está, y cada uno debe pasar por ella. Pero la victoria le ha sido arrebatada a la muerte. La muerte, para todos los que conocen a Jesucristo, es un paso para la vida eterna. Y esta vida plena, hermosa y eterna, añora Pablo y con él todos los que aman a Jesucristo.

Esta vida eterna, que es gozada por todos los que mueren en el Señor, no es posible describirla. Ocurrirá que, todos los que estén en el Señor, ya no tendrán trabajos, ni tristeza, ni lágrimas en sus ojos. Será un gozo eterno, y nadie estará enfermo, y la muerte nada nos arrebatará. Todo lo corruptible, y lo mortal, y lo pecaminoso, no existirá allí. Solamente habrá gozo de vivir, plenitud de vida para el cuerpo, y alma, y espíritu, hasta la eternidad. Viviremos con el Dios viviente y con Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y mañana, por toda la eternidad (Cf. Ap. 21).

Me puedo imaginar que alguien se diga: -«Todo muy bonito y bueno... sobre el papel. Pero yo me encuentro en necesidad y lleno de tristes vicisitudes. ¿De qué me aprovechan tan hermosas palabras?».

Esta es mi respuesta: -Bonitas palabras humanas no ayudan nada. Si no tuviésemos otra cosa que utopías humanas, sueños humanos de un estado de dicha y prosperidad para todos los hombres, entonces seríamos tontos si pusiéramos nuestra esperanza en tal futuro castillo de aire.

Pero nosotros no tenemos una palabra humana, sino la Palabra de Dios y el Evangelio de Jesucristo, que no nos cuenta historietas ni nos relata sueños de hombre, sino que nos da la vida ya ahora, y nos anuncia que será tan hermoso que nadie, ni mente humana, lo puede describir.

Quien no es un extraño en la vida de los justos, y no pasa de largo junto al dolor y sufrimientos de

los hijos de Dios, sabe muy bien que aún hay mucha miseria en sus vidas. Esto tampoco nos lo oculta la Palabra de Dios.

Su castigo está ahí, cada mañana. Han de luchar con una salud quebradiza. Han de echar de menos a sus seres queridos, mientras que los impíos viven por muchos años juntos. Aún no ha pasado una desgracia, cuando llega otra. Llegan días en que se lamentan «¿Se olvidaría Dios de Su gracia?!».

Todos los dolores y olas pasan sobre sus cabezas. Han de pasar por fuego y por agua. A veces, los creyentes son tan probados en esta vida, que llegan a parecerse al viejo árbol al que la tormenta no sólo le arranca las ramas sino que lo parte por la mitad, de arriba abajo.

Llega a ser tan duro y fuerte, que las gentes dicen: —«pero esto no es vida». Y sin embargo, esas personas no tienen razón ninguna.

Sí, ciertamente tienen razón cuando dicen que esta vida casi es insoportable. Y que ellos, sin la gracia de Dios, sucumbirían. Pero si conocen a Jesucristo y el poder de Su resurrección, entonces *viven*. Entonces su vida es Cristo, y el morir es ganancia (Filp. 1:21).

También la muerte de aquellos que les son tan queridos. Eso es ganancia para los que duermen en Jesús. Ellos están en el Señor. Si bien el cómo y dónde nos es desconocido.

Y, por tanto, con mayor motivo desean estar algún día con el Señor. Cuando su tarea aquí se haya acabado; cuando aquí todo termine. Y en tanto deban permanecer aquí, el Señor da fuerza a los cansados, y a los débiles poder, y renueva su juventud como la de águila (Cf. Salmo 103).

¿Nos importa esta vida auténtica, plena y verdadera? ¿Vivimos con la mira puesta en ella? ¿Cre-

yendo, esperando, amando, vigilando, orando y luchando contra el pecado, y corriendo tras el objetivo al que Dios nos llama en Cristo Jesús, Señor nuestro? Cuando oigo toda clase de rumor en el mundo, y todo tipo de roces en las iglesias, y toda suerte de cuestiones con las que se está preocupado, entonces no puedo quitar de mí el pensamiento que muchos cristianos se hallan realmente despreocupados de la *VIDA*, esto es, de CRISTO y SU PADRE que lo ha enviado para dar vida al mundo.

Si se trata del Señor, entonces habrá en nosotros aquel mismo sentir que hubo en Jesucristo. «Haya, pues, en vosotros este mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús». (Filipenses 2).

DEL ESPÍRITU SANTO

Se me ocurre pensar que la obra del Espíritu Santo no llama tanto nuestra atención como sería menester.

Parece, a veces, como si el acento que ponemos en la obra de Cristo pusiera al Espíritu Santo a la sombra. Pero esto es algo que nada tiene que ver con las Sagradas Escrituras. Por lo cual, me parece ser de un gran servicio y aportación que ahora nos ocupemos de la venida y derramamiento del Espíritu Santo sobre toda carne, y que hagamos algunas observaciones sobre el Espíritu y Su obra.

Quien reflexiona que acerca de esto se han escrito ya enormes tratados completos, comprenderá que en un par de páginas únicamente se pueden dar unas cuantas aclaraciones al respecto.

La venida de Espíritu no se repite

Cuando leemos lo que ocurrió en la primera fiesta cristiana de Pentecostés, a veces puede brotar el siguiente pensamiento: —¡Con cuánto placer hubiera estado yo allí presente! O, quizá, querríamos que también nosotros viviéramos algo semejante en nuestros días. ¡Aquel acontecimiento debe haber sido una maravillosa sensación! ¡Cuántas cosas oyeron y vieron allí! Oyeron un ruido como de viento

huracanado que se extendió por toda la casa; y vieron algo así como una llama que en forma de lenguas se dividía y se posaba sobre cada uno de los presentes. Fue algo imposible de olvidar.

Entonces, todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu les daba que hablasen... Y toda clase de gentes de diversos países oyeron anunciar las grandes obras de Dios.

¿No sería una ayuda poderosa para nuestra fe si esto se repitiera de vez en cuando?

Es muy humano que se nos ocurra pensar esto. Como también es muy humano que nosotros, cual Tomás, querriamos ver, y tocar, y oír al Señor Jesús. Pero no debemos alimentar estos pensamientos, porque el Señor en Su Palabra nos enseña que en esta economía no lo podemos ni lo debemos esperar.

Todos los hechos de salvación que han ocurrido en la «plenitud de los tiempos», sólo tienen lugar *una vez*. Esto cabe decirse del nacimiento, del dolor, de la muerte, de la resurrección y de la ascensión de Cristo. Pero también hay que decirlo y afirmarlo de la venida del Espíritu Santo. Aquellas señales poderosas de viento, fuego y lenguas extranjeras desaparecieron, y no volvieron ni volverán. Pero lo que queda es esto: El Espíritu Santo, que por el Señor Jesús fue derramado sobre su pueblo, permanece en la iglesia a través de todos los siglos, y vive en todos los creyentes, y obra en ellos. Y aquellas señales prodigiosas son para todos los tiempos una indicación del poder todopoderoso de la gracia del Espíritu Santo, que ablanda corazones, desata lenguas y renueva vidas. Hasta que los creyentes, finalmente, en medio de la iglesia de los escogidos sean presentados sin mancha en la vida eterna.

Al Espíritu Santo se le conoce por la Palabra

No podemos hablar rectamente del Espíritu Santo y Su obra si no lo hacemos según la Palabra. Esto vale tanto del Padre y del Hijo como del Espíritu Santo. No podemos pensar o hablar bien y correctamente del amor del Padre, cuando no nos atenemos a las Sagradas Escrituras. Tampoco podemos hablar y pensar con exactitud de la gracia de Jesucristo, Hijo de Dios, si no hablamos según la Palabra. Porque Cristo llega a nosotros en el *ropa-je de las Escrituras*, como ha expresado J. Calvino. Algunos cristianos parecen opinar que no sea así con el Espíritu Santo. Pues me he encontrado con personas que afirmaban y defendían que creían en Dios el Padre, y también en su Hijo, Jesucristo. Pero todo esto para nada valía –según decían–, porque carecían o echaban en falta al Espíritu Santo. Al Padre se le podía conocer por la Palabra, y al Hijo otro tanto; pero el Espíritu Santo debía ser conocido por una experiencia o vivencia misteriosa, que ellos no podían explicar, pero que esperaban.

No niego en forma alguna que los creyentes tienen «vivencias». Yo preferiría hablar de «experiencias». Nosotros experimentamos que Dios el Padre es insondablemente misericordioso, y que el Hijo es maravillosamente clemente, gracioso (: de gracia, don inmerecido), y que el Espíritu Santo no nos priva de su comunión. Pero entonces experimentamos que es *verdad* lo que la Palabra nos ha revelado. Y sin la fe, que tiene por verdadero lo que Dios en SU Palabra ha revelado, no podemos conocer ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo. Quien quiere tener experiencias fuera de la Palabra, fuera de la fe y fuera de la obra del Espíritu, discurre fuera del camino puesto por Dios, y viene a caer en caminos de error. Por tanto, es acertadísimo cuan-

do el Catecismo de Heidelberg nos pregunta: -«¿Qué crees del Espíritu Santo?», a lo cual, según la Palabra de Dios, se contesta: -«Que con el Eterno Padre y el Hijo es verdadero y eterno Dios (a). Y que también me ha sido dado (b) para que, por la verdadera fe, me haga participante de Cristo y de todos sus beneficios (c), me consuele (d) y quede conmigo eternamente (e)».

(a)- I Jn 5:7; Gn. 1:2; Is. 48:16; I Cor. 3:16; 6:19; Hch. 5:3-4; Sal. 104:30.

(b)- Gál. 4:6; Mt. 28:19-20; II Cor. 1:22; Ef. 1:13; Rom. 8:15; Hch. 2:17.

(c)- Gál. 3:14; I Pe. 1:2; I Cor. 6:17

(d)- Jn. 15: 26; Hch. 9:31; Mt. 10:19-20; Rom. 8:15

(e)- Jn. 14:16; I Pe. 4:14.

En el Espíritu Santo se da Dios a sí mismo a su pueblo

Decimos que el Espíritu Santo ha sido derramado. Con lo que estamos diciendo que llega sobre nosotros con un torrente de bienes. No podemos contar o imaginarnos que llegue con algunas gotitas de bendición, porque el Espíritu Santo siempre es una abundante fuente de hermosos tesoros. Si tenemos que lamentarnos de «situaciones como de muerte», de pobreza y falta de vida *Espiritual*, la culpa no está en el Espíritu Santo, como si El quisiera ternernos pobres. Sino que se halla en que nosotros no bebemos con osadía y avidez de la fuente a la que somos invitados imperiosamente; o en esto: que nosotros, por nuestros pecados, bloqueamos el camino o taponamos el conducto por el que el Espíritu quiere venir hasta nosotros. Es siempre culpa nuestra si no recibimos del Espíritu Santo gracia sobre gracia.

Terrible es si al Espíritu Santo lo echamos fuera de nuestra vida. Pues entonces arrojamos a Dios de nuestra vida, y a Cristo lo dejamos fuera de nuestro corazón. Porque Dios está en nosotros y con nosotros por Su Espíritu, que nos ha dado. Con el don del Espíritu llega el amor de Dios a nuestro corazón. Pues Pablo escribe a los romanos: «... y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (5:5). Estamos acostumbrados a hablar del amor del Padre, y de la gracia de Jesucristo, y de la comunión del Espíritu Santo. Pero también nos es permitido y podemos hablar tranquilamente del amor del Espíritu Santo y de la gracia del Espíritu. ¡Cuán grande debe ser ese amor y esa gracia! Porque El, el Santo, quiere vivir *con* y obrar *en* criaturas pecadoras, débiles y defectuosas, que únicamente han ganado y merecido la ira y la maldición de Dios.

¡Cuánta paciencia ha de tener el Espíritu Santo con nosotros! Por nuestra parte nos oponemos constantemente a Su acción, nos inclinamos a entristecer, a resistirle y a apagarle. Por naturaleza preferimos vivir según la carne que según el Espíritu, y según nuestra propia corrupción somos más «bestiales» que «Espirituales».

¡Cuánto debemos avergonzarnos del desamor que mostramos frente al amor del Espíritu! ¡Y cuán agradecidos debemos estar que el Espíritu Santo se nos ha dado con su soberano poder para vencer nuestra debilidad y flaqueza!

El Espíritu Santo se da como Persona

Cuando decimos que el Espíritu Santo nos ha sido dado, y que Dios mismo de este modo se entrega a nosotros, debemos entender muy bien la palabra

«dado». Con las palabras «*ser dado*» normal y comúnmente pensamos en una cosa, en un cometido, un regalo que nos es puesto en las manos y del que podemos disponer; o pensamos en una medicina que nos es dada y que luego, de suyo, opera su acción. Con frecuencia, de tal manera se habla del don el Espíritu Santo, como si con ello se nos diese «algo» que luego, de suyo, obraría en nosotros su operación. Pero debemos caer en la cuenta que el Espíritu Santo no es una cosa, no es algo, sino *alguien*. El Espíritu Santo es una Persona. Y si decimos que nos es dado, esto lo debemos entender de modo justo, igual que entendemos que Dios nos ha dado su Hijo.

Dios dio su Hijo, para que éste nos salvase del poder del pecado. Así nos es dado el Espíritu Santo, para que éste nos rigiese, y consolase, y condujese, y renovase. Nos ha sido dado para obrar la fe en nuestros corazones mediante el anuncio del Evangelio. Nos ha sido DADO, para consolarnos en toda calamidad mediante las ricas promesas de la Palabra del Señor. Regir, guiar, consolar, renovar es la obra de la Persona del Espíritu Santo. Y nosotros recibimos su gobierno, dirección, consuelo y renovación por gracia únicamente y por la fe sola. Cuando nos es dado el Espíritu Santo, no ocurre ninguna mezcla de Dios y hombre. El Espíritu Santo permanece Dios y los creyentes permanecemos hombres. No es infundido algo divino en el hombre; ningún fluido divino fluye del Espíritu Santo en nuestro corazón. El Espíritu Santo permanece Persona y los creyentes permanecen personas con su plena actividad propia y responsabilidad. Esto debemos tener presente en nuestro reflexionar y hablar acerca de la obra del Espíritu Santo. Lo mejor es que nos mantengamos cerca de las Sagradas

Escrituras y ser muy prudentes con nuestras comparaciones, imágenes o reflexiones.

Frecuentemente se ha hablado sobre la obra del Espíritu en o con imágenes que estaban tomadas de la vida de las plantas. Se hablaba de la raíz desde donde la sabia sube a los tallos, y de los poderes de la vida que suben hacia las ramas, las hojas y las flores. También se tomaron imágenes de la electricidad: sus chispas, sus cargas y descargas, y campos de fuerza. A veces, el hablar acerca del Espíritu y Su obra, llevaba a pensar en el médico que pone una inyección a un paciente que se halla en estado inconsciente.

Todas estas y otras imágenes o comparaciones eran usadas con la mejor intención, y fueron expuestas en un lenguaje arrebatador. Tales imágenes han permanecido atrapadas en las mentes del pueblo de la iglesia, y han hecho –según me temo– más mal que bien.

El Espíritu Santo no es una «fuerza», y el hombre no es una planta.

El Espíritu Santo es Persona, y Su acción no es «natural», sino personal. El no hace de los creyentes algo «insensible, muerto y duro», como bien se expresan los Cánones de Dordt: «Así esta gracia divina del nuevo nacimiento tampoco obra en los hombres como en una cosa insensible y muerta, ni destruye la voluntad y sus propiedades, no las obliga en contra de su gusto, sino que las vivifica espiritualmente, las sana, las vuelve mejores y las doblega con amor y a la vez con fuerza, de tal manera que donde antes imperaba la rebeldía y la oposición de la carne, allí comienza a prevalecer una obediencia del Espíritu voluntaria y sincera, en la que descansa el verdadero y espiritual restablecimien-

to y libertad de nuestra voluntad». (Cánones de Dordt. III/IV. 16).

La acción del Espíritu es milagrosa

Con esto quiero decir, en primer lugar, que esa acción es insondable. Nadie puede escudriñar esa obra en su origen, en su curso, y en su meta. Tampoco lo debemos intentar, teniendo en cuenta las palabras de Jesús a Nicodemo: «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de donde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (Juan 3:8). Recordemos también las palabras del Eclesiastés: «Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas» (Ecl. 11:5). En concordancia con estos pasajes, la confesión de fe reformada avisa contra una búsqueda que quiere saber más de lo que Dios nos da a saber: «Los creyentes no pueden comprender de una manera perfecta en esta vida el modo cómo se realiza esta acción; mientras tanto, se dan por contentos con saber y sentir que por medio de esta gracia de Dios creen con el corazón y aman a su Salvador» (Cánones de Dordt. III/IV. 13). Conformémonos con esto.

Es un milagro; pero un milagro grande, portentoso. La acción u obra del Espíritu no es menos que todopoderosa. Milagrosamente grande es la obra de la creación. Dios es grande en consejo y poderoso en hechos. Pero también es milagrosamente grande la obra o acción de la regeneración de un hombre. Nos admiramos al leer que Dios creó el cielo y la tierra por el poder de Su Palabra. Nos maravillamos cuando leemos que el Señor Jesús, por el poder de Dios, resucitó de los muertos. También tenemos que estar maravillados cuando vemos que un

hombre pecador, corrompido hasta los tuétanos, llega a la fe y conversión. ¡Qué consuelo que podamos contar con el poder todopoderoso del Espíritu Santo, el cual nos hace triunfar sobre el demonio y el mundo, sobre la propia carne y espíritu, y que nos presentará sin mancha ante el rostro de Dios!

«¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro» (Romanos 7:24-25).

GRACIA

Posiblemente piense alguien: –«Este capítulo lo puedo pasar sin leer, porque desde mi juventud sé muy bien lo que es *gracia*». A esto querría responder que la palabra *gracia* generalmente es bastante conocida en la iglesia, pero precisamente con tan conocidas palabras ocurre, a veces, que difícilmente podemos expresar lo que realmente significan.

Al tratar de esta palabra, me voy a limitar substancialmente al Nuevo Testamento.

Gracia es la versión castellana de una palabra griega que tiene su raíz en otra palabra que significa gozo, alegría. *Gracia*, pues, es algo que complace y alegra.

Así es en las relaciones humanas.

Imagínate que un acusado debiese comparecer ante un príncipe oriental. Este disponía sobre la vida y la muerte de sus súbditos. La ira de su señor significaba la infelicidad para el acusado, o quizá la muerte. Mas la solicitud y benevolencia significaba felicidad y vida. ¡Qué gozo y qué respiro tan grande para el acusado si el príncipe o rey aquel le salía al encuentro amigablemente, le hablaba benévola-mente y se le mostraba afectuoso! Probablemente, en la palabra *gracia* se halla la idea de: *estar incli-*

nado a, dispuesto a, solícito, solicitud. Según esto, podemos pensar en un rey o personaje que se inclina benevolente hacia alguien de mucho menor rango.

Cuando Ester, sin ser invitada, se acerca al rey, piensa que es probable que esto le costará la vida. Ester dice: «...; y si perezco, que perezca» (Ester 4:16). Pero en 5:2, leemos: «Y cuando (el rey) vio a la reina Ester que estaba en el patio, ella obtuvo gracia ante sus ojos». El rey fue gracioso *con* o *a* ella, se inclinó benévolo a ella y la entregó el cetro de oro como muestra de ello.

Si la gracia de un gran personaje trae gozo en las relaciones humanas, incomparablemente mucho más gozo proporciona la gracia de Dios a un hombre. Dios no es un dominador humano que puede matar el cuerpo. Dios puede castigar con la muerte eterna, y puede, en Su gracia, regalar la vida eterna. ¡Qué magnificencia cuando nos muestra y demuestra Su gracia, cuando nos es *gracioso*!

Cuando pienso en la *gracia* de Dios, recuerdo en mi espíritu el salmo 97: «Los que amáis a Jehová, aborreced el mal; él guarda las almas de los santos; de mano de los impíos los libra. Luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos de corazón» (vs. 10-11).

Esta misma conexión de la gracia de Dios y Su rostro amigable lo encontramos también en la conocida bendición de Números 6: «Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia» (v. 25). Lo que el sol con su luz y calor es para la planta, el animal y el hombre, esto es la gracia de Dios para los creyentes. Su benevolencia inmerecida es la fuente de todo bien para el tiempo y la eternidad.

Cuando las Escrituras hablan de la gracia de Dios,

esto incluye el pensamiento o idea de que no tenemos ningún derecho sobre ella. Gracia está frente a mérito, paga o salario. Como Pablo escribe en Rom. 4:4: «Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda».

Si no me equivoco, fuera del Cristianismo, todas las religiones son cultos de obras, religiones de méritos. Todos los paganos ven la relación hacia su dios o dioses como un contrato de un obrero asalariado en servicio de un empresario o patrono. Si ha hecho bien su trabajo, puede extender su mano para recibir su merecido salario. Así pensaban también los fariseos, «que confiaban en sí mismos como justos». Estos fueron tipificados por Jesucristo en aquel fariseo que, orando, decía: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano» (Lucas 18:9-12). Sencillamente, quería decir: que él ciertamente había ganado un puesto o lugar en el cielo. El error fundamental del judaísmo y paganismo –y también de cierto cristianismo– es éste: no querer vivir de gracia.

Frente al fariseo pone Jesús al publicano. Este estaba lejos, y no osaba levantar los ojos al cielo, sino que golpeándose el pecho, decía: «Dios, sé propicio a mí, pecador». Si Dios hubiese querido entrar a cuentas con él y le hubiera hecho conforme a derecho, habría perecido bajo la ira de Dios. Cuando Jesús confronta a este publicano con el fariseo, es obvio que no quiere aconsejarnos que vivamos como un pagano, publicano o pecador. Lo que quiere decir es que nunca debemos apoyarnos en mérito alguno o valía propia; que todo lo debemos (y nos es permitido) esperar de la gracia de Dios. De acuerdo con esto, Pablo escribe: «... por

cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Rom. 3:23 y ss.). También en 11:6 aparece muy claramente esta contraposición o antítesis: «Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia».

Cuando decimos que somos salvos por gracia, con esto confesamos que nada tenemos que agradecer a nosotros mismos, sino que todo hay que agradecerlo a la gracia del Señor; que estamos con las manos vacías ante Dios, y que debemos vivir de Sus dones: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2:8-9)

Gracia está frente a méritos y derecho; y por esto no puede ir aparejada con gloria propia. Se reprocha a los evangélicos reformados que están bastante farisaicamente engreídos de sí mismos; que la soberbia no les es extraña, y que son propensos a no considerar a los demás. En general, esto no es verdad. Sin embargo, no debemos echar en olvido este reproche. Lutero debió decir en una ocasión: «Si abrieseis mi corazón, hallaríais un Papa en él». Simplemente quería decir: -El pecado de la propia gloria y de las propias obras, también anida en mi corazón. Asimismo ocurre en nosotros. Y esto lo aprenderemos, de una vez por todas, cuando conocemos al Señor en Su santidad, y justicia, e ira contra el pecado. El pecado que era tan grande, que El lo ha castigado en su propio querido Hijo. Toda gloria desaparece ante Cristo crucificado, «el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Rom. 4:25).

Cuando las Escrituras hablan de la *gracia* de Dios, con ello también están hablando de un activo *atributo de Dios*. Por decirlo de alguna manera, la gracia nunca debemos separarla de Dios.

Los teólogos romano-católicos (y también otros) hablan de gracia infusa que, por así decirlo, es derramada en el corazón del hombre. Esto siempre me lleva a pensar en un médico que con una aguja inyecta un líquido en el cuerpo del enfermo. Se ha hablado de la *gracia de Dios* como si fuera una «cosa», «algo» divino, que es puesto en alguna parte en el cuerpo del hombre. Entre los escritores paganos se halla la idea de que una especie de fluido divino desciende en el hombre, por el que éste es divinizado. Una chispa del fuego divino, una gota del océano divino se hospeda en el hombre. Y este pensamiento pagano aún sigue latente –según yo opino– en ciertos círculos cristianos. Ciertamente se habla de la gracia de Dios y de la gracia de Jesucristo. Pero se busca esta gracia en sí mismos. Se habla de gracia-en-el-alma o de gracia-en-el-corazón. *La fe en la gracia* de Jesucristo se tiene por nada, o se desprecia, pues se quiere constatar o experimentar un «algo» milagroso e indescriptible en el propio corazón o vida. Que Cristo ha nacido por los pecadores, nada les dice; pues El debe nacer en el corazón. Que Cristo fue crucificado en el Gólgota, es ciertamente verdad, pero nada aprovecha al pecador si antes la cruz de Cristo no ha sido levantada en el corazón. Estas últimas frases, a muchos oídos les suenan a muy piadosas y tiernas, pero las Sagradas Escrituras no hablan así. Estas nos hablan de gracia *para* y *a* y *sobre* los creyentes. Las Escrituras nos certifican y aseguran que ya no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia. La gracia de Dios en Jesucristo es como un sol que resplandece sobre nuestra vida. Pero en ninguna parte hablan las Escrituras acerca de la gracia de tal forma que debamos buscarla como una cosa en nosotros. Como la salvación y la vida debemos buscarlas fuera

de nosotros mismos, en Jesucristo, así también la gracia de Dios debemos buscarla en Jesucristo.

En estrecha relación con esto, tenemos lo siguiente: -Que participamos de la gracia de Dios por la fe en Jesucristo. Gracia y fe están íntimamente relacionadas entre sí. Según el apóstol Pablo escribe: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe» (Ef. 2:8). Y en otro lugar: «Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda la descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros». (Rom. 4:16). Según Tito 2:11, es «la gracia de Dios (la cual) se ha manifestado para todos los hombres», a saber, en la manifestación de Jesucristo. También el apóstol Pedro escribe así: «... y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado» (I Pe. 1:13). Hace tiempo oí a alguien exponer cómo él había conocido la gracia. Relataba vivencias milagrosas en un lenguaje y palabras que yo no pude encontrar en las Escrituras. Fue curioso, no habló de Jesucristo ni mencionó con una sola palabra la fe, ni el Evangelio. Por lo visto había recibido la gracia de Dios, según su opinión, fuera de Cristo y fuera del Evangelio. Cuando se lo hice notar, contestó: que, como es natural, era necesaria la fe en el Evangelio de Cristo, pero que lo propio, lo esencial iba mucho mas allá. Con otras palabras: fe en Jesucristo, en quien la gracia de Dios se ha manifestado, no era suficiente para la salvación. Yo, entonces, le dije que él quería otro camino distinto del que el Señor mismo nos indica en Su Palabra. Más tarde, pude oír que este hermano se había marchado muy malhumorado, llevándose la duda de que quizá no estaba en lo cierto.

No busquemos otro camino del que el Señor nos

ha revelado en Su Palabra. Es el camino de fe en Jesucristo que nos es anunciado por el Evangelio. En Cristo se ha manifestado la gracia de Dios. Por el Evangelio nos ha sido acercada la gracia. Cuando Pablo resume para los ancianos de Efeso en qué consiste el ministerio que el Señor Jesús le ha otorgado, lo hace en estos términos: «... para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (Hechos 20:24). El Evangelio es el anuncio gozoso de la insondable gracia de Dios en Jesucristo. Es un poder de Dios para salvación a todo aquel que lo cree (Rom. 1:16). Porque la gracia de Dios es un poder de Dios para Salvación.

Finalmente, esto: la gracia de Dios es la fuente de toda salvación. La gracia de Dios es el fundamento del perdón de los pecados. La gracia de Dios es el fundamento de la paz de Dios, que supera toda inteligencia.

La gracia de Dios es el manantial de la nueva vida. La gracia de Dios es la fuente de la justificación, santificación y glorificación. Quien tiene parte en la gracia de Dios, participa de los hechos de salvación que fluyen de esta fuente inagotable. La gracia de Dios es lo único necesario y suficiente tanto en la vida como en la muerte. Cuando Pablo ora para que le sea quitada una «espinas» en su carne, recibe por respuesta: «Bástate mi gracia» (II Corintios 12:9).

En efecto: la gracia de Dios es suficiente. Contrarresta todo cuidado, miseria y sufrimiento que aquí abajo son nuestra parte y pan diario. A veces, parece que todo está contra nosotros. Perdemos lo que nos es más querido. Lo que deseamos, no lo recibimos, y lo que tememos se nos echa encima. Lo más excelente de esta vida, frecuentemente se vuelve lo más costoso y penoso. Y esto es lo que

más hiere. Pero la gracia de Dios en Jesucristo se levanta por encima de todo esto, y tantas cuantas veces vivimos de esta gracia, decimos: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?». (Rom. 8:31).

LA IRA DE DIOS

Si no me equivoco, se predica más acerca de la gracia de Dios que sobre la ira de Dios.

Al preparar este capítulo, pude constatar que diversos diccionarios sí comentaban la palabra *gracia*, pero no la palabra *ira*.

Me parece que no nos gusta colgar de la pared un texto en el que salga la palabra *ira*, mientras que abundan los textos enmarcados y colgados con la palabra *gracia*.

Todo esto no está absolutamente bien, aunque sea explicable. Está bien y es hermoso que, sobre todas las cosas, apreciemos la gracia de Dios. Ella nos es suficiente tanto en la vida como en la muerte. Pero no es suficiente, si nunca tememos la ira de Dios. Un cristianismo que ha olvidado temer ante la ira de Dios, no aprovecha.

Lo que sea la ira de un hombre, lo sabemos muy bien.

Lo podemos ver en alguien que se aíra. Si está muy irritado, su sangre entra en efervescencia, se aceleran sus pulsaciones, sus mejillas se tornan sonrosadas y las alillas de su nariz tiemblan. La ira frecuentemente se descarga con palabras violentas

y golpes secos. Tras todo lo cual, se esconde un torbellino en el ánimo.

En las Sagradas Escrituras se habla muy a menudo de la ira de Dios. Y para ello se usan las mismas palabras que se emplean para la ira de un hombre. ¿Cómo podría ser de otra manera? No podemos hablar de Dios de otra forma que en lenguaje humano.

Una palabra hebrea para *ira*, nos lleva a pensar en el resoplar y bribar de las alillas de la nariz; y una palabra griega para expresar *ira*, propiamente significa hincharse o estar en efervescencia.

Cuando la Biblia habla así de la ira de Dios, por supuesto que debemos desechar y descartar todo pensamiento o idea de una ira pecaminosa y no santa. Tampoco debemos pensar que Dios, si se aira, no se domine. Pero si las Escrituras dicen que Dios se aira, esto lo debemos admitir tal y como está escrito. Hubo padres de la iglesia que afirmaron que, en sentido propio y verdadero, en Dios no se puede hablar de ira. El pueblo corriente pudo entenderlo así, pero los más instruidos entendieron que Dios propiamente no podía enfadarse o airarse. Estos exégetas estaban bajo la influencia de filosofías paganas que hablaban de Dios como el Ser inamovible, insensible, frío, indiferente. Estos hicieron de Dios un concepto filosófico. Pero las Sagradas Escrituras hablan del Dios viviente que realmente vive y convive con Su pueblo; que mira con benevolencia y complacencia a Su pueblo que guarda Sus caminos; pero que se desata en ira contra un pueblo que le vuelve la espalda; y que vuelve a hacer resplandecer Su rostro sobre aquellos que confiesan sus pecados y vuelven al SEÑOR.

La *ira de Dios* se dirige contra el pecado de pueblos y personas.

Que Dios se aíra contra los paganos, se evidencia en muchos lugares de las Escrituras. Pero el Señor también se aíra con Su propio pueblo y contra miembros de Su pueblo. Cuando Israel se hace culpable del pecado de culto a las imágenes y Aarón ha hecho un becerro de oro, del que el pueblo dice: «Israel, éstos son tus dioses que te sacaron de la tierra de Egipto», entonces dice el SEÑOR a Moisés: «Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande» (Exodo 32). Bien es verdad que Dios, entonces, deja rogarse por Moisés y «Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo» (v. 14), pero esto no quiere decir que el SEÑOR no estaba enfadado con Su pueblo. Otro ejemplo más de temible ira del SEÑOR que de tal modo se encendió contra Su pueblo, que éste pereció en el desierto. Los doce exploradores han inspeccionado el país de Canaán, y todos, excepto Caleb y Josué, están de acuerdo que sería una locura luchar contra los habitantes de aquel país, y desanimaron a los israelitas de modo que no se atrevieron a marchar contra el país y pueblo que el SEÑOR les había prometido. Y luego leemos en Números 32:10 y ss.: «Y la ira de Jehová se encendió entonces, y juró diciendo: No verán los varones que subieron de Egipto de veinte años arriba, la tierra que prometí con juramento a Abraham, Isaac y Jacob, por cuanto no fueron perfectos en pos de mí».

Terrible es la ira del Señor. Es comparada a un fuego consumidor, a un horno candente, a una tormenta que todo lo arrasa. También se habla de la ira como una copa que rebosa amargura, que el culpable debe beber. Las consecuencias de la ira de

Dios son aterradoras: hambre, peste, sequía, destierro, etc. Pero lo más grave es que, si Dios se aíra con su pueblo, esto carece de Su gracia. Si Dios es gracioso con Su pueblo, hace resplandecer su rostro amigablemente sobre ellos. Pero si está airado con su pueblo, se vuelve y esconde Su rostro de ellos.

Cuando arde la ira de Dios, la vida languidece. La experiencia de la ira de Dios es amarga como la muerte. Por eso el salmista ora así: «No escondas tu rostro de mí. No apartes con ira a tu siervo; mi ayuda has sido. No me dejes ni me desampares, Dios de mi salvación». (Salmo 27:9).

Hubo teólogos que afirmaron que la ira de Dios era únicamente una imaginación, un malentendido del hombre que se imaginó que Dios ya no era misericordioso (: gracioso). Pero las Escrituras hablan de otra manera. Dios se aíra verdaderamente sobre el pecado y el pecador. También cuando los hijos de Dios viven en un pecado y permanecen en él, atraen sobre sí la ira de Dios. En Dios no hay aceptación de personas. También se enfada con sus hijos. No porque El les odie, sino porque El les ama.

Precisamente el amor puede airarse. Cuando los hijos de otro hacen algo que está mal, nos podemos enfadar por ello, pero no nos airamos con aquellos niños como su propio padre, el cual se enfada mucho más, porque les ama, y le hace sentir o comprender que es grave desviarse del camino recto. El Señor «se había enojado» con Moisés de tal manera que no le fue permitido entrar en el país prometido (Dueteronomio 3:26). Tan enojado estaba el Señor con Aarón, que quiso destruirlo (Deut. 9:20). También David, el hombre según el corazón de Dios, tuvo miedo de la ira de Dios, pues oró así: «Jehová, no me reprendas en tu enojo, ni me castigues

en tu ira. Ten misericordia de mí, oh Jehová, porque estoy enfermo; sáname, oh Jehová, porque mis huesos se estremecen» (Salmo 6:1-2). Claro que hemos de temer al Señor, y también temer Su ira, para que así odiamos el pecado y lo rehuyamos. Pues de otra forma nos atraemos la ira del Señor si vivimos y permanecemos en el pecado.

Ahora bien, hay cristianos que dicen que nos equivocamos al hablar así. Se me ha tomado muy a mal que yo hablara y predicara así acerca de la ira de Dios. Se aseguraba que ciertamente esto era así bajo el Antiguo Testamento o Pacto, pero que esto no valía para o en el Nuevo Pacto. Quien una vez había sido perdonado, no tenía jamás por qué temer la ira de Dios. Quizá alguna vez podía tener la impresión como si la ira de Dios estuviese sobre él. Pero esto era una equivocación. Entonces solo tenía que orar y pedir la desaparición de aquel sentimiento. Pero un hijo de Dios no precisaba ni debía pedir jamás la remoción o desvanecimiento de la ira de Dios. Sencillamente porque Dios ya no se podía airar o enojar en Sus hijos del Pacto. Y amenazar con la ira de Dios no encajaba en la predicación. O quizá sí, pero para aquella parte de la congregación que seguía viviendo incrédula e invonversa. Aunque esta opinión esta bastante extendida, sin embargo, no podemos calificarla de acertada y justa. También en el Nuevo Testamento se habla de la ira de Dios, y de la ira y enojo de Jesús. Cuando no es bien visto que Jesús cure en sábado a un enfermo, leemos: «Entonces, mirándolos con enojo...» (Marcos 3:5). Jesús está enojado y contrariado por la dureza de sus corazones. ¿No podría Jesús mirarnos airado, si nos mostramos duros de corazón? Juan Bautista habla acremente a los fariseos: «¡Generación de víboras! ¿Quién os ense-

ñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento» (Mt. 3:7-8).

¿No podría ni debería decírsenos otro tanto a nosotros, cuando no hacemos frutos que correspondan al arrepentimiento y conversión? En Juan 3:36, está escrito: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él». ¿Ya no puede ocurrir que hijos del Pacto vivan increíblemente? y ¿no deberán entonces temblar ante esta palabra: ira de Dios? En Romanos 1:18-32, Pablo describe la manifestación de la ira de Dios en el mundo sin fe. ¿Qué resulta de una humanidad bajo la ira de Dios? ¿No ocurre que el Justo, Dios, se enoja contra el mundo, porque éste detiene la verdad con injusticia? Y las consecuencias son terribles: pecados contra la naturaleza. Corrupción moral, desorden social, guerra de todos contra todos. Esto nos es revelado para que temiésemos la ira de Dios, y para que constantemente buscáramos la gracia de Dios en Cristo Jesús. Porque únicamente *en y con y por* El escapamos a la ira de Dios. Ahora en esta vida, y luego, en el día de la ira, el castigo o juicio eterno. Pues fuera de El somos realmente hijos de ira (Ef. 2:3). Pero en Jesucristo, la misericordia de Dios está sobre nosotros. Gracias a Dios, Su ira y enojo no son inevitables. No ocurre que, si alguna vez se enoja, vaya a estar eternamente enojado contra nosotros. Pues entonces ¿quién podría ser salvo? Pero si vivimos en nuestro pecado, Dios se enoja contra nosotros, está en contra nuestra, esconde Su rostro. ¿Quién no lo ha experimentado en su propia vida? Nuestra vida languidece y nos sentimos oprimidos. Y si entonces nos convertimos y clamamos por el perdón y la gracia, el Señor compasivo perdona nuestra huida y transgresión,

y nuevamente nos gozamos en el rostro amigable de Dios.

También es muy frecuente que las Escrituras hablen del día de la ira o del día del juicio. La ira de Dios se manifestará en toda su crudeza en el retorno de Cristo.

De esto ya habla el Antiguo Testamento en Ezequiel 7:19: «... ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día del furor de Jehová», y asimismo en Isaías 13:13. «Porque haré estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar, en la indignación de Jehová de los ejércitos, y en el día del ardor de su ira». Y también el apóstol Pablo en Romanos 2:5: «Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios». Pero sobre todo, el libro del Apocalipsis está lleno de pasajes sobre este tema. Entonces los condenados se esconderán en grutas y guaridas de piedra, y dirán a los montes y a las rocas: «Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?». (Ap. 6:16-17).

¿Pensamos en esto alguna vez? Sobre todo en nuestra juventud, quizá vivimos sin conocer rectamente al Señor en nuestros caminos. A veces los pequeños del Pacto viven inconscientemente en pecado; pecado que echa a perder cuerpo y alma. Pero esto puede ocurrir también con los mayores. ¡Cuánta desidia! ¡Cuán poco se preocupan muchos de vivir en el temor del Señor!

¿Conocemos nuestros pecados? ¿Tememos la ira de Dios? ¿Nos escondemos en la sangre de Cristo? ¿Confesamos y reconocemos sinceramente nuestros pecados y buscamos una y otra vez el perdón? Si

no lo hacemos, pereceremos bajo la ira de Dios en el día del juicio.

Un día de estos leía a un teólogo que no estaba asustado de una condenación eterna, porque no la hay –decía. No podía aceptar que haya un infierno y un juicio eterno.

Sería –decía en otra parte– mil veces peor que un campo de concentración, y esto ¡eternamente! ¿Podría Dios hacer esto a los hombres?

No lo podía creer. Sí creía en una vida eterna, pero no en una condenación eterna. Es ciertamente terrible, espantoso, temible. Pero no injusto. También en la ira eterna es Dios justo en sus caminos y obras. Pero si este juicio nos parece angustioso, huyamos de esta ira venidera, mediante la fe en nuestro Señor Jesucristo.

Mediante la obediencia a todo cuanto El ha mandado. En perfecta dependencia de Su gracia, la cual nos es suficiente hasta en la eternidad.

GOZO (y palabras análogas)

En un capítulo anterior, escribía que en el idioma griego la palabra *gracia* guarda relación con otra palabra que significa *gozo*.

La gracia alegre, da gozo y alegría. La gracia de Dios es una fuente inagotable de gozo. Con esto está dicho que el gozo auténtico sólo se encuentra en el pueblo del Señor, el cual vive de la gracia de Dios. Pero con esto también está dicho que bajo la ira de Dios desaparece todo gozo auténtico. No podemos vivir en el pecado y, por ello, atraernos la ira de Dios, y, sin embargo, estar verdaderamente alegres y practicar la auténtica alegría.

Si buscamos en una concordancia las palabras gozo, alegría, júbilo y alborozo, nos admiraremos de cuántas veces aparecen en las Sagradas Escrituras, y nos avergonzaremos de la falta de gozo que, generalmente, hay en nuestra vida. Y la culpa de ello no debemos echársela a Dios, sino buscarla en nosotros mismos. Porque Dios otorga a su pueblo una vida alegre. El es la fuente de todo gozo verdadero. En El lo debemos buscar, una y otra vez, constantemente.

Así habla el Salmo 4: «Tú diste alegría a mi

corazón, mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto» (v. 7). Y el Salmo 92, dice: «Por cuanto me has alegrado, oh Jehová, con tus obras; en las obras de tus manos me gozo» (v. 4). Y por citar de un salmo más, las palabras del 104: «A Jehová cantaré en mi vida; a mi Dios cantaré salmos mientras viva. Dulce será mi meditación en él; yo me regocijaré en Jehová» (vs. 33-34). Al SEÑOR le ha placido que sea servido por su pueblo con gozo. Este debe gozarse en la gracia de Dios, en el perdón de los pecados, y en la vida que El concede para ser gozada. Los justos deben gozarse cuando son bendecidos con pan y alimentos, con un hogar floreciente y con un establo creciente. Y cuando ofrecen las primicias, lo deben hacer con gran gozo. Les es concedido estar contentos y alegres con un gozo íntimo e inexpresable. Pero también deben manifestar ese gozo. En las Escrituras leemos que los justos saltan de gozo; dan gritos de júbilo, cantan y saltan ante la presencia del SEÑOR. Arpa y cuerno, cítara y timbal, laúd y flauta son tocados para alabanza del SEÑOR. Cuando las tribus subían a las grandes fiestas, había una alegre concurrencia cerca del tabernáculo y en el templo: esto no era una invención de personas que querían pasarse unos días de expansión o que quisiesen algo especial. No; esto era una *institución* u ordenación del SEÑOR. Los textos que nos lo demuestran están ahí, y yo citaré un par de ellos. En Deuteronomio 12:11 y ss., leemos: «Y al lugar que Jehová vuestro Dios escogiere para poner en él su nombre, allá llevaréis todas las cosas que yo os mando: vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, las ofrendas de vuestras manos, y todo lo escogido de los votos que hubiereis prometido a Jehová. Y os alegraréis delante de Jehová vuestro Dios, vosotros, vuestros hijos, vuestras hi-

jas, vuestros siervos y vuestras siervas, y el levita que habite en vuestras poblaciones».

Otro ejemplo más: «Y te alegrarás en todo el bien que Jehová tu Dios te haya dado a ti y a tu casa, así tú como el levita y el extranjero, que está en medio de ti» (Dt. 26:11). Se podía comer, beber y estar alegre, no según la costumbre y forma de los impíos o paganos, sino como justos que se gozan y alegran en la gracia inenarrable de Dios.

En Nehemías, capítulo 8, se relata que Esdras y sus colaboradores enseñaban al pueblo la ley y desde la ley de Dios. El pueblo había vuelto del destierro. «Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura» (v. 8). Cuando al oír las palabras de la ley el pueblo se entristece y llora, Nehemías dice: «Id, comed grosuras, y bebed vino dulce, y enviad porciones a los que no tienen nada preparado; porque día santo es a nuestro Señor; no os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza» (v. 10). Un pueblo alegre, que se goza en la gracia de Dios, es un pueblo fuerte. Porque la gracia de Dios hace fuertes a los justos, y, si se gozan en la salvación del SEÑOR, están fuertes y firmes en la lucha contra el diablo, el mundo y el pecado. No suspiran por el gozo en las barracas malditas, ni corren tras los deleites del mundo. Porque allí no está el SEÑOR y ¿cómo, pues, podrían estar allí alegres? El gozo del SEÑOR es su fuerza y poder.

También en el Nuevo Testamento se habla abundantemente de gozo. ¿Cómo podría ser de otra manera? Esto lo proclama la salvación que nos ha sido regalada en Cristo, y es lo que entraña y contiene el Evangelio: el anuncio gozoso. Según la conocida respuesta del domingo 33 del Catecismo de Heidelberg, respuesta 90, la vivificación del nuevo

hombre es «alegrarse de todo corazón de Dios por Cristo...» En Cristo ha aparecido, se ha manifestado la gracia de Dios en toda su gloria y magnificencia. Por eso, este libro que revela a Cristo, está asimismo lleno de gozo. Al inicio del Evangelio de Lucas se hallan aquellas conocidas palabras: «No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo» (2:10).

Al Evangelio de Lucas se le ha llamado el libro del gozo. Su programa lo encontramos en el cap. 4, versos 18 y ss.: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor».

Cuando los pobres son enriquecidos, sanados los quebrantados de corazón, liberados los encarcelados y a los ciegos se les recobra la vista, ¿no habrá alegría? En el capítulo 15 de este mismo Evangelio se habla del gozo de un pastor por su oveja perdida que él vuelve a encontrar, y del gozo de una mujer que vuelve a encontrar la moneda perdida; y luego se habla del gozo en los cielos –el gozo de Dios– por un pecador que se arrepiente. Qué gozo tan grande se nos muestra en las palabras del padre, cuando vuelto su hijo perdido, dice: «Comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado».

Según yo pienso, en ninguna parte del Nuevo Testamento se nos dice que Jesús rió.

Pero sí se nos habla de Su gozo. Cuando ha amonestado a sus discípulos a permanecer en El y llevar mucho fruto, continúa: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro

gozo sea cumplido» (Juan 15:11). Un poco después les enseña que esto lo obtienen por la oración: «Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (16:22 y ss). Con cuánto gozo ha servido Jesús a su Padre, y cómo se ha alegrado y gozado en la gracia de Dios. Este es el gozo que El les da a sus discípulos; y es el mismo que ellos, orando, les es permitido recibir y conservar.

Los apóstoles quizá lo han pasado en sus vidas y luchas mucho más difícilmente que ninguno de nosotros lo haya pasado o pasará.

El Señor Jesús ya se lo había dicho: serían perseguidos por causa de El, pero precisamente por esto debían alegrarse: «Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros» (Mateo 5:12). Pues bien, ellos se gozaron cuando fueron vejados y maldecidos, cuando fueron aprehendidos y encarcelados. No porque una espalda ensangrentada por los azotes o una prisión oscura fuesen algo agradable, sino porque la gracia de Dios estaba sobre ellos y con ellos. Se alegraban porque habían sido hallados dignos de padecer afrentas por el nombre del SEÑOR. De esto podemos leer muchos ejemplos en el libro de Los Hechos de los Apóstoles. Mientras los mismos apóstoles conocían el gozo del SEÑOR y lo vivían, estimulaban constantemente a este gozo a las congregaciones que estaban encomendadas a su cargo. Algunos ejemplos lo pueden demostrar. Por ejemplo, Santiago escribe a «las doce tribus que están en la dispersión», lo siguiente: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas» (Santiago 1:2). Pedro escribe a «Los expatriados» en este mundo: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa

extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría» (I Pedro 4:12 y ss.). Juan, en su tercera carta, dice: «No tengo mayor gozo que éste, el oír que mis hijos andan en la verdad» (III Juan 1:4). Y por lo que toca al apóstol Pablo, me limitaré a su carta a los filipenses, en la que la palabra gozo es una de las más características. Pablo está preso en Roma; aún debe esperar su condena y posiblemente será sacrificado. Pero escribe con esta alegría: «Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez os digo: ¡Regocijaos!» (Filip. 4:4). ¿Es un poco cansado, tanto texto?

Yo pienso que tenemos necesidad de que se nos inculque que la vida para el pueblo de Dios es una fiesta.

Cuando todo lo dicho hasta ahora lo dejamos actuar sobre nosotros, entonces podemos constatar que en nuestra vida nos falta bastante de este gozo verdadero. Es seguro que alguien nos haga notar que también se da el otro lado de la moneda, pues, ¿no nos hablan las Escrituras –y mucho– acerca de las aflicciones, de los cuidados y de las penalidades? ¿No hemos de tener en cuenta también estas cosas?

Quien hace estas observaciones, tiene mucha razón. Pero de esto escribiré en otros capítulos. Sin embargo, por más grande que pueda ser la aflicción que el SEÑOR trae a nuestras vidas; y por más que nosotros nos entristezcamos por el pecado, el gozo y la alegría deben prevalecer. Y deben prevalecer el gozo y la alegría, para que sean verdaderos; y siempre que vivamos de la fe. Pues entonces estamos seguros que nada nos puede separar del amor de Cristo. El es el mismo, ayer y hoy y hasta la

eternidad. Si permanecemos en El, nuestro gozo es cumplido. Entonces nos alegramos y gozamos en el perdón de los pecados y en la vida eterna que el SEÑOR, por gracia, nos regala. Entonces reímos en medio de nuestras lágrimas, y en los días de opresión, decimos: «Sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (II Corintios 7:4).

Hay una cosa que nos arrebatara el gozo, y ésta es el pecado y la perseverancia en el mismo. Si vamos por un camino equivocado y permanecemos en él, el SEÑOR oculta su rostro y entonces ¿cómo seguiríamos llenos de gozo en ese nuestro camino? En esto se halla, según me parece, la herida mortal de muchas vidas. Dios no deja sin castigo una vida desordenada. Nunca pecamos «venialmente». Incluso el pecado confesado y perdonado puede continuar por mucho tiempo apagando nuestro gozo, y quizá proyecte como una sombra sobre nuestra vida. Pablo mismo no podía olvidar que había perseguido a la iglesia de Dios. Bien pudiera ser que ésta fuese la «espinas en la carne» de la que habla. Pero si nos volvemos (: convertimos) al Señor, descubrimos y experimentamos que la vivificación del nuevo hombre es: alegrarse de todo corazón en Dios por Cristo.

A veces ocurre como si los cristianos no se atreviesen a estar alegres. Tienen miedo de ello. Temen que los otros hablen mal de su «alegre cristianismo».

Ahora bien, un cristianismo alegre que busca el gozo cerca de los ídolos de este siglo, es maldecido por Dios. Pero si amamos a nuestro Señor Jesucristo, y creemos en El como nuestro único Salvador, y conocemos al SEÑOR en nuestros caminos, entonces podemos ir tranquilos por nuestro camino. Porque la gracia de Dios está *sobre y con y en* nosotros. Y

viviendo de esta gracia, podemos gozarnos y regocijarnos en los días de nuestra juventud, como jóvenes de ambos sexos, que temen al SEÑOR y guardan puros su cuerpo y su alma. Igualmente podemos gozarnos con la esposa o el esposo que el SEÑOR nos ha dado. Podemos estar verdaderamente alegres cuando nuestro trabajo prospera. Podemos gozarnos en los goces «naturales» que el SEÑOR nos concede. Podemos sentir satisfacción en las cosas hermosas, y gozar de la espléndida creación de Dios, y alabarle por todo lo bueno que El, en Su gracia, nos brinda y otorga. Y, por último, podemos mirar con perspectiva el gozo eterno que el SEÑOR ha prometido a su pueblo en Su reino eterno.

TEMOR

En el capítulo anterior escribía sobre el gozo con que nos es permitido servir al SEÑOR. Posiblemente alguno de los lectores haya llegado a pensar si el gozo del que yo hablaba encaja con el temor del SEÑOR. Según mi idea, gozo y temor se hallan bastante distantes el uno del otro.

Quien conoce bien la Biblia, sabe que el auténtico temor del SEÑOR y el gozo marchan juntos en el servicio del SEÑOR. Cuando las Escrituras hablan del temor del SEÑOR, no es su intención que debamos tener miedo de Dios, como un esclavo tiembla y se estremece ante su señor al que conoce como un tirano que, según su antojo caprichoso, ahora es benévolo y luego la vuelve a emprender con el látigo. Un miedo semejante pueden tener los paganos los cuales no conocen a Dios. Un miedo semejante se abate a veces sobre los temerosos de Dios, cuando cayeron en pecado profundo y permanecieron en él por mucho tiempo. El SEÑOR entonces se aparta de ellos y no les muestra Su amigable rostro, sino que les mira airado.

Pero el recto y verdadero temor del SEÑOR es el respeto filial que los justos tienen para con Dios.

Estos se inclinan reverentes ante la excelsa Majestad de Dios e inmediatamente confían en Su misericordia insondable. Algo de esto también lo encontramos en la relación respecto a sus padres. Si esa relación está bien, los hijos no tienen miedo alguno al padre o la madre; pero sí veneración y respeto; y no están tranquilos hasta que no lo reconocen y piden perdón. Pero este respeto filial marcha a la par con la confianza filial.

Mucho más grande son la veneración y respeto que los hijos de Dios tienen por su Padre celestial. Pero también mucho más firme es la confianza que ellos ponen en Dios. De este auténtico temor de Dios dicen las Escrituras cosas hermosas. Como muestra, quiero citar algunos textos. Por ejemplo: «¿Quién es el hombre que teme a Jehová? El le enseñará el camino que debe escoger. Gozará él de bienestar, y su descendencia heredará la tierra. La comunicación íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto» (Salmo 25:12-14). «Bienaventurado el hombre que teme a Jehová, y en sus mandamientos se deleita en gran manera. Su descendencia será poderosa en la tierra; la generación de los rectos será bendita. Bienes y riquezas hay en su casa, y su justicia permanece para siempre» (Salmo 112:1-3).

Temer al SEÑOR es lo mismo que servirle, andar en Sus caminos, guardar Sus mandamientos, huir del mal y complacerse en el bien.

El temor del SEÑOR es el principio de la sabiduría, y es una fuente de vida: –Porque José teme a Dios, no quiere tratar a sus hermanos injustamente; (Gn. 42:18); porque las parteras de Egipto temían a Dios, no fueron obedientes al mandato de Faraón, sino que respetaron la vida de los recién nacidos de los israelitas (Ex. 1:17).

Quien teme a Dios, no maldecirá a un sordo ni hará tropezar a un ciego (Lev. 19:14).

No engañará al prójimo ni cobrará renta al pobre (Lev. 25:17 y 16). Por tanto, el temor del SEÑOR no sólo es la fuente del servicio a Dios, sino también de la recta actitud frente al prójimo.

Este recto y auténtico temor del Señor lo encontramos no sólo en el Antiguo sino también en el Nuevo Testamento. Pablo, en II Corintios 7:1, escribe: «Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios». Y en Filipenses 2:12, dice: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor». En Pedro encontramos estas expresiones: «Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación» (I Pe. 1:17). Las mujeres creyentes son amonestadas a ganar a sus maridos desobedientes por medio de una conducta irreprochable. Sus esposos quizá se conviertan, «considerando vuestra conducta casta y respetuosa» (3:2).

El auténtico temor de Dios y el verdadero gozo en el SEÑOR van estrechamente unidos uno con otro. Donde hay gozo, somos preservados del miedo y angustia; y donde hay temor, somos preservados de la alegría mundana.

¡Qué hermoso si aún se puede decir de la iglesia lo que leemos en Hechos 9:31: «Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del SEÑOR, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo».

Pero también hay un temor que oscurece el gozo de la fe. Propiamente no debía existir, pero se da

con frecuencia en el corazón de los creyentes. Ya los discípulos de Jesús no se vieron libres de ello. Cuando navega con sus discípulos por el lago de Galilea, son sorprendidos por una tormenta terrible, tanto que la barca amenaza hundirse. Entonces despiertan a Jesús, y claman: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!»; y entonces el Salvador les dice: «¿Por que teméis, hombres de poca fe?» (Mt. 8:23-27). *Poca fe* es la causa de *temor*. ¿Y quién no tiene a veces el lastre de la poca fe?

Cuando repetidamente caemos en un pecado, puede surgir en nuestro corazón este pensamiento: —¿Habrá realmente perdón para esto? Entonces podemos estar seguros que el diablo da vueltas alrededor de los creyentes para alimentar este pensamiento y así hacerles desesperar.

Además, las circunstancias de la vida pueden volverse tan adversas y el sufrimiento tan grande, que nos venga a la memoria el pensamiento del Salmo 73:12: «He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas. Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día, y castigado todas las mañanas».

Cuando todas las cosas están en contra, cuando nos ocurre lo que tememos y tarda lo que esperamos, cuando lo mas querido que tenemos en este mundo nos falla y nos son arrebatados de las manos todos los ideales, entonces nos puede acometer esta angustiosa y terrible pregunta: «¿Desechará el Señor para siempre, y no volverá más a sernos propicio? ¿Ha cesado para siempre su misericordia? ¿Se ha acabado perpetuamente su promesa? ¿Ha olvidado Dios el tener misericordia? ¿Ha encerrado con su ira sus piedades?» (Salmo 77:7-9).

Nosotros consideramos a Martín Lutero como un

hombre lleno de fe y lleno del Espíritu Santo. Fue un hombre de fe. Resistió al César y al Papa y, por así decirlo, descoyuntó a todo el mundo católico-romano. A veces no tuvo miedo de todos los demonios del infierno. Pero cuán angustiado se halló en muchos momentos. Uno de estos días pasados leía algo de Lutero, que quiero transcribirlo aquí: «Diariamente se debe pedir a Dios que quiera encender y mantener en nosotros, por Su Espíritu Santo, la luz de Su gracia. Porque el diablo no se toma vacaciones; es un enemigo de la luz y hace llover y granizar, y levanta vientos y tormentas de todas partes, por ver si puede lograr achicar y apagar esa luz. Por eso tenemos siempre la gran y buena razón de implorar a Dios que nos quiera mantener en una confianza cordial en nuestro amado Señor Jesucristo, y que misericordioso nos quiera proteger de otros pensamientos.» Y luego, con una sinceridad conmovedora, reconoce: «En verdad, tampoco puedo creer tan poderosamente como puedo predicar, hablar y escribir, y por desgracia tampoco puedo creer tan firmemente como otras personas piensan de mí». En otra ocasión, escribe: «El diablo me ha puesto, a veces, tales argumentos que ya no sabría si hay un Dios o no». A su amigo Justo Jonás le escribe, para ayudarle en la inseguridad y en la duda, que incluso el apóstol Pablo, aunque escribió y habló con tan grande certeza, siempre habrá vivido y experimentado «que la fe y la confianza caen cuando pensamos en nuestra indignidad y en nuestra vida pecadora». Se ha dicho, que todo esto era atribuible en Lutero a causa de su carácter atrabiliario. No negaré que la manera de ser, la constitución y el carácter de un hombre tienen algo que decir en estas cosas. Pero pienso que estamos más cerca de la verdad si decimos que el diablo precisamente ataca

más fuertemente a hombres como Lutero, sobre cuyos hombros descansa tan grande responsabilidad. Así, el apóstol Pablo, en II Cor. 7:5, escribe: «Porque de cierto, cuando vinimos a Macedonia, ningún reposo tuvo nuestro cuerpo, sino que en todo fuimos atribulados; de fuera, conflictos; de dentro, temores». Y el escritor de la carta a los Hebreos, dice del Señor Jesús, que El «en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente» (5:7).

Que nadie piense que está inmune de temor y miedo. Somos y permanecemos hombres y mujeres débiles. Cuando el diablo dirige hacia nosotros sus acometidas y las queremos resistir con y en nuestras propias fuerzas, no podemos permanecer firmes ni un solo momento. El único remedio es que una y otra vez nos volvamos a nuestro fiel Salvador, el cual puede compadecerse de nuestras debilidades, puesto que El también ha sido tentado como nosotros, pero sin pecado (Heb. 4:15). Sólo El es la fuerza de nuestra fuerza, el Ayudador en toda necesidad.

Cuando el Catecismo de Heidelberg habla acerca de que Cristo descendió a los infiernos, nos sorprende con este consuelo: «Para que en mis mayores dolores y gravísimas tentaciones me asegure y sostenga con este consuelo: Que mi Señor Jesucristo, por medio de las inexplicables angustias, tormentos, espantos y conturbaciones infernales de su alma, en los que fue sumido en toda su pasión (a), pero especialmente pendiente en la cruz, me ha librado de las ansias y tormentos del infierno (b)».

(a) -Salmo 18:4-5; 116:3; Mateo 26:38; 27:46; Hebreos 5:7.

(b) -Isaías 53:5.

GLORIA (y palabras análogas)

Naturalmente que conocemos esta palabra. Decenas de veces la encontramos en la Biblia.

Muchas veces ensalzamos la gloria de Dios en los himnos y salmos que cantamos en la iglesia. Pero aunque todos conocemos la palabra ¿entendemos también lo que significa? He consultado un diccionario que contiene un artículo sobre la *gloria*, que comienza así: «Todo cristiano habla muy frecuentemente sobre la *gloria de Dios*, ya que esta expresión se encuentra en el «Padre Nuestro». Sin embargo, esta palabra, para la mayoría de ellos, tiene únicamente un significado muy vago. Podría ocurrir que muchos, en esta expresión, hallan expresado la incognoscibilidad de Dios».

Primeramente quiero considerar lo que hemos de entender por *gloria* cuando ésta es *atribuida a hombres o mujeres*. Cualquier buen diccionario nos puede ilustrar que la palabra *gloria* en Hebreo guarda relación con un verbo que significa: ser pesado, tener peso.

Este verbo se usa para objetos pesados que imponen bastante por su peso. Pero también se usa para personas, y entonces significa: ser importan-

te, imponer, causar impresión. De esta manera, *gloria* se convierte en indicación o designación de alguien que causa impresión por su riqueza, o por su poder, o por su posición.

De Jacob, leemos que tenía muchos rebaños, y siervas y siervos, camellos y burros. Se convirtió en lo que nosotros llamamos un hombre grande y rico. Entonces, los hijos de Labán dicen: «Jacob ha tomado todo lo que era de nuestro padre, y de lo que era de nuestro padre ha adquirido toda esta *riqueza*» (Génesis 31:1). Cuando José se ha dado a conocer a sus hermanos, y éstos vuelven hacia su padre Jacob, José les dice: «Haréis, pues, saber a mi padre toda mi *gloria* en Egipto» (Gén. 45:13). Aquí, pues, gloria significa o quiere decir: posición alta o gran poder. En el Salmo 8, oímos que Dios ha coronado al hombre con gloria y honra. Su gloria consiste en que «señorea sobre las obras de las manos de Dios, y que tiene poder sobre los animales del campo, y sobre las aves del cielo, y los peces del mar». En la tentación del Señor Jesús por el diablo, éste le lleva sobre un monte y le muestra «todos los reinos del mundo y la gloria de ellos» (Mt. 4:8). Aquí, la palabra *gloria* da a entender: todo el poder, y el esplendor, y las riquezas de aquellos que dominan este mundo.

Jesús, en el sermón del monte, amonesta a sus discípulos a que no se afanen por el vestido; y luego dice: «Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos» (Mateo 6:28-29). ¡Qué gran impresión causaría Salomón cuando lleno de ornato real se sentaba en su trono, en medio de los grandes de su reino, en su hermoso palacio, en donde todo resplandecía como el oro y la plata. Sin embargo,

Jesús cataloga como más hermosos a los lirios del campo.

En este texto, pues, *gloria* es esplendor, hermosura, magnificiencia.

La misma palabra es usada también para designar *la imponente grandeza de Dios*. Si los súbditos culpables tiemblan cuando piensan en la grandeza de un rey terrenal que les juzgará, ¿cómo tendrán que estremecerse los hombres pecadores cuando descubren algo de la gloria que todo lo supera? Pero los súbditos fieles se gozan en el poder de su rey y confían en ese mismo poder, así los justos pueden alegrarse de la gloria de Dios y confiar en ella.

Como cosa lógica, nos asalta ahora esta pregunta: ¿Podemos ver algo de esa *gloria* de Dios? ¿No podemos entrar en el palacio celestial y ver a Dios sentado en el trono de su gloria?

En efecto: ¡No podemos!

Juan escribe en su Evangelio: «A Dios nadie le vio jamás» (1:18). Y Moisés, en una ocasión, pidió al SEÑOR: «Te ruego que me muestres tu gloria». Pero el SEÑOR dijo: «Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti... No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá». (Exodo 33:18-20). Cuenta el Talmud judío, que en una ocasión un César dijo a un rabino: —«Yo quiero ver a Dios». Y éste repondió: —«Vd. no podrá hacerlo». Mas el César insistió: —«Yo quiero verle». Entonces el rabino puso al César con el rostro hacia el sol (esto ocurría en un día resplandeciente de verano), y dijo: —«Mire Vd. ahora, fijamente». El César respondió... —«¡No puedo!». Entonces el rabino replicó: —«¿Cómo, pues, si al sol, que únicamente es uno de los siervos de Dios, no lo puede ver Vd., cómo-répito-pretende ver y contemplar al mismo Dios?».

Sin embargo, Israel vio algo de Dios cuando El, bajo señales portentosas, se reveló a Su pueblo en el Sinaí. En Exodo 19:16 y ss.s leemos: «Aconteció que al tercer día cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento...

Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera». El SEÑOR se reveló en estas señales de truenos y relámpagos por los que las criaturas aún tiemblan y de los que el hombre aún se maravilla. En Exodo 24:17: «Y la apariencia de la gloria de Dios era como un fuego abrasador».

Dios revela su gloria, por una parte en nubes y oscuridad, y por otra en luz y fuego. Con un lenguaje poderoso, el Salmo 97 nos pinta la gloria del SEÑOR: «Jehová reina; regocíjese la tierra, alégrense las muchas costas. Nubes y oscuridad alrededor de él; justicia y juicio son el cimiento de su trono. Fuego irá delante de él, y abrasará a sus enemigos alrededor. Sus relámpagos alumbraron el mundo; la tierra vio y se estremeció. Los montes se derritieron como cera delante de Jehová, delante del SEÑOR de toda la tierra. Los cielos anunciaron su justicia, y todos los pueblos vieron su gloria».

En la plenitud de los tiempos, Dios manifestó su gloria en Jesucristo. Cuando por medio de los ángeles les es dado a los pastores conocer el nacimiento de Jesús, la gloria del SEÑOR les circunda (Lc. 2:9). En una ocasión fue visto en su gloria en el monte de la transfiguración: allí «se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz» (Mt. 17:2). Comparado con la escala de los reyes terrenales, «no

hay parecer en él, ni hermosura» (Is. 53:2). Pero los creyentes vieron resplandecer en sus milagros y palabras algo de la gloria de Dios. Sobre todo el evangelista Juan nos habla de esto a cada paso. Por ejemplo, en su Evangelio: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad». (1:14). Cuando Jesús realiza en Caná de Galilea el cambio del agua en vino, esto es explicado de la forma siguiente: «Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él» (Jn. 2:11).

Este mismo evangelista nos asegura que la resurrección de Lázaro fue para revelación de la gloria de Dios (Jn. 11); así se lo confirma a Marta: «¿no te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?» (v. 40). Pero a Jesús le fue participada la plenitud de gloria cuando, después de sus padecimientos y muerte, fue resucitado y recibido en el cielo, para sentarse a la diestra de Dios. «E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria» (I Timoteo 3:16). Es decir: Jesús ahora participa en el poder y en la majestad de Dios; en una palabra: El tiene todo poder en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18).

De esta gloria participarán los creyentes cuando estén para siempre en el Señor.

Pablo, del mundo que se ha apartado de Dios y de toda la humanidad, dice así: «Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Rom. 3:23). Pero los creyentes, justificados por la fe, tienen paz con Dios y «nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Rom. 5:2). Los creyentes partici-

parán en la majestad de Cristo y regirán sobre toda criatura. Pues el mismo Jesús ha dicho: «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria... Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (Mt. 25:31-34). Esa gloria es tan grande que supera todas las miserias de esta vida: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Rom. 8:18).

Pero esa gloria no sólo es venidera. Algo de la gloria de Cristo resplandece ya ahora *sobre* y *en* la vida de los justos. Ya ahora el Espíritu del Señor obra en los creyentes, de tal manera que sufren una transformación: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (II Corintios 3:18).

¡Cuán poco pensamos en la gloria de Dios! y ¡cuán poco hablamos de ella! ¿Lo haremos un poco más? Vivimos bajo la impresión del poder y la grandeza humana. ¡Cuánto pueden los hombres! Pueden separar los átomos, lanzar satélites a la estratosfera, que, devorando kilómetros, se alejan en el espacio sideral. ¿No es esto impresionante? ¿No tiene el hombre una gloria por la que enorgullecerse? ¿en la que confiar? ¡Ah, ¿pero qué es esa gloria comparada con la gloria de Dios?!

Un satélite artificial nos parece fantástico. Pero ¿no es la luna misma mucho más impresionante? Nos da vértigo a 1.000 km. de altura –y aun antes–, y sentimos mareo y vértigo a 800 km. por hora –y aun antes. ¿Y no sentiremos vértigo y mareo con

sólo pensar en la distancia de años de luz de las estrellas, y en los 300.000 km. por segundo que recorre la luz? ¿No diremos con el salmista: «los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos»? (Salmo 19).

Y con el salmo 104: «¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría: la tierra está llena de tus beneficios» (v. 24). ¿Y no consideraremos al SEÑOR por encima de los satélites, cohetes, bombas atómicas y de hidrógeno? Porque «he aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas» (Is. 40:15).

Concluyo: nosotros buscamos posiblemente alguna gloria humana: riqueza, poder o renombre. Terminemos con esto. Esas cosas son pocas y pasajeras.

«Porque: Toda carne es como hierba. Y la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del SEÑOR permanece para siempre». (I Pedro 1:24-25).

Busquemos la gloria de los hijos de Dios, porque ésta permanece para siempre.

SANTIDAD (y similares)

No es fácil expresar lo que se intenta decir con las palabras: *santo*, *santificar* y *santidad*. Si no se nos pregunta, pensamos que lo sabemos; pero si se nos pregunta, no nos cae tan sencilla la respuesta. Esto no obstante, puede ser provechoso reflexionar acerca de la santidad y palabras análogas, pues aparecen muy frecuentemente en la Biblia.

Si estamos versados en Biblia, entendemos que únicamente Dios es santo en el sentido pleno de la palabra. Pero ¿qué es lo que con ello se dice cuando a Dios se le llama el Santo? El lector posiblemente pensará que las personas letradas sí saben de donde proviene la palabra santo, y lo que exactamente significa el original.

Pero esto no es cosa fácil. Pues los hombres instruidos en la materia no están ni mucho menos de acuerdo.

El uno, dice: El significado primitivo de santo es: *brillo*, *resplandor*, *esplendor*.

No, dice un otro, la raíz del significado es: *separar*, *apartar*, *poner aparte*.

Y un tercero opina que el significado original se ha de buscar en *plenitud de vida*. Yo no puedo de-

cir que todas estas opiniones nos hagan adelantar mucho.

La primera vez que encontramos en la Biblia la palabra *santo*, es en Exodo 3:5. Cuando Moisés guarda los rebaños de su suegro en las cercanías del monte Horeb, ve un fenómeno maravilloso. Una zarza estaba encendida en llamas y sin embargo no se consumía. Así se apareció a Moisés el Angel del SEÑOR.

Moisés es atraído por ese fenómeno milagroso. Quiere ver por qué la zarza no se consume. Pero cuando se acercó, oye la voz del SEÑOR: «No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que estás, tierra santa es». ¿Por qué aquel lugar es llamado santo? –No porque allí la arena del desierto fuera distinta que en otro lugar. Sino porque el SEÑOR se aparecía allí. Santo era aquel lugar porque el Dios Santo se revelaba allí. Ante el Dios santo, un hombre pecador ha de quitarse el calzado de los pies, es decir, un hombre únicamente puede acercarse hasta el SEÑOR con temor y temblor.

Todos conocemos la visión que acompaña a la vocación de Isaías (Is. 6:1-3): «... vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria». Entonces los quicios de las puertas tiemblan y el templo se llena de humo. Luego dice Isaías: «¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos».

De ahí podemos colegir que *santo* quiere decir: *excelso, hermoso, grandioso*. Pero en esto también

se incluye que ningún pecador puede estar ante el Dios Santo.

Es evidente, pues, que santidad está frente por frente a impureza, pecado y delito.

No antes de que un serafín haya tocado la boca de Isaías con un carbón encendido del altar y de esta forma haya hecho desaparecer el delito y limpiado el pecado, puede Isaías estar ante la santidad del SEÑOR.

Sólo Dios es Santo de Sí mismo y en Sí mismo. Todo y todos aquellos que pueden ser nombrados santos, esa santidad la toman prestada de Dios. Porque son puestos en cierta relación con el Dios santo. Pero en el sentido pleno de la palabra, únicamente Dios es santo. Y en Su santidad, es un fuego abrasador para los pecadores. Como leemos en Isaías 10:17: «Y la luz de Israel será por fuego, y su Santo por llama, que abraze y consuma en un día sus cardos y sus espinos».

Pero ese mismo santo Dios, que es un fuego abrasador para los pecadores, es una fuente de salvación y bendición en medio de su pueblo al que El ha elegido. Así se nos dice en Oseas 11:9: «No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín: porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti». Isaías llama a Dios el «Santo de Israel», y como tal, El es el protector y salvador de su pueblo: «No temas, gusano de Jacob, oh vosotros los pocos de Israel; yo soy tu socorro, dice Jehová; el Santo de Israel es tu Redentor» (Is. 41:14). Y en otro lugar leemos: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador» (Is. 43:2-3). Por santidad de Dios hemos de entender la pureza y

limpieza inmaculadas que, como un fuego abrasador, consume toda impiedad, impureza, pecado. Pero para el pueblo del SEÑOR, cuyo pecado ha sido cubierto y cuya injusticia ha sido perdonada, el Dios santo es una fuente de salvación y un manantial de vida.

En el Nuevo Testamento, Dios no es llamado santo con tanta frecuencia como en el Antiguo Testamento. Jesucristo, en su oración sumosacerdotal, dice: «... y yo voy a ti, Padre Santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros» (Jn. 17:11). Pedro escribe: «Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo» (I Pe. 1:15-16).

En el libro del Apocalipsis de Juan, donde por así decirlo se le permite al apóstol echar una mirada en el cielo, se habla muchas veces de la Santidad de Dios. Los cuatro animales de que se habla en el cap. 4, no cesan de clamar día y noche: «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir» (v. 8). En Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, viene el Dios Santo a hacer morada entre su pueblo. El es concebido del Espíritu Santo (Mt. 1:20). En El se cumplió la profecía de Isaías (7:14): «He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros» (Mt. 1:23).

En Lucas 1:35, es nombrado: el Santo, que nacerá de María, y será llamado Hijo de Dios.

Cuando se dispone a desbaratar la obra del diablo y arroja demonios, es reconocido por ellos. Uno de éstos dice: «¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién

eres, el Santo de Dios» (Mc. 1:24). Además, el Dios Santo está entre su pueblo por el Espíritu Santo. ¡Cuán maravillosamente grande es esto! Repito lo que ya escribí anteriormente: «El, el Santo, quiere vivir con y obrar en criaturas pecadoras, débiles y defectuosas, que únicamente han ganado y merecido la ira y la maldición de Dios. ¡Cuánta paciencia ha de tener el Espíritu Santo con nosotros! Por nuestra parte nos oponemos constantemente a Su acción, nos inclinamos a entristecerle, a resistirle y a apagarle. Por naturaleza preferimos vivir según la carne que según el Espíritu, y según nuestra propia corrupción somos más «bestiales» que Espirituales. ¡Cuánto debemos avergonzarnos de nuestro desamor que mostramos frente al amor del Espíritu! ¡Y cuán agradecidos debemos estar que el Espíritu Santo se nos ha dado con su soberano poder para vencer nuestra debilidad y flaqueza!

Pero en las Sagradas Escrituras no sólo se habla de la santidad de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sino que también personas son llamadas «santas». A veces parece como si esto no quisiera penetrar en la congregación. Miraríamos extrañados si un pastor se dirigiese a la congregación con un: «Queridos santos». O si una colecta en pro de hermanos y hermanas pobres fuese anunciada y recomendada con estas palabras: «Demos con alegría por los santos en tal o cual ciudad».

Si en la escuela dominical se pregunta si también hay (hombres y mujeres) santos, entonces la mayoría de los catequizandos reaccionarían con convencimiento: –«No; no hay santos». Y yo me pregunto: –¿Por qué esta respuesta? Pues bien; esto ocurre porque siempre somos víctimas de restos romano-católicos.

Pues es un pensamiento romano-católico pensar

que santos son personas muy especiales, que son bastante perfectos. Tenemos metido en la cabeza que santos son personas muy particulares, que dan el «do de pecho» en virtud. Además, pensamos que son santos las personas que se retiran de la vida al claustro o celda, para allí vivir «familiarmente con Dios, de un modo santo y solitario». En nuestro normal concepto de santidad, se halla algo de: separación, apartamiento, aislamiento.

Pero la Biblia habla de muy diferente forma acerca de (los) santos. Por ahora dejo estar cuanto se dice de lugares, tiempos y objetos santos. Estos son llamados *santos* porque son apartados por Dios para su servicio o ministerio. En estos momentos me refiero a personas, a hombres y mujeres.

Por los comienzos de sus cartas, podemos ver que Pablo las escribe a los santos que están en Roma, en Corinto, etc. Hace colectas para los santos que viven en Jerusalén (Rom. 15:26). Las cartas de Pablo están llenas de textos en los que los miembros de la Iglesia son llamados santos. Un solo texto de éstos quiero citar: «Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor» (Ef. 1:4). Con lo cual, Pablo se asocia al lenguaje del Antiguo Testamento, pues también allí –por ejemplo, en los salmos– repetidamente se habla de santos.

Mucho se ha discutido acerca del significado de la palabra *santo*.

Según mi opinión, lo podemos expresar así de sencillamente: Santa es la congregación y santos son los creyentes y sus hijos, porque pertenecen al Dios Santo. El, por así decirlo, se ha incautado de ellos. O también podemos decir: Porque pertenecen a Jesucristo y son de El.

Nosotros no somos santos por naturaleza, sino

que somos santos en Cristo. Esto cabe decirse no sólo de los creyentes, sino también de todos sus hijos. Esto es lo que los padres creyentes confiesan en el bautismo de su hijito. La primera pregunta en la administración del bautismo que espera una respuesta afirmativa, dice así: «Si bien nuestros hijos son concebidos y nacen en pecado, y por tanto sometidos a toda suerte de miseria, aún más, a la condenación misma, ¿reconocéis que en Cristo son santificados, y que, por tanto, como miembros de Su Iglesia, deben ser bautizados?». De un matrimonio mixto, del cual el hombre es creyente y la mujer incrédula, o al revés, dice Pablo: «Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos» (I Cor. 7:14).

Ser santo quiere decir: ser recibido en el pacto que el Dios santo en Cristo ha establecido con Su pueblo. Los miembros de ese pueblo están bajo la gracia de Dios, son hijos del pacto o hijos del reino. Esto es algo que no lo puede limpiar todo el agua del mar, aunque ellos, más tarde, consideren impura la sangre de Cristo.

Y porque han sido santificados en Cristo, por eso han de vivir como santos en este mundo. Esto no quiere decir que deban realizar milagros encumbrados, que deban retirarse al claustro o que deban consagrarse a Dios en un servicio especial. Sino que, con cuerpo y alma, son propiedad de Jesucristo, les es permitido y deben servir al Dios santo. Les ha sido concedido y deben consagrarse a El, porque El se los ha consagrado. Mientras escribo estas cosas, me vienen a la memoria unas palabras de Lutero: «Un zapatero, un herrero, un labrador, tienen su propio cargo y trabajo, y, sin embargo, todos ellos son

en la misma medida sacerdotes y obispos consagrados, y cada uno con su cargo y trabajo debe ser útil y provechoso para los demás, de forma que toda suerte de trabajo es llevado a cabo en una sola comunidad, es decir, para cuidar cuerpo y alma, como los miembros del cuerpo se sirven todos unos a otros».

Nosotros viviremos en la comunión de los santos, como santos, en el lugar y en el oficio o cargo que el SEÑOR nos dio.

Santidad no significa: apartarse o retirarse de la vida común y corriente. Sino que significa: Mantenerse incontaminado del mundo, que se halla bajo el poder del maligno (Santiago 1:27). Pero positivamente, quiere decir: que nos entreguemos al Señor y a su servicio. «Mas ahora que habéis sido liberados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna» (Rom. 6:22).

SANTIFICACIÓN

En relación con lo anterior, quiero decir algunas cosas acerca de la palabra *santificación*. Y lo primero es que con esta palabra se da a entender: la liberación de la infección del pecado, y la consagración de la vida al SEÑOR.

Por lo general, nos ocupamos más de la justificación que de la santificación. Y en la predicación, según me parece, sale mucho más a colación la justificación que la santificación. Y, si no me equivoco, esto también lo encuentra muy bien la congregación. A la santificación se la ha llamado alguna vez el capítulo olvidado de la Iglesia. Es obvio que prefiramos oír acerca de la justificación antes que de la santificación. Pues por justificación entendemos esto: que Dios, de pura gracia, por amor de Cristo, nos absuelve de culpa y castigo, y nos da derecho a la vida eterna. Esto es consolador y tranquilizante. Si Dios es por nosotros ¿quién, pues, estará contra nosotros? Dios es el que justifica, ¿quién es el que condena? Pero si oímos la palabra santificación, entonces brota, como sin querer, este pensamiento: ¡Cuánto falta a la santificación de la vida; cuánta impiedad e imperfección hay en nuestra vida! Y si tomamos en serio la palabra santificación, nos

vemos limitados en nuestra corrupción, debilidad e impurezas. Por eso, según mi opinión, preferimos que nos hablen de la justificación que de la santificación.

Ahora bien, esto radica, en parte, en un malentendido por nuestro lado. Pues, frecuentemente, por santificación, en primer lugar, entendemos una tarea que debemos realizar o completar. En la congregación tiene una fuerte vivencia este pensamiento: que Dios justifica, pero que nosotros mismos nos debemos santificar; que Dios nos declara libres de culpa y castigo, y así tenemos paz con Dios; mas ahora es nuestro cometido santificar, en una lucha que dura toda la vida, nuestro corazón y nuestra vida. Tal es la suposición de muchos en la iglesia.

Pero, por suerte, esta idea de la cuestión no es según las Sagradas Escrituras.

¿Qué resultaría si nosotros mismos, por propia iniciativa, debiésemos purificar nuestro corazón y nuestra vida? Pues somos tan débiles que no podemos permanecer en pie ni un solo momento bajo las acometidas del diablo y la tentación del mundo. Y ni un solo instante podríamos tener paz auténtica, si en las palabras: «Sed santos, porque yo soy santo», únicamente oyésemos una exigencia, con la que deberíamos intentar conseguir el resultado apetecido con el esfuerzo y tensión de nuestras propias fuerzas.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que no sólo la justificación sino también la santificación son un don y una obra de Dios. El Dios Santo santifica nuestro corazón y nuestra vida; y Jesucristo, el Santo Hijo de Dios, es nuestra santificación; por el Santo Espíritu, el Espíritu de Jesucristo, somos santificados. Que nosotros no hemos de buscar la santificación en nosotros mismos, nos lo enseña el Santo

Bautismo. Al menos el formulario del bautismo en las iglesias de la Reforma dice que por el Bautismo somos amonestados «a desagradarnos a nosotros mismos, a humillarnos ante Dios y a buscar nuestra purificación y salvación fuera de nosotros».

Pero el Bautismo no sólo nos dice que no hemos de buscar la santificación en nosotros mismos, sino que positivamente nos indica dónde hemos de buscarla, es decir, en Jesucristo, el Hijo de Dios, y en el Espíritu Santo. Pues, «al ser bautizados en el nombre del Espíritu Santo, Dios el Espíritu Santo nos asegura por medio de este sacramento que quiere morar en nosotros y santificarnos como miembros de Cristo, otorgándonos lo que en Cristo tenemos, a saber: el lavamiento de nuestros pecados y *la renovación continua de nuestra vida*, a fin de que un día *aparezcamos sin mancha* entre la congregación de los elegidos en la vida eterna».

En Cristo tenemos no sólo perdón de los pecados, sino también renovación de la vida; por consiguiente, no sólo justificación, sino también santificación; no sólo absolución de la culpa, sino también liberación de la corrupción del pecado. —Así nos lo enseñan también las Sagradas Escrituras: En Juan 17:19, el Señor Jesús dice: «Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad». Cristo, pues, no sólo ha muerto por su pueblo, sino que también ha vivido santamente por su pueblo, y se ha consagrado total y enteramente a Dios por nosotros, para que también nosotros en El y por El nos consagrásemos al Dios Santo. Además, recuerdo el texto de I Corintios 1:30: «Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención».

Nuestra existencia es de Dios, a El debemos agra-

decer nuestra vida, y esta vida la tenemos en Cristo; en El, por la fe en El, somos sabios, y justos, y santos, y salvos. Que nuestra santificación la tenemos en Cristo, por el Espíritu Santo, nos lo enseña también I Corintios 6:11: «..., mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios».

Dios promete y nos da por el Evangelio no sólo absolución de pecados, sino también renovación de nuestra vida, santificación de toda nuestra existencia, muerte del hombre viejo y resurrección del nuevo hombre.

Por tanto, también de la santificación hay que decir: Dios la da, en Cristo la tenemos, nos es regalada por el Espíritu Santo, participamos de ella por la fe.

El Evangelio nos está gritando: no esperes la santificación desde ti mismo, sino de Dios; no pongas la mirada en tu fuerza propia, sino en el poder de Cristo; no te apoyes en tu voluntad propia, ni tampoco en tu voluntad santificada, sino apóyate en el Espíritu Santo, que te ha sido dado.

Si así lo vemos –y así es conforme a las Escrituras–, entonces escuchamos con el mismo gozo la predicación de la santificación que de la justificación. Porque ambas coinciden en la predicación de Cristo.

En algún lugar, Calvino ha escrito: «quien separa justificación y santificación, divide, por así decirlo, a Cristo. En El tenemos justificación y santificación. En El somos libres de culpa y somos liberados del señorío del demonio. En El tenemos perdón de los pecados y una vida nueva.»

Si por la fe lo entendemos así, es decir, que tenemos nuestra santificación en Cristo, entonces somos

liberados de un convulsivo y angustioso andar a la caza de la santificación, como si por ello aún tuviésemos que merecer el cielo.

Así es como también somos preservados de la desesperación ante nuestras múltiples caídas, y nos damos cuenta de que nosotros, en nosotros mismos, aún somos hombres miserables y carentes de santidad. Esto nos entristece, si somos cuerdos, y nos humilla. Pero no nos lleva a desesperación ni nos hace perder la razón, ni nos hace dudar de la victoria final. Cuantas veces miremos con ojos de fe la santidad de Cristo y el poder de su Espíritu Santo, sabemos que El nos hará más que vencedores. El diablo puede ser aún tan poderoso y el mundo tan engañoso, y nuestra carne tan corrompida, pero el Espíritu Santo es más poderoso que mil demonios. En esta fe estamos inmovibles tras cada caída, y nos volvemos a levantar tras cada tropiezo. Por el poder de El, que tiene todo poder en el cielo y en la tierra (Cf. Mt. 28:18).

Sin embargo, todo esto no quiere decir que no tengamos *encargo de santificación*. No hay don de Dios alguno que nos deje sin una misión. Todo don de Dios es, a la vez, una tarea para el pueblo de Dios.

Somos santificados en Cristo. Por tanto, viviremos santamente. Nuestro viejo hombre ha muerto con Cristo, y con Cristo ha sido sepultado. Por eso vivimos como personas nuevas. Esto lo hallaremos en Romanos 6:4 expresado de la manera siguiente: «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos para gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva». Una vez que el apóstol Pablo, en los primeros versículos de Romanos 6, nos ha expuesto lo que tenemos en Cristo,

continúa con una poderosa recomendación. En el verso 11 resume lo que tenemos en Cristo: «Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro».

Pero inmediatamente después, añade: «No reine, pues, el pecado... ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios..., y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia».

Con frecuencia se lee: que debemos ser santificados interiormente.

No lo niego. Nuestro corazón es por naturaleza malo y culpable y está falto de santidad. Luego es santificado, y lo es en Cristo. Pero también todos los demás miembros son asimismo santificados. No debemos hacer antítesis alguna entre *interna* y *externamente*. Nuestra boca, y nuestras manos, y nuestros pies... todos nuestros miembros son santificados en Cristo, y por eso no han de ser puestos al servicio de la injusticia, sino al servicio del Dios Santo. Esto quiso dar a entender Jesucristo, cuando habló de cortarse la mano y quitarse el ojo, si nos quieren llevar al pecado. Toda nuestra vida, *externa e internamente*, tanto en el cuerpo como en el alma con nuestro corazón y todos sus caminos que fluyen de él, hemos de consagrarlos al SEÑOR.

Tras esto iremos. No dudando ni desconfiando, sino confiando en Cristo y en Su Espíritu Santo. Sin convulsiones, como si ésta fuese la manera como nosotrosuviésemos que asaltar y conquistar el cielo. Sino ciertamente para mostrar a Dios nuestro agradecimiento, y para que El sea ensalzado y alabado por nosotros.

No sólo debemos hablar acerca de la santificación, sino también practicarla. No sólo reflexionar

sobre ella, sino vivir santamente. No hacer de ella un problema, sino perseguirla. Como leemos en Hebreos 12:14: «Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor».

Al ocuparme de escribir este capítulo, leí lo siguiente: los veteranos de Carlos XII, Rey de Suecia, fueron llamados Carolingios. Estos tenían el carácter de su rey, fueron formados por él, tenían la misma osadía que él y fueron equipados por él con los mismos trajes de guerra.

Unos 200 años después, en Suecia se crea la asociación de los Carolingios. Sus miembros son: literatos, hombres de negocios y otros. Estudian y celebran asambleas sobre Carlos XII; organizan reuniones conmemorativas en las que se pronuncian discursos entusiásticos. Pero concluido todo esto, todos se marchan a casa y cada uno vuelve a ser lo que era: literato, comerciante, rentero, etc.

El lector habrá caído en la cuenta de esto: los actuales «Carolingios» no son los auténticos. Aquellos veteranos... aquéllos son los verdaderos. Estos últimos saben muchísimo sobre Carlos XII, y son entusiastas en sus discursos.

Pero no luchan con él, no tienen ni su espíritu ni su carácter... no le conocen. Pero todo esto puede decirse de los veteranos. ¿No cabría hablar de una diferencia semejante entre cristianos y cristianos?

Los hay que pueden hablar y hablar acerca de Cristo; saben muchísimas cosas de El; tienen Sus palabras en la memoria y en la boca. Pero si esto es todo, entonces no son auténticos cristianos.

«Pues, ¿por qué te llamas cristiano?» a) –pregunta el Catecismo de Heidelberg. Y pienso que no sería esperar demasiado si todos conociésemos la respuesta. Pero sería mucho mejor que nuestra vida coincidiera con la misma, cuando dice: «Porque por la

fe soy miembro b) de Jesucristo y participante de su unción c), para que confiese su nombre d) y me ofrezca a El en sacrificio vivo y agradable e); para que en esta vida luche contra el pecado y Satanás con una conciencia libre y buena f) y para que, después de esta vida, reine eternamente con Cristo sobre todas las criaturas g)».

a): Hech. 11; 26; b): I Cor. 6:15; c): I Jn. 2:27; Hch. 2:17; d): Mt. 10:32; Rom. 10:10; e): Rom. 12:1; I Pe. 2:5; Ap. 1:6; 5:8.10; f): I Pe. 2:11; Rom. 6:12-13; Gál. 5:16-17; Ef. 6:12, I Tim. 1:18-19; g): II Tim. 2:12; Mt. 25:34.

Se oyen cosas desagradables acerca de algunos cristianos: de ministerios del Evangelio que deben ser ejemplo para el rebaño; de un ministro de Cristo que se marcha con otra mujer; de un tesorero que roba de la caja; etc. etc.

¿Tiraremos piedras a otros? ¿Somos nosotros mejores? ¿Estamos seguros de que en las mismas circunstancias y tentaciones lo hubiéramos hecho mejor? ¿O daremos gracias a Dios de que nos libró de esos peligros? ¿Y pediremos la gracia de Dios para aquellos que cayeron? Esto último es lo que quiere el SEÑOR. Y para más abundar: «Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámparo no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí» (Jn. 15:3-4).

¿Cómo somos librados de todo mal? -Permaneciendo en Cristo, viviendo cerca de El; asiéndonos a El, fuertemente, por la fe y la oración. Jesucristo es tan fiel como poderoso y fuerte. El concluirá su obra por nosotros.

Pero por lo que respecta a nosotros y a nuestra naturaleza, somos adúlteros, y ladrones, y asesinos.

PECADO

Preferimos no hablar sobre eso tan desagradable y horroroso que se significa con la palabra *pecado*. Sin embargo, esto es algo que las Sagradas Escrituras lo hacen en muchas ocasiones. Por tanto, nosotros tampoco enmudeceremos al respecto.

Deberemos confesar nuestros pecados, pero también tendremos que reconocerlos. Y a esto también corresponde que sepamos lo que es pecado.

En el lenguaje corriente, tal y como éste se usa en el mundo, a la palabra *pecado* se la ha desprovisto de su significado más propio, profundo y serio.

Por ejemplo, cuando se usa: para expresar pena o disgusto, cuando algo es malgastado o se pierde inútilmente, o para expresar compasión, v.g.: ¡Es un pecado, ese pobre niño! ¡Oh, es un pecado!

En esta expresión o modo de hablar, no se menciona para nada la culpa, sino sólo la compasión con la víctima. Pecado, pues, no significa más que: ¡Es una pena! ¡Es una lástima! Se tiene por pecado cuando alguien ha perdido una pulsera de oro, o si se rompe un hermoso jarrón de flores. Otros hablan de pecado si se emplea sin sentido un dinero. Pues bien. Que todos estos usos de tal pala-

bra no tiene nada que ver con el que la Biblia nos expone, es cosa que trato de explicar y aclarar.

Primeramente haré una observación más. No tiene por qué maravillarnos que, en el uso corriente, esta palabra haya tomado tales significados equivocados. Eso mismo ha ocurrido con otras muchas, tales como: bienaventurado, santo y justo. Esto ocurre porque el mundo no conoce a Dios ni quiere saber nada de Jesucristo.

Bienaventurado es el hombre o mujer que vive en comunión con Dios. *Santo* es el hombre o mujer que pertenece a Jesucristo y así también a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Y *justo* es el hombre o mujer que se halla en recta relación para con Dios. ¿Cómo alguien podría entender y usar rectamente estas palabras, si no conocemos a Dios? Esto es sencillamente imposible. Y eso mismo es lo que ocurre con la palabra *pecado*.

Según su origen, la palabra *pecado* se deriva del verbo latino peccare, y de su nombre *peccator*. Pecado, pues, significaría: *culpable* y *punible*. Y esto es lo que la palabra pecado nos debe recordar.

El pecado, por tanto, tiene que ver con culpa, y con castigo. Culpa frente a Dios; y castigo con el que Dios «paga», por así decirlo, el pecado.

Pues pecado es sublevarse contra Dios, y desobediencia al mandato de Dios.

El pecado no quiere vivir de la gracia de Dios, y no se deja llevar por las andaderas de Dios. Esto lo podemos ver ya en la caída y desobediencia de nuestros primeros padres Adán y Eva en el paraíso.

En Génesis 3 no aparece la palabra pecado. Pero, sin duda alguna, sí el asunto.

Allí nos revela el SEÑOR cómo el pecado entró en el mundo de los hombres.

Las Sagradas Escrituras no nos revelan cómo ello fue posible, ni nos analizan el pecado. Muchas preguntas que han sido hechas sobre el origen, naturaleza y posibilidad del pecado, no nos son resueltas por las Escrituras. Estas no nos han sido dadas para solucionar toda clase de problemas.

Filósofos y teólogos desearían resolver el problema de la existencia de Dios. Pero las Sagradas Escrituras comienzan con aquellas majestuosas palabras: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra».

Algo parecido nos ocurre ahora con relación al pecado. Nos vemos atascados en infinitad de preguntas. Muchos estudiosos y sabios, y a veces también gentes curiosas, han querido saber cómo fue posible que el hombre, creado a imagen de Dios, pudo caer en pecado; y cómo, desde el mundo del espíritu, el veneno del pecado pudo ser, por decirlo de alguna manera, inyectado en los hombres; y cómo Dios pudo permitirlo. Sobre estas preguntas se pensará, y se escribirá, y se hablará hasta el fin de los tiempos, y serán dadas respuestas más o menos satisfactorias.

Pero aunque nosotros tampoco podemos aclarar ninguna de estas preguntas, si nos sometemos y humillamos ante la Palabra de Dios entonces sabemos que el pecado ha entrado en el mundo, y que nuestros antepasados Adán y Eva cayeron, y que así el pecado y la muerte han pasado a todos los hombres. Y entonces también sabemos que pecado es rebelión contra Dios, y oposición contra Su gracia, y desobediencia a Su voluntad.

Ninguna cosa les faltaba a Adán y Eva. Vivían en un paraíso. El SEÑOR había dado al hombre su mujer, y a la mujer su hombre. Pero, sobre todo, el SEÑOR se les había dado a Sí mismo a ellos en Su gracia todopoderosa. Los primeros hombres

conocieron a su Padre en los cielos ¿Qué faltaba a su bienaventuranza? ¿Qué más querían? Nosotros diríamos: no precisaban desear otra cosa que permanecer en la gracia de Dios y vivir según Su voluntad.

Pero entonces es cuando ocurrió eso tan inexplicable, tan incomprensible e impenetrable. Antes que creer a su Padre celestial, creyeron a la serpiente, es decir al diablo. Cuando éste les hizo concebir la ilusión de que por comer del árbol de la ciencia del bien y del mal no morirían, sino vivirían; y serían como Dios, conocedores del bien y del mal... creyeron estas mentiras, fueron desobedientes a su Padre bondadoso, y comieron del árbol prohibido. ¿Qué fue esto sino rebelión contra Dios y rechazo de Su gracia, y voluntad de campear por sus propios fueros?

En las Sagradas Escrituras se usan toda clase de palabras para describirnos ese terrible asunto que indicamos con el término *pecado* y *pecar*. Muy frecuentemente se usa una palabra que en la vida ordinaria significa: errar, errar el blanco. En Jueces 20:16, leemos de 700 hombres que «tiraban una piedra con la honda a un cabello, y no erraban». Esta palabra («errar») frecuentemente se usa por *pecar*. Por ejemplo, en Génesis 39:9, cuando José dice contra su instigadora: «¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?». José ve el adulterio como un apartarse del camino del SEÑOR, y un errar el objetivo de la vida que Dios ha ordenado. También en el Nuevo Testamento se usa una palabra que tiene el mismo significado original. Es en aquel texto por todos conocido: «... Y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus *pecados*» (Mt. 1:21).

Esa misma palabra también se halla encerrada en esas expresiones tan conocidas: cometer un error,

una equivocación. Quien peca comete un error contra Dios, falla el objetivo ordenado por Dios para la vida.

Otra palabra que es traducida por pecado, propiamente significa: estar torcido o equivocado, torcerse del buen camino, y esto a propio intento. Esta es la palabra que se usa en el salmo 51, verso 5: «He aquí, en *maldad* he sido formado, y en pecado me concibió mi madre». Y en el salmo 31:10: «Se agotan mis fuerzas a causa de mi *iniquidad*».

Esta palabra es usada no sólo para indicar el hecho pecaminoso sino también para señalar la voluntad pecadora.

Una tercera palabra para *pecado*, propiamente significa: rebelarse contra, o caer del poder legal. Esta es usada en Isaías 1:2, donde el SEÑOR tiene que lamentarse: «Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se *rebelaron* contra mí». O como también podríamos traducir: ellos me han sido infieles. El SEÑOR hizo Su pacto con Su pueblo; El se dio a Su pueblo con toda Su gracia; pero el pueblo ha roto el pacto y no quiere que el SEÑOR sea rey sobre ellos.

No siempre se usan tan fuertes palabras para indicar el mal que hace el pueblo del SEÑOR. A veces se usa una palabra que significa: padecer error, equivocarse, obrar equivocadamente por ignorancia o descuido, como por desgracia, diríamos. Así leemos en Números 15:22: «Y cuando *errareis*, y no hicierais todos estos mandamientos que Jehová ha dicho a Moisés...»

Para un pecado cometido por aberración o error había reconciliación y perdón. Pero quien con mala intención, con firmeza y deliberadamente transgredía un mandato del SEÑOR, ese debía ser muerto. Como así lo leemos en Números 15:30: «Mas la persona que hiciere algo con soberbia, así el natural como

el extranjero, ultraja a Jehová; esa persona será cortada de en medio de su pueblo».

En el Antiguo y Nuevo Testamento hay muchas más palabras con las que se indica el proceder equivocado de los hombres. Pero en todas esas palabras se encuentra el pensamiento de torcer el camino del SEÑOR, de ir contra la ley de Dios, de desobediencia a la Palabra del SEÑOR, de resistir a la gracia de Dios, de sublevarse contra Dios. El pecado es un poder terrible del que sólo la gracia soberana de Dios puede salvarnos. El pecado es como un rey que impera sobre los pecadores. Esto es así desde la caída de Adán y Eva en el paraíso. Y esto será así hasta el fin de los tiempos. Todos han sido vendidos para estar bajo el pecado. Quien hace pecado es un esclavo del pecado. El apóstol Juan no duda en decir: «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio» (I Jn. 3:8). Y nuestro Señor Jesucristo ha dicho a los judíos: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer» (Jn. 8:44).

No podemos despreciar el poder del pecado. Esto nos enseñan las Escrituras y la experiencia lo confirma. A lo largo de los siglos han cambiado muchísimas cosas en el mundo de los hombres. Pero el hombre, con su pecado, ha permanecido el mismo. Por eso, en el fondo de la cuestión, nada ha cambiado. Siempre y en todo lugar vemos a la humanidad en rebelión contra Dios y Su Ungido, Cristo (Salmo 2). Y de esta fuente inagotable de maldad brota un mar de crímenes e injusticias que hacen de esta vida un pórtico del infierno. Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte que ha pasado a todos los hombres, porque todos pecaron (Rom. 5:12 y ss).

Nosotros no podemos demostrar, en el estricto

sentido de la palabra, la verdad y la autoridad de las Sagradas Escrituras a los incrédulos.

Con razón, la Confesión de Fe Neerlandesa dice en su artículo 5: «Y creemos sin duda alguna todo lo que está comprendido en ellos (: los libros que componen las Escrituras); y eso, no tanto porque la Iglesia los acepta y los tiene por tales, sino sobre todo porque el Espíritu Santo nos da testimonio en nuestros corazones, que son de Dios».

Pero cuando esta misma Confesión continúa: «y porque también tienen la prueba de ello en sí mismos, cuando advertimos que los ciegos mismos puedan palpar que las cosas que en ellos se han predicho, acontecen», entonces opino que aquí también podemos pensar en lo que el SEÑOR nos revela acerca de la común corrupción del género humano. Quien por la gracia de Dios conoce al SEÑOR y también se conoce a sí mismo, apenas puede comprender que no todos asientan en que toda la humanidad está perdida en el pecado y en la culpa. ¡Cosa que hasta los ciegos, por así decirlo, pueden comprobar!

Pablo, en Rom. cap. 1, describe la situación del mundo greco-romano. ¡Es como para ponerse a temblar! ¡Qué abismo de injusticia se nos muestra allí! Pero así era aquel mundo. Al menos, se daban aquellas situaciones.

Pero si miramos un poco a nuestro alrededor en el mundo de hoy, entonces no nos extraña esta descripción de la vida. Porque aún hoy día continúa siendo así. Los periódicos están llenos de noticias sobre corrupción en todos los ámbitos de la vida.

Donde las luces del cielo son apagadas, donde la gracia de Dios en Jesucristo es rechazada, allí la vida se hace una encrucijada de injusticia. Por otra parte, si en la Iglesia no vivimos únicamente

de la gracia y sólo por fe, entonces también la vida en la Iglesia se vuelve semejante a la del mundo. No pensemos que nosotros mismos somos tan fuertes para dejar tras la puerta al pecado, al mundo y al diablo. Sólo la gracia de Dios es el poder para salvar la vida. El poder del pecado es terrible. Es como si Pablo describiese el mundo de hoy cuando dice: «Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disenciones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas» (Gál. 5:19 y ss).

Conocimiento del pecado

Acabo de comentar diversas palabras con las cuales se indica la existencia equivocada y el mal hacer de los hombres. Y yo decía: «Pero en todas esas palabras se encuentra el pensamiento de *torcer del camino* del SEÑOR, de ir contra la ley de Dios, de desobediencia a la Palabra del Señor, de resistir a la gracia de Dios, de sublevarse contra Dios».

También quise hacer fijar la atención en que muchos nombres en el lenguaje del mundo reciben un significado distinto del que tienen en las Sagradas Escrituras. Es el caso de palabras como bienaventuranza, santidad, justicia, etc.

Pero con la palabra *pecado* nos encontramos en el mismo caso. Porque el mundo no conoce a Dios, tampoco conoce su pecado. El que no sabe quién es el SEÑOR, tampoco sabe nada de lo que significa y es la rebelión contra el SEÑOR. Quien no conoce la ley de Dios, tampoco sabe lo que es ir contra Dios. Esto me ha sido fácil de constatar en la práctica.

Una jovencita que no era muy «de iglesia», acu-

día con bastante asiduidad a la misma. Venía –según mi opinión–, sobre todo porque no sabía qué hacer si no en la tarde del domingo. Y ciertamente escuchaba con atención.

Durante una visita, salió la conversación sobre las predicaciones. Le pregunté si normalmente las entendía, y me contestó: –«Usted habla a menudo acerca del pecado, pero no entiendo lo que quiere decir». Ella no manifestaba, que fuese perfecta, pero no era mala y tampoco hacía cosas malas. Era honesta y vivía honestamente. Era fiel en su trabajo y tenía muchas amigas. Remendaba y cosía para una hermana casada y con familia numerosa. Siempre tenía algo para los pobres. No contraía deudas, sino que daba a cada uno lo suyo. No creaba altercados... y ahora quería saber lo que realmente la quedaba por hacer.

Entonces le pregunté si estaba bien de salud, si podía trabajar, si tenía lo necesario para comer y beber, si contaba con más privilegios que muchas otras gentes. A todo lo cual me contestó afirmativamente.

Luego le hice esta pregunta: –¿Alguna vez has dado gracias a Dios por todo eso?

La joven se sorprendió, y me dijo si debía hacerlo. Yo, entonces, la hablé del SEÑOR, al cual debía agradecer todo lo que tenía: Que El se cuidaba de nuestra comida y bebida, vestido y cobijo; que de El nos llegan salud y enfermedad, prosperidad y necesidad; –que no el acaso, o el sino, rigen nuestra vida, sino que todas las cosas nos vienen de la mano de Dios.

La joven misma concluyó nuestra charla con esta observación: –Sí eso es verdad, yo he obrado equivocadamente. Pues casi nunca he dado gracias a Dios, ni le he pedido algo.

Ahora recuerdo otro caso. Aparentemente era distinto, y sin embargo venía a parar a lo mismo. Alguien me aseguró que era un gran pecador; que todas las personas eran muy malas. Que, en la predicación, yo debía recalcar mucho más la corrupción del hombre, y el juicio eterno; que yo, según él, debía «jugar mucho más con el fuego del castigo». Pues sería terrible si el hombre caía en el infierno donde «ni el gusano muere y el fuego no se apaga».

Entonces, le pregunté qué pecados confesaba él a Dios. Pues, si era tan malo, era lógico que lo confesase ante el SEÑOR. Su respuesta me sorprendió: —él no lo hacía. Así de perverso era él, y así eran todos los hombres. Entonces intenté ponerle en claro, que él no conocía al SEÑOR, y que él apenas si sabía lo que decía cuando hablaba del pecado. Que si realmente conociese a Dios —lo cual es muy distinto que saber muchas cosas acerca de Dios—, entonces también conocería su pecado y lo confesaría al SEÑOR, y pediría perdón.

Si ahora consultamos las Santas Escrituras, nos encontramos con que aquellos que conocen su pecado, confiesan que han obrado mal contra Dios.

Aquí nos vendrá a la memoria el pecado de David con Betsabé, mujer de Urías. David, en aquella injusticia, no conocía al SEÑOR. David habrá pensado que él, como rey, se podía permitir tal cosa. Pues esto hacían todos los reyes de los paganos. Aquellos gozaban de todo poder sobre sus súbditos y podían hacer con ellos lo que querían.

Luego llegó Natán con su relato del hombre rico en ovejas, y del pobre que sólo tenía una corderita, la cual le fue hurtada por el primero...

Cuando David, lleno de furor, dijo: «el hombre que tal hizo es digno de muerte», replicó el profeta: —«Tú eres aquel hombre» (II Sam. 12) Natán hizo

ver claramente a David, que él había desdeñado la Palabra del SEÑOR y había hecho lo que era malo a los ojos del SEÑOR. A continuación, leemos; «Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová». (v. 13).

Y en los Salmos 32 y 51 podemos leer cómo David se humilló ante Dios y luchó en oración por el perdón. Este ejemplo puede ser ilustrado con muchos más. Así, en el Salmo 41:4, leemos: «Yo dije: Jehová, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque contra ti he pecado».

Cuando Daniel, estando en el palacio del rey Darío, piensa en las miserias del pueblo del SEÑOR, ve en ello el castigo de Dios sobre los pecados de SU pueblo, y confiesa: «Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos. De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado» (Dan. 9:8-9).

Para añadir un ejemplo del Nuevo Testamento, recordaría: Cuando el hijo pródigo (= perdido) recapacita y ve lo que ha hecho, vuelve a casa, y dice: «Padre, he pecado contra el cielo (esto es: contra Dios) y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo» (Luc. 15:21).

Totalmente en consonancia con lo expuesto, en el Catecismo de Heidelberg se hace esta importante pregunta: «¿Cómo conoces tu miseria?» Con la palabra «miseria» se da a entender no sólo las consecuencias del pecado, sino también el origen de toda miseria: el pecado mismo. Y la respuesta dice como sigue: «Por la Ley de Dios», es decir, por la Palabra de Dios con Sus promesas y con las exigencias del pacto. Por lo general, al hablar de la Ley de Dios, exclusivamente pensamos en los man-

datos y prohibiciones que han sido puestos al pueblo de Dios. Pero a esa Ley también pertenece esta afirmación: «Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre» (Ex. 20:2).

En esa ley, el SEÑOR se da a conocer como Aquel que *graciosamente* se da a Su pueblo, y que en Su gracia también indica al pueblo el camino recto que ha de seguir. En esa Ley dice el SEÑOR: «Este es el camino; camina en él».

También podemos decir que conocemos nuestro pecado por el Evangelio. Precisamente cuando vemos cuán grande amor nos ha demostrado Dios al darnos a Su Hijo Unigénito, Jesucristo, como propiciación de todos los pecados, exactamente entonces aprendemos a ver el pecado en toda su atrocidad.

Esto es lo grave del pecado, que nosotros, por naturaleza, no amamos a ese bondadoso Dios y Padre, ni creemos en El, ni le honramos.

¿Cómo conoceríamos nuestros pecados sin conocer al SEÑOR y Su Ley? Pues pecado es desviarse de Dios, enajenación de la fuente de la vida, ir contra la recta regla de vida. Pero para esto, debemos conocer esa regla o norma de vida. Cuando un albañil quiere saber si un muro va recto o inclinado, usa de la plomada. Y si no la tiene a mano, sólo podrá calcular si el muro está recto o inclinado, pero nunca sabrá que está recto.

Si queremos saber exactamente la temperatura que hace, precisamos de un termómetro. Este es el medio o norma con el que medimos la intensidad del frío y del calor. Así pues, lo que es la plomada para el albañil, y el termómetro para medir la temperatura, esto es la Ley de Dios para el conocimiento del pecado. Pues bien, esa Ley de Dios nos pide –y eso lo puede pedir el SEÑOR–, que le conozca-

mos, que temblemos reverencialmente ante Su Palabra y que busquemos la vida en comunión con El. Es frecuente que por pecado entendamos: adulterio, robo, asesinato y atrocidades similares. A estos crímenes los consideramos mucho más graves que la incredulidad, el escepticismo y la falta de amor a Dios. Pero el pecado-raíz es la incredulidad, el odio contra Dios y el abandono de Dios. Abraham honró a Dios al confiar incondicionalmente en Su Palabra. Esto encierra que deshonramos o infamamos a Dios si no le entregamos nuestra confianza plena y dudamos de Su promesa.

El primero y gran mandamiento es: que amemos al SEÑOR con todo nuestro corazón y con todo lo que hay en nosotros. Y el pecado-raíz es: que nosotros, por naturaleza, estamos inclinados a odiar a Dios, y, por lo mismo, también a nuestro prójimo.

El apóstol Juan ha escrito unas palabras que nos pueden hacer temblar: «El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor» (I Jn. 4:8). Y Pablo, en Rom. 14:23, escribe: «Todo lo que no proviene de la fe, es pecado». Y opino que bien podemos decir: -Lo que no proviene del amor, es pecado. La más profunda miseria del mundo no es que esté lleno de adulterios, de robos y crímenes, sino que no conoce a Dios. Aquí está el origen de toda miseria. Y en esto mismo se encuentra la fuente de la miseria que aún hay en la vida de los creyentes.

Al hablar de *conocimiento de pecado*, estoy pensando en el conocimiento del pecado y de los pecados. Por pecado quiero decir: el pecado-raíz de la incredulidad, odio y alejamiento de Dios. Por pecados entiendo: los crímenes concretos que proceden de esa fuente.

No sólo debemos conocer nuestro pecado, sino también nuestros pecados. Y éstos sólo los cono-

ceмос si vivimos con el SEÑOR y caminamos en Su presencia. Y si los conocemos, también los confesaremos. Primeramente a Dios, pero, si es necesario, también a nuestros prójimos. Esto no quiere decir que debamos andar pregonándolos, como en ciertos círculos de gentes ha ocurrido: que se cuenta únicamente lo que se ha pensado y se ha hecho, pero de un modo general. Mas el peligro de esto es evidente: ¡se hace ostentación del conocimiento del pecado y de la confesión de la culpa!

Nosotros confesaremos nuestros crímenes a las personas contra las que los hemos cometido. Pues el SEÑOR no nos pide que los vayamos pregonando a los cuatro vientos. Difícilmente vemos nuestros propios pecados. Los del vecino los conocemos muy bien: hasta podemos señalarlos, y frecuentemente son objeto de comentario. Cuando esto ocurre, está muy bien si alguien dice: «Pasemos a otra cosa». Porque aquellos cuyas faltas comentamos no se vuelven mejores por eso, y mucho menos nosotros mismos. Antes bien, debemos contrastar nuestro corazón y nuestras vidas con la Ley del SEÑOR, y acostumbrarnos a confesar a Dios todo el mal que hicimos, detallando nombre y apellidos.

Hace años oí una predicación sobre la conocida historia de Acán. Ya no recuerdo muchas cosas. Pero se me ha quedado clavada la recomendación de confesar con nombre y apellidos nuestros pecados. Acán lo hizo, cuando dice: «Verdaderamente yo he pecado contra Jehová Dios de Israel, y así y así he hecho. Pues vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de peso de cincuenta siclos, lo cual codicié y tomé; y he aquí que está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello» (Josué 7:20-21).

Es un mal muy corriente, y que fácilmente se reconoce, el decir que todos los hombres son malos, y que uno mismo deja mucho que desear. En mi vida de ministro del SEÑOR, he encontrado muchas gentes que gustosamente lo reconocían, y opinaban que la corrupción del hombre, por lo general, no podía ser predicada ni frecuente ni duramente. Pero también he vivido la experiencia de que algunas personas se enfadaron muchísimo cuando se les hizo recapacitar en determinados pecados. Y a la pregunta de si confesaban sus pecados, he recibido tal contestación que hacía sospechar que no ocurría así.

En Levítico 5:5, leemos: «Cuando pecare en alguna cosa, confesará aquello en que pecó». Y Jesucristo nuestro Señor nos ha enseñado a orar: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt. 6:12).

Así pues, confesaremos al SEÑOR esos pecados o deudas, de forma clara y explícita. Pecados confesados son pecados perdonados, y pecados perdonados son pecados contra los que se lucha. «El que encubre sus pecados, no prosperará: mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia» (Proverbios 28:13).

Lucha del pecado

«¿No es acaso lucha la vida del hombre sobre la tierra?» Estas palabras de Job 7:1, ciertamente valen también para indicar la lucha contra el pecado. Este combate empieza muy pronto, y dura hasta nuestro último suspiro. Pero si hemos llevado con rectitud la batalla, al acercarse el fin de la misma podemos decir como el apóstol: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.

Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida». (II Tim. 4:7-8).

Sobre todo las personas jóvenes encuentran esa lucha a veces demasiado dura, y las caídas tan frecuentes que desesperan de la victoria.

Recuerdo alguna conversación con catequizandos que venía a decir lo siguiente: «Yo he luchado sinceramente contra este o aquel pecado. También he orado formalmente para verme libre el mismo. Pero caigo una y otra vez en el mismo mal. Es desesperante. A veces pienso en desistir de toda lucha. Todo es inútil. Estaré maldecido para perderme en este mal».

Si entre los lectores de este artículo hay personas jóvenes o mayores que poco más o menos se hallan en situación de querer romper con una lucha así, yo deseo preguntarles: «¿Aprobaría el SEÑOR tal decisión?». Creo que ninguno se atrevería a dar una respuesta afirmativa. Pues Dios no se complace en la muerte del pecador, sino que desea que el pecador se arrepienta y viva (Ezq. 33:11, etc.). A semejantes hermanos y hermanas siempre les he dicho: «Bien lo desearía el diablo, que vosotros sucumbierais a la lucha. Las personas que desesperan de la victoria son su presa fácil. Pero en el cielo hay tristeza por un pecador que permanece viviendo en el pecado y desespera de la victoria de Jesucristo».

Porque ahí está el nudo de la cuestión. ¿Cree-mos que Cristo ha desbaratado las obras del diablo, y ha vencido al mundo, y ha resistido a toda tentación? (Jn. 8:41-48; 16:33; Mt. 4:1-11), entonces también creemos que El nos hará más que vencedores (Rom. 8:28 y ss). ¿No creemos que es

así?, entonces estamos totalmente perdidos, y de nada nos sirven nuestros buenos propósitos. Pues de éstos está pavimentado nuestro camino hacia el infierno. Podremos oponernos a esto tanto cuanto queramos, pero el final es la derrota. Con razón dice el Catecismo de Heidelberg: «Dado que nosotros somos tan débiles que por nosotros mismos no podamos subsistir un solo instante, a) y dado que nuestros enemigos mortales, como son: Satanás b), el mundo c) y nuestra propia carne d), nos hacen continua guerra, dignate sostenernos y fortificarnos por la potencia de tu Espíritu Santo, para que podamos resistirles valerosamente, y no sucumbamos en este combate espiritual e), hasta que logremos finalmente la victoria f)». (Cf. Cat. de Heid. Domingo 52, 1ª respuesta). -a): Jn. 15:5; Salmo 103:14. -b): I Pe. 5:8; Ef. 6:12. -c): Jn. 15:19. -d): Rom. 7:23; Gál. 5:17. -f): I Tes. 3:13; 5:23.

Es una batalla portentosa la que hemos de librar. En una guerra normal, nunca se sabe ciertamente si se conseguirá la victoria, y lo mismo ocurre con todas las luchas. Una partida de ajedrez nunca está ganada o perdida antes de que desaparezcan del tablero todas las fichas. Nunca se sabe lo que puede acontecer. Pero en la lucha contra el pecado podemos y debemos partir de que la victoria ya ha sido lograda. Esto no lo hemos hecho nosotros, sino que esto ya lo hizo nuestro Señor Jesucristo. El ha terminado con el señorío y el poder del demonio, y asimismo ha vencido al mundo, y también ha triunfado del poder de la carne. Si reparamos en nuestra propia corrupción y debilidad, cada uno de nosotros deberá decir con el apóstol Pablo: «¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?». Pero mirando a Jesucristo, el Vencedor, todo aquel que cree puede añadir: «Gracias a Dios,

(he sido y seré liberado) por Jesucristo Señor nuestro» (Rom. 7:24-25).

La base desde la que podemos operar en la lucha contra toda injusticia es la victoria que Jesucristo ha alcanzado. Para convencernos de ello, leamos Romanos capítulo 6. Allí, primeramente se nos pregunta si permaneceremos en el pecado. A lo cual se responde con un tajante: «En ninguna manera». ¿Cómo viviremos aún en el pecado, cuando *con* y *en* Cristo hemos muerto al pecado? El murió una vez al pecado; El fue entregado por nuestros pecados, y resucitado para nuestra justificación (Rom. 4:25). Lo que se dice de El, vale también para todos aquellos que creen en El. El fue crucificado, y entonces nuestro hombre viejo fue crucificado con El. El resucitó, y así nosotros con El hemos resucitado a una vida nueva. El fue hasta la muerte por nuestros pecados, esto es lo que nos da derecho a que ya no tengamos pecado si creemos en El y aceptamos su redención. Podemos y debemos estar seguros de que estamos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Jesucristo.

Que nos esté permitido partir de la victoria que Jesucristo logró, no quiere decir que ya no tengamos que luchar. El golpe mortal ha sido asestado, pero los últimos restos del enemigo deben ser recogidos aún. Aún deben ser llevadas a cabo las últimas escaramuzas. Esto es algo evidente por toda la Escritura, pero especialmente por lo que oímos en Romanos, capítulo 6. Aquí somos amonestados a no dejar que impere el pecado en nuestro cuerpo. No debemos poner nuestros miembros como armas de la injusticia, sino al servicio de Dios y al servicio de la justicia. Por lo cual debemos estar ciertos que el pecado no reinará finalmente sobre nosotros. Porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia.

Y la gracia de Dios es todopoderosa; más fuerte que el diablo, y más poderosa que el mundo, y más vigorosa que nuestra propia carne.

En esta lucha contra el pecado debemos comenzar con nuestra propia carne: esta no es nuestro cuerpo, sino toda nuestra naturaleza pecadora. Con frecuencia se ha pensado que el mal del pecado estaba en nuestro cuerpo y en los deseos corporales, sobre todo en el apetito sexual. Bien es verdad que el deseo sexual es un poder tremendo, y que también pertenece a la carne contra la que hemos de luchar. Pero también pertenece a la carne la soberbia y la ambición, y el ansia de placeres. Según Gálatas, cap. 5, pertenecen a las obras de la carne no sólo la fornicación, inmundicia y lascivia, sino también las enemistades, pleitos, contiendas, y cosas semejantes a estas.

Nuestra propia carne es el enemigo «dentro de los muros», y por eso el más peligroso. Un ejército fuera del fortín no es tan peligroso como un solo traidor dentro. El demonio y el mundo no serán tan peligrosos para nosotros si nos hacemos dueños de nuestra propia carne. Pues entonces, todos nuestros enemigos de fuera carecen de toda oportunidad.

He conocido gentes que estaban muy preocupadas contra toda clase de males en el mundo. Se reunían y celebraban reuniones para luchar y hablar contra todo tipo de maldad que veían en la calle y en la sociedad. Allí eran héroes con la palabra. Pero también advertí que, a veces, dejaban camino franco al enemigo en su propia casa. No luchaban contra su propia soberbia, vanidad y carácter difícil. Y entonces hube de acordarme de aquel texto: «Mejor es el que tarda en airarse, que el fuerte; y el que se enseñoorea de su espíritu, que el que toma una ciudad» (Proverbios 16:32). Por tanto, *en los*

comienzos debemos tener *mucho cuidado*. Una chispa es fácil de apagar. Pero ¿quién sofocará un fuego generalizado?

Un dique por el que se introduce una venita de agua es fácil de contener. Pero ¿quién tapaná un boquete por el que penetra una riada del mar embravecido? El apóstol Santiago ha descrito plásticamente el proceso del pecado, cuando escribe: «Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte» (Sant. 1:14-15).

Primero brota en nosotros un deseo o pensamiento que quiere ser alimentado. Si no estamos en guardia, nuestra fantasía empieza a trabajar. Nos imaginamos cuán apetecible es la realización de lo que imaginamos, y entonces apenas hay ya resistencia alguna. Por lo tanto, nos opondremos al menor deseo o pensamiento contra cualquier mandamiento de Dios. No leeremos por curiosidad pecaminosa un libro obsceno; sino que inmediatamente lo cerraremos y dejaremos. «¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan?» (Prov. 6:27). Nunca se puede retener el fuego abrasador en los pliegues del vestido sin que se origine un incendio.

En la lucha contra el pecado, debemos *obrar a fondo y radicalmente*. Esto es lo que nuestro Señor Jesucristo nos quiere enseñar en aquellas conocidas palabras: «Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infier-

no» (Mt. 5:29-30). El ojo puede hacerse póstico de caída en la prostitución e infidelidad conyugal, y la mano puede volverse instrumento de muerte y asesinato. En cuanto notemos que la mirada de nuestros ojos es peligrosa, los apartaremos hacia otro lugar. ¿Cuánto mal no se hace con las fotografías inmorales? ¿Cuánto mal no acarrea un film pornográfico? ¿Y cuántos pecados no se han cometido por curiosidad pecaminosa que no fue frenada a tiempo?

Además, debemos luchar *contra el mundo*. Ante la palabra «mundo», no hemos de pensar que sólo se trata de cine, antros, bailes y cosas parecidas. Por supuesto que allí está el mundo, y que hemos de abstenernos de eso. Pero, por otra parte, ese mundo llega a nosotros en toda clase de situaciones. Entramos en contacto con este mundo en nuestra profesión u oficio, pues siempre llevan consigo determinadas tentaciones y pecados. Recuerdo, al respecto, las recomendaciones que Juan Bautista daba a distintas clases de personas. De esto leemos en el evangelio de Lucas, cap. 3. De entre la multitud se le acercaban personas para preguntarle -«¿Qué haremos?» Algunos recibieron por respuesta: «El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene que comer haga lo mismo». Esto habrá sido dicho a gentes pudientes.

Estas no deben ser ruines, ni han de decir a su prójimo: «Id en paz, calentaos y saciaos...» (Sant. 2:16), sino que han de combatir la miseria mediante el hacer bien. También llegaron los publicanos con su pregunta: «Maestro, ¿qué haremos?», y éstos tuvieron que oír por respuesta: «No exijáis más de los que os está ordenado». Ellos han de romper con esa costumbre mundana y pecadora, y no abusar de su cargo. Asimismo llegaron los soldados para

preguntar: «Y nosotros, ¿qué haremos?» A ellos les dijo: «No hagáis extorsión a nadie, ni columniéis, y contentaos con vuestro salario». Cada cual debe romper con el pecado con que se encuentra en su profesión. Esto es tarea constante: no colaborar con todo tipo de injusticias que nos encontramos en nuestro trabajo, en nuestros negocios, etc., porque el Señor no lo quiere. Antes deberemos preferir la enemistad de todos, que querer hacer algo contra la voluntad de Dios. No debemos huir del mundo, sino guardarnos limpios de todo mal y pecado dentro del mismo.

Finalmente, tras la injusticia de nuestro propio corazón y de este mundo de pecado, se encuentra el príncipe de este mundo, el demonio con sus aliados. Por esta razón, Pablo escribe: «Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:11-12). Grande es el poder del diablo. No nos imaginemos que podremos resistir en nuestras propias fuerzas. Sólo podemos contra él si nos revestimos de la armadura de la fe; entonces estamos enriquecidos con las más ricas y hermosas promesas de la ayuda del Señor, el cual no nos dejará ni nos abandonará.

Si amamos al Señor, nuestro Dios, y le servimos en amor, y por amor nos entregamos al servicio de unos para con otros, el diablo no tiene ocasión alguna de hacer blanco en nosotros con sus embestidas.

También en Ef. 6 se habla del yelmo de la salvación que esperamos. Si miramos con esperanza hacia el prometedor futuro que le está preparado al pueblo de Dios, entonces y con esta perspectiva

iremos tras la santidad sin la cual nadie verá al Señor, y podremos prescindir de la soberbia de la vida, de las pasiones de la carne y de la lujuria de los ojos, porque tenemos una hermosa herencia en los cielos para siempre, la cual es mil veces de más valor que todo lo que este mundo puede ofrecer.

Esta gozosa perspectiva de la victoria definitiva nos hace decir: —«Gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo».

CONVERSIÓN

(convertirse, llegar a conversión)

Estas palabras generalmente nos son bien conocidas a todos; y poco más o menos todos sabremos lo que hemos de entender por conversión.

El Catecismo de Heidelberg nos da una respuesta explicativa, me parece, muy digna de tener en cuenta: –«¿De cuántas partes se compone el verdadero arrepentimiento y conversión al Señor? –De dos: la muerte del viejo hombre, y la vivificación del nuevo a)».

a) Rom. 6:1. 4-6; Ef. 4:22-24; Col. 3:5-6. 8-10; I Cor. 5:7; II Cor. 7:10.

La primera consiste «en que sintamos pesar, de todo corazón, de haber ofendido a Dios con nuestros pecados, aborreciéndolos y evitándolos más y más a)».

a) Rom. 8:13; Joel 2:13; Oseas 6:1.

La segunda «es alegrarse de todo corazón en Dios por Cristo a), y desear vivir conforme a la voluntad de Dios, así como ejercitarse en toda buena obra b)».

b) Rom. 5:1; 14:17; Is. 57:15. b) Rom. 6:10-11; Gál. 2:20.

Es posible que también sepamos distinguir entre nuevo nacimiento y conversión (distinción que,

según yo opino, no se da en las Sagradas Escrituras), y entre la primera conversión y la conversión cotidiana, y entre conversión del pueblo y conversión personal. Aun cuando todos nosotros sepamos todo esto, bien puede ocurrir que las cosas no estén tan claras con nuestra conversión real. Pues cuando las Escrituras nos llaman a conversión, su intención no es sólo que sepamos bien lo que es conversión, sino que nos convirtamos real y efectivamente de determinados pecados. Cuando el Señor insta a conversión, quiere que algo cambie en nuestra vida. Y ha lugar a la pregunta de si en nuestra vida cambian muchas cosas. Un conocido teólogo se ha quejado y lamentado, en alguna ocasión, de que parece como si realmente no entendiéramos ya lo que es pecado y gracia. Así también podríamos preguntar si prácticamente tienen lugar muchas conversiones. Por eso me parece bien considerar a qué somos amonestados cuando el Señor llama a conversión.

En el Antiguo Testamento, para «convertirse» y «conversión» se usa una palabra que en la vida ordinaria sencillamente significa: volver sobre sus pasos, volver o retroceder en el camino que se lleva, cambiar de dirección. De las 1.000 veces que esta palabra sale en las Escrituras, 900 tiene ese significado ordinario expuesto.

Cuando David derribó a Goliath, los filisteos huyeron en desbandada. Y los hombres de Israel y Judá los persiguieron hasta las puertas de Ecrón y Gat. Luego, leemos: «Y volvieron los hijos de Israel de seguir tras los filisteos, y saquearon su campamento» (I Sam. 17:53). Esa misma palabra que en este texto se usa para «volvieron», también se usa para «convertirse». Así por ejemplo en I Sam. 7:3. En aquellos días, Israel se hallaba en grandes apuros.

Los filisteos hacen lo que quieren con el pueblo

del SEÑOR. En el verso 2, leemos: «... toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová». Entonces dice Samuel: «Si de todo corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros, y preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a El servid». Hasta entonces los israelitas, evidentemente, habían servido a dioses extraños y se habían postrado ante Astarot, la diosa pagana de la fertilidad y de toda fuerza de vida. Su corazón no estaba dirigido al SEÑOR, sino a los ídolos. Han de terminar con esto. Su corazón debe dirigirse al SEÑOR, y eso debe evidenciarse por todo su cambio de vida. Israel, entonces, se reúne en Mizpa. Allí «sacaron agua, y la derramaron delante de Jehová». Una señal de un corazón roto y contrito que se postra ante Dios.

Luego, leemos: «... y ayunaron aquel día, y dijeron allí: Contra Jehová hemos pecado» (v. 6).

De esta historia podemos deducir en qué consiste la verdadera conversión:

1. El corazón debe estar implicado en ella. Debe darse una recta visión de que el camino seguido hasta entonces es equivocado, y una compunción del corazón, por el hecho de que Dios está airado por el pecado.

2. Esta compunción del corazón, o arrepentimiento, debe resultar en una confesión de culpa: «Contra ti hemos pecado, y hemos hecho lo que es malo a tus ojos».

3. Esta compunción del corazón y esa confesión de palabra debe tener como fruto, que nosotros, real y efectivamente, rompamos con los pecados, y que hagamos lo que al SEÑOR le agrada.

Sobre todo en los profetas encontramos repetidamente la llamada a conversión. Y son pecados concretos los que allí se nombran, por los que el

SEÑOR está herido y de los que el pueblo del SEÑOR se debe convertir.

En Amós 5:12, 13, por ejemplo, el SEÑOR dice: «Porque yo sé de vuestras muchas rebeliones, y de vuestros grandes pecados; sé que afligís al justo, y recibís cohecho, y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres. Por tanto, el prudente en tal tiempo calla, porque el tiempo es malo». Cuando el SEÑOR llama a conversión a su pueblo, quiere que éste rompa con el pecado y haga lo que El quiere. En tiempos del profeta Miqueas se quiere contentar a Dios con toda clase de sacrificios, con ofrendas y millares de carneros y medidas de aceite. Sí, hasta se preguntan: «¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?». Pero el profeta dice: «Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios» (Miq. 6:7-8).

Por lo general, en el Antiguo Testamento se llama a conversión a todo el pueblo, y con ello, como es lógico, también a cada miembro del pueblo, personalmente. Que cada uno debe convertirse personalmente, se evidencia en Ezequiel que pone el acento en la responsabilidad personal. Por ejemplo: «El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él. Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá» (Ez. 18:20-21). Aquí también se manifiesta que el Señor no se goza en la muerte del pecador, sino en su vida: «Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu

nuevo. ¿Por qué moriréis, casa de Israel? Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el SEÑOR; convertíos, pues, y viviréis» (v. 32).

En el Nuevo Testamento, Juan Bautista, y luego el Señor Jesús, comienza su misterio con la llamada a conversión, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mt. 3:2; 4:17 etc.). El pueblo judío era, en su gran mayoría, muy religioso. Los más cumplían fielmente sus obligaciones religiosas. ¿Tenían, pues, necesidad de conversión? ¿No ayunaban, y oraban, y daban sus diezmos, y se cuidaba con esmero el culto del templo? Sí, ciertamente; el fallo no estaba en sus obligaciones religiosas. Sin embargo, de nada les servía todo aquello. Porque con toda su religiosidad, los escribas y fariseos y sus seguidores no querían vivir de gracia. Vivían de la ley, con el fin y propósito de merecer la aprobación y complacencia de Dios. Pero ahora ha llegado el reino de la gracia de Dios. Ahora son llamados a ampararse en la gracia de Dios. Deben volverse, dar la espalda a sus obras muertas, religiosas, y buscar el perdón de los pecados y la vida en el Señor Jesús, en quien se ha revelado la plenitud de la gracia.

Para *convertirse* y *conversión* se usan dos palabras. Una de ellas literalmente significa: Cambiar de parecer, cambiar de pensamiento o idea, pensar y querer de otra forma. La otra, originalmente más bien parece significar: cambio de camino, costumbre o forma de vida.

Ambas palabras, en su uso, se diferencian muy poco o casi nada. En Hechos 3:19, aparecen la una junto a la otra: «Así que, arrepentíos y convertíos». Posiblemente, aquí la primera acentúa el cambio interno y la segunda marca el vuelco de toda la vida. Pero, por lo demás, tienen el mismo significado.

La palabra *conversión* comprende transformación

del corazón, de la mente, de la voluntad, de las afecciones y de todo el discurrir de la vida. Así pues, tampoco veo diferencia alguna entre: «Os es necesario nacer de nuevo» (Jn. 3:7) y «arrepentíos y convertíos» (Hch. 3:19).

Frecuentemente la relación nuevo nacimiento/conversión es presentada de la forma siguiente: -«Dios llega con su demanda: «arrepentíos», a todos los hombres, pero sólo aquellos que han-nacido-de-nuevo pueden convertirse. (Jn. 3:3.5). En el nuevo nacimiento, el hombre es completamente pasivo, él es renacido por el Espíritu Santo; pero en la conversión, el hombre es llamado a actividad, porque él ha de convertirse, crucificar el hombre viejo y revestirse del hombre nuevo». Pero en las Sagradas Escrituras no hay fundamento alguno para esta distinción. Un hombre nunca es totalmente pasivo, tampoco en el nuevo nacimiento o conversión.

Ciertamente es Dios quien da la conversión y renueva la vida. Esto lo reconoce cualquiera que conoce al SEÑOR. Así se nos dice en Jeremías 31:18: «Conviérteme y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios». Y en Hechos 11:18, está escrito: «¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!».

Pero esto no excluye que el SEÑOR llame a los hombres a conversión. Y que aquellos que ponen atención a la Palabra del SEÑOR, se conviertan. Dios conecta o embarca al hombre en la obra de la conversión. Y El echa en cara a los obstinados que no quisieron convertirse. Cual sea la relación entre la obra de Dios y la actividad propia del hombre, nadie en el mundo podrá solucionarlo jamás. Tampoco las Sagradas Escrituras lo resuelven. Ellas colocan tranquilamente una cosa junto a la otra: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor,

porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filp. 2:12-13).

Si alguien vive en un pecado y el SEÑOR le llama a conversión, por ejemplo, mediante una predicación o valiéndose de la amonestación fraternal, no debe darle vueltas a la pregunta de si puede o no, sino que debe hacer lo que quiere el SEÑOR; y si lo hace, reconocerá que esto no es obra suya, sino que dará gracias a Dios de que le llevó a conversión.

¿Quizá se me advierta que en la Biblia también se habla de la imposibilidad de volver nuevamente a conversión? Efectivamente se habla de esto. En Hebreos capítulo 6. Allí se habla de apóstatas que no pueden ser renovados para conversión, porque «recayeron, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio» (v. 6). Puede llegarse tan lejos, que sea demasiado tarde para conversión. Pero ¿por qué se nos enseña esto? ¡Para que no lo dejemos ir tan lejos; para que no dilatemos tanto la conversión que se agote la misericordia de Dios!

Para que no provoquemos al SEÑOR por una perseverancia obstinada en el mal, en el pecado. Entonces podría ocurrir que tuviese aplicación la palabra del profeta: «¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?» (Jer. 13:23). Esta no es una vaga sentencia con la que nos podamos acorazar contra la llamada de Dios a conversión. Si así usamos esta Palabra de Dios, entonces estamos haciendo mal uso de ella. Pero es un ejemplo que nos avisa, y en el cual se manifiesta cuán lejos puede llegar un pueblo o una persona.

Para que si caemos en la cuenta que andamos en un camino equivocado, directa e inmediatamente nos convirtamos de nuestras transgresiones, volvamos por nuestros malos pasos y nos convirtamos al SEÑOR.

Dios no es nuestro «amado Señor» cerca del cual siempre podemos venir a parar si nos viene bien. El no deja que se juegue con El. Quien después de una serie de amonestaciones y un cierto número de avisos no quiere escuchar, en modo alguno quiere oír; nunca jamás podrá oír. Pero antes de que todo vaya tan lejos, se habrá verificado un terrible endurecimiento u oposición en aquellos que oyen la Palabra de Dios. Porque la clemencia de Dios es enormemente grande. El tiene una paciencia como no puede ser hallada en la tierra en hombre alguno. Pero si constante y positivamente se abusa de la indulgencia de Dios, puede ocurrir como hemos visto en los textos arriba mencionados. Por tanto: Si oyereis hoy Su voz, creed Su salvadora y consoladora Palabra; no os endurezcáis, sino dejados guiar. No os endurezcáis, aceptad humildes Su gracia. Que Masa y Meriba os sean de escarmiento, donde yo fui tentado por vuestros padres, cuando todo lo que mi mano realizó no les movió a temerme (Salmo 95, etc.).

Anteriormente he escrito una frase que podría llevar a un malentendido, por lo cual vuelvo sobre ella. Aquí está: «Si alguien vive en un pecado y el SEÑOR le llama a conversión, por ejemplo mediante una predicación o valiéndose de la amonestación fraternal, *no debe darse vueltas a la pregunta de si puede o no*, sino que debe hacer lo que quiere el SEÑOR; y si lo hace, reconocerá que esto no es obra suya, sino que dará gracias a Dios de que le llevó a conversión».

Con esta frase sobre el *darle vueltas* o *preguntarse*, quería decir que, para mí, la pregunta de si un hombre, tal y como es por naturaleza, puede convertirse o no, carece de importancia y significado. Para quien conoce al SEÑOR, y, por tanto, también se conoce a sí mismo, es inamovible y cierto que ningún hombre por naturaleza está en disposición y es capaz de convertirse. De esto nos damos cuenta no sólo después que nos hemos convertido o arrepentido de un pecado, sino también *antes* y *al tiempo* de nuestra conversión. En ello y para ello somos y estamos totalmente dependientes del SEÑOR. Quien opina que realmente lo puede hacer por sí mismo, está en un error. El que nosotros conozcamos nuestros pecados, el que los confesemos ante el SEÑOR y el que rompamos con ellos, lo debemos agradecer a la gracia todopoderosa del Espíritu Santo, el cual obra en nosotros el querer y el hacer para gloria de la complacencia o buena voluntad de Dios (Filp. 2:12-13). Pero con la frase apuntada me he querido volver contra la actitud de aquellos que sólo y siempre se están quejando y lamentando de su impotencia-para-el-bien, y con ello se disculpan y excusan que no se convierten.

Posiblemente algún lector me diría: —¿Pero acaso no es verdad? Nosotros estamos muertos en nuestros pecados y miserias. Nada podemos hacer.

A esto hay que responder que, efectivamente, es verdad. Pero es una media verdad.

Quien habla así, no cuenta con Dios, el SEÑOR. Siempre está ocupado consigo mismo y carece de toda visión de la todopoderosa gracia de Dios. Yo le querría indicar el pasaje de Mateo 19:23 y siguientes. Allí, cuando el joven rico se aleja lleno de tristeza porque tenía muchas riquezas, el Salvador dice lo siguiente: «De cierto os digo, que difícilmente en-

trará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios». Entonces los discípulos se asombran y dicen: «¿Quién, pues, podrá ser salvo?» Y seguimos leyendo: «Y mirándoles Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible». Quien cree que para Dios todas las cosas son posibles, no le anda dando vueltas ni se pregunta si quiere, puede, sabe... convertirse. Sino que ora con fe y confianza: «SEÑOR, conviérteme, y seré convertido» (Jer. 31:18). Y tal persona lo hará confiado en la gracia todopoderosa de Dios, y obediente al mandato del SEÑOR. Cuando reflexiono acerca de estas cosas, siempre se me viene a la memoria el relato de Marcos sobre el paralítico. Aquí no se expresa la palabra conversión, y sin embargo podemos aprender mucho respecto a este asunto de cómo acontece en la conversión. El Señor Jesús dice a un paralítico –o sea, a un hombre que no se puede mover–, lo siguiente: «Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa». En ese instante este hombre no dice ni piensa: –«Yo debo permanecer echado, pues estoy paralítico y no puedo moverme». Sino que habrá pensado: –«Si el Señor dice que yo debo levantarme, tengo que hacerlo y podré hacerlo, puesto que El lo dice y lo quiere». Y luego leemos en el versículo 12: «Entonces él se levantó enseguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa» (Mc. 2:1-12).

De este y otros milagros del Señor Jesús podemos aprender que sin fe en la gracia todopoderosa de Dios ninguna conversión es posible. Pero donde se da verdadera fe, allí también se llega a conversión. Esto es lo que confesamos con el artículo 24

de la Confesión de Fe Neerlandesa: «Creemos que esta fe verdadera, habiendo sido obrada en el hombre por el oír de la Palabra de Dios a) y por la operación del Espíritu Santo, le regenera y le hace un hombre nuevo, y le hace vivir en una vida nueva b), y le libera de la esclavitud del pecado c)...»

a) Rom. 10:17; b) Ef. 2:4-5; c) Jn. 8:36.

Nosotros nos convertimos cuando Dios está de por medio; cuando reconocemos que el SEÑOR no quiere este o ese pecado; y El nos quiere ayudar a deshacernos de ese pecado; y cuando nosotros no reconocemos estas cosas, todo permanece como antes. Se pueden vivir casos extraños. Una vez, debí amonestar a alguien que rechazaba reconciliarse con un hermano en la fe. Había sido tan injuriado y tan vergonzosamente tratado que nunca lo podría olvidar ni perdonar. Bien podía ser que el SEÑOR así lo quisiese, pero él no lo hizo. Ningún consejo desde la ley del SEÑOR sirvió para nada. Aun cuando le expusimos que el SEÑOR tanto le hubo de perdonar a él, y que el SEÑOR no le perdonaría si él no estaba dispuesto a perdonar, de nada sirvió. No me puedo imaginar que alguien así crea realmente en el Evangelio de Jesucristo. Porque este Evangelio es poder de Dios para salvación (Rom. 1:16), y puede romper nuestro duro corazón, y hacernos dispuestos y voluntariosos para perdonar a quienes nos injuriaron.

Amenaza de castigo o juicio

Lo que acabo de apuntar, me lleva a este asunto: -¿Cómo trae Dios a conversión, por la predicación del Evangelio, o por amenaza de castigo?

Hay quienes todo lo esperan de la amenaza del castigo. Allí se opina que la predicación agresiva del infierno y de la perdición ablanda el corazón

endurecido y mueve la voluntad. Pero esto es una equivocación. Así ciertamente se suscita el miedo, pero no la conversión. Este modo, por lo general, casi siempre termina embotando los oídos de las gentes. Es cierto que por unos momentos se tiembla, pero todo vuelve a su curso normal y ordinario.

Brakel nos relata de un perrito en la fragua. El animalito primero se asusta de las chispas que saltan de la piedra de afilar. Pero muy pronto el perro se da cuenta que nada malo le va a ocurrir, y entonces se echa a dormir tranquilamente. Así pues, nunca he visto muchos frutos de este tipo de predicación a que me refería. Y cuando en una ocasión pregunté a uno de esos predicadores si veía muchos resultados de su predicación, me contestó: —«No; cuando se nos vende un caballo a uno de nosotros, se ha de mirar muy bien la dentadura del animal».

Cuando el Señor Jesús envía a los apóstoles al mundo, reciben el mandato de predicar el Evangelio a toda criatura. Esto es lo primero y primordial. Porque es un poder de Dios para salvación. Quien lo crea, será salvo. Quien no lo crea, será condenado. Con esto no sostengo que el castigo del infierno y la perdición eterna no deban tener un lugar en la predicación. Eso estaría en contra de las Sagradas Escrituras. ¿Quién ha hablado más de la muerte y de la perdición que el Salvador? Pero sí niego que la predicación del castigo deba estar en primer término.

El Señor Jesús ha comenzado su ministerio con la predicación del Reino de los cielos; y los apóstoles hicieron su incursión en el mundo con el anuncio gozoso (: Buena Nueva = Evangelio) de Jesucristo, en Quien se ha manifestado la gracia de Dios para el mundo entero. Este Evangelio llegaba

con la llamada a la fe y a la conversión. Pero quien se opuso a este Evangelio, debió oír que se perdería si perseveraba en su endurecimiento de corazón.

Quien no es movido por el Evangelio a la fe, tampoco teme en su justa medida el castigo. Quien no es arrastrado por el amor de Dios, manifestado en Jesucristo, tampoco hace mucho caso del juicio de Dios. Pero quien cree en la gracia de Dios, que excede todo entendimiento, también teme la ira de Dios y odia el pecado y lo huye, y vive saludablemente.

¿Debemos saber el tiempo de la conversión? Hay círculos de gentes donde se expone esta exigencia a todo el mundo. Como en un desierto se llama a toda persona joven a conversión. Pero esto no está de acuerdo con las Escrituras. En éstas hay muchos ejemplos de gente joven que desde niños estaban acostumbrados a temer al Señor. Ahora me viene a la memoria Samuel y Jeremías, Juan y Timoteo, quienes desde la juventud estaban enseñados en las Sagradas Escrituras y caminaron en el temor de Dios. Cuando llamamos a conversión, debemos llamar de incredulidad a fe, de un camino pecador al buen camino, de las tinieblas a la luz de la gracia de Dios.

Por otro lado, también hemos de hablar de la conversión diaria, que debe proseguir durante toda nuestra vida. En esta economía no conseguiremos permanecer sin tropezar ni caer. Pero si esto ocurre, no deberemos permanecer viviendo en el pecado, ni dudar de la gracia de Dios. Sin embargo, el saber que nunca nos deshacemos del todo del pecado, no nos debe hacer decaer o desfallecer en la lucha contra toda injusticia. Las Sagradas Escrituras no dejan el más mínimo resquicio para que tengamos paz con el pecado. A un recién curado dijo nuestro Señor: «Mira, has sido sanado; no peques

más, para que no te venga alguna cosa peor» (Jn. 5:14).

Y el apóstol Pablo pregunta: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveramos en el pecado para que la gracia abunde?», y categóricamente, responde: «En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (Rom. 6:1-2).

Iremos tras la santidad, sin la cual nadie verá al SEÑOR. Junto a esto, también temeremos el Juicio último, donde tendremos la responsabilidad de dar fe de lo que hicimos y dejamos de hacer, de cuanto callamos y dijimos. Según las palabras de las Escrituras: «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (II Cor. 5:10).

¿Tenemos esto suficientemente en cuenta? Es de temer que no lo hacemos nosotros. Sin embargo, sí lo sabemos decir de los demás.

Pero ¿es que también nosotros nos hemos de convertir? No sólo me refiero individualmente, sino también comunitariamente. Ambas situaciones son muy difíciles de juzgar. Dios sabe cómo son. Por tanto, siempre ha lugar a la pregunta de si no hemos de convertirnos de esto y aquello... cada día.

EL AMOR DE DIOS

Las Sagradas Escrituras hablan mucho de *el amor de Dios*. Pero aún más se habla de *el amar de Dios*. Si estoy bien informado, el nombre sustantivo *amor*, dicho de Dios, únicamente aparece cuatro veces en el Antiguo Testamento. Mientras que allí se habla treinta y dos veces de *el amar de Dios*. Quizá alguien diga para sí que esto no hace diferencia alguna. Pero me parece que hemos de tenerlo muy en cuenta.

Los filósofos han pensado mucho sobre la pregunta de quién es Dios. Y han intentado encontrar aquellas propiedades que se hallen en Dios. Han procurado comprender –es decir, abarcar con su inteligencia– quién es Dios. Han reflexionado acerca de *el ser* de Dios. Pero la Sagrada Escritura habla mucho más acerca del *hacer* de Dios. El no es «el ser» o algo por el estilo. Sino que El es el Dios viviente, que actúa, y obra, e interviene en la historia de los pueblos y hace todo lo que a El le place. También está en consonancia con esto que –ciertamente en el Antiguo Testamento– es más frecuente que se hable del hecho de que Dios ama, que del amor de Dios.

Ya es muy difícil expresar con palabras lo que es amor y lo que hemos de entender por amar. Todo

el mundo sabe poco más o menos lo que con ello se intenta decir. Pero ¿quién puede decir lo que es? Inténtenlo ustedes. Enseguida les resultará evidente que las palabras se quedan cortas para reproducir realmente el asunto o materia que queremos expresar. ¿Es un atrofiamiento del sentimiento? Todos dirán: -Es mucho más que eso. ¿Es una inclinación de nuestra voluntad? Eso es decir muy poco. ¿Es una expresión o manifestación de nuestros pensamientos? Con esto ningún ser amado estaría contento. Pues, entonces ¿qué es? Reconozcamos, sencilla y llanamente, que no lo podemos expresar perfectamente con palabras. Y por eso no nos debemos avergonzar. Precisamente lo más sublime y lo más profundo que llena nuestra vida, no lo podemos expresar. Una sola cosa sabemos *desde y por* las Sagradas Escrituras: que el amor y el amar tienen que ver con nuestro corazón. Pero con esto no hemos avanzado demasiado. Porque ¿quién dirá lo que el corazón significa en esta expresión o manifestación? En cualquier caso, bien podemos decir que el amar tiene que ver con nuestro sentimiento, y con nuestro entendimiento, y con nuestra voluntad, y con todas las fuerzas y dones que Dios ha dado al hombre. Esto se evidencia de lo que está escrito en Marcos 12:30: «Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas».

Pero si ya es tan costoso expresar con palabras lo que es el amor humano, ¿cómo, pues, podremos decir lo que es el amor de Dios? Me parece que de este bien podemos decir que es incomprensible e insondable, y que excede todo entendimiento. Como esto vale decirse de Dios, así cabe decirse de Su amor y de todas sus virtudes o propiedades. Pero como podemos conocer a Dios por Su revelación, así

también podemos conocer Su amor por lo que el mismo Dios ha revelado de El mismo, es decir, de Su amor.

Además, podemos decir que el amor de Dios no es suscitado por el objeto hacia el que Su amor se dirige. Esto es evidente en las conocidas expresiones de Deuteronomio 7:6 y ss: «Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó». El corazón del SEÑOR se dirigió a Abraham y hacia el pueblo nacido de él. Pero a la pregunta de por qué el SEÑOR amó a los patriarcas y a sus descendientes, no se da otra respuesta que esta: Porque así plugo al SEÑOR. Aquel amor nació espontánea y libremente de Dios mismo. En cualquier caso, nada había en el pueblo del SEÑOR que pudiese provocar el amor de Dios. Dios no amo a Su pueblo porque éste primeramente le amase a El. Su favor no descansó en este pueblo porque era más numeroso, o virtuoso, o religioso, que los demás pueblos. Antes al contrario, otros pueblos eran más poderosos y numerosos que Israel.

De forma enternecedora hablan los profetas sobre ese amor perseverante de Dios, que una y otra vez se dirige a Su pueblo. De esto se nos habla en toda clase de ejemplos y comparaciones; sobre todo en la del matrimonio. Pues bien, lo maravilloso del amor de Dios es que, por encima de lo que acontece entre los hombres, el Señor busca a ese pueblo, una y otra vez, y quiere unirle a El en amor a pesar de su infidelidad, abandono y acercamiento a los ídolos. Pues en Jeremías 3:1, leemos; «Dicen:

Si alguno dejare a su mujer, y yéndose ésta de él se juntare a otro hombre, ¿volverá a ella más? ¿No será tal tierra del todo amancillada? Tú, pues, has fornicado con muchos amigos, mas vuélvete a mí; dice Jehová». Por eso en la Biblia se habla del eterno amor de Dios. Así por ejemplo en Jer. 31:3: «Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado, por tanto, te prolongué mi misericordia. Aún te edificaré, y serás edificada, oh virgen de Israel; todavía serás adornada con tus panderos, y saldrás en alegres danzas».

Vemos, pues, que el amor de Dios es totalmente distinto de lo que frecuentemente los hombres llaman amor, pero no merece tal nombre. El amor natural se dirige a alguien que merece ese amor. No surge espontáneo, sino que es suscitado por un objeto o persona amable. Con frecuencia ese amor es interesado. No se entrega, sino que toma. Es frecuente que no busque el bienestar del otro, sino que se busca a sí mismo. Es egoísta y ególatra. Por el pecado, todo se ha trastocado de tal manera que los hombres llaman amor lo que sólo es una caricatura del amor.

Pero el amor de Dios es desinteresado. Dios se entrega a hombres y mujeres que se han apartado de El. El busca perdidos, que no preguntan por El. El desea la salvación de aquellos que se han hundido a sí mismos en la más profunda infelicidad. El da vida a quienes han merecido la muerte. En Su amor insondable, perdona misericordiosa y abundantemente, y restablece la comunión con un pueblo que, habiéndola hecho tan odiosa, no le vuelve a mirar a la cara. Toda la historia del antiguo pueblo de Dios es una prueba constante de que Dios es amor. Esto no quiere decir que El no pueda airarse. Como

tampoco implica que el SEÑOR no pueda rechazar. Precisamente porque El ama, también puede rechazar en ira. Pero esto quiere decir que el SEÑOR no rompe definitivamente con Su pueblo; como nos lo revela en Oseas: «Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada. Y en lugar donde se les dijo: Vosotros no sois pueblo mío, allí serán llamados hijos del Dios viviente» (Rom. 9:25-26; Cf. Os. 2:23 y 1:10).

También en el Nuevo Testamento se dice más lo que el amor de Dios ha hecho y hace, que lo que el amor de Dios es. El amor se ha manifestado o revelado porque Dios ha enviado a Su Hijo al mundo. Sobre todo el evangelio según Juan está lleno de esta verdad. ¿Quién no conoce aquellas palabras del Salvador en Juan 3:16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna»? Pero no sólo el evangelio según Juan, también sus cartas están llenas de expresiones sobre el amor de Dios. Por citar una: «En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.»

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (I Jn. 4:9-10). Y por dos veces en el mismo capítulo, dice: «Dios es amor». Cuando queremos decir de un hombre que es extraordinariamente bueno, decimos: —«Es la bondad en persona». Así hemos de entender la expresión del apóstol Juan cuando dice que Dios es amor. El Señor es, como se suele decir, la bondad, el amor en persona. El no precisa ser movido a ese amor; nada fuera de Dios precisa forzarle a la manifestación y a la

realidad de su amor. Es esencia y naturaleza de Dios el amar.

Este amor de Dios fluye hacia el mundo; hacia personas impías que le vuelven la espalda; hacia criaturas que no le buscan. Su amor se dirige hacia lo perdido. Esto lo vemos en Jesucristo. Quien le ha visto a El, ha visto al Padre. El Hijo de Dios, durante su estancia en el mundo, buscó las ovejas perdidas de la casa de Israel: publicanos y pecadores.

Dios entregó Su Hijo para penetrar en nuestra naturaleza humana, para padecer aquí, para ser injuriado, para ser aborrecido, para ser crucificado y muerto por las manos de los impíos. Y cuando pendía en la cruz, aún siguió revelando el amor incomprensible de Dios, orando por sus asesinos: «Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y una de Sus últimas obras de amor fue que dijo a uno de los malhechores: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». En efecto, es como Pablo escribe a los romanos: «Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5:6-8).

En este amor de Dios hacia nosotros se enciende nuestro amor a Dios. Si este amor de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, ¿cómo no amaríamos a Dios? ¿Cómo nuestros corazones no bramarían por Dios, como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, si creemos en la misericordia insondable con la que el SEÑOR se ha vuelto hacia nosotros? No puede ser por menos que exclamemos: «Te amo, oh Jehová, fortaleza mía. Jehová, roca mía y castillo mío y mi libertador; Dios

mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio» (Salmo 18:1-2).

Los paganos opinan que han de buscar por sí mismos y en sí mismos su dios. Piensan que en el hombre arde una chispa que de suyo desea volver al fuego divino. Mediante todo tipo de recursos artificiales se transportan en una embriaguez ilusoria y caen en éxtasis, y creen que entonces tienen comunión con su dios. En lo más profundo de su alma piensan que entonces se han hecho uno con dios. Pero las Sagradas Escrituras ignoran por completo esta mística panteísta. Sin embargo, existe una relación de amor cordial entre los creyentes y el SEÑOR. «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (I Jn. 4:19). Y si preguntamos dónde brota ese amor, la respuesta es esta: En que amamos Su Palabra, y en que amamos Su Ley, y en que para nosotros es un placer el caminar en los caminos del SEÑOR. Una y otra vez se recalca en las Sagradas Escrituras, que quien ama a Dios y a Jesucristo, guarda los mandamientos de Dios. Como Juan escribe a la iglesia: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (I Jn. 3:18), y más adelante nos dice: «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos» (5:3).

ESPERANZA (esperar)

Bajo esta palabra hemos de entender algo muy distinto de lo que en el lenguaje corriente se da a entender con «esperanza» y «esperar». La gran diferencia está en que a la esperanza «mundana» (: del mundo) le falta seguridad y certeza. No tiene fundamento alguno y, por eso, ninguna certeza de cumplimiento. Mientras que la esperanza cristiana está fundada en las promesas de Dios, y, por ello, es cierto que una vez se cumplirá gozosamente.

Un hombre que ya no espera, por así decirlo, ya no es hombre. Todo hombre tiene una cierta esperanza o expectación. Cuando Pablo, en Efesios 2:2, dice que los gentiles estaban «sin esperanza y sin Dios en el mundo», quiere decir que los gentiles carecen de fundada esperanza. Por eso su expectación es vana. Para los griegos, la palabra esperanza significa: expectación neutral de lo por venir. El futuro en el que se esperaba podía salir bien, pero también mal. Podía caer bien, pero también contrariar. Y que, por lo general, resultaba mal: era lo más conocido. Se esperaba lo mejor del futuro, pero se temía lo peor, lo más grave. Una vieja fábula griega cuenta que Zeus, dios de dioses, regaló a la humanidad un vaso lleno de toda clase de

bienes. Pero el hombre, movido por la curiosidad, levantó la tapa del vaso, de forma que todas las cosas buenas volvieron al mundo de los dioses. Cuando apresuradamente fue cerrada la tapa, sólo quedó dentro la esperanza para consolar a la humanidad en toda miseria y desgracia.

Pero aquella esperanza era exigua, pobre. ¿Cómo podría ser de otra manera? Pues todo el mundo (cosmos) estaba lleno de dioses, pero aquellos eran caprichosos, arbitrarios, y proporcionaban a los hombres más cargas que placeres. Además, incluso aquellos dioses dependían de un sino o destino del que nada podían cambiar. ¿Qué salvación, pues, se podía esperar? Aunque se pensase que la historia del mundo dependía de la fortuna o del acaso, no por esto cambiaba mucho la esperanza. Nunca se podía saber si de aquella lotería se sacaría el «premio gordo» o «nada». Si no me equivoco, los poetas y filósofos eran por lo general pesimistas. Se ensalzaba a los muertos por encima de los vivos, y se veía mejor no haber nacido, o en cualquier caso desaparecer lo antes posible del teatro del mundo. De esta vida se esperaba muy poco; y ¿quién sabría lo que vendría después de esta vida? Cómo pensaba el vulgo acerca de la muerte y la vida, es muy difícil decirlo. Ellos no escriben libros, ni legaron poesías a la posteridad. Pero no conocieron al único y verdadero Dios, y por eso estaban sin verdadera esperanza en el mundo.

Esta situación de los gentiles se diferenciaba muy poco dentro del judaísmo. Y por judaísmo entiendo no los temerosos de Dios, los cuales vivían en las promesas del Antiguo Testamento, sino los judíos quienes vivían «legalísticamente» de la ley y estaban agobiados bajo las cargas que los escribas ponían sobre ellos. Estos esperaban un hermoso

futuro: el reino de los cielos. Estaban ciertos que este reino llegaría. Pero apenas nadie tenía certeza de que tendría parte en la felicidad de este reino. En el Talmud, al que podríamos llamar la biblioteca judía, se encuentran muchas quejas y lamentos de que un hombre no puede tener certeza alguna sobre la entrada en el reino de Dios. Aquella entrada pendía de que las buenas obras pesasen más que las malas. De antemano nadie podía decir cómo terminaría esa cuenta. No hay religión alguna que espere la salvación de las obras, que pueda dar certeza para la vida eterna.

Por consiguiente, si se esperaba en el reino de Dios, esta esperanza era un flotar «entre esperanza y temor». Y el temor, la mayoría de las veces, llevaba las de ganar. Esto ocurría así no sólo en las muchedumbres que no conocían la ley, sino también entre los famosos y honorables escribas. Un conocido relato del Talmud, dice poco más o menos así: Un conocido Rabí yacía en su lecho de muerte. Era un contemporáneo de los apóstoles. Sus discípulos llegaron junto a su lecho, para recibir de su moribundo maestro una bendición. Vieron que lloraba. A la pregunta de por qué hacía aquello, respondió: «... ante mí hay dos caminos, uno lleva hacia el Huerto del Edén, el otro a la Gehenna, y yo no sé a lo largo de cual se me conducirá, ¿cómo, pues, no habría de llorar?». Esto ocurría en el lecho de muerte de un hombre que era llamado por sus alumnos y discípulos «luz de Israel» y «martillo fuerte».

De otra gran personalidad se cuenta lo siguiente: Moría alrededor del año 300 después de Cristo. No fue un cualquiera, pues de su escuela procede el Talmud de Jerusalén. Al morir, su último deseo fue que se le enterraría no con mortaja blanca (blanco

es la vestidura de los justos), ni tampoco con vestido negro (negro es la vestidura de los impíos), sino con vestidos de color gris. De esta forma, si venía a parar con los justos, no tenía de qué avergonzarse, y si su morada se hallaba con los impíos, no estaría avergonzado.

Si esto era así entre la flor de la nación, es lógico que el resto del pueblo no anduviese mejor. Se estaba incierto durante la vida, e incierto se estaba a la hora de la muerte. La tendencia general dentro del judaísmo, que seguía a los rabinos, era pesimista. Una prueba clara de esto es que un par de «escuelas» famosas –la de Hiller y Sjammai–, según una noticia del Talmud, disputaron durante todo un año acerca de la pregunta de si era mejor para el hombre que no hubiera sido creado, o si era mejor que fuese creado. Y se llegó a la conclusión de que hubiera sido mejor para el hombre que no hubiese sido creado.

Otro tono encontramos ya en el Antiguo Testamento, cuando allí se habla de esperanza. Es cierto que allí también se nombra una esperanza que decepciona. Así es en la expresión: «La esperanza que se retrasa enferma el corazón». Toda esperanza que no se pone en Dios, es vana y causa vergüenza. Los profetas advierten al pueblo del SEÑOR a no fundar su esperanza en Egipto o en Babilonia. Pues esas grandes potencias son varas de caña. Si te apoyas en ellas se quiebran y te atraviesan la mano. Tampoco se debe confiar –o lo que es lo mismo: fundar la esperanza– en las grandes riquezas. Quien lo hace, perecerá con las riquezas. No se pondrá la esperanza en los «príncipes» o en los grandes de la tierra. Porque son vanidad, como todos los pensamientos y tradiciones de los hombres. No te apoyarás en la propia justicia o en el fiel cumpli-

miento de las obligaciones religiosas. Mucho menos se buscará apoyo en los dioses o ídolos, pues ellos son nada, y a nadie pueden ayudar en las necesidades de esta vida.

Pero la esperanza de los justos jamás fracasará. Esperan en Dios. David primeramente habla de la cortedad y transitoriedad de esta vida en el Salmo 39, verso 5: «He aquí, diste a mis días término corto, y mi edad es como nada delante de ti; ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive», luego en el verso 7, continúa: «Y ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti».

En el Salmo 42, su autor se ve angustiado. Sus lágrimas le son su comida día y noche, pues los enemigos dicen: -«¿Dónde está tu Dios?» Todos los dolores de Dios y olas embravecidas han venido sobre él. Pero en aquella gran angustia, dice para sí mismo: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? ¡Espera en Dios!» Y al hacerlo, recobra ánimos, pues luego continúa: «porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío».

Hermosamente se habla de la esperanza en el Salmo 130. Desde lo profundo de la miseria, el poeta habla con boca y corazón al Dios que puede enviar salvación. El salmista conoce su injusticia, pero cree que Dios perdona, para que El sea temido. Estando cierto de esto, prosigue: «Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado. Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana, más que los vigilantes a la mañana. Espere Israel a Jehová, porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención con él; y él redimirá a Israel de todos sus pecados».

Los profetas dirigen la mirada del antiguo pueblo a un futuro hermoso. Enseñaron a los píos a mirar esperanzados hacia un mundo de justicia y

paz. Sobre todo en el profeta Isaías encontramos hermosas esperanzas de futuro, cuando escribe: «Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Is. 2:3-4). Y, como sin querer, pensamos asimismo en la fascinante perspectiva que Isaías nos pinta un poco más adelante, en el capítulo 11:6, 9 «Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos... No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar».

En el Nuevo Testamento, es sobre todo el apóstol Pablo en quien las palabras *esperanza* y *esperar* se encuentran muy a menudo.

Los justificados por la fe tienen paz con Dios, y están en la gracia, y se glorían en la esperanza de la gloria de Dios (Rom. 5:1-2). Esto no es balancearse entre el temor y la esperanza. No; los creyentes *se glorían* en la esperanza, en la felicidad. Esto no puede sufrir cambio alguno por el sufrimiento y penalidades actuales. Porque los creyentes también se glorían en las persecuciones. Saben que la persecución fortalece, templea: desarrolla la resistencia. La vivencia o experiencia de cualquier lucha fortalece la esperanza, y así escribe el apóstol en Rom. 5:5: «... y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado».

Cuando las Sagradas Escrituras hablan de esperanza, no ha lugar a la incertidumbre. El apóstol

Pablo, en Romanos 8, habla de modo conmovedor sobre los sufrimientos de este siglo. Pero todo este dolor queda en nada, comparado con la gloria que nos ha de ser revelada o manifestada. La esperanza se dirige a la liberación de la esclavitud, a la gloria de los hijos de Dios. «Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos». Todos los que creen en el Señor son salvos. Pero aún esperan en la salvación completa y perfecta. Aún llega lo más hermoso. Esto no depende de un hilo, sino que es muy cierto; porque el SEÑOR lo ha prometido. Esperamos en la Palabra de Dios. Esperamos en Dios. Y El no nos engaña. Así esperamos con perseverancia y con potente energía la salvación completa. En el lecho de muerte lloran los incrédulos sin esperanza. Pero Pablo escribe a los tesalonicenses: «Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza». A esto añade el relato de la resurrección de los muertos, y que nosotros estaremos siempre con el SEÑOR, y luego concluye: «Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras» (I Tes. 4:18).

La esperanza obra gozo

De la esperanza en el futuro brota influjo para la vida presente. Esto cabe decirse también de la

esperanza humana. Cuando alguien debe operarse, esto en sí mismo no es causa de gozo. El paciente tiene aversión al dolor y al período en que no podrá trabajar, y posiblemente le preocupan los gastos. Pero si el médico le da buenas esperanzas de que tras la operación podrá trabajar y estar más fuerte y sano que antes, esta esperanza le da fuerzas y paciencia para resistir la operación. Y todos sabemos cómo algo estupendo que esperamos nos puede ya ahora hacer felices. La expectativa de un par de días de feliz holganza puede aliviar el trabajo que aún queda por hacer hasta ese momento.

De ahí el tan conocido refrán: «La esperanza hace vivir». Pero dado que un hombre nunca sabe ciertamente si el bien esperado llega realmente, es por lo que esta «vida» no es muy feliz. No sé si en estos momentos recuerdo bien un refrán que oí en mi juventud: «Mucho prometer y poco dar, hace al hombre vivir en esperanza». Lo cual, según opino, debe querer decir: «No se debe uno hacer muchas ilusiones del futuro». La experiencia ha enseñado a los hombres que lo peor que temen ocurre con frecuencia, y que lo bueno que esperan no se cumple. Una de las palabras más repetidas de estos tiempos es la palabra: desesperanzado. Y sin embargo, un hombre no puede dejar de esperar. Constantemente hay la esperanza de que esto o aquello marchará mejor. Así pues, incluso la esperanza mundana es un poder en esta vida. Pero en el pleno sentido de la palabra, esto sólo tiene validez para la esperanza cristiana. La perspectiva sobre la felicidad eterna, ya ahora da resplandor a la vida presente. La certeza de que el Señor Jesús ha resucitado de los muertos, y que volverá a tomarnos en Su reino eterno, ya ahora nos da poder y fuerzas para sobrellevar el dolor de estos días. El su-

frimiento en esta economía es realmente tremendo, pero desaparece en comparación con la gloria que nos ha de ser manifestada.

A causa del pecado nos acontecen aún toda clase de «cruces», pero la perspectiva de que un día ya no habrá más pecado, nos hace llevar gozosos la «cruz». Personas que durante toda su vida son afligidas por una u otra enfermedad, han de sobrellevar una carga de la que las personas sanas no se pueden hacer idea. Pero la esperanza en la vida eterna es también esperanza en la salud eterna, y esto puede dar a los enfermos crónicos un gozo que hace sorprenderse a los sanos. El recuerdo de los pecados que cometemos, puede ser como una espina en nuestra carne que nos continúa punzando hasta nuestra muerte. Pero la esperanza cierta de que este recuerdo ya no existirá más en la nueva tierra bajo un cielo nuevo, da fuerzas para soportar y sobrellevar esa pena punzante. Los restos de ideales rotos yacen en el camino de la vida de muchas gentes. Pero esos despojos no pueden quebrar el coraje de vivir y el anhelo de vivir de aquellos que esperan en una vida en plena comunión con Dios, donde todos los ideales se cumplirán.

Cuando en las Sagradas Escrituras examinamos cuánto poder brota de la esperanza cristiana, entonces nos es evidente que la esperanza opera gozo y alegría. Como prueba de esto, podemos recorrer estos textos: En Hechos 2:26, Pedro nos recuerda las palabras del Salmo 16: «Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aún mi carne descansará en la esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu santo vea corrupción». Aquí, el salmista vislumbra, de alguna manera, que el gozo no puede ser apagado ni incluso por la muerte y el sepulcro. Pablo, en Rom.

12:12, escribe: «Gozaos en la esperanza», es decir, gozaos en la salvación eterna y en la gloria en que esperaréis.

Pedro escribe su primera carta a «expatriados en la dispersión». Mucho sufrirían del lado del mundo. Pero el apóstol comienza con estas palabras: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guiados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero» (1:3-5). Aquí habla de la esperanza viva que está dirigida a una herencia imprecadera. Luego, de la salvación que se ha de manifestar al fin de los tiempos. Y entonces, continúa: «En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas». Por consiguiente, también Pedro pone la esperanza en relación con el gozo.

¿Quién no estaría alegre y gozoso en la esperanza de una herencia, cuyo valor no es posible calcular? En esto Pedro sigue a su Maestro. Pues aunque el Señor Jesús no ha usado la palabra gozo o alegría, realmente se halla implícita cuando dice a sus discípulos: «Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca» (Lc. 21:28) Cuando los impíos se encogen atemorizados y desesperados, y el corazón de los hombres sucumba porque se tambalean las fuerzas de los cielos y la tierra, entonces los creyentes levantarán sus cabezas, porque la salvación completa ha llegado. ¿Por qué hay tan

escaso gozo en la iglesia? ¿Por qué, al menos, se manifiesta tan poco? ¿Es que muchos no esperan realmente en una herencia eterna? Mas, si esto fuera verdad, entonces tampoco creen en Jesucristo, el cual ha resucitado de los muertos. Pues esa resurrección de Cristo, por la cual ha sido vencida la muerte, es el fundamento de la esperanza cristiana. Si Cristo no ha resucitado, vana es toda esperanza, y con la muerte termina todo.

El apóstol Pablo escribe a los Corintios: «Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (I Cor. 15:19). Naturalmente que Pablo no quiere decir que los creyentes, en esta vida, nada tengan que ver con Cristo. Sino que él intenta poner en claro lo siguiente: —Si Cristo no ha resucitado, es cierto que en esta vida podemos esperar en una herencia después de esta vida, pero entonces esa esperanza es vana; entonces todo termina con la muerte; entonces somos aún más miserables que los incrédulos, pues éstos en nada han esperado. En conclusión, «mejor es no esperar nada que verse frustrado en la esperanza». Pero, afortunadamente es verdad: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho» (v. 20). Por tanto, nos es permitido estar alegres, y debemos estar gozosos, y a través de todas las miserias de esta vida gozarnos con un gozo inexplicable.

Además, el poder de la esperanza brota también en la lucha contra el pecado y en la *santificación* de nuestra vida. El apóstol Juan dice que ahora nosotros somos hijos de Dios, y que aún no se ha manifestado lo que seremos (I Jn. 3). No sabemos exactamente cómo será nuestro aspecto como personas glorificadas. Pero seremos semejantes a El,

porque le veremos tal cual ÉL es. Y continúa: «Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (3:3). Igual podemos decir: Se santifica a sí como El es santo. Si verdaderamente esperamos estar siempre con el Señor, verle, hacernos como El, entonces ya no podemos vivir en la impureza.

¿Qué queremos hacer en una nueva tierra, si no queremos hacernos limpios? Si tenemos una esperanza viva en la pureza eterna, ya desde ahora nos prepararemos para ella caminando en novedad y pureza de vida. Hay «cristianos» que pretenden comer a dos carrillos. En tanto que están en este mundo, quieren colaborar o concurrir un poco con el mundo. Y, según dicen, esperan, después de esta vida, estar siempre con el Señor. Pero esto no puede ser exactamente verdad. Este «esperar» no es auténtico. Yo no digo que ahí no haya un cierto deseo de ser salvo. Pero un deseo seguro y fuerte de ser igual que El, no lo hay en semejantes personas. Pues de otra suerte, ahora no podrían colaborar y concurrir con el mundo. No son puros de corazón. Y de ellos ha dicho nuestro Señor Jesucristo: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». No corren tras la santificación. Acerca de lo cual, dice la Palabra de Dios: «Seguid... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Hebreos 12:14).

Con otras palabras, el apóstol Pablo dice que la esperanza es un poder en la lucha contra el pecado. En I Tes. 5 escribe acerca del futuro día del Señor. Día que les sobrevendrá a los impíos como un ladrón en la noche. Esto no debe ocurrir con los hijos de la luz. Estos deben estar vigilantes y sobre aviso. Y luego dice el apóstol, que éstos deben vestirse «con la coraza de fe y de amor, y con la espe-

ranza de salvación como yelmo» (v. 8). Aquí la esperanza de la salvación perfecta es comparada a un yelmo. ¿Por qué? Pues bien, un yelmo sirve para proteger la cabeza contra ataques enemigos. Contra ella chocan flechas, lanzas y sablazos. Quien se ha cubierto con un yelmo, no debe tener miedo de estas armas de acometida. Puede resistirlas.

Así es la esperanza, un medio de rechazo que nos protege contra los ataques del diablo y del mundo. Quien verdaderamente espera en la salvación eterna, ya está lleno de ella. Por la fe estamos llenos del Evangelio, y por el amor estamos llenos de buenas obras, y por la esperanza estamos llenos de esperanzas futuras. La bienaventuranza en la nueva economía será tan grande, gloriosa, rica y hermosa que ningún corazón humano lo puede comprender. En esta gozosa perspectiva nos podemos gozar con un gozo inexplicable. Pero donde hay esta plenitud de perspectivas, allí carecen de todo éxito las acometidas del diablo y del mundo. Somos, pues, tan ricos en la esperanza de la herencia eterna, que la grandeza y hermosura de esta vida terrena no hacen mella en nosotros. Y estamos tan gozosos de que nos es permitido estar para siempre con el Señor, que no tenemos necesidad de la compañía del demonio. Y nos encontramos tan llenos de deseo de la completa salvación de toda injusticia y pecado, que ya aquí peleamos contra toda impiedad. Las acometidas del enemigo chocan contra el yelmo de la salvación.

La influencia de la esperanza en la gloria futura brota no sólo en el gozo y en la santificación de la vida, sino también en la perspectiva con la cual los creyentes soportan el sufrimiento. En II Corintios 4, Pablo trata de «esta leve tribulación momentánea», frente a la cual se encuentra «un cada vez

más excelente y eterno peso de gloria» (v. 17). Todo concluirá aquí.

Dos observaciones para concluir.

Primera: Si esperamos en Dios, esto también revierte en nuestra actitud hacia nuestros hermanos y hermanas. Pablo escribe, que el amor «todo lo espera» (I Cor 13). Esto no quiere decir que debamos esperar mucho de las personas en sí mismas consideradas. Sino que nos es permitido esperar mucho de la gracia de Dios.

Y puesto que esperamos en la gracia de Dios, por eso debemos también esperar de los hermanos y hermanas. Muchas esperanzas. Pero esto no está en nosotros el conseguirlo. A veces, apenas esperamos que sea posible que puedan evitarse divisiones en la congregación. ¿Propiamente no esperamos que congregaciones que tienen una misma confesión de fe se sienten juntos a la Mesa del Señor? ¿No esperamos al restablecimiento de relaciones rotas dentro de la misma congregación...? Si verdaderamente esperamos en Dios, entonces también esperamos, tendremos esperanzas los unos para los otros.

Segunda: El apóstol Pedro amonesta a los creyentes a que siempre estén preparados «para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros» (I Pe. 3:15). Esto era mucho más difícil en aquellos días que ahora. Pues entonces había persecución y opresión. Probablemente se era entonces más osado para testificar que nosotros hoy día. ¿Lo hacemos también nosotros? ¿O nos avergonzamos de ello? Esto sería una prueba de que propiamente no esperamos de modo auténtico. Posiblemente, pues, éste y aquél pueda aún reflexionar acerca de estas cosas.